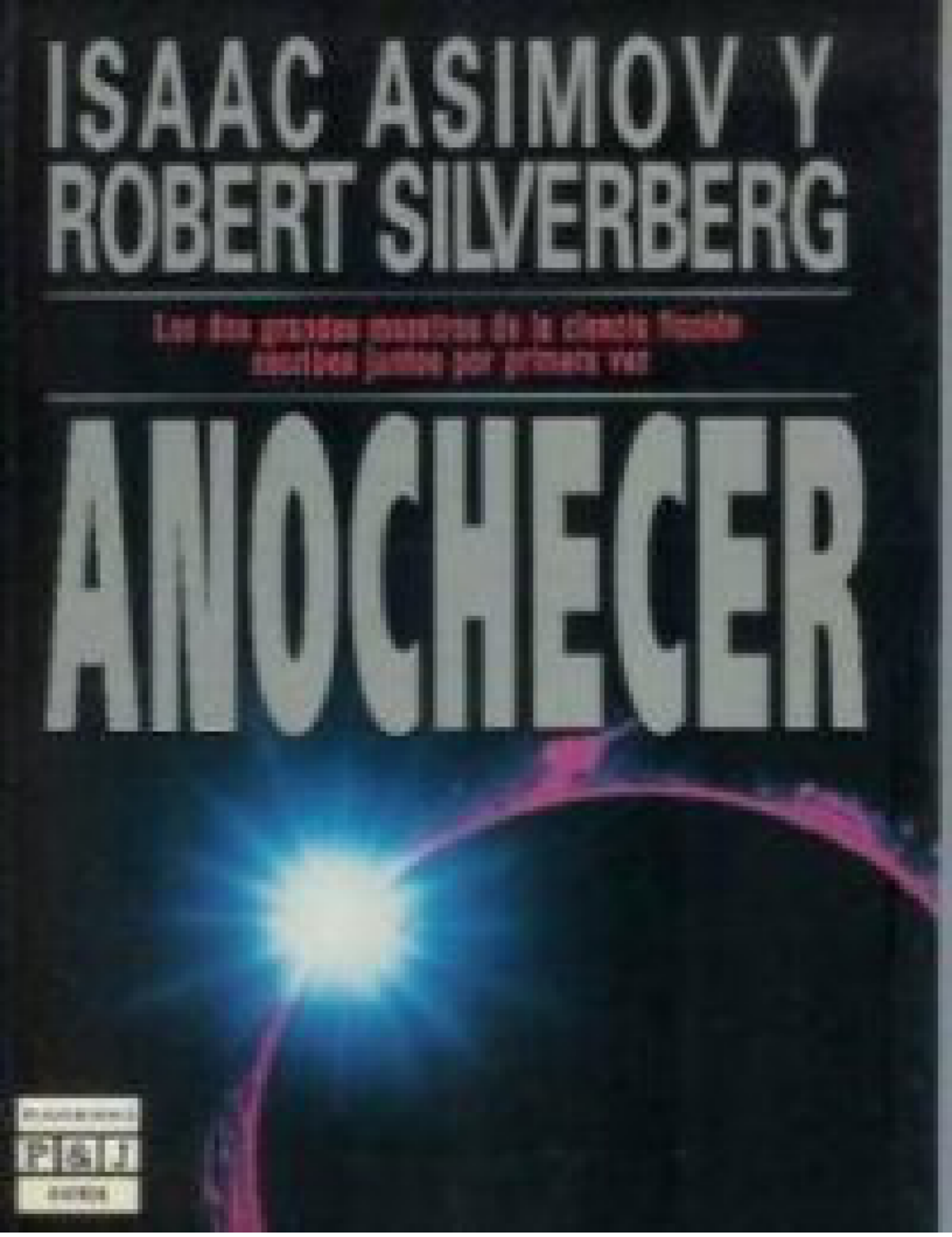
ISAAC ASIMOV Y
ROBERT SILVERBERG

Los dos grandes maestros de la ciencia ficción
escriben juntos por primera vez

ANOCHECER



SHOUT
SHARE
IT

Annotation

El planeta Kalgash está al borde del caos, pero solo unas pocas personas se han dado cuenta de ello. Kalgash conoce únicamente la luz diurna perpetua, pues durante más de dos milenios la combinación de sus seis soles ha iluminado el cielo. Sin embargo, ahora empieza a reinar la oscuridad. Pronto se pondrán todos los soles, y el terrible esplendor del anochecer desencadenará una locura que marcará el final de la civilización. Anochecer , novela basada en un relato escrito por Asimov en 1941, permite al lector experimentar el cataclismo que sobrevendrá sobre Kalgash a través de los ojos de un periodista, un astrónomo, un arqueólogo, un psicólogo y un fanático religioso.

- Isaac Asimov y Robert Silverberg
  - AL LECTOR
  - UNO — ATARDECER
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7
    - 8
    - 9
    - 10
    - 11
    - 12
    - 13
    - 14
    - 15
    - 16
    - 17
  - DOS — ANOCHECER
    - 18
    - 19
    - 20
    - 21
    - 22
    - 23
    - 24
    - 25
    - 26

- 27
- TRES — AMANECER
  - 28
  - 29
  - 30
  - 31
  - 32
  - 33
  - 34
  - 35
  - 36
  - 37
  - 38
  - 39
  - 40
  - 41
  - 42
  - 43
  - 44

Isaac Asimov y Robert Silverberg
Anochecer

Si las estrellas aparecieran una sola noche cada mil años, ¡cómo creerían y adorarían los hombres, y conservarían durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios!

Emerson

¡Otro mundo! ¡No hay otro mundo! Aquí o ninguna parte, éste es el único hecho.

Emerson

AL LECTOR

Kalgash es un mundo alienígena, y no es nuestra intención hacerle pensar a usted que es idéntico a la Tierra, aunque describamos a su gente hablando un lenguaje que usted puede entender y utilizando términos que le resultan familiares. Esas palabras deben ser entendidas como meros equivalentes de otros términos alienígenas, es decir, un conjunto convencional de equivalencias del mismo tipo que utiliza un novelista cuando hace que unos personajes extranjeros hablen entre sí en su propio idioma pero sin embargo transcribe sus palabras en el idioma del lector. Así, cuando la gente de Kalgash habla de «kilómetros», «manos», «coches» u «ordenadores», se refieren a sus unidades de distancia, sus órganos de asir, sus vehículos de transporte terrestre o sus máquinas de procesado de la información. Los ordenadores utilizados en Kalgash no son necesariamente compatibles con los usados en Nueva York o Londres o Estocolmo, y el «kilómetro» que utilizamos en este libro no es necesariamente la unidad métrica que conocemos en la Tierra. Pero nos pareció mucho más simple y deseable utilizar estos términos familiares a la hora de describir los acontecimientos en este mundo absolutamente alienígena que tener que inventar una larga serie de términos propios kalgashianos.

En otras palabras, podríamos haber dicho que uno de nuestros personajes hizo una pausa para atarse sus quonglishes antes de emprender una caminata de siete vorks a lo largo del gleebish principal de su znoob nativo, y todo hubiera parecido mucho más alienígena. Pero también hubiera sido mucho más difícil extraerle un sentido a lo que estábamos diciendo, y eso no nos pareció útil. La esencia de esta historia no reside en la cantidad de términos raros que hayamos podido inventarnos; reside más bien en la reacción de un grupo de gente algo parecida a nosotros, que vive en un mundo que es algo parecido al nuestro en todo excepto en un detalle altamente significativo, y su reacción al desafío de una situación completamente distinta de cualquier cosa con lo que la gente de la Tierra haya tenido que enfrentarse nunca. Bajo esas circunstancias, nos pareció mejor decir que alguien se puso sus botas de marcha antes de emprender una caminata de once kilómetros que atestar el libro con quonglishes, vorks y gleebishes.

Si lo prefiere, puede usted imaginar que el texto dice «vorks» allá donde dice «kilómetros», «gliizbiiz» allá donde dice «horas» y «sleshtraps» allá donde dice «ojos». O puede inventarse sus propios términos. Vorks o kilómetros, no representará ninguna diferencia en el momento en que aparezcan las Estrellas.

I. A.
R. S.

UNO — ATARDECER

1

Era una deslumbrante tarde de cuatro soles. El gran y dorado Onos estaba alto en el Oeste, y el pequeño y rojo Dovim se alzaba aprisa sobre el horizonte por debajo de él. Cuando mirabas hacia el otro lado veías los brillantes puntos blancos de Trey y Patru resplandecer contra el purpúreo cielo oriental. Las ondulantes llanuras del continente más septentrional de Kalgash estaban inundadas por una prodigiosa luz. La oficina de Kelaritan 99, director del Instituto Psiquiátrico Municipal de Jonglor, tenía enormes ventanas a cada lado para mostrar toda la magnificencia del conjunto.

Sheerin 501, de la Universidad de Saro, que había llegado a Jonglor unas pocas horas antes a petición urgente de Kelaritan, se preguntó por qué no estaba de mejor humor. Sheerin era básicamente una persona alegre; y los días de cuatro soles proporcionaban en general a su exuberante espíritu un impulso adicional. Pero hoy, por alguna razón, estaba nervioso y aprensivo, aunque hacía todo lo posible por impedir que eso se hiciera evidente. Después de todo, había sido llamado a Jonglor como experto en salud mental.

—¿Prefiere empezar hablando con algunas de las víctimas? — preguntó Kelaritan. El director del hospital psiquiátrico era un hombrecillo enjuto y de rasgos angulosos, cetrino y de pecho hundido. Sheerin, que era rubicundo y en absoluto enjuto, se sentía innatamente suspicaz hacia cualquier adulto que pesara menos de la mitad de lo que pesaba él. «Quizás es la apariencia de Kelaritan lo que me trastorna, pensó. Se parece a un esqueleto andante»—. ¿O piensa que es mejor idea obtener primero alguna experiencia personal del Túnel del Misterio, doctor Sheerin?

Sheerin consiguió reír, con la esperanza de que su risa no sonara demasiado forzada.

—Quizá debiera empezar interrogando a una víctima, o a tres — dijo—. De esa forma tal vez pueda prepararme un poco mejor para los horrores del Túnel.

Los oscuros ojos como cuentas de Kelaritan parpadearon desconsoladamente. Pero fue Cubello 54, el elegante y muy pulcro abogado para la Exposición del Centenario de Jonglor, quien habló:

—¡Oh, vamos, doctor Sheerin! ¡Los horrores del Túnel! Eso es un tanto extremo, ¿no cree? Después de todo, en este momento no tiene más que los relatos de los periódicos para juzgar. Y llamar a los pacientes «víctimas». No puede considerárseles así.

—El término es del doctor Kelaritan — observó Sheerin rígidamente.

—Estoy seguro de que el doctor Kelaritan utilizó esa palabra tan

sólo en su sentido más general. Pero hay una presuposición en el uso que hace usted de ella que considero inaceptable.

Sheerin dirigió al abogado una mirada compuesta a partes iguales por desagrado y desapasionamiento profesional y dijo:

—Tengo entendido que varias personas murieron como resultado de su viaje a través del Túnel del Misterio. ¿No es así?

—Hubo varias muertes en el Túnel, sí. Pero hasta este punto no hay ninguna razón necesaria para pensar que esa gente murió *como resultado* de haber pasado por el Túnel, doctor.

—Puedo ver por qué usted no desea creerlo así, consejero —dijo Sheerin de una forma tajante.

Cubello miró ultrajado al director del hospital.

—¡Doctor Kelaritan! Si ésta es la forma en que va a ser llevada esta investigación, deseo hacer constar en este mismo momento mi más enérgica protesta. ¡Su doctor Sheerin está aquí como un experto imparcial, no como un testigo de la acusación!

Sheerin rió quedamente.

—Estaba expresando mi punto de vista sobre los abogados en general, consejero, no ofreciendo ninguna opinión acerca de lo que puede o no puede haber ocurrido en el Túnel del Misterio.

—¡Doctor Kelaritan! —exclamó de nuevo Cubello, y su rostro enrojeció.

—Caballeros, por favor —dijo Kelaritan, mirando alternativamente y con rapidez de Cubello a Sheerin, de Sheerin a Cubello—. No nos convirtamos en adversarios, ¿quieren? Tal como lo veo, todos tenemos el mismo objetivo en esta investigación. Que es descubrir la verdad acerca de lo que ocurrió en el Túnel del Misterio, a fin de poder evitar una repetición de los…, hum…, infortunados sucesos.

—De acuerdo —dijo Sheerin afablemente. Era una pérdida de tiempo enzarzarse de aquel modo en una discusión con el abogado. Había cosas más importantes que hacer. Ofreció a Cubello una sonrisa cordial—. Nunca me he sentido muy interesado en establecer ninguna culpabilidad, sólo en elaborar formas de atajar situaciones en las que la gente tiene la sensación de que debe establecer esa culpabilidad. ¿Qué le parece si me muestra a uno de sus pacientes ahora, doctor Kelaritan? Y luego podemos ir a almorzar y hablar de los acontecimientos en el túnel tal como los entendemos en este punto, y quizá después de comer podamos ver a otro paciente o dos…

—¿Almorzar? —dijo vagamente Kelaritan, como si el concepto no le resultara familiar.

—Almorzar, sí. La comida del mediodía. Una vieja costumbre mía, doctor. Pero puedo esperar un poco. Tenemos tiempo de visitar a uno de los pacientes primero.

Kelaritan asintió. Dijo al abogado:

—Creo que el mejor para empezar es Harrim. Hoy se halla en bastante buena forma. Lo bastante buena como para soportar el interrogatorio de un desconocido, al menos.

—¿Qué hay acerca de Gistin 190? —preguntó Cubello.

—Ella es otra posibilidad, pero no es tan fuerte como Harrim. Dejemos que consiga la historia básica de Harrim, y luego podemos hablar con Gistin, y…, oh, quizá Chimmlit. Es decir, después de almorzar.

—Gracias — dijo Sheerin.

—Si quiere venir por aquí, doctor Sheerin…

Kelaritan hizo un gesto hacia un pasillo acristalado que conducía desde la parte de atrás de su oficina al hospital propiamente dicho. Era una fresca pasarela elevada al aire libre con una vista de 360 grados del cielo y las bajas colinas gris verdosas que rodeaban la ciudad de Jonglor. La luz de los cuatro soles del día incidía en ella desde todos lados.

El director del hospital se detuvo por un momento y miró a su derecha, luego a su izquierda, absorbiendo todo el panorama. Los austeros y fruncidos rasgos del hombrecillo parecieron brillar con una repentina juventud y vitalidad mientras los cálidos rayos de Onos y los más severos y fuertemente contrastados rayos de Dovim, Patru y Trey convergían en una brillante exhibición.

—Un día absolutamente espléndido, ¿eh, caballeros? —exclamó Kelaritan, con un entusiasmo que Sheerin halló sorprendente en alguien tan contenido y austero como parecía ser el director—. ¡Qué glorioso resulta ver cuatro de los soles en el cielo al mismo tiempo! ¡Lo bien que me siento cuando sus rayos golpean mi rostro! Ah, me pregunto dónde estaríamos sin nuestros maravillosos soles.

—Por supuesto —dijo Sheerin.

De hecho, él también se sentía un poco mejor.

2

A medio mundo de distancia, una de los colegas de Sheerin de la Universidad de Saro miraba también el cielo. Pero la única emoción que sentía era horror.

Se trataba de Siferra 89, del Departamento de Arqueología, que durante el último año y medio había estado realizando excavaciones en el antiguo emplazamiento de Beklimot, en la remota península Sagikana. Ahora permanecía rígida por la aprensión, observando cómo la catástrofe avanzaba precipitadamente hacia ella.

El cielo no ofrecía ningún consuelo. En esta parte del mundo la única luz auténtica visible era la de Tano y Sitha, y su frío y duro resplandor siempre le había parecido falto de alegría, incluso deprimente. Contra el profundo azul oscuro del cielo del día de dos soles, proporcionaba una iluminación malsana, opresiva, que arrojaba recortadas y ominosas sombras. Dovim era visible también —apenas, emergiendo en aquellos momentos— allá en el horizonte, a una corta distancia por encima de las cimas de las distantes montañas Horkkan. El débil resplandor del pequeño sol rojo, sin embargo, difícilmente animaba un poco más.

Pero Siferra sabía que la cálida luz amarilla de Onos aparecería dentro de poco por el Este para alegrar un poco las cosas. Lo que la trastornaba era algo mucho más serio que la ausencia temporal del sol principal.

Una asesina tormenta de arena se encaminaba directamente hacia Beklimot. Dentro de pocos minutos barrería el yacimiento, y entonces cualquier cosa podía ocurrir. Cualquier cosa. Las tiendas podían resultar destruidas; las cuidadosamente escogidas bandejas de artefactos, utensilios y muestras podían verse volcadas y su contenido disperso; sus cámaras, su equipo de dibujo, sus dibujos estratigráficos laboriosamente compilados…, todo aquello en lo que habían trabajado durante tanto tiempo podía perderse en un momento.

Peor. Todos podían resultar muertos.

Peor aún. Las antiguas ruinas de Beklimot en sí —la cuna de la civilización, la ciudad más antigua conocida de Kalgash— se hallaban en peligro.

Las zanjas de ensayo que Siferra había abierto en la llanura aluvial que rodeaba la ciudad permanecían aún abiertas. La arremetida del viento, si era lo bastante fuerte, alzaría más arena aún de la que ya arrastraba y la arrojaría con terrible fuerza contra los frágiles restos de Beklimot…, restregando, erosionando, volviendo a enterrar, quizás incluso arrancando cimientos enteros y lanzándolos a través de la reseca llanura.

Beklimot era un tesoro histórico que pertenecía al mundo entero. Lo que Siferra había dejado expuesto al posible daño al excavar en ella había sido un riesgo calculado. Nunca se podía efectuar ningún trabajo arqueológico sin destruir algo: ésa era la naturaleza misma del trabajo. Pero dejar al desnudo de aquel modo todo el corazón de la llanura, y luego tener la mala suerte de ser golpeados por la peor tormenta de arena en todo un siglo…

No. No, era demasiado. Su nombre se vería vilipendiado durante siglos si el yacimiento de Beklimot resultaba destruido por esta tormenta como resultado de lo que ella había hecho allí.

Quizás había realmente una maldición sobre el lugar, como alguna gente supersticiosa acostumbraba a decir. Siferra 89 nunca había tenido mucha tolerancia hacia los chiflados de ningún tipo. Pero esta excavación, que había esperado que se convirtiera en el gran logro que coronaría su carrera, no había sido más que dolores de cabeza desde el mismo momento en que se había iniciado. Y ahora amenazaba con terminar profesionalmente con ella para el resto de su vida…, si no acababa con ella al mismo tiempo.

Eilis 18, uno de sus ayudantes, se acercó a la carrera. Era un hombre delgado y nervudo, que parecía insignificante al lado de la alta y atlética figura de Siferra.

—¡Hemos asegurado todo lo que hemos podido! —dijo, medio sin aliento—. ¡Ahora todo está en manos de los dioses!

—¿De los dioses? —respondió ella, con el ceño fruncido—. ¿Qué dioses? ¿Ves algún dios por estos alrededores, Eilis?

—Yo sólo quería decir…

—Sé lo que querías decir. Olvídalo.

Desde el otro lado llegó Thuvvik 443, el capataz de los obreros. Tenía los ojos desorbitados por el miedo.

—Mi dama —dijo—. Mi dama, ¿dónde podemos ocultarnos? ¡No hay ningún lugar donde hacerlo!

—Ya te lo dije, Thuvvik. En la parte baja del risco.

—¡Seremos sepultados! ¡Nos asfixiaremos!

—El risco os protegerá, no te preocupes —le dijo Siferra, con una convicción que estaba muy lejos de sentir—. ¡Id allí! ¡Y aseguraos de que todos los demás permanecen allí!

—¿Y usted, mi dama? ¿Por qué usted no va allí?

Ella le lanzó una repentina mirada sobresaltada. ¿Acaso el hombre creía que disponía de algún refugio privado donde estaría más segura que el resto?

—Iré, Thuvvik. ¡Ahora ve! ¡Deja de molestarme!

Al otro lado del camino, cerca del edificio hexagonal de ladrillo que los primeros exploradores habían llamado el Templo de los Soles, Siferra vio la recia figura de Balik 338.

Con los ojos fruncidos y escudados contra la helada luz de Tano y Sitha, el hombre miraba hacia el Norte, la dirección de donde venía la tormenta. La expresión de su rostro era de angustia.

Balik era su estratígrafo jefe, pero también era el experto meteorólogo de la expedición. Parte de su trabajo consistía en efectuar las previsiones del tiempo y estar pendiente de la posibilidad de cualquier acontecimiento inusual.

Normalmente no había muchas variaciones meteorológicas en la península Sagikana: todo el lugar era increíblemente árido, con una pluviometría mensurable de no más de una lluvia cada diez o veinte años. El único acontecimiento climático desacostumbrado que ocurría allí era un cambio ocasional en el esquema dominante de las corrientes de aire, que ponía en movimiento fuerzas ciclónicas y traía consigo una tormenta de arena, e incluso eso no ocurría más que unas pocas veces en un siglo.

¿Era la expresión abatida de Balik un indicio de la culpabilidad que debía de sentir por haber fracasado en prever la llegada de la tormenta? ¿O parecía tan horrorizado porque ahora era capaz de calcular toda la extensión de la furia que estaba a punto de descender sobre ellos?

Todo hubiera podido ser diferente, pensó Siferra, si hubieran dispuesto de un poco más de tiempo para prepararse para el asalto. En retrospectiva, podía ver que todos los signos reveladores habían estado ahí para quienes tuvieran la habilidad de verlos: el estallido de aquel feroz calor seco, extremo incluso para los estándares de la península Sagikana, y la repentina calma chicha que remplazó la habitual brisa regular procedente del Norte, y luego el extraño viento húmedo que empezó a soplar del Sur. Los pájaros khalla, esos extraños y larguiruchos carroñeros que merodeaban por la zona como espectros, echaron a volar cuando empezó a soplar ese viento y desaparecieron entre las dunas del desierto occidental como si llevaran demonios agarrados a sus colas.

Eso hubiera debido ser un indicio, pensó Siferra. Cuando los pájaros khalla se alejaron chillando hacia la región de las dunas.

Pero todos habían estado demasiado ocupados excavando para prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Negar lo evidente. Finge que no te das cuenta de los signos de una tormenta de arena que se aproxima, y quizá la tormenta se marche a alguna otra parte.

Y, luego, aquella pequeña nube gris que apareció surgida de la nada en el lejano Norte, aquella mancha opaca en el ardiente escudo del cielo del desierto, que normalmente era siempre tan claro como el cristal…

¿Nube? ¿Tú ves alguna nube? Yo no veo nubes.

De nuevo la negación.

Ahora la nube era un inmenso monstruo negro que llenaba la mitad del cielo. El viento seguía soplando del Sur, pero ya no era húmedo —ahora era como el ardiente rebufar de un horno—, y había otro viento, más fuerte aún, que soplaba de la dirección opuesta. Un viento alimentaba al otro. Y, cuando se encontraran…

—¡Siferra! —aulló Balik—. ¡Ahí viene! ¡Busca refugio!

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

No deseaba hacerlo. Lo que deseaba hacer era correr de una zona de la excavación a otra, vigilarlo todo a la vez, mantener bajados los faldones de las tiendas, rodear con sus brazos los fajos de preciosas placas fotográficas, lanzarse contra la fachada de la recientemente excavada Casa Octagonal para proteger los sorprendentes mosaicos que habían descubierto el mes antes.

Pero Balik tenía razón. Siferra había hecho todo lo que había podido, aquella frenética mañana, para proteger en lo posible la excavación. Ahora lo que quedaba por hacer era protegerse, allá a los pies del risco que gravitaba en el extremo superior del yacimiento, y confiar en que se convirtiera para ellos en un baluarte contra toda la fuerza de la tormenta.

Corrió hacia allá. Sus recias y poderosas piernas la llevaron con facilidad sobre la reseca y crujiente arena. Siferra no había cumplido todavía los cuarenta años y era una mujer alta y recia en la plenitud de su fuerza física, y hasta este momento nunca había sentido nada excepto optimismo hacia ningún aspecto de su existencia. Pero, de pronto, todo se había visto en peligro ahora: su carrera académica, su robusta buena salud, quizás incluso su propia vida.

Los otros estaban apiñados juntos en la base del risco, tras una apresuradamente improvisada pantalla de desnudos postes de madera con lonas impermeables unidas a ellos.

—Dejad sitio —dijo Siferra, al tiempo que se abría paso entre ellos.

—Mi dama —gimió Thuvvik—. ¡Mi dama, haga que la tormenta dé la vuelta! —Como si ella fuera alguna especie de diosa con poderes mágicos, Siferra rió secamente. El capataz hizo alguna especie de signo en dirección a ella…, un signo sagrado imaginó.

Los otros obreros, todos ellos hombres del pequeño poblado justo al este de las ruinas, hicieron el mismo gesto y empezaron a murmurarle cosas. ¿Plegarias? ¿A *ella?* Fue un momento extraño. Aquellos hombres, como sus padres y abuelos, habían estado excavando en Beklimot todas sus vidas, empleados por uno u otro arqueólogo, poniendo al descubierto pacientemente antiguos edificios y cerniendo la arena en busca de diminutos artefactos. Presumiblemente habían sufrido otras tormentas de arena antes. ¿Siempre se mostraban tan aterrados? ¿O era ésta alguna especie de

supertormenta?

—Aquí está —murmuró Balik—. Aquí está. —Y se cubrió el rostro con las manos.

Toda la energía de la tormenta de arena estalló sobre ellos.

Al principio Siferra permaneció de pie, mirando a través de una abertura en las lonas la monumental muralla ciclópea de la ciudad al otro lado del camino, como si simplemente manteniendo sus ojos fijos en el lugar fuera capaz de librarlo de todo daño. Pero, al cabo de un momento, eso se hizo imposible. Ráfagas de increíble calor barrían el aire, tan feroces que creyó que su pelo y sus cejas iban a estallar en llamas. Se apartó y alzó un brazo para protegerse el rostro.

Entonces llegó la arena y bloqueó toda visión. Era como un aguacero, una torrencial lluvia sólida. El sonido era tremendo, un tronar que no eran truenos exactamente sino el tamborilear de una miríada de diminutas partículas de arena contra el suelo. Dentro de ese gran sonido había otros, uno deslizante como un susurro, un raspar entrecortado, un delicado tamborileo. Y un terrible aullar. Siferra imaginó toneladas de arena cayendo en cascada, sepultando las paredes, sepultando los templos, sepultando los extensos cimientos de la zona residencial, sepultando todo el campamento.

Y sepultándolos a ellos.

Se situó de cara a la pared del risco y aguardó la llegada del final. Un poco para su sorpresa y pesar, se dio cuenta de que estaba sollozando histéricamente, de que bruscos y profundos gemidos brotaban de lo más profundo de su cuerpo. No quería morir. Por supuesto que no: ¿quién quería? Pero nunca se había dado cuenta hasta este momento de que podía haber algo peor que morir.

Beklimot, el más famoso yacimiento arqueológico del mundo, la más antigua ciudad conocida de la Humanidad, los cimientos de la civilización, iba a ser destruido…, y todo ello como resultado de su negligencia. Generaciones de los más grandes arqueólogos de Kalgash habían trabajado allí en el siglo y medio desde su descubrimiento: primero Galdo 221, el más grande de todos, y luego Marpin, Stinnupad, Shelbik, Numoin, toda la gloriosa lista…, y ahora Siferra, que había dejado todo el lugar estúpidamente desprotegido mientras la tormenta de arena se acercaba.

Mientras Beklimot había permanecido enterrada en la arena, las ruinas habían dormido pacíficamente durante miles de años, preservadas tal como estaban el día en que sus últimos habitantes cedieron finalmente a la rudeza del cambio de clima y abandonaron el lugar. Cada arqueólogo que había trabajado allí desde los días de Galdo había tomado mucho cuidado de exponer tan sólo una pequeña sección del yacimiento, y erigir pantallas y vallas contra la arena para protegerla contra el improbable pero serio peligro de una tormenta de

arena. Hasta ahora.

Ella también había erigido las habituales pantallas y vallas, por supuesto. Pero no frente a las nuevas excavaciones, no en la zona del santuario donde había enfocado últimamente sus investigaciones. Algunos de los más antiguos y espléndidos edificios de Beklimot estaban allí. Y ella, impaciente por empezar a excavar, arrastrada por su perpetuo impulso de seguir y seguir adelante, había fracasado en tomar las más elementales precauciones. Pero ahora, con el demoníaco rugir de la tormenta de arena en sus oídos y el cielo negro de destrucción…

Es mejor, pensó Siferra, que yo no sobreviva a esto. Al menos no tendré que leer lo que van a decir acerca de mí en todos los libros de arqueología que se publiquen en los próximos cincuenta años. *El gran yacimiento de Beklimot, que contenía datos sin paralelo acerca del primer desarrollo de la civilización en Kalgash hasta su desafortunada destrucción como resultado de las descuidadas prácticas de excavación empleadas por la joven y ambiciosa Siferra 89 de la Universidad de Saro…*

—Creo que está acabando —susurró Balik.

—¿El qué? — preguntó Siferra.

—La tormenta. ¡Escucha! Ahí fuera las cosas se están apaciguando.

—Debemos estar sepultados por tanta arena que no podemos oír nada, eso es todo.

—No. ¡No estamos sepultados, Siferra! —Balik tiró de la lona frente a ellos y consiguió alzarla un poco. Siferra atisbó por la zona despejada entre el risco y la muralla de la ciudad.

No pudo creer lo que veían sus ojos.

Lo que vio fue el claro y profundo azul del cielo. Y el brillar de la luz del sol. Era sólo el apagado y gélido resplandor blanco de los soles gemelos Tano y Sitha, pero en aquel momento eran la luz más maravillosa que jamás hubiera deseado ver.

La tormenta había pasado. Todo estaba tranquilo de nuevo.

¿Y dónde estaba la arena? ¿Por qué no estaba todo sepultado por la arena?

La ciudad todavía era visible: los grandes bloques de la muralla de piedra, el reflejo de los mosaicos, el picudo techo de piedra del Templo de los Soles. Incluso la mayor parte de las tiendas estaban aún en pie, incluidas casi todas las importantes. Tan sólo el campamento donde vivían los trabajadores había resultado fuertemente dañado, y eso podía repararse en unas pocas horas.

Aturdida, aún sin atreverse a creerlo, Siferra salió del refugio y miró a su alrededor. El suelo estaba libre de arena suelta. El oscuro estrato duro y recocido que formaba la superficie de la zona de excavación todavía podía verse. Parecía distinto ahora, como si

hubiera sufrido una curiosa abrasión, pero estaba limpio de cualquier depósito que la tormenta hubiera traído consigo.

Balik dijo, maravillado:

—Primero vino la arena y luego, detrás de ella, vino el viento. Y el viento se llevó toda la arena que había caído sobre nosotros, se la llevó tan rápido como cayera, y la arrastró consigo hacia el Sur. Un milagro, Siferra. Eso es lo único que podemos llamarlo. Mira…, puedes ver allá donde el suelo ha sido raspado por la abrasión, donde la somera capa superior de arena de la superficie ha sido arrastrada por el viento, quizá cincuenta años de erosión en sólo cinco minutos, pero…

Siferra apenas escuchaba. De pronto sujetó a Balik por el brazo y lo arrastró hacia un lado, lejos del sector principal del emplazamiento de su excavación.

—Mira allí —dijo.

—¿Dónde? ¿Qué?

Señaló:

—La Colina de Thombo.

El estratígrafo de amplios hombros miró.

—¡Dioses! ¡Ha sido hendida hasta la mitad!

La Colina de Thombo era un irregular montículo de mediana altura a unos quince minutos de camino hacia el Sur desde la parte principal de la ciudad. Nadie había trabajado en ella desde hacía más de cien años, desde la segunda expedición del gran pionero Galdo 221, y Galdo no había hallado nada significativo en ella. Era considerada generalmente como tan sólo un montículo al que los ciudadanos de la antigua Beklimot iban a echar su basura doméstica…, interesante en sí mismo, sí, pero trivial en comparación con las maravillas que abundaban en todas partes por otros sectores de la ciudad.

Al parecer, la Colina de Thombo había recibido sobre sí todo el impacto de la tormenta: y lo que generaciones de arqueólogos no se habían molestado en hacer lo había realizado la violencia de la tormenta de arena en tan sólo un momento. Una errática franja en zigzag había sido arrancada de la cara de la colina, como una terrible herida abierta hasta muy profundo en su ladera superior. Y trabajadores de campo experimentados como Siferra y Balik sólo necesitaban echar una única mirada para comprender la importancia de lo que ahora había quedado expuesto.

—Todo un yacimiento urbano debajo del estercolero —murmuró Balik.

—Más de uno, creo. Posiblemente una serie —dijo Siferra.

—¿Tú crees?

—Mira. Mira ahí, a la izquierda.

Balik silbó suavemente.

—¿No es eso una muralla estilo entrecruzado, bajo la esquina de esos cimientos ciclópeos?

—Tú lo has dicho.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Siferra. Se volvió hacia Balik y vio que él estaba tan sorprendido como ella. Tenía los ojos muy abiertos, el rostro muy pálido.

—¡En nombre de la Oscuridad! —murmuró roncamente—. ¿Qué es lo que tenemos aquí, Siferra?

—No estoy segura. Pero tengo intención de empezar a descubrirlo ahora mismo. —Volvió la vista hacia el refugio bajo el risco, donde Thuvvik y sus hombres permanecían aún agazapados presas del terror, haciendo gestos sagrados y balbuceando plegarias con voces bajas y aturdidas, como si fueran capaces de comprender que estaban a salvo del poder de la tormenta.

—¡Thuvvik! —gritó Siferra, y le hizo un gesto vigoroso, casi irritado—. ¡Venid aquí fuera, tú y tus hombres! ¡Tenemos trabajo que hacer!

3

Harrim 682 era un hombre grande y corpulento de unos cincuenta años, con enormes haces de músculos que sobresalían de sus brazos y pecho y una gruesa capa aislante de grasa sobre ellos. Sheerin lo estudió a través de la ventana de la habitación del hospital y supo de inmediato que él y Harrim iban a llevarse bien.

—Siempre me he sentido inclinado hacia la gente que tiene, bueno, un tamaño mayor de lo habitual —explicó el psicólogo a Kelaritan y Cubello—. Yo he sido uno de ellos la mayor parte de mi vida, ¿saben? —Rió agradablemente—. Soy grasa por todas partes. Excepto aquí, por supuesto —añadió con rapidez, mientras se daba unos golpecitos con un dedo en la sien—. ¿Qué tipo de trabajo hace este Harrim?

—Estibador —dijo Kelaritan—. Treinta y cinco años en los muelles de Jonglor. Ganó una entrada para el día de la inauguración del Túnel del Misterio en una lotería. Llevó a toda su familia. Todos resultaron afectados en cierto grado, pero él fue el peor. Eso resulta muy embarazoso para él, el que un hombre grande y fuerte como él sufra un colapso tan total.

—Puedo imaginarlo —asintió Sheerin—. Tendré eso en cuenta. Vamos a hablar con él.

Entraron en la habitación.

Harrim estaba sentado erguido, mirando sin interés un cubo giratorio que lanzaba luces en media docena de colores contra la pared opuesta a su cama. Sonrió afablemente cuando vio a Kelaritan, pero pareció envararse cuando reparó en el abogado Cubello detrás del director del hospital, y su rostro se volvió completamente glacial a la vista de Sheerin.

—¿Quién es él? —preguntó a Kelaritan—. ¿Otro abogado?

—En absoluto. Se trata de Sheerin 501, de la Universidad de Saro. Está aquí para ayudarle a ponerse bien.

—Hum —bufó Harrim—. ¡Otra lumbrera! ¿Qué bien me han hecho ninguno de ustedes?

—Tiene toda la razón —dijo Sheerin—. El único que realmente puede ayudar a Harrim a ponerse bien es Harrim, ¿eh? Usted lo sabe y yo lo sé, y quizás pueda persuadir a la gente del hospital a que lo vean así también. —Se sentó en el borde de la cama. Crujió bajo el peso del sicoanalista—. Al menos en este lugar tienen camas decentes. Han de ser muy buenas si pueden sostenernos a nosotros dos al mismo tiempo. No le gustan los abogados, observo. A mí tampoco, amigo.

—No son más que unos liosos miserables —dijo Harrim—. Llenos de trucos. Te hacen decir cosas que no querías decir, contándote que

pueden ayudarte si dices esto y aquello, y luego terminan utilizando tus propias palabras contra ti. Eso es lo que me parece, al menos.

Sheerin alzó la vista hacia Kelaritan.

—¿Es absolutamente necesario que Cubello esté presente en esta entrevista? Creo que las cosas irían mucho mejor sin él.

—Estoy autorizado a tomar parte en cualquier… —empezó a decir rígidamente Cubello.

—Por favor —interrumpió Kelaritan, y la palabra tenía detrás más fuerza que cortesía—. Sheerin tiene razón. Tres visitantes a la vez pueden ser demasiado para Harrim hoy. Y usted ya conoce su historia.

—Bien… —dijo Cubello con rostro sombrío. Pero al cabo de un momento se dio la vuelta y salió de la habitación. Sheerin señaló disimuladamente a Kelaritan que ocupara un asiento en la esquina más alejada de la habitación.

Luego, volviéndose de nuevo al hombre en la cama, le ofreció su sonrisa más afable y dijo:

—Todo esto ha sido más bien duro, ¿verdad'

—Usted lo ha dicho.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Harrim se encogió de hombros.

—Creo que una semana, dos semanas. O quizás un poco más. No lo sé exactamente. Desde…

Guardó silencio.

—¿La Exposición de Jonglor? —animó Sheerin.

—Desde que hice aquel recorrido, sí.

—Eso es un poco más que sólo una o dos semanas —observó Sheerin.

—¿De veras? —Los ojos de Harrim se velaron. No deseaba oír nada acerca del tiempo que llevaba en el hospital.

Sheerin cambió de táctica.

—Apuesto a que nunca soñó usted que llegaría un día en el que se dijera a sí mismo que se alegraría de volver a los muelles, ¿eh?

Con una sonrisa, Harrim dijo:

—¡Puede volver a decirlo! Amigo, lo que daría por estar manejando esas cajas de un lado para otro mañana. —Se miró las manos. Eran unas manos grandes, poderosas, de gruesos dedos, aplastados en las puntas, uno de ellos torcido a causa de alguna antigua lesión—. Me estoy poniendo blando, tendido aquí todo el tiempo. Cuando vuelva al trabajo ya no serviré para nada.

—¿Qué es lo que le retiene aquí, entonces? ¿Por qué simplemente no se levanta y se pone su ropa de calle y sale de aquí?

Kelaritan, desde su rincón, emitió un leve sonido de advertencia. Sheerin le hizo un gesto de que se mantuviera tranquilo.

Harrim dirigió a Sheerin una mirada de sorpresa.

—¿Simplemente levantarme y salir de aquí?

—¿Por qué no? No está usted prisionero.

—Pero si hiciera eso…, si hiciera eso…

La voz del trabajador portuario murió.

—Si hiciera usted eso, ¿qué? —preguntó Sheerin.

Harrim guardó silencio durante largo rato, el rostro sombrío, la frente fuertemente ceñuda. Fue a hablar varias veces pero se detuvo antes de hacerlo. El psicólogo aguardó pacientemente. Al fin, Harrim dijo, en un tono tenso, ronco, medio estrangulado:

—No puedo salir de aquí. Debido a…, debido…, debido a… —Luchó consigo mismo—. La Oscuridad —dijo al fin.

—La Oscuridad —repitió Sheerin.

La palabra colgó allí entre los dos como una cosa tangible.

Harrim parecía trastornado por aquello, incluso avergonzado. Sheerin recordó que entre la gente de la clase de Harrim aquélla era una palabra que raras veces se usaba en compañía educada. Para Harrim, el término era, si no francamente obsceno, sí en un cierto sentido sacrílego. A nadie en Kalgash le gustaba pensar en la Oscuridad; pero cuanta menos educación poseía uno, más amenazador resultaba dejar que la mente se centrara en la posibilidad de que los seis amigables soles desaparecieran de algún modo a la vez totalmente del cielo, que reinara la absoluta oscuridad. La idea era impensable…, literalmente impensable.

—La Oscuridad, sí —dijo Harrim—. De lo que tengo miedo es de que…, de que si salgo fuera me encontraré de nuevo en la Oscuridad. Eso es. La Oscuridad, por todas partes de nuevo.

—Ha habido una completa reversión de los síntomas en las últimas semanas —dijo Kelaritan en voz baja—. Al principio era precisamente lo opuesto. No podías hacerle entrar en un lugar cerrado a menos que lo sedaras. Al empezar fue un poderoso caso de claustrofobia; luego, después de un cierto tiempo, un cambio total a claustrofilia. Creemos que es un síntoma de que se está curando.

—Quizá sí —admitió Sheerin—. Pero, si no le importa…

Se dirigió de nuevo a Harrim, amablemente:

—Usted fue uno de los primeros en efectuar el recorrido por el Túnel del Misterio, ¿no es así?

—El primer día, sí. —Una nota de orgullo brotó en la voz de Harrim—. Se hizo una lotería en la ciudad. Un centenar de personas obtuvieron recorridos gratis. Debieron de venderse un millón de boletos, y el mío fue el quinto elegido. Yo, mi esposa, mi hijo, mis dos hijas, todos fuimos. El primer día.

—¿Quiere hablarme un poco acerca de cómo fue todo?

—Bueno —dijo Harrim—. Fue… —Hizo una pausa—. Nunca antes había estado en la Oscuridad, ¿sabe? Ni siquiera en una

habitación a oscuras. Nunca. No era algo que me interesara. Siempre teníamos una luz de vela en el dormitorio cuando yo era pequeño, y cuando me casé y tuve mi propia casa instalé una también, por supuesto. Mi esposa opina lo mismo que yo. La Oscuridad no es natural. No es algo que se supone que deba existir.

—Pero participó usted en la lotería.

—Bueno, era una ocasión única. Y se trataba de diversión, ¿sabe? Algo especial. Una auténtica fiesta. La gran exposición, el cincuentenario de la ciudad, ¿no? Todo el mundo compraba boletos. Y pensé: eso tiene que ser algo diferente, tiene que ser algo realmente bueno, o de otro modo no lo hubieran construido. Así que compré el boleto. Y, cuando gané, todo el mundo en los muelles se sintió celoso, y todos desearon que el boleto hubiera sido el suyo, algunos de ellos incluso quisieron comprármelo… No, señor, les dije, no está a la venta, es nuestro boleto, el mío y de mi familia…

—¿Así que se sentía excitado acerca de efectuar el trayecto en el Túnel?

—Oh, sí. Apueste a que sí.

—¿Y cuando lo estuvo efectuando realmente? ¿Cuándo empezó el trayecto? ¿Qué sintió entonces?

—Bueno… —empezó a decir Harrim. Se humedeció los labios, y sus ojos parecieron mirar hacia una gran distancia—. Estaban esos cochecitos, ¿sabe?, sólo una especie de tablas con asientos, abiertos por arriba. Entrabas en ellos, seis personas en cada uno, aunque nos dejaron ir sólo a nosotros cinco, porque éramos una familia y casi éramos los suficientes para llenar todo un coche sin tener que poner a un desconocido con nosotros. Y entonces oías una música y el coche empezaba a moverse dentro del Túnel. Muy lentamente, no como lo haría un coche en la carretera, apenas arrastrándose. Y entonces estabas dentro del Túnel. Y entonces…, entonces…

Sheerin aguardó de nuevo.

—Adelante —dijo al cabo de un minuto, cuando Harrim no mostró ningún signo de continuar—. Háble me de ello. Quiero saber cómo era aquello, de veras.

—Entonces la Oscuridad —dijo Harrim roncamente. Sus grandes manos se estremecieron ante el recuerdo—. Caía sobre ti como si hubieran dejado caer un sombrero gigante encima de tu cabeza, ¿sabe? Y todo se volvió negro de pronto. —Los estremecimientos se estaban convirtiendo en un violento temblor—. Oí reír a mi hijo Trinit. Es un chico listo, Trinit. Pensaba que la Oscuridad era algo sucio, apueste a que sí. De modo que se echó a reír, y yo le dije que se callara, y entonces una de mis hijas se puso a llorar un poco, y yo le dije que todo estaba bien, que no había nada de lo que preocuparse, que aquello iba a durar sólo quince minutos, y que ella debía

considerarlo como si fuera un desafío, no algo de lo que asustarse. Y entonces…, entonces…

Silencio de nuevo. Esta vez Sheerin no le animó a seguir.

—Entonces la sentí cerrarse sobre mí. La Oscuridad. Todo era Oscuridad… No puede imaginar usted lo que era…, no puede imaginar lo negro que era…, lo negro…, la Oscuridad…, la Oscuridad…

Harrim se estremeció de pronto y grandes sollozos desgarradores brotaron de él, casi como convulsiones.

—La Oscuridad…, ¡oh, Dios, la Oscuridad…!

—Tranquilo, hombre. No hay nada que temer aquí. ¡Mire la luz del sol! Cuatro soles hoy, Harrim. Tranquilo, hombre…

—Déjeme ocuparme de esto —indicó Kelaritan. Había acudido corriendo al lado de la cama cuando empezaron los sollozos. Una aguja brilló en su mano.. La apoyó contra el musculoso brazo de Harrim y hubo un breve zumbido. Harrim se calmó casi de inmediato. Se derrumbó hacia atrás contra la almohada y sonrió con ojos vidriosos—. Tenemos que dejarle ahora —dijo Kelaritan.

—Pero apenas hemos empezado a…

—Nada de lo que diga durante horas va a tener sentido. Será mejor que vayamos a almorzar.

—A almorzar, sí —dijo Sheerin, sin mucha convicción. Para su propia sorpresa, apenas tenía apetito. A duras penas podía recordar las veces en que se había sentido así—. ¿Y él es uno de los más fuertes que tienen?

—Uno de los más estables, sí.

—¿Cómo están los otros, entonces?

—Algunos en estado completamente catatónico. Otros necesitan sedación al menos la mitad del tiempo. En el primer estadio, como dije, no desean entrar en ningún lugar cerrado. Cuando salieron del Túnel parecían estar en perfecto estado, ¿sabe?, excepto que habían desarrollado una claustrofobia instantánea. Se negaban a entrar en los edificios: cualquier edificio, incluidos palacios, mansiones, casas de apartamentos, casas de vecindad, chozas, cabañas, cobertizos y tiendas.

Sheerin sintió una profunda sensación de shock. Su tesis doctoral había versado sobre los desórdenes inducidos por la oscuridad. Por eso le habían pedido que acudiera allí. Pero nunca había oído nada tan extremo como esto.

—¿No querían entrar en absoluto en ningún local cerrado? ¿Dónde dormían?

—Al aire libre.

—¿Intentó alguien *obligarles* a entrar en algún sitio?

—Oh, lo hicieron, por supuesto, lo hicieron. En todos los casos

esas personas sufrieron un ataque de histeria violenta. Algunos de ellos incluso desarrollaron tendencias suicidas…, se lanzaron contra una pared y golpearon sus cabezas contra ella, cosas así. Una vez los tenías dentro de algún sitio, no podías retenerlos sin una camisa de fuerza y una buena inyección inmovilizadora o algún sedante fuerte.

Sheerin contempló al gran estibador, que ahora estaba durmiendo, y agitó la cabeza.

—Pobres diablos.

—Ésa fue la primera fase. Harrim se halla en la segunda fase ahora, la claustrofílica. Se ha adaptado a estar aquí, y el síndrome ha dado completamente la vuelta. Sabe que está seguro aquí dentro en el hospital, con brillantes luces todo el tiempo a su alrededor. Pero aunque puede ver los soles brillar a través de la ventana, tiene miedo a ir fuera. Cree que fuera está oscuro.

—Pero eso es absurdo —dijo Sheerin—. Nunca es oscuro fuera.

Apenas decir aquello se sintió como un estúpido.

Kelaritan remachó el tema, de todos modos.

—Todos sabemos eso, doctor Sheerin. Cualquier persona cuerda lo sabe. Pero el problema con la gente que se ha sumido en el trauma en el Túnel del Misterio reside en que ya no está cuerda.

—Sí. Eso deduzco —dijo Sheerin avergonzadamente.

—Puede entrevistarse con algunos de nuestros otros pacientes más tarde —dijo Kelaritan—. Quizás ellos le proporcionen algunas otras perspectivas del problema. Y luego, mañana, le llevaremos a ver el Túnel en sí. Lo hemos cerrado, por supuesto, ahora que sabemos las dificultades, pero los padres de la ciudad se sienten muy ansiosos por hallar alguna forma de reabrirlo. La inversión, según tengo entendido, fue inmensa. Pero primero vayamos a almorzar, ¿de acuerdo, doctor?

—A almorzar, sí —repitió Sheerin, con menos entusiasmo aún que antes.

4

La gran cúpula del observatorio de la Universidad de Saro, que se alzaba majestuosamente dominando las boscosas laderas del monte del Observatorio, resplandecía brillante a la luz de última hora de la tarde. El pequeño orbe rojo de Dovim se había deslizado ya más allá del horizonte, pero Onos estaba aún alto en el Oeste, y Trey y Patru, que cruzaban el cielo por el Este en una pronunciada diagonal, arrojaban brillantes senderos de luz a lo largo de la enorme cara de la cúpula.

Beenay 25, un esbelto y ágil joven de modales rápidos y alertas, fue de un lado para otro con paso vivo por el pequeño apartamento en Ciudad de Saro, debajo del observatorio, que compartía con su compañera contractual, Raissta 717, reuniendo sus libros y papeles.

Raissta, arrellanada confortablemente en la desgastada tapicería verde de su pequeño diván, alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Vas a alguna parte, Beenay?

—Al observatorio.

—Pero si es muy *pronto*. Normalmente no vas allí hasta después de la puesta de Onos. Y todavía faltan horas para eso.

—Hoy tengo una cita, Raissta.

Ella le dirigió una mirada cálida y seductora. Ambos eran estudiantes graduados a punto de cumplir la treintena, ambos eran profesores ayudantes, él de astronomía, ella de biología, y llevaban tan sólo siete meses como compañeros contractuales. Su relación se hallaba aún en el primer florecimiento de la excitación. Pero ya habían surgido problemas. Él hacía su trabajo durante las últimas horas, cuando normalmente sólo unos pocos de los soles menores se hallaban en el cielo. Ella se hallaba en sus mejores momentos en el período de máxima luz, bajo el resplandor dorado del brillante Onos.

Últimamente él había pasado cada vez más y más tiempo en el observatorio, y había llegado un momento en el que apenas coincidían despiertos. Beenay sabía lo difícil que resultaba aquello para ella. También resultaba difícil para *él*. De todos modos, el trabajo que estaba efectuando sobre la órbita de Kalgash era muy exigente y le conducía a regiones cada vez más difíciles que hallaba a la vez provocativas y alarmantes. Si tan sólo Raissta fuera paciente unas pocas semanas más…, uno o dos meses quizá…

—¿No puedes quedarte un poco más esta tarde? —preguntó ella. Beenay sintió que se le desfondaba el corazón. Raissta le miraba de aquella forma tan peculiar de ven-aquí-y-juguemos. No resultaba fácil resistirse, y en realidad no deseaba hacerlo. Pero Yimot y Faro estarían esperándole.

—Te lo he dicho. Tengo una…

—… cita, sí. Bueno, yo también. Contigo.

—¿Conmigo?

—Ayer dijiste que tal vez tuvieras algo de tiempo libre esta tarde. Contaba con ello, ¿sabes? Me agencié yo también un poco de tiempo libre, de hecho hice mi trabajo de laboratorio esta mañana, así que…

Las cosas se ponían cada vez peores, pensó Beenay. Recordaba haber dicho algo acerca de aquella tarde, olvidando por completo el hecho de que había arreglado las cosas para reunirse con los dos jóvenes estudiantes.

Ella hizo un mohín, sin dejar de algún modo de sonreír al mismo tiempo, un truco que había conseguido perfeccionar. Beenay deseó olvidarlo todo acerca de Faro y Yimot y dirigirse directamente hacia ella. Pero, si hacía eso, llegaría una hora tarde a su cita con ellos, y eso no era justo. Dos horas, quizá.

Y tenía que admitirse a sí mismo que se sentía desesperadamente ansioso por saber si los cálculos de los dos hombres habían confirmado los suyos.

Era prácticamente una lucha entre dos fuerzas iguales: el poderoso atractivo de Raissta por una parte, y el deseo de descansar su mente acerca de un importante asunto científico por la otra. Y, aunque tenía la obligación de llegar a la hora a su cita, Beenay se dio cuenta no sin cierta confusión de que en cierto modo había establecido una cita con Raissta también…, y de que se trataba no sólo de un asunto de obligación sino también de deleite.

—Mira —dijo, al tiempo que se dirigía al diván y tomaba la mano de ella entre las suyas—. No puedo estar en dos lugares a la vez, ¿de acuerdo? Y, cuando te dije lo que te dije ayer, olvidé que Faro y Yimot vendrían hoy a verme al observatorio. Pero haré un trato contigo. Déjame subir allí y arreglar las cosas con ellos, y luego me saltaré todo lo demás y volveré aquí dentro de un par de horas. ¿Qué te parece?

—Se supone que tienes que fotografiar esos asteroides esta tarde —dijo ella, con un mohín de nuevo, y esta vez sin sonreír en absoluto.

—¡Maldita sea! Bueno, le pediré a Thilanda que haga el trabajo fotográfico por mí, o a Hikkinan. O a alguien. Volveré a la puesta de Onos, es una promesa.

—¿Una promesa?

Él apretó fuertemente su mano y le ofreció una rápida sonrisa insinuante.

—Una que pienso mantener. Puedes apostar lo que quieras. ¿De acuerdo? ¿No estás enfadada?

—Bueno…

—Me sacaré a Faro y Yimot de encima tan rápido como pueda.

—Será mejor que lo hagas. —Y, mientras él reunía sus papeles de

nuevo, añadió—: De todos modos, ¿por qué es tan terriblemente importante este asunto con Faro y Yimot?

—Trabajo de laboratorio. Estudios gravitatorios.

—Debo decir que para mí no suena en absoluto importante.

—Espero que resulte no ser importante para nadie —respondió Beenay—. Pero eso es algo que necesito descubrir lo antes posible.

—Me gustaría saber de qué estás hablando.

Él echó una ojeada a su reloj e inspiró profundamente. Supuso que podía quedarse allí otro minuto o dos.

—Sabes que últimamente he estado trabajando en el problema del movimiento orbital de Kalgash en torno a Onos, ¿no?

—Por supuesto.

—Muy bien. Hace un par de semanas descubrí una anomalía. Mis números orbitales no encajaban con la Teoría de la Gravitación Universal. Así que los comprobé, naturalmente, pero me dieron exactamente el mismo resultado la segunda vez. Y la tercera. Y la cuarta. Siempre la misma anomalía, no importaba el método de cálculo que utilizara.

—Oh, Beenay, lamento tanto oír eso. Has trabajado tan duro en ello, lo sé, y descubrir ahora que tus conclusiones no son correctas…

—¿Y si lo fueran a pesar de todo?

—Pero has dicho…

—En este punto no sé si mis cálculos son correctos o erróneos. Hasta ahora todo lo que puedo decir es que son correctos, pero no parece concebible que lo sean. Los he comprobado y comprobado y comprobado, y cada vez he obtenido el mismo resultado, tras todo tipo de comprobaciones para asegurarme de que no he cometido ningún error en ellos. Pero el resultado que obtengo es imposible. La única explicación a la que puedo llegar es que parto de una suposición disparatada y lo hago todo correctamente desde entonces, en cuyo caso voy a encontrarme con la misma respuesta equivocada no importa el método que utilice para comprobar mis cálculos. Puede que esté ciego a algún problema fundamental en la base de todo mi conjunto de postulados. Si empiezas como una cifra equivocada para la masa planetaria, por ejemplo, hallarás una órbita equivocada para tu planeta no importa lo exactos que sean todo el resto de tus cálculos. ¿Me sigues?

—Hasta ahora, sí.

—En consecuencia he dado el problema a Faro y Yimot, sin decirles realmente de qué se trataba, y les he pedido que calculen todo el asunto desde el principio. Son unos chicos brillantes. Puedo contar con ellos para que hagan unos cálculos decentes. Y si terminan con la misma conclusión que yo, y además llegan a ella desde un ángulo que excluya completamente cualquier error que yo pueda haber metido en

mi línea de razonamiento, entonces tendré que admitir que mis cifras son correctas después de todo.

—Pero no pueden hacerlo, Beenay. ¿No acabas de decir que tus resultados son contrarios a la Ley de la Gravitación Universal?

—¿Y si la Ley de la Gravitación Universal es errónea, Raissta?

—¿Qué? ¿Qué?

Se lo quedó mirando fijamente. Había un asombro total en sus ojos.

—¿Ves el problema? —preguntó Beenay—. ¿Ves por qué necesito saber inmediatamente lo que Yimot y Faro han encontrado?

—No —dijo ella—. No, no lo veo en absoluto.

—Hablaremos de ello más tarde. Te lo prometo.

—Beenay… —medio decepcionada.

—Tengo que irme. Pero volveré tan pronto como pueda. ¡Es una promesa, Raissta! ¡Una promesa!

5

Siferra se detuvo tan sólo el tiempo suficiente para tomar un pico y un cepillo de la tienda del equipo, que había sido medio derribada hacia un lado por la tormenta de arena pero estaba todavía razonablemente intacta. Luego trepó por el lado de la Colina de Thombo, con Balik izándose enérgicamente a sus talones. El joven Eilis 18 estaba asomado en el refugio bajo el risco ahora, y permanecía con la vista alzada hacia ellos. Thuvvik y su grupo de trabajadores estaban un poco más atrás, observando, rascándose desconcertados la cabeza.

—Cuidado —advirtió Sierra a Balik, cuando hubo alcanzado el inicio de la canal abierta que la tormenta de arena había excavado en la colina—. Voy a intentar un corte de prueba.

—¿No deberíamos fotografiarlo primero y…?

—He dicho cuidado —dijo ella secamente, mientras clavaba su pico en la ladera de la colina y lanzaba una lluvia de tierra suelta rodando contra la cabeza y hombros de su compañero.

Éste saltó hacia un lado, escupiendo arena.

—Lo siento —dijo ella, sin mirar hacia abajo. Clavó el pico en la ladera una segunda vez y abrió más la canal de la tormenta. Sabía que cortar de aquel modo no era la mejor de las técnicas. Su mentor, el gran viejo Shelbik, se estaría probablemente agitando en su tumba. Y el fundador de su ciencia, el reverenciado Galdo 221, debía de estar mirando sin duda hacia abajo desde su exaltado lugar en el panteón de los arqueólogos y sacudiendo tristemente la cabeza.

Por otro lado, Shelbik y Galdo habían tenido la oportunidad de poner al descubierto lo que había en la Colina de Thombo, y no la habían aprovechado. Si ella se sentía un poco demasiado excitada ahora, con una prisa ligeramente excesiva en su ataque, bueno, simplemente tendrían que perdonarla. Ahora que la aparente calamidad de la tormenta de arena se había transformado en una extraordinaria buena suerte, ahora que la aparente ruina de su carrera se había convertido inesperadamente en la base de su encumbramiento, Siferra era incapaz de contenerse y no descubrir de inmediato lo que había enterrado allí. No podía. Absolutamente no podía.

—Mira… —murmuró, echando una gran masa de recubrimiento a un lado y empezando a trabajar con el cepillo—. Tenemos una capa carbonizada aquí, justo al nivel de los cimientos de la ciudad ciclópea. El lugar debió de arder hasta la misma piedra. Pero si miras un poco más abajo en la colina podrás ver que la ciudad estilo entrecruzado se asienta inmediatamente debajo de esta línea de fuego…, la gente

ciclópea simplemente clavó sus monumentales cimientos encima de la ciudad más antigua…

—Siferra… —empezó a decir Balik, intranquilo.

—Lo sé, lo sé. Pero déjame al menos empezar a ver lo que hay aquí. Sólo un pequeño sondeo ahora, y luego podremos ponernos a hacer las cosas de la manera adecuada. —Tenía la sensación de estar transpirando de la cabeza a los pies. Empezaban a dolerle los ojos, tan intensamente miraba—. ¿Lo ves? Estamos todavía casi en la parte superior de la colina, y ya tenemos dos ciudades. Y supongo que, si abrimos el montículo un poco más, en alguna parte alrededor de donde podemos esperar hallar los cimientos de la gente del estilo entrecruzado, encontraremos…, ¡sí! ¡Sí! ¡Aquí! ¡Por la Oscuridad, mira eso, Balik! ¡Simplemente mira!

Señaló triunfante con la punta de su pico.

Era evidente otra oscura línea de carbón ante ellos, cerca de los cimientos del edificio estilo entrecruzado. El segundo nivel más alto también había sido destruido por el fuego, del mismo modo que el ciclópeo. Y, por el aspecto que tenían las cosas, se asentaba sobre las ruinas de un poblado aún más antiguo.

Balik se sentía atrapado ahora también por la fiebre. Se pusieron a trabajar juntos para dejar al descubierto la cara exterior de la colina, a medio camino entre el nivel del suelo y la rota parte superior. Eilis les llamó para preguntarles qué estaban haciendo, por Kalgash, pero le ignoraron. Prendidos por el ansia y la curiosidad, abrieron rápidamente la arena compactada por el viento, avanzando cinco centímetros al interior de la colina, diez, quince…

—¿Ves lo que veo yo? —exclamó Siferra.

—Otro poblado, sí. Pero, ¿qué tipo de arquitectura es ésta, puedes decírmelo?

Ella se encogió de hombros.

—Es nuevo para mí.

—Y para mí también. Algo muy arcaico, eso seguro.

—No hay duda al respecto. Pero creo que no es lo más arcaico que tenemos aquí, en absoluto. —Siferra miró hacia el distante suelo —. ¿Sabes lo que pienso, Balik? Hemos descubierto cinco ciudades aquí, seis, siete, quizás ocho, cada una directamente encima de la anterior. ¡Tú y yo podríamos pasar el resto de nuestras vidas cavando en esta colina!

Se miraron el uno al otro, maravillados.

—Será mejor que bajemos y tomemos algunas fotos ahora. —Se sentía casi tranquila de pronto. Ya había bastante de aquel furioso picar y cavar, pensó. Era hora de volver a ser profesionales. Tenían que enfrentarse a aquella colina como eruditos, no como buscadores de tesoros o periodistas.

Que Balik tomara sus fotografías primero, desde todos los ángulos. Luego tomarían muestras del suelo a nivel superficial, y clavarían los primeros marcadores, y seguirían paso a paso todo el resto de los procedimientos preliminares estándar.

Luego un corte de prueba, un atrevido pozo directamente a través de la colina, para obtener una idea de lo que tenían realmente allí.

Y luego, se dijo a sí misma, pelaremos esta colina capa tras capa. La abriremos por completo, arrancaremos cada estrato para mirar lo que hay en el de debajo, hasta que alcancemos el suelo virgen. Y cuando hayamos hecho todo eso, se juró, sabremos más de la prehistoria de Kalgash de lo que todos mis predecesores puestos juntos han sido capaces de averiguar desde que los primeros arqueólogos llegaron a Beklimot para excavar.

6

—Lo hemos arreglado todo para su inspección del Túnel del Misterio, doctor Sheerin —dijo Kelaritan—. Si está usted frente a su hotel dentro de una hora, nuestro coche le recogerá.

—De acuerdo —dijo Sheerin—. Le veré dentro de una hora.

El grueso psicólogo colgó el auricular y se miró solemnemente en el espejo opuesto a su cama.

El rostro que le devolvió la mirada era un rostro turbado. Parecía tan consumido y ojeroso que tironeó de sus mejillas para asegurarse de que todavía estaban allí. Sí, allí estaban, sus familiares mejillas carnosas. No había perdido ni un gramo. La consunción estaba toda en su mente.

Sheerin había dormido mal —en realidad apenas había dormido, o eso le parecía ahora—, y ayer tan sólo había picoteado su comida. Y en estos momentos no tenía el menor apetito. El pensamiento de bajar a tomar el desayuno no le atraía en lo más mínimo. No sentirse hambriento era un concepto extraño para él.

¿Era lo taciturno de su humor, se preguntó, el resultado de sus entrevistas con los infelices pacientes de Kelaritan ayer?

¿O simplemente le aterraba la idea de cruzar el Túnel del Misterio?

Ciertamente, ver a aquellos tres pacientes no había sido fácil. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que había hecho trabajo clínico, y evidentemente su estancia entre los académicos de la Universidad de Saro había atenuado el distanciamiento profesional que permitía a los miembros de las artes curativas enfrentarse a la enfermedad sin verse abrumados por la compasión y el pesar. Sheerin se sintió sorprendido ante aquello, ante la piel fina y el corazón tierno que parecía haber desarrollado.

Aquel primer paciente, Harrim, el estibador…, parecía lo bastante recio como para soportar cualquier cosa. Y, sin embargo, quince minutos de Oscuridad en su trayecto a través del Túnel del Misterio lo habían reducido a un estado tal que el simple hecho de revivir el trauma en su memoria lo sumía en una balbuceante histeria. Qué terriblemente triste era aquello.

Y luego los otros dos, por la tarde…, estaban en peor estado aún. Gistin 190, la maestra de escuela, aquella encantadora y frágil mujer de ojos oscuros e inteligentes…, no había sido capaz de dejar de sollozar ni un solo momento y, aunque podía hablar claramente y bien, al menos al principio, su historia había degenerado a meros balbuceos incoherentes al cabo de unas pocas frases. Y Chimmilit 97, el atleta de la escuela secundaria, evidentemente un espécimen en

perfecta forma física… Sheerin iba a tardar en olvidar cómo había reaccionado el muchacho a la vista del cielo vespertino cuando Sheerin abrió las contraventanas de su habitación. Allí estaba Onos brillando en el Oeste, y todo lo que aquel fornido y apuesto muchacho consiguió decir fue «La Oscuridad…, la Oscuridad…», ¡antes de darse la vuelta e intentar ocultarse debajo de su cama!

La Oscuridad…, la Oscuridad…

Y ahora, pensó Sheerin lúgubremente, es mi turno de efectuar el trayecto por el Túnel del Misterio.

Por supuesto, podía simplemente renunciar. No había nada en su contrato como consultor con la Municipalidad de Jonglor que requiriera arriesgar su cordura. Había sido capaz de presentar una opinión bastante válida sin necesidad de poner su cuello en peligro.

Pero algo en él se rebelaba ante tal timidez. Su orgullo profesional, si no otra cosa, lo empujaba hacia el Túnel. Estaba allí para estudiar el fenómeno de la histeria de masas, y para ayudar a esa gente a elaborar formas no sólo de curar a las actuales víctimas sino de prevenir recurrencias de tales tragedias. ¿Cómo podía dignarse explicar lo que les había ocurrido a las victimas del Túnel si no efectuaba un profundo estudio personal de la causa de sus trastornos? *Tenía* que hacerlo. No sería honesto actuar de otro modo.

Y tampoco deseaba que nadie, ni siquiera esos extranjeros aquí en Jonglor, pudiera acusarle de cobardía. Recordaba las burlas de su infancia: «¡Gordito es un cobarde! ¡Gordito es un cobarde!» Todo porque no había querido subirse a un árbol que estaba a todas luces más allá de las capacidades de su pesado y mal coordinado cuerpo. Pero Gordito no era un cobarde. Sheerin lo sabía. Se sentía satisfecho consigo mismo: un hombre cuerdo y bien equilibrado. Simplemente no quería que otras personas hicieran suposiciones incorrectas acerca de él debido a su poco heroica apariencia.

Además, menos de uno de cada diez de todos aquellos que habían cruzado el Túnel del Misterio habían salido de él mostrando algún síntoma de alteración emocional. Y esa gente tenía que haber sido vulnerable de alguna manera especial. Precisamente debido a que estaba tan cuerdo, se dijo a sí mismo, debido a que estaba tan bien equilibrado, no tenía nada que temer.

Nada…

que…

temer…

Siguió repitiéndose esas palabras hasta que se sintió casi tranquilo.

Aún así, Sheerin no se sentía tan alegre como de costumbre cuando bajó la escalera para aguardar el coche del hospital que le recogería.

Kelaritan estaba allí, y Cubello, y una mujer de aspecto impresionante llamada Varitta 312, que le fue presentada como uno de los ingenieros que habían diseñado el Túnel. Sheerin los saludó a todos con cordiales apretones de manos y una amplia sonrisa que esperó que pareciera convincente.

—Un hermoso día para un viaje al parque de diversiones —dijo, intentando sonar jovial.

Kelaritan le miró de una forma extraña.

—Me alegro de que sienta así. ¿Durmió usted bien, doctor Sheerin?

—Muy bien, gracias…, tan bien como podía esperarse, debería decir. Después de ver a toda esa gente infeliz ayer.

—¿No se siente usted optimista acerca de sus posibilidades de recuperación, entonces? —preguntó Cubello.

—Me gustaría sentirme optimista —le dijo Sheerin al abogado de forma ambigua.

El coche avanzó suavemente por la calle.

—Son unos veinte minutos de camino hasta los terrenos de la Exposición del Centenario —dijo Kelaritan—. La Exposición en sí estará atestada, lo está cada día, pero hemos hecho acordonar una amplia sección de la zona de diversiones a fin de que no seamos molestados. El Túnel del Misterio en sí, como usted sabe, ha permanecido cerrado desde que se hizo evidente toda la extensión de los trastornos.

—¿Quiere decir las muertes?

—Evidentemente, no podíamos permitir que siguiera abierto después de eso —dijo Cubello—. Pero tiene que darse cuenta usted de que habíamos estudiado su cierre desde mucho antes. Era una cuestión de determinar si la gente que parecía haber sufrido trastornos por su trayecto a través del Túnel había sufrido realmente algún daño, o simplemente se dejaba arrastrar por la histeria popular.

—Por supuesto —dijo Sheerin con tono seco—. El Concejo de la Ciudad no desearía cerrar una atracción que proporcionaba buenos dividendos excepto por una muy buena razón. Como el tener a un puñado de sus clientes muertos de repente por el miedo, supongo.

La atmósfera en el coche se volvió claramente helada. Al cabo de un rato, Kelaritan dijo:

—El Túnel no era tan sólo una atracción que proporcionaba buenos dividendos, sino también una que casi todo el mundo que asistía a la Exposición estaba ansioso por experimentar, doctor Sheerin. Tengo entendido que miles de personas tenían que volverse hacia sus casas sin haber podido efectuar el trayecto.

—¿Pese a que se hizo evidente desde el primer día que algunos que aquellos que cruzaban el Túnel, como Harrim y su familia, salían

de él en un estado psicópata?

—En especial debido a ello, doctor —dijo Cubello.

—¿Qué?

—Discúlpeme si parece que intento explicarle su propia especialidad —dijo untuosamente el abogado—. Pero me gustaría recordarle que hay una fascinación en sentirse asustado *cuando se es parte del juego.* Un niño nace con tres miedos instintivos: los ruidos fuertes, caer, y la total ausencia de luz. Por eso se considera tan divertido saltar por sorpresa sobre alguien y decir: «Buuu». Por eso resulta tan emocionante subir a una montaña rusa. Y por eso el Túnel del Misterio era algo que todo el mundo deseaba ver de primera mano. La gente salía de esa Oscuridad temblando, sin aliento, medio muerta de miedo, pero todos seguían pagando por entrar. El hecho de que unos pocos que hacían el trayecto salieran de él en un estado más bien intenso de shock no hacía más que añadirse al atractivo.

—Porque la mayoría de la gente suponía que ellos serían lo bastante duros como para resistir lo que fuera que había sacudido tanto a los otros, ¿es eso?

—Exacto, doctor.

—¿Y cuando algunas personas salieron no sólo muy alteradas, sino realmente muertas de miedo? Aunque los directores de la Exposición no hubieran podido ver claramente la necesidad de cerrar el Túnel después de eso, imaginó que los clientes potenciales deberían de haberse vuelto muy escasos y muy espaciados, después de que circularan las noticias de las muertes.

—Oh, completamente al contrario —dijo Cubello, con una sonrisa triunfal—. Actuó el mismo mecanismo psicológico, aunque de una forma más fuerte. Después de todo, si la gente con el corazón débil deseaba cruzar el Túnel, era bajo su propio riesgo, así que, ¿por qué sorprenderse de lo que les ocurriera? El Concejo de la Ciudad discutió largamente todo el asunto y finalmente llegó al acuerdo de poner un médico en la oficina de la entrada y hacer que cada cliente se sometiera a un examen físico antes de entrar en el cochecito. Eso lo que hizo fue incrementar la venta de billetes.

—En ese caso —dijo Sheerin—, ¿por qué está cerrado el Túnel ahora? Por lo que dicen ustedes, cabría esperar que estuviera haciendo un gran negocio, con colas que se extendieran desde Jonglor hasta Khunabar, multitud de personas metiéndose por la entrada y un constante fluir de cadáveres siendo sacados por la salida.

—¡Doctor Sheerin!

—Bueno, ¿por qué no *sigue* abierto, si ni siquiera las muertes trastornaban a nadie?

—Problemas de responsabilidad con el seguro —dijo Cubello.

—Ah. Por supuesto.

—Pese a su pequeña broma macabra, en realidad las muertes fueron muy pocas y muy distanciadas…, tres, creo, o quizá cinco. Las familias de los fallecidos recibieron las correspondientes indemnizaciones y los casos fueron cerrados. Lo que en definitiva se convirtió en un problema para nosotros no fue el índice de muertes, sino el índice de supervivencias entre aquellos que sufrieron alteraciones traumáticas. Empezó a hacerse claro que algunos podían requerir hospitalización durante prolongados períodos de tiempo…, un gasto a tener en cuenta, un constante drenaje financiero para la municipalidad y sus aseguradoras.

—Entiendo —dijo Sheerin de mal humor—. Si simplemente caen muertos, es un gasto de una sola vez. Pagas a los familiares y ya está todo. Pero si han de permanecer meses o incluso años en una institución pública, el precio puede resultar demasiado alto.

—Quizá planteado de una forma demasiado cruda —dijo Cubello —, pero ésos fueron en esencia los cálculos que el Concejo de la Ciudad se vio obligado a realizar.

—El doctor Sheerin parece un tanto malhumorado esta mañana —observó Kelaritan al abogado—. Es posible que la idea de cruzar personalmente el Túnel le haya trastornado algo.

—En absoluto —dijo Sheerin de inmediato.

—Naturalmente, supongo que comprende que no hay una auténtica necesidad de que usted…

—La hay —dijo Sheerin.

Hubo un silencio en el coche. Sheerin miró sombríamente el cambiante paisaje, los curiosos árboles angulares de escamosa corteza, los arbustos con flores de extraños tonos metálicos, las peculiarmente altas y estrechas casas con puntiagudos aleros. Raras veces había estado tan al norte antes. Había algo muy desagradable en el aspecto de toda la provincia…, y de aquel grupo de personas cínicas de melosas palabras también. Se dijo a sí mismo que se alegraría de regresar a Saro.

Pero primero… el Túnel del Misterio…

La Exposición del Centenario de Jonglor se extendía sobre una enorme zona de parque justo al este de la ciudad. Era una mini-ciudad en sí misma, y completamente espectacular a su propia manera, pensó Sheerin. Vio fuentes, arcadas, resplandecientes torres rosas y turquesas de iridiscente plástico tan duro como la piedra. Grandes salones de exposición ofrecían tesoros artísticos de cada provincia de Kalgash, muestras industriales, las últimas maravillas científicas. Mirara donde mirase, había algo inhabitual y hermoso para atraer sus ojos. Miles de personas, quizá centenares de miles, recorrían sus resplandecientes y elegantes bulevares y avenidas.

Sheerin había oído siempre que la Exposición del Centenario de

Jonglor era una de las maravillas del mundo, y vio ahora que era cierto. Poder visitarla era un raro privilegio. Se abría sólo una vez cada cien años, durante tres años consecutivos, para conmemorar el aniversario de la fundación de la ciudad…, y ésta, la Exposición del Quinto Centenario de Jonglor, se decía que era la más grande de todas. De hecho sintió una repentina y vigorosa excitación, como no la había conocido desde hacía mucho tiempo, mientras recorría su muy manicurado terreno. Esperaba tener un poco de tiempo más tarde, aquella semana, para explorarla por sí mismo.

Pero su humor cambió bruscamente cuando el coche rodeó el perímetro de la Exposición y les condujo a una entrada en la parte de atrás que llevaba a la zona de diversiones. Allá, tal como Kelaritan había dicho, habían sido acordonadas grandes secciones; y hoscos grupos de gente miraron más allá de las cuerdas con obvia irritación mientras Cubello, Kelaritan y Varitta 312 le condujeron hacia el Túnel del Misterio. Sheerin pudo oírles murmurar furioso, un bajo y duro gruñir que halló inquietante e incluso un poco intimidador.

Se dio cuenta de que el abogado había dicho la verdad. Esa gente se mostraba furiosa porque el Túnel estaba cerrado.

Se sienten celosos, pensó maravillado Sheerin. Saben que vamos al Túnel, y ellos quieren ir también. Pese a todo lo que ha ocurrido allí.

—Podemos ir por este lado —dijo Varitta.

La fachada del Túnel era una enorme estructura piramidal, ahusada en los lados, con una mareante y extraña perspectiva. En su centro había una enorme puerta de entrada de seis lados, espectacularmente perfilada en escarlata y oro. Estaba cerrada con barrotes. Varitta extrajo una llave y abrió una pequeña puerta a la izquierda de la fachada, y todos entraron.

Dentro, todo parecía mucho más ordinario. Sheerin vio una serie de barandillas de metal diseñadas sin duda para las colas de la gente que aguardaba para subir a los vehículos. Más allá había un andén muy parecido a la de cualquier estación de ferrocarril, con una hilera de pequeños cochecitos abiertos aguardando. Y más allá…

Oscuridad.

—Si no le importa firmar esto primero, por favor, doctor… —dijo Cubello.

Sheerin miró el papel que le tendía el abogado. Estaba lleno de palabras confusas, como si danzaran.

—¿Qué es?

—Un pliego de descargo. El formulario estándar.

—Sí. Por supuesto. —Sheerin firmó tranquilamente con su nombre, sin siquiera leer el papel.

No tienes miedo, se dijo. *No tienes miedo en absoluto.*

Varitta 312 puso un pequeño dispositivo en su mano.

—Es un control de interrupción —explicó—. Todo el trayecto dura quince minutos, pero basta con que apriete este panel verde tan pronto como haya estado dentro el tiempo suficiente para averiguar lo que necesita saber, o en caso de que empiece a sentirse incómodo, y las luces se encenderán. Su vehículo irá rápidamente al extremo más alejado del Túnel y dará la vuelta de regreso hasta la estación.

—Gracias —dijo Sheerin—. Dudo que vaya a necesitarlo.

—Pero mejor que lo lleve consigo. Sólo por si acaso.

—Mi plan es experimentar el trayecto en su totalidad —respondió él, gozando con su propia pomposidad.

Pero también había algo a lo que llamaban estupidez, se recordó. No tenía intención de utilizar el control de interrupción, pero probablemente sería poco juicioso no llevarlo consigo.

Sólo por si acaso.

Subió al andén. Kelaritan y Cubello le miraban de una forma demasiado transparente. Casi podía oírles pensar: *Este viejo gordo estúpido va a convertirse en jalea ahí dentro.* Bueno, que lo pensaran.

Varitta había desaparecido. Sin duda había ido a poner en marcha el mecanismo del Túnel.

Sí: ahí estaba ahora, en una cabina de control arriba a la derecha, haciendo señas de que todo estaba preparado.

—Si quiere subir al cochecito, doctor… —dijo Kelaritan.

—Por supuesto. Por supuesto.

Menos de uno de cada diez experimentaban efectos perjudiciales. Era muy probable que se tratara de personas ya normalmente vulnerables a los desórdenes de la Oscuridad. Yo no soy de ésas. Yo soy un individuo muy estable.

Entró en el cochecito. Había un cinturón de seguridad; se lo ató en torno a la cintura, ajustándolo con cierta dificultad a su perímetro. El cochecito empezó a rodar hacia delante, lentamente, muy lentamente.

La Oscuridad le estaba aguardando.

Menos de uno de cada diez. Menos de uno de cada diez.

Comprendía el síndrome de la Oscuridad. Eso le protegería, estaba seguro: su comprensión. Aunque toda la Humanidad sentía un miedo instintivo a la ausencia de luz, eso no significaba que la ausencia de luz fuera en sí misma perjudicial.

Lo que era perjudicial, sabía Sheerin, era la *reacción* de uno a la ausencia de luz. Lo único que había que hacer era permanecer tranquilo. La Oscuridad no es nada más que oscuridad, un cambio de circunstancias externas. Estamos condicionados a aborrecerla porque vivimos en un mundo donde la Oscuridad es algo innatural, donde siempre hay luz, la luz de sus muchos soles. En cualquier momento

puede haber tantos como cuatro soles brillando a la vez; normalmente había tres en el cielo, y ninguna ocasión en la que hubiera menos de dos…, excepto aquellos días ocasionales en los que sólo Onos estaba por encima del horizonte; y la luz del gran Onos, el sol principal del sistema, era suficiente por sí misma para mantener alejada la Oscuridad…

La Oscuridad…

La Oscuridad…

¡La Oscuridad!

Sheerin estaba en el Túnel ahora. Detrás de él desapareció el último vestigio de luz, y se dio cuenta de que estaba mirando a un vacío absoluto. No había nada delante de él: nada. Un pozo. Un abismo. Una zona de total ausencia de luz. Y estaba cayendo a ella de cabeza.

Sintió que el sudor brotaba por todo su cuerpo.

Sus rodillas empezaron a temblar. Su frente pulsó. Alzó la mano y fue incapaz de verla frente a su rostro.

Interrumpe interrumpe interrumpe interrumpe.

No. Absolutamente no.

Permaneció sentado muy erguido, la espalda rígida, los ojos muy abiertos, mirando impasible a la nada en la que se hundía. Adelante y adelante, cada vez más profundo. Temores primordiales burbujearon y sisearon en las profundidades de su alma, y los obligó a sepultarse de nuevo, muy abajo y muy lejos.

Los soles seguían brillando fuera de aquel túnel, se dijo a sí mismo.

Esto es sólo temporal. Dentro de catorce minutos y treinta segundos estaré de nuevo ahí fuera.

Catorce minutos y veinte segundos.

Catorce minutos y diez segundos.

Catorce minutos…

Pero, ¿se estaba moviendo realmente? No podía decirlo. Quizá no. El mecanismo del cochecito era silencioso; no tenía puntos de referencia. ¿Y si me quedo encallado aquí?, se preguntó. ¿Me quedo simplemente sentado aquí en la oscuridad, sin forma alguna de decir dónde estoy, qué está ocurriendo, cuánto tiempo pasa? ¿Quince minutos, veinte, media hora? ¿Hasta que supere el último límite que mi cordura puede soportar, y entonces…?

Sin embargo, siempre había el control de interrupción.

Pero supongamos que no funciona. ¿Qué ocurrirá si lo pulso y las luces no se encienden?

Supongo que podría probarlo. Sólo para ver…

¡Gordito es un cobarde! ¡Gordito es un cobarde!

No. No. No lo toques. Una vez enciendas las luces no podrás

volver a apagarlas. No debes usar el botón de interrupción, o ellos sabrán, todos ellos sabrán…

Gordito es un cobarde, Gordito es un cobarde…

De pronto, sorprendentemente, lanzó el control de interrupción contra la oscuridad. Hubo un diminuto sonido cuando cayó… *en alguna parte*. Luego silencio de nuevo. Notó su mano terriblemente vacía.

La Oscuridad…

La Oscuridad…

No había fin a aquello. Caía dando vueltas en un abismo infinito. Caía y caía y caía a la noche, la interminable noche, la oscuridad que lo devoraba todo…

Respira profundo. Permanece tranquilo.

¿Y si se produce algún daño mental permanente?

Permanece tranquilo, se dijo. Estarás bien. Tienes que soportar otros once minutos de esto en el peor de los casos, quizá sólo seis o siete. Los soles brillan ahí fuera. Seis o siete minutos y nunca más volverás a estar en la Oscuridad, ni aunque vivas mil años.

La Oscuridad…

Oh, Dios, la Oscuridad…

Calma. Calma. Eres un hombre muy estable, Sheerin. Eres extremadamente cuerdo. Estabas cuerdo cuando te metiste en esto y seguirás estando cuerdo cuando salgas de aquí.

Tic. Tic. Tic. Cada segundo te acerca un poco más a la salida. ¿Lo hace realmente? Puede que este trayecto no termine nunca. Podrías permanecer aquí dentro para siempre. Tic. Tic. Tic. ¿Me muevo? ¿Me quedan cinco minutos, o cinco segundos, o éste es todavía el primer minuto?

Tic. Tic.

¿Por qué no me dejan salir? ¿No pueden ver que estoy sufriendo aquí dentro?

Ellos no quieren que salgas. Nunca te dejarán salir. Van a…

De pronto, un dolor acuchillante entre sus ojos. Una explosión de agonía en su cráneo.

¿Qué es eso?

¡Luz!

¿Es posible? Sí. Sí.

Gracias a Dios. ¡Luz, sí! ¡Gracias a todos los dioses que hayan llegado a existir nunca!

¡Estaba al final del Túnel! ¡Regresaba a la estación! Tenía que ser eso. Sí. Sí. Los latidos de su corazón, que se habían convertido en un tronar lleno de pánico, empezaban a regresar a la normalidad. Sus ojos, que se ajustaban ahora al regreso de las condiciones normales, empezaron a enfocarse sobre cosas familiares, cosas benditas, los

puntales, la plataforma, la pequeña ventana en la cabina de control…

Cubello, Kelaritan, observándole.

Se sintió avergonzado ahora de su cobardía. *Recóbrate, Sheerin. En realidad no fue tan malo. Tú tenías razón. No estás tendido en el fondo del vehículo chupándote el pulgar y lloriqueando. Fue alarmante, fue aterrador, pero no te destruyó…, en realidad no fue nada que no pudieras manejar…*

—Aquí estamos. Deme su mano, doctor. Arriba…, arriba…

Le alzaron de pie, y lo sujetaron cuando salió del cochecito. Sheerin inspiró profundamente, llenó sus pulmones de aire. Se pasó la mano por la frente y notó que chorreaba.

—El pequeño control de interrupción —murmuró—. Creo que lo perdí en alguna parte…

—¿Cómo se encuentra, doctor? —preguntó Kelaritan—. ¿Cómo fue?

Sheerin se tambaleó. El director del hospital lo sujetó por el brazo para ayudarle a mantener el equilibrio, pero Sheerin le apartó, indignado. No iba a dejarles que pensaran que esos pocos minutos en el Túnel habían podido con él.

Pero no podía negar que le habían afectado. Por mucho que lo intentara, no había forma de ocultarlo. Ni siquiera de sí mismo.

Se dio cuenta de que ninguna fuerza en el mundo le obligaría nunca a efectuar un segundo trayecto a través de aquel Túnel.

—¿Doctor? ¿Doctor?

—Estoy… bien… —dijo con voz espesa.

—Dice que está bien —le llegó la voz del abogado—. Échense atrás. Déjenle solo.

—Sus piernas se están doblando —indicó Kelaritan—. Va a caer.

—No —dijo Sheerin—. No teman. ¡Me encuentro bien, les digo!

Se inclinó hacia un lado y se tambaleó, recuperó el equilibrio, se inclinó de nuevo. El sudor brotaba por todos sus poros. Miró por encima del hombro, vio la boca del Túnel y se estremeció. Apartó la vista de aquella oscura caverna, enderezó los hombros y los alzó como si deseara ocultar su rostro entre ellos.

—¿Doctor? —dijo Kelaritan, dubitativo.

No servía de nada fingir. Aquello era una estupidez, aquel vano y testarudo intento de heroísmo. Dejemos que piensen que fui un cobarde. Dejemos que piensen lo que quieran. Esos quince minutos habían sido la peor pesadilla de su vida. Su impacto aún estaba hundiéndose en él, y hundiéndose, y hundiéndose.

—Fue… algo poderoso —dijo—. Muy poderoso. Muy inquietante.

—Pero usted se halla básicamente bien, ¿no es así? —insistió ansioso el abogado—. Un poco estremecido, sí. Pero, ¿quién no lo estaría, después de pasar por la Oscuridad? Pero básicamente está

bien. Como sabíamos que estaría. Son sólo unos pocos, muy pocos, los que sufren algún tipo de…

—No —dijo Sheerin. El rostro del abogado era como el de una sonriente gárgola frente a él. Como el rostro de un demonio. No podía soportar verlo. Pero una buena dosis de la verdad exorcizaría al demonio. No era necesario ser diplomático, pensó. No cuando se hablaba con demonios—. Es imposible que nadie pase a través de esa cosa sin hallarse en un grave riesgo. Ahora estoy seguro de ello. Incluso la psique más fuerte recibirá un terrible vapuleo, y las débiles simplemente se derrumbarán. Si abren el Túnel de nuevo, tendrán todos los hospitales mentales de cuatro provincias llenos dentro de seis meses.

—Al contrario, doctor…

—¡No me diga «al contrario»! ¿Ha estado usted en el Túnel, Cubello? No, no lo creo. Pero yo sí. Usted paga por mi opinión profesional: puede conseguirla ahora mismo. El Túnel es mortífero. Es una simple cuestión de naturaleza humana. La oscuridad es más de lo que la mayoría de nosotros podemos soportar, y eso nunca va a cambiar, mientras tengamos como mínimo un sol ardiendo siempre en el cielo. ¡Cierren el Túnel definitivamente, Cubello! ¡En nombre de la cordura, hombre, ciérrenlo! ¡Ciérrenlo!

7

Beenay aparcó su escúter en el apareamiento de la Facultad justo debajo de la cúpula del observatorio y subió con paso rápido el sendero que conducía a la entrada principal del gran edificio. Mientras subía los amplios escalones de piedra de la entrada se sorprendió al oír a alguien llamar su nombre desde arriba.

—¡Beenay! Así que *estás* aquí después de todo.

El astrónomo alzó la vista. La alta, recia y poderosa figura de su amigo Theremon 762, del *Crónica* de Ciudad de Saro, se enmarcaba en la gran puerta del observatorio.

—¿Theremon? ¿Me estabas buscando?

—Exacto. Pero me dijeron que no se esperaba que te dejaras ver por aquí hasta dentro de un par de horas. Y luego, justo cuando me iba, te presentas. ¡Hablando de buena suerte!

Beenay subió los últimos escalones y se abrazaron rápidamente. Conocía al periodista desde hacía tres o cuatro años, desde la vez en que Theremon acudió al observatorio a entrevistar a algún científico, cualquier científico, acerca del último manifiesto de aquel grupo de lunáticos, los Apóstoles de la Llama. Gradualmente él y Theremon se habían hecho amigos, pese a que Theremon era unos cinco años mayor que él y procedía de un ambiente más rudo y mundano. A Beenay le gustaba la idea de tener un amigo que no estaba implicado en absoluto con la política universitaria; y Theremon se sentía encantado de conocer a alguien que no estaba interesado en absoluto en explotarle a causa de su considerable influencia periodística.

—¿Ocurre algo? —preguntó Beenay.

—Nada en particular. Pero te necesito de nuevo para efectuar otra vez toda la rutina de la Voz de la Ciencia. Mondior hizo otro de sus famosos discursos de *Arrepentios, arrepentios, la condenación está cerca.* Ahora dice que está preparado para revelar la hora exacta en que el mundo será destruido. En caso de que estés interesado, esto va a ocurrir el año próximo, el 19 de theptar exactamente.

—¡Ese loco! Es un desperdicio de papel y de espacio imprimir nada sobre él. ¿Cómo es posible que alguien preste la menor atención a los Apóstoles?

Theremon se encogió de hombros.

—El hecho es que la gente se la presta. Mucha gente, Beenay. Y si Mondior dice que el fin está cerca, necesito que alguien como tú se ponga en pie y diga: «¡Eso no es así, hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo! ¡Todo está bien!» O palabras parecidas. Puedo contar contigo, ¿verdad, Beenay?

—Sabes que sí.

—¿Esta tarde?

—¿Esta tarde? Oh, demonios, Theremon, esta tarde tengo un auténtico lío. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás?

—¿Media hora? ¿Cuarenta y cinco minutos?

—Mira —dijo Beenay—, tengo una reunión urgente en estos momentos…, por eso estoy aquí antes de lo previsto. Después de eso, le he jurado a Raissta que volvería a casa y le dedicaría, bueno, una o dos horas a ella. Hemos tenido unos turnos de trabajo tan diferentes estos últimos tiempos que apenas nos hemos visto el uno al otro. Y luego, más tarde, se supone que debo estar de nuevo aquí en el observatorio para supervisar la toma de un puñado de fotografías de…

—Está bien —dijo Theremon—. Veo que he escogido un mal momento para esto. Bueno, escucha, no hay ningún problema, Beenay. He conseguido hasta mañana por la tarde para entregar mi artículo. ¿Qué te parece si hablamos por la mañana?

—¿Por la mañana? —dijo Kelaritan, dubitativo.

—Ya sé que «por la mañana» es un concepto impensable para ti. Pero lo que quiero decir es: puedo volver aquí a la salida de Onos, justo en el momento en que tú termines tu trabajo de la tarde. Si tan sólo pudieras dedicarme unos minutos para una entrevista antes de ir a casa a dormir…

—Bueno…

—Por un amigo, Beenay.

Beenay lanzó al periodista una mirada de cansancio.

—Por supuesto que sí. No es ése el asunto. Es sólo que puede que esté tan grogui después de toda una tarde de trabajo que tal vez no te sirva de nada.

Theremon sonrió.

—Eso no me preocupa. He observado que eres capaz de desgroguificarte con una maldita rapidez cuando se trata de refutar tonterías anticientíficas. ¿Mañana a la salida de Onos, entonces? ¿En tu oficina de arriba?

—De acuerdo.

—Un millón de gracias, compañero. Te debo una por esto.

—No lo menciones.

Theremon le saludó y empezó a bajar los escalones.

—Transmítele mis saludos a esa hermosa dama tuya —dijo por encima del hombro—. Y te veré por la mañana.

—Te veré por la mañana, sí —hizo eco Beenay.

Qué extraño sonaba esto. Él nunca veía a *nadie* —o nada— por la mañana. Pero haría una excepción con Theremon. Para eso estaban los amigos, ¿no?

Se volvió y entró en el observatorio.

Dentro todo estaba tranquilo y en silencio, la familiar quietud del

gran salón de la ciencia donde había pasado la mayor parte de su tiempo desde sus primeros días universitarios. Pero la calma, sabia, era engañosa. Este poderoso edificio, como los lugares más mundanos del planeta, era un continuo torbellino de conflictos de todo tipo, que se alineaban desde las más encumbradas disputas filosóficas hasta los más mezquinos feudos triviales; riñas fútiles e intrigas calumniadoras. Los astrónomos, como grupo, no eran más virtuosos que los demás.

Sea como fuere, el observatorio era un refugio para Beenay y la mayoría de los demás que trabajaban allí…, un lugar donde podían dejar atrás la mayor parte de los problemas del mundo y dedicarse más o menos pacíficamente a la sempiterna lucha por responder las grandes preguntas que planteaba el universo.

Caminó rápidamente por el largo vestíbulo principal, intentando como siempre sin éxito ahogar el resonar de sus botas contra el suelo de mármol.

Como hacía invariablemente, miró con rapidez las vitrinas de exhibición a lo largo de la pared a su derecha e izquierda, donde algunos de los sagrados artefactos de la historia de la astronomía se hallaban en exhibición perpetua. Estaban los toscos, casi cómicos telescopios que pioneros tales como Chekktor y Stanta habían usado, cuatrocientos o quinientos años antes. Allí estaban las oscuras masas llenas de protuberancias de los meteoritos que habían caído del cielo a lo largo de los siglos, enigmáticos recordatorios de los misterios que se hallaban detrás de las nubes. Había primeras ediciones de los grandes mapas celestes astronómicos y libros de texto, y los manuscritos amarillentos por el tiempo de algunas de las obras teóricas de los grandes pensadores que habían marcado una época.

Beenay hizo una momentánea pausa delante del último de esos manuscritos, que al contrario de los otros parecía fresco y casi nuevo…, porque tenía tan sólo una generación de antigüedad: la clásica codificación de Athor 77 de la Teoría de la Gravitación Universal, elaborada no mucho antes de que el propio Beenay naciera. Aunque no era un hombre particularmente religioso, Beenay contempló la delgada hoja de papel con algo muy parecido a la reverencia, y se halló pensando en algo muy parecido a una plegaria.

La Teoría de la Gravitación Universal era uno de los pilares del cosmos para él: quizás el pilar más básico. No podía imaginar qué haría él si aquel pilar se derrumbara. Y en estos momentos tenía la impresión de que tal vez se estuviera tambaleando.

Al final del vestíbulo, detrás de una hermosa puerta de bronce, estaba la oficina del doctor Athor en persona. Beenay le echó una rápida mirada y se apresuró hacia la escalera. El venerable y aún formidable director del observatorio era la última persona en el mundo, absolutamente la última, a la que Beenay deseaba ver en este

momento.

Faro y Yimot le aguardaban arriba en la Sala de Mapas, donde habían quedado que se reunirían.

—Siento llegar con retraso —dijo Beenay—. Hasta ahora ha sido una tarde más bien complicada.

Le dirigieron nerviosas y formales sonrisas. Qué extraña pareja formaban, pensó, no por primera vez. Ambos procedían de una lejana provincia campesina, Sithin quizás, o Gatamber.

Faro 24 era bajo y rechoncho, con una forma lánguida, casi indolente, de moverse. Su estilo general era pausado e informal. Su amigo Yimot 70 eran increíblemente alto y delgado, algo parecido a una escalerilla colgada con brazos, piernas y un rostro, y se necesitaba prácticamente un telescopio para ver su cabeza, gravitando ahí arriba en la estratosfera encima de uno. Yimot era tan tenso e inquieto como relajado era su amigo. Sin embargo eran inseparables, siempre lo habían sido. De todos los jóvenes estudiantes graduados, una muesca más abajo del nivel de Beenay en la tabla organizativa del observatorio, eran con mucho los más brillantes.

—No llevamos mucho tiempo aguardando —dijo Yimot de inmediato.

—Sólo un minuto o dos, doctor Beenay —añadió Faro.

—Todavía no «doctor», gracias —indicó Beenay—. Aún tengo que pasar la inquisición final. ¿Cómo os ha ido con esos cálculos?

—Se trata de algo gravitatorio, ¿verdad, señor? —preguntó Yimot, agitando nervioso sus imposiblemente largas piernas.

Faro le dio un codazo tan vigoroso en las costillas que Beenay esperó oír el sonido del hueso al partirse.

—Está bien —dijo Beenay—. De hecho, Yimot tiene razón. —Dirigió al alto joven una pálida sonrisa—. Deseaba que esto fuera un ejercicio matemático puramente abstracto para vosotros. Pero no me sorprende que hayáis sido capaces de imaginar el contexto. Lo imaginasteis *después* de obtener vuestro resultado, ¿verdad?

—Sí, señor —dijeron Yimot y Faro al mismo tiempo.

—Primero efectuamos todos los cálculos —aclaró Faro.

—Luego le echamos una segunda mirada, y el contexto se hizo evidente —remató Yimot.

—Oh. Sí —dijo Beenay.

Esos chicos a veces le ponían a uno un poco nervioso. Eran tan jóvenes…, sólo seis o siete años más jóvenes que él, de hecho, pero él era profesor ayudante y ellos estudiantes, y tanto para él como para ellos eso era una enorme barrera. Pese a lo jóvenes que eran, sin embargo, tenían unas mentes tan extraordinarias. No se sentía complacido en absoluto de que hubieran adivinado la matriz conceptual dentro de la cual estaban localizados aquellos cálculos.

Dentro de unos pocos años estarían allí en la Facultad con él, quizá compitiendo para el mismo profesorado titular que él esperaba obtener, y eso podía no ser divertido. Pero intentó no pensar en aquello.

Tendió las manos hacia sus copias de impresora.

—¿Puedo verlos? —pidió.

Yimot le tendió las hojas. Con las manos aleteando locamente Beenay escrutó las hileras de cifras, calmadamente al principio, luego con creciente agitación.

Durante todo el año había estado meditando algunas implicaciones de la Teoría de la Gravitación Universal, que su mentor Athor había llevado hasta unas cimas tan grandes de perfección. Había sido el gran triunfo de Athor, la base de su encumbrada reputación, elaborar los movimientos orbitales de Kalgash y todos sus seis soles de acuerdo con los principios racionales de las fuerzas de atracción. Beenay, utilizando moderno equipo de cálculo, había calculado algunos aspectos de la órbita de Kalgash en torno a Onos, su sol primario, y en el proceso observó, horrorizado, que sus cifras no encajaban como correspondía con los términos de la Teoría de la Gravitación Universal. La teoría decía que al principio del año actual Kalgash tendría que estar *aquí* en relación con Onos, cuando era un hecho innegable que estaba *allá.*

La desviación era trivial —un asunto de unas pocas cifras decimales—, pero no era trivial en absoluto, en el sentido más amplio de las cosas. La Teoría de la Gravitación Universal era tan exacta que la mayoría de la gente prefería referirse a ella como la Ley de la Gravitación Universal. Su apuntalamiento matemático se consideraba impecable. Pero una teoría que pretende explicar los movimientos del mundo a través del espacio no tiene lugar para ni siquiera las discrepancias más pequeñas. O bien es correcta o no lo es: no son permisibles términos medios. Y una diferencia de unas cuantas cifras decimales en un cálculo de corto alcance podía ampliarse hasta convertirse en un gran abismo, sabía Beenay, si se intentaban algunos cálculos más ambiciosos. ¿De qué serviría la Teoría de la Gravitación Universal si la posición que decía que debería de tener Kalgash en el cielo dentro de un siglo resultaba estar a medio camino en torno a Onos de la ubicación real del planeta en aquel momento?

Beenay había revisado sus cifras hasta que se había sentido enfermo de tanto reelaborarlas. El resultado era siempre el mismo.

Pero, ¿qué se suponía que debía creer? ¿Sus cifras, o el impresionante esquema maestro de Athor? ¿Sus insignificantes nociones de astronomía, o la profunda intuición del gran Athor respecto a la estructura fundamental del Universo?

Se imaginó a sí mismo de pie en la parte superior de la cúpula del

observatorio, llamando: «¡Escuchadme, todo el mundo! ¡La teoría de Athor está equivocada! ¡Tengo aquí las cifras que la desautorizan!» Lo cual traería tales estallidos de carcajadas que sería barrido hasta el otro extremo del continente. ¿Quién era él para enfrentarse al titánico Athor? ¿Quién podía creer que un inexperto profesor ayudante había derribado por los suelos la Ley de la Gravitación Universal?

Y sin embargo…, sin embargo…

Sus ojos recorrieron las hojas que Yimot y Faro habían preparado. Los cálculos de las primeras dos páginas no le eran familiares; había establecido los datos para los dos estudiantes de tal modo que las relaciones subyacentes de las que derivaban los números no fueran obvias, y evidentemente habían enfocado el problema de una forma que cualquier astrónomo que intentara calcular una órbita planetaria consideraría absolutamente no ortodoxa. Lo cual era exactamente lo que Beenay había deseado. Las formas ortodoxas no habían hecho más que conducirle a él a catastróficas conclusiones; pero tenía demasiada información a su disposición para poder trabajar de otra manera que no fuese ortodoxa. Faro y Yimot no se habían visto en esa tesitura.

Pero, mientras seguía a lo largo de su línea de razonamiento, Beenay empezó a observar una inquietante convergencia en las cifras. A la tercera página encajaban ya con sus propios cálculos, que por aquel entonces se sabía ya de memoria.

Y, a partir de ahí, todo proseguía de una forma predecible, paso tras paso, hasta alcanzar el mismo resultado final consternador, cataclísmico, inconcebible, totalmente inaceptable.

Beenay alzó la vista a los dos estudiantes, horrorizado.

—¿No hay ninguna posibilidad de que os hayáis equivocado en alguna parte? Esta cadena de integrales aquí, por ejemplo…, parecen un tanto engañosas…

—*¡Señor!* —exclamó Yimot, y su voz sonó estrangulada hasta lo más profundo. Su rostro adquirió una coloración rojo brillante y sus brazos se agitaron como movidos por voluntad propia.

Faro dijo, más apaciblemente:

—Me temo que los cálculos son correctos, señor. Concuerdan hacia delante y hacia atrás.

—Sí. Imagino que lo hacen —dijo Beenay con voz apagada.

Luchó por ocultar su angustia. Pero sus manos temblaban tan fuertemente que las hojas empezaron a aletear entre sus dedos. Fue a depositarlas sobre la mesa ante él, pero su muñeca se agitó incontroladamente en un gesto muy propio de Yimot y las envió dispersas al suelo. Faro se arrodilló para recogerlas. Miró a Beenay de una forma turbada.

—Señor, si le hemos trastornado de alguna manera…

—No. No, en absoluto. Hoy no he dormido bien, ése es el

problema. Pero habéis hecho un trabajo excelente, incuestionablemente espléndido. Me siento orgulloso de vosotros. Tomar un problema como éste, que no tiene ninguna resonancia en absoluto en el mundo real, que de hecho se halla en una contradicción total con la verdad científica del mundo real, y seguirlo tan metódicamente hasta la conclusión requerida por los datos, ignorando con éxito el hecho de que la premisa inicial es absurda…, bueno, es un trabajo estupendo, una admirable demostración de vuestros poderes de lógica, un experimento mental de primer orden…

Les vio intercambiar rápidas miradas. Se preguntó si realmente les estaba engañando.

—Y ahora —prosiguió—, si me disculpáis, amigos…, tengo otra conferencia…

Enrolló los malditos papeles en un prieto cilindro, se los metió bajo el brazo y salió apresurado por la puerta, bajó al vestíbulo y, prácticamente corriendo, se encaminó a la seguridad e intimidad de su propia y diminuta oficina.

Dios mío, pensó. Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Y qué haré ahora?

Enterró la cabeza entre las manos y aguardó a que cesara el pulsar. Pero éste no parecía querer detenerse. Al cabo de un momento se sentó y clavó el dedo en el botón del comunicador sobre su escritorio.

—Ponme con el *Crónica* de Ciudad de Saro —le dijo a la máquina —. Con Theremon 762.

Del comunicador brotaron una serie de largos y enloquecedores chasquidos y silbidos. Luego, bruscamente, la profunda voz de Theremon:

—Sección de reportajes especiales, al habla Theremon 762.

—Aquí Beenay.

—¿Quién? ¡No puedo oír lo que dice!

Beenay se dio cuenta de que tan sólo había conseguido emitir un ronco croar.

—¡He dicho que soy Beenay! Yo…, querría cambiar la hora de nuestra cita.

—¿Cambiarla? Mira, de veras, sé cómo se sientes respecto a las mañanas, porque a mí me ocurre lo mismo. Pero tengo que hablar contigo absolutamente antes de mañana al mediodía, o no tendré ningún reportaje aquí. Me adaptaré a ti todo lo que pueda, pero…

—No lo entiendes. Quiero verte antes, no después.

—¿Qué?

—Esta tarde. Digamos a las nueve y media. O a las diez, si te va mejor.

—Creí que tenías que tomar unas fotos en el observatorio.

—Al diablo con las fotos, hombre. Necesito verte.

—*¿Necesitas?* Beenay, ¿qué ha ocurrido? ¿Tiene algo que ver con Raissta?

—No tiene absolutamente nada que ver con Raissta. ¿A las nueve y media? ¿En los Seis Soles?

—En los Seis Soles a las nueve y media, sí —dijo Theremon—. Es un compromiso.

Beenay cortó el contacto y permaneció sentado durante un largo momento, contemplando el cilindro de papel enrollado delante de él y agitando sombríamente la cabeza. Contárselo a Theremon haría más fácil soportar el peso de todo aquello.

Confiaba por completo en Theremon. Los periodistas no eran notables en general por despertar la confianza, sabía Beenay, pero Theremon era antes que nada un amigo, y luego un periodista. Nunca había traicionado la confianza de Beenay, ni una sola vez.

Pese a todo, Beenay no tenía la menor idea de cuál debía ser su próximo movimiento. Tal vez a Theremon se le ocurriera algo. Tal vez.

Abandonó el observatorio por la parte de atrás, utilizando la escalera de incendios como un ladrón. No quería arriesgarse a encontrar a Athor si iba por la parte delantera. Le resultaba abrumador considerar la posibilidad de ver a Athor ahora, enfrentarse a él cara a cara, hombre a hombre.

El regreso a casa en el escúter fue terrible. A cada momento temía que las leyes de la gravedad cesaran de sujetarle, que empezara a flotar hacia el espacio. Pero al fin alcanzó el pequeño apartamento que compartía con Raissta 717.

Ella le miró con la boca abierta.

—¡Beenay! Estás tan blanco como…

—Como un fantasma, sí. —Tendió la mano hacia ella y la atrajo contra sí—. Abrázame —dijo—. Abrázame.

—¿Qué tienes? ¿Que ha ocurrido?

—Te lo diré más tarde —murmuró él—. Ahora sólo abrázame.

8

Theremon llegó al Club de los Seis Soles un poco después de las nueve. Probablemente era una buena idea llegar un poco antes que Beenay y tomar una o dos copas rápidas primero, sólo para lubricar un poco el cerebro. El astrónomo había sonado de una forma horrible, como si estuviera manteniendo a raya la histeria tan sólo mediante un tremendo esfuerzo. Theremon no podía imaginar qué cosa terrible podía haberle ocurrido, allá en el recogimiento y la quietud del observatorio, para convertirle en una ruina así en tan poco tiempo. Pero evidentemente Beenay se hallaba metido en un enorme problema, y evidentemente también necesitaba toda la ayuda que Theremon pudiera ofrecerle.

—Tráigame un Tano Especial —le dijo al camarero—. No, espere…, que sea doble. Un Tano Sitcha, ¿de acuerdo?

—Doble luz blanca —dijo el camarero—. Marchando.

La tarde era suave. Theremon, que era bien conocido aquí y recibía un trato especial, había ocupado su mesa habitual en la zona cálida de la terraza que dominaba la ciudad. Las luces del centro brillaban alegremente. Onos se había puesto hacía una o dos horas, y sólo Trey y Patru estaban en el cielo, ardiendo brillantes en el Este, arrojando duras luces gemelas mientras efectuaban su descenso hacia la mañana.

Theremon los miró y se preguntó qué soles estarían en el cielo mañana. Eran diferentes cada vez, una brillante exhibición siempre cambiante. Onos, por supuesto: siempre podías estar seguro de ver a Onos al menos durante una parte del tiempo cada día del año, incluso él sabía eso…, ¿y luego qué? ¿Dovim, Tano y Sitha, para hacer un día de cuatro soles? No estaba seguro. Quizá se suponía que serían tan sólo Tano y Sitha, con Onos visible sólo unas pocas horas al mediodía. Eso daría un día más bien apagado. Pero entonces, tras pensarlo un poco más detenidamente, recordó que ésta no era la estación de Onos corto. Así que muy probablemente sería un día de tres soles, a menos que sólo aparecieran Onos y Dovim, lo cual también era posible.

Resultaba tan difícil mantener el esquema…

Bueno, siempre podía pedir ver el almanaque, si realmente le importaba. Pero no le importaba. Algunas personas parecían saber siempre qué soles saldrían mañana —Beenay era una, naturalmente—, pero Theremon enfocaba el asunto de una forma mucho más inconsecuente. Mientras *algún* sol estuviera ahí arriba al día siguiente, a Theremon no le importaba particularmente cuál fuera. Y siempre había uno, o dos, o tres, normalmente, y a veces incluso cuatro. Podías contar con eso.

Llegó su bebida. Dio un profundo sorbo y exhaló placenteramente. El Tano Especial era algo maravilloso. En buen y fuerte ron blanco de las islas Velkareen, mezclado con un chorro del producto más fuerte todavía, transparente y aromático, que destilaban en la costa de Bagilar, y sólo una pizca de zumo de sgarrino para quitar el mordiente…, ¡ah, magnífico! Theremon no era un bebedor particularmente asiduo, ciertamente no de la forma que se suponía legendariamente que lo hacían los periodistas, pero consideraba que un día en el que no podía hallar tiempo para tomarse uno o dos Tano Especiales en aquellas tranquilas horas del crepúsculo después de que Onos se hubiera puesto era un día miserable.

—Parece que lo estás disfrutando, Theremon —dijo una voz familiar a sus espaldas.

—¡Beenay! ¡Llegas temprano!

—Diez minutos. ¿Qué bebes?

—Lo de siempre. Un Tano Especial.

—Bien. Creo que yo también tomaré uno.

—*¿Tú?* —Theremon miró fijamente a su amigo. El zumo de frutas, por lo que sabía, era lo más a lo que llegaba Beenay. No podía recordar haber visto al astrónomo beber nada más fuerte.

Pero Beenay parecía extraño esta tarde…, cansado, macilento, casi agotado. Sus ojos tenían un brillo casi febril.

—¡Camarero! —llamó Theremon.

Resultó alarmante ver a Beenay engullir su bebida. Jadeó después del primer sorbo, como si el impacto resultara mucho mayor de lo que había esperado, pero luego dio de inmediato otro segundo y profundo sorbo, y luego un tercero.

—Tranquilo —recomendó Theremon—. Tu cabeza empezará a dar vueltas dentro de cinco minutos.

—Ya está dando vueltas ahora.

—¿Bebiste algo antes de venir aquí?

—No, ni una gota —dijo Beenay—. Es el shock. El trastorno. —Depositó su bebida y contempló ominosamente las luces de la ciudad. Tras un momento la cogió de nuevo, casi con aire ausente, y apuró lo que quedaba—. No debería haberla bebido tan rápido, ¿verdad, Theremon?

—No, creo que no. —Theremon adelantó una mano y la depositó ligeramente sobre la muñeca del astrónomo—. ¿Qué es lo que ocurre, muchacho? Háblame de ello.

—Resulta…, difícil de explicar.

—Adelante. Te conozco desde hace ya un cierto tiempo, ¿sabes? ¿Tú y Raissta…?

—*¡No!* Te lo dije antes, esto no tiene nada que ver con ella. Nada.

—De acuerdo. Te creo.

—Quizá debiera tomar otra copa —insinuó Beenay.

—Dentro de un momento. Vamos, Beenay. ¿De qué se trata?

Beenay suspiró.

—Sabes lo que es la Teoría de la Gravitación Universal, ¿verdad, Theremon?

—Por supuesto que lo sé. Quiero decir, no podría decirte exactamente lo que *significa,* creo que sólo hay doce personas en Kalgash que la comprenden realmente, ¿no?, pero sí puedo decirte lo que es…, más o menos.

—Así que tú también crees en esa basura —dijo Beenay, con una seca risa—. Acerca de que la Teoría de la Gravitación es tan complicada que sólo doce personas pueden comprender sus matemáticas.

—Eso es lo que siempre he oído decir.

—Lo que siempre has oído decir es la sabiduría de la gente ignorante —dijo Beenay—. Podría proporcionarte todas las matemáticas esenciales en una sola frase, y probablemente comprenderías lo que te estoy diciendo.

—¿Podrías? ¿Lo comprendería?

—No lo dudes. Mira, Theremon; la Ley de la Gravitación Universal, la Teoría de la Gravitación Universal quiero decir, afirma que existe una fuerza cohesiva entre todos los cuerpos del Universo, de tal modo que la intensidad de esta fuerza entre dos cuerpos determinados es siempre proporcional al producto de sus masas dividido por el cuadrado de la distancia entre ellos. Es así de simple.

—¿Y eso es todo?

—¡Eso es suficiente! Pero se necesitaron cuatrocientos años para desarrollarlo.

—¿Por qué tanto tiempo? Parece más bien sencillo, de la forma en que lo planteas.

—Porque las grandes leyes no aparecen a través de destellos de la inspiración, no importa lo que os guste creer a vosotros los periodistas. Normalmente se necesita el trabajo combinado de un mundo lleno de científicos durante un período incluso de siglos. Desde que Genovi 41 descubrió que Kalgash gira en torno a Onos, en vez de a la inversa, y eso fue hace unos cuatro siglos, los astrónomos han estado trabajando sobre el problema de por qué los seis soles aparecen y desaparecen en el cielo de la forma que lo hacen. Los complejos movimientos de los seis fueron registrados y analizados y desentrañados. Se adelantó teoría tras teoría, y todas fueron comprobadas y vueltas a comprobar, y modificadas, y abandonadas, y revividas y convertidas en algo distinto. Fue un maldito trabajo.

Theremon asintió pensativamente y terminó su bebida. Pidió otras dos al camarero. Beenay parecía bastante tranquilo siempre que

siguiera hablando de ciencia, pensó.

—Fue hará unos treinta años —continuó el astrónomo— cuando Athor 77 dio el toque de perfección a todo el asunto demostrando que la Teoría de la Gravitación Universal explica con exactitud los movimientos orbitales de los seis soles. Fue un logro sorprendente. Fue una de las mayores hazañas de la lógica que nadie haya conseguido jamás.

—Sé lo que reverencias a ese hombre —dijo Theremon—. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con…?

—Ahora llego a ello. —Beenay se levantó y se dirigió al extremo de la terraza, llevando su segunda copa con él. Se detuvo allí en silencio por un tiempo, contemplando los distantes Trey y Patru. Theremon tuvo la impresión de que Beenay empezaba a agitarse de nuevo. Pero el periodista no dijo nada. Al cabo de un tiempo Beenay dio un largo sorbo a su bebida. De pie y vuelto de espaldas todavía, dijo al fin—: El problema es éste. Hará unos meses empecé a trabajar en un nuevo cálculo de los movimientos de Kalgash en torno a Onos, utilizando el nuevo gran ordenador de la universidad. Proporcioné al ordenador los datos de las últimas seis semanas de observaciones de la órbita de Kalgash, y le dije que predijera el movimiento orbital para el resto del año. No esperaba ninguna sorpresa. En realidad sólo deseaba una excusa para jugar un poco con el ordenador, supongo. Naturalmente, utilicé las leyes gravitatorias para basar mis cálculos. —Giró en redondo bruscamente. Su rostro tenía una expresión pálida y atormentada—. Theremon, *los resultados no fueron los correctos.*

—No entiendo.

—La órbita que produjo el ordenador no concordaba con la órbita hipotética que yo esperaba obtener. No quiero decir que estuviera trabajando simplemente sobre la base del sistema Kalgash-Onos aislado, entiende. Tuve en cuenta todas las perturbaciones que causarían los demás soles. Y lo que obtuve, lo que el ordenador afirmó que era la auténtica órbita de Kalgash, era algo muy distinto de la órbita que indica la Teoría de la Gravitación de Athor.

—Pero has dicho que usaste las leyes gravitatorias de Athor pera establecer los cálculos —indicó Theremon, desconcertado.

—Eso hice.

—Entonces, ¿cómo…? —De pronto, los ojos de Theremon se iluminaron—. ¡Buen Dios, hombre! ¡Qué noticia! ¿Me estás diciendo que el nuevo y flamante ordenador de la Universidad de Saro, instalado a un coste de no quiero saber cuántos millones de créditos, *no es exacto?* ¿Que se trata de un gigantesco y escandaloso derroche del dinero de los contribuyentes? Eso…

—No hay nada que vaya mal en el ordenador, Theremon. Créeme.

—¿Puedes estar seguro de eso?

—Completamente.

—Entonces, ¿qué…?

—Puede que le haya dado al ordenador unas cifras erróneas, quizás. Es un ordenador magnífico, pero no puede darte la respuesta correcta si tú le proporcionas datos erróneos.

—Entonces, ¿por qué estás tan trastornado, Beenay? Escucha, hombre, es humano cometer algún error de tanto en tanto. No debes culparte por ello. Tú…

—Antes que nada necesitaba estar completamente seguro de que le había introducido los datos correctos al ordenador, y también de que le había proporcionado los postulados teóricos correctos para usar en el procesado de esos datos —dijo Beenay, aferrando su vaso con tanta fuerza que su mano tembló. El vaso estaba vacío ahora, observó Theremon—. Como tú dices, es humano cometer algún error de tanto en tanto. Así que llamé a un par de jóvenes estudiantes graduados muy capaces y dejé que *ellos* elaboraran el problema. Hoy me han traído los resultados. Ésa era la reunión tan importante que tenía, cuando dije que no podía verte. Theremon, sus cálculos confirmaron los míos. Obtuvieron la misma desviación en la órbita que yo.

—Pero, si el ordenador no se equivocó, entonces…, entonces… —Theremon agitó la cabeza—. ¿Entonces qué? ¿La Teoría de la Gravitación Universal está equivocada? Eso es lo que estás diciendo.

—Sí.

La palabra pareció brotar de labios de Beenay a un terrible precio. Parecía aturdido, desconcertado, desolado.

Theremon lo estudió. Sin duda esto resultaba confuso para Beenay, y probablemente muy embarazoso. Pero el periodista seguía sin acabar de comprender por qué el impacto de todo aquello era tan poderoso.

Luego, bruscamente, lo comprendió todo.

—¡Se trata de Athor! Tienes miedo de hacerle daño a Athor, ¿verdad?

—Exacto —dijo Beenay, y dirigió a Theremon una mirada de casi patética gratitud por haber visto la auténtica situación. Se dejó caer en su silla, con los hombros hundidos y la cabeza baja. Con voz ahogada dijo—: El saber que alguien ha abierto un agujero en su maravillosa teoría podría matar al viejo. El que *yo,* de entre toda la gente, haya abierto ese agujero. Ha sido un segundo padre para mí, Theremon. Todo lo que he conseguido en los últimos diez años ha sido bajo su guía, con su aliento, con…, bueno, con su amor, en cierto modo. Y ahora se lo pago de esta manera. No sería sólo destruir el trabajo de toda su vida…, sería apuñalarle, Theremon, apuñalarle.

—¿Has pensado en olvidar simplemente tu descubrimiento?

Beenay pareció asombrado.

—¡Sabes que no puedo hacer eso!

—Sí. Sí, lo sé. Pero tenía que saber lo que pensabas al respecto.

—¿Si pensaba en lo impensable? No, por supuesto que no. Nunca se me pasó por la cabeza. Pero, ¿qué voy a hacer, Theremon? Supongo que simplemente podría tirar todos los papeles y fingir que nunca estudié el tema. Pero eso sería monstruoso. Así que todo se reduce a elegir entre violar mi conciencia científica o arruinar a Athor. Arruinar al hombre al que considero no sólo la cabeza de mi profesión sino mi propio mentor filosófico.

—Entonces no puede haber sido tan mentor como dices.

Los ojos del astrónomo se abrieron mucho, con asombro y furia.

—¿Qué quieres decir, Theremon?

—Tranquilo. Tranquilo. —Theremon abrió las manos en un gesto conciliador—. Me parece que estás siendo demasiado condescendiente con él, Beenay. Si Athor es realmente el gran hombre que piensas que es, no va a poner su propia reputación por encima de la verdad científica. ¿Entiendes lo que quiero decir? La teoría de Athor es sólo eso: una teoría. Tú la llamaste la *Ley* de la Gravitación hace unos minutos, y luego te corregiste a ti mismo. Es una teoría, una hipótesis…, una suposición. La mejor suposición de este tipo que haya hecho nadie hasta ahora, por supuesto, pero eso no quiere decir que sea definitiva. La ciencia se construye a partir de aproximaciones que gradualmente se acercan a la verdad, me dijiste hace tiempo, y nunca lo he olvidado. Bueno, eso significa que todas las teorías se hallan sometidas a constante comprobación y modificación, ¿no? Y si finalmente resulta que ninguna de ellas se acerca lo suficiente a la verdad, entonces necesitan ser remplazadas por algo que se le aproxime más. ¿Correcto, Beenay? ¿Correcto?

Beenay temblaba ahora. Estaba muy pálido.

—¿Puedes pedirme otra copa, Theremon?

—No. Escúchame: todavía hay más. Dices que estás muy preocupado por Athor: es viejo, supongo que más bien frágil…, no tienes el valor necesario para decirle que has hallado un fallo en su teoría. De acuerdo. Es una postura decente y considerada que tomar. Pero piensa en ello, ¿quieres? Si calcular la órbita de Kalgash es algo tan importante, es muy probable que alguna otra persona tropiece con el mismo fallo en la teoría de Athor más pronto o más tarde, y esa otra persona no creo que tenga el tacto de hacérselo saber primero a Athor como tú harías. Puede que se trate incluso de un rival profesional de Athor, un enemigo declarado suyo…, todos los científicos tienen enemigos, tú mismo me lo has dicho multitud de veces. ¿No sería mejor para ti ir a Athor y decírselo todo, suavemente, con cuidado, contarle lo que has descubierto, antes de que lo descubra por sí mismo cualquier mañana en el *Crónica?*

—Sí —murmuró Beenay—. Tienes toda la razón.

—¿Irás a él, entonces?

—Sí. Sí. Tengo que hacerlo, supongo. —Beenay se mordió el labio —. Me siento despreciable por eso, Theremon. Me siento como un asesino.

—Lo sé. Pero no es Athor a quien asesinas, es una teoría defectuosa. No debería permitirse nunca subsistir a las teorías defectuosas. Le debes a Athor, tanto como a ti mismo, hacer que emerja la verdad. —Theremon dudó. Acababa de ocurrírsele una repentina y sorprendente idea nueva—. Por supuesto, hay otra posibilidad. Yo sólo soy un lego en esas materias, ya sabes, y es muy probable que te eches a reír. ¿Es posible que la Teoría de la Gravitación sea correcta pese a todo, y que las cifras del ordenador para la órbita de Kalgash sean también correctas, y que algún otro factor completamente distinto, algo hasta ahora desconocido, pueda ser el responsable de la discrepancia en los resultados?

—Supongo que podría ser —dijo Beenay, con voz llana y desanimada—. Pero, una vez empiezas a hurgar en misteriosos factores desconocidos, empiezas a moverte en el reino de la fantasía. Te daré un ejemplo. Digamos que hay un séptimo sol invisible ahí fuera…, tiene masa, ejerce una fuerza gravitatoria, pero simplemente no podemos verlo. Puesto que no sabemos que está ahí, no lo hemos incluido en nuestros cálculos gravitatorios, y así las cifras salen desviadas. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Bueno, ¿por qué no?

—¿Por qué no *cinco* soles invisibles, entonces? ¿Por qué no cincuenta? ¿Por qué no un gigante invisible que tire de los planetas a su alrededor según sus caprichos? ¿Por qué no un enorme dragón cuyo aliento desvíe Kalgash de su órbita correspondiente? No podemos desecharlo, ¿verdad? Cuando empiezas con los *por qué no,* Theremon, todo se vuelve posible, y luego nada tiene ningún sentido. Al menos, no para mí. Sólo puedo tratar con lo que sé que es real. Puede que tengas razón en que existe un factor desconocido, y que en consecuencia las leyes gravitatorias no sean válidas. Ciertamente espero que así sea. Pero no puedo efectuar ningún trabajo serio sobre esta base. Todo lo que puedo hacer es ir a Athor, cosa que haré, te lo prometo, y contarle lo que el ordenador me ha revelado. No me atrevo a sugerirle, ni a él ni a nadie, que culpo de todo este lío a un hasta ahora no descubierto «factor desconocido». De otro modo sonaría tan loco como los Apóstoles de la Llama, que afirman conocer todo tipo de revelaciones místicas. Theremon, realmente necesito esa otra copa ahora.

—Sí. De acuerdo. Y hablando de los Apóstoles de la Llama…

—Quieres una declaración mía al respecto, lo recuerdo. —Beenay

se pasó una cansada mano por el rostro—. Sí. Sí. No te dejaré en la estacada. Has sido una tremenda ayuda para mí esta tarde. ¿Qué es exactamente lo que dicen ahora los Apóstoles? Lo he olvidado.

—Fue Mondior 71 —indicó Theremon—. El Gran Sumo Espantajo en persona. Lo que dijo fue, déjame pensar, que estaba muy cerca el tiempo en que los dioses tienen intención de purgar el mundo de sus pecados, y que ha calculado el día exacto, incluso la hora exacta, en que llegará la condenación.

Beenay gruñó.

—¿Y qué hay de nuevo en ello? ¿No es lo mismo que han estado diciendo desde hace años?

—Sí, pero ahora empiezan a ofrecer muchos más detalles espeluznantes. La teoría de los Apóstoles, ya lo sabes, es que ésta no será la primera vez que el mundo ha sido destruido. Su doctrina enseña que los dioses han hecho deliberadamente imperfecta a la Humanidad, como una prueba, y que nos han concedido un solo año, uno de sus años divinos, por supuesto, no uno de los pequeños nuestros, para automodelarnos. A eso le llaman un Año de Gracia, y corresponde exactamente a 2.049 de nuestros años. Una y otra vez, cuando termina el Año de Gracia, los dioses descubren que seguimos siendo perversos y pecadores, y así destruyen el mundo enviando las Llamas Celestiales desde los lugares santos en el cielo que son conocidos como Estrellas. Eso dicen los Apóstoles, al menos.

—¿Estrellas? —dijo Beenay—. ¿Se refieren a los soles?

—No, Estrellas. Mondior dice que las Estrellas son específicamente distintas de los seis soles. ¿No has prestado nunca atención a ese asunto, Beenay?

—No. ¿Por qué demonios debería?

—Bueno, en cualquier caso, cuando el Año de Gracia termina y nada sobre Kalgash ha mejorado, moralmente hablando, esas Estrellas dejan caer alguna especie de fuego santo sobre nosotros y nos hacen arder. Mondior dice que esto ha ocurrido ya un número indeterminado de veces. Pero, cada vez que ocurre, los dioses son piadosos, o al menos una fracción entre ellos lo es: cada vez que el mundo es destruido, los dioses más compasivos prevalecen sobre los más inflexibles y la Humanidad recibe una nueva oportunidad. Y así los más devotos de entre los supervivientes son rescatados del holocausto y se establece un nuevo plazo: la Humanidad recibe otros 2.049 años para echar fuera sus malas acciones. El tiempo se está agotando de nuevo, dice Mondior. Han pasado ya casi 2.048 años desde el último cataclismo. En algo más de catorce meses, los soles desaparecerán todos, y esas horribles Estrellas de su voluntad arrojarán sus llamas desde un cielo negro para barrer a todos los inicuos. El año próximo, el 19 de theptar, para ser exactos.

—Catorce meses —dijo Beenay, con aire meditabundo—. El 19 de theptar. Es muy preciso al respecto, ¿no crees? Supongo que sabe también la hora exacta del día en que ocurrirá.

—Eso es lo que él dice, sí. Por eso me gustaría una declaración de alguien conectado con el observatorio, preferiblemente tú. El último anuncio de Mondior fue que la hora exacta de la catástrofe puede ser calculada *científicamente…,* que no es tan sólo algo establecido como un dogma en el Libro de las Revelaciones, sino que está sometido al mismo tipo de cálculos que emplean los astrónomos cuando…, cuando…

Theremon dudó y calló.

—¿Cuándo calculamos los movimientos orbitales de los soles y del mundo? —preguntó ácidamente Beenay.

—Bueno, sí —dijo Theremon, con aire avergonzado.

—Entonces quizás haya esperanza para el mundo después de todo, si los Apóstoles no pueden hacer un mejor trabajo en eso que nosotros.

—Necesito una declaración, Beenay.

—Sí. Me doy cuenta de ello. —La siguiente ronda de bebidas había llegado. Beenay rodeó su vaso con una mano—. Prueba esto —dijo al cabo de un momento—. «La tarea principal de la ciencia es separar lo verdadero de lo falso, con la esperanza de revelar la forma en que funciona realmente el Universo. Poner la verdad al servicio de lo falso no es la forma en que esta Universidad cree que deba elaborarse el método científico. En la actualidad somos capaces de predecir los movimientos de los soles en el cielo, sí…, pero, aunque usemos nuestros mejores ordenadores, no estamos más cerca de lo que estábamos antes de ser capaces de predecir la voluntad de los dioses. Como no lo estaremos nunca, sospecho…» ¿Qué te parece?

—Perfecto —dijo Theremon. Déjame ver si lo he captado correctamente. «La tarea principal de la ciencia es separar lo verdadero de lo falso, con la esperanza de…, de…» ¿Qué sigue a continuación, Beenay?

Beklimot repitió toda la declaración palabra por palabra, como si la hubiera memorizado unas horas antes.

Luego vació su tercera copa en un solo y sorprendentemente largo sorbo.

Y luego se puso en pie, sonrió por primera vez en toda la tarde, y se derrumbó de bruces al suelo.

9

Athor 77 entrecerró los ojos y escrutó el pequeño fajo de hojas de impresora que tenía ante él sobre su escritorio como si fueran mapas de continentes que nadie había sabido nunca que existieran.

Estaba muy tranquilo. Se sorprendía de lo tranquilo que estaba.

—Muy interesante, Beenay —dijo con voz lenta—. Muy, *muy* interesante.

—Por supuesto, señor, siempre cabe la posibilidad de que no sólo haya cometido algún error crucial en las hipótesis fundamentales, sino que también Yimot y Faro…

—¿Que los tres hayáis planteado mal vuestros postulados? No, Beenay. Creo que no.

—Yo sólo pretendía indicar que la posibilidad existe.

—Por favor —dijo Athor—. Déjame pensar.

Era media mañana. Onos brillaba con toda su gloria en el cielo visible a través de la alta ventana de la oficina del director del observatorio. Dovim apenas era evidente, un pequeño y nítido punto rojo de luz que seguía camino hacia el Norte allá en lo alto.

Athor hojeó los papeles, trasladándolos en grupos de un lado para otro del escritorio. Y trasladándolos de nuevo. Qué extraño era que se lo tomara con tanta tranquilidad, pensó.

Beenay era el que parecía más alterado por todo aquello; él apenas había reaccionado.

Quizá me hallo en estado de shock, especuló.

—Aquí, señor, tengo la órbita de Kalgash de acuerdo con los cálculos del almanaque generalmente aceptados. Y aquí, en la copia de impresora, tenemos la predicción orbital que el nuevo ordenador…

—Por favor, Beenay. He dicho que deseaba pensar.

Beenay asintió crispadamente. Athor le sonrió, cosa que no le resultaba fácil. El formidable jefe del observatorio, un hombre alto, delgado, de aspecto autoritario, con una impresionante melena blanca, se había dejado encajar hacía tanto tiempo en el papel de Austero Gigante de la Ciencia que ahora le resultaba difícil salirse de él y permitirse mostrar respuestas normales humanas. Al menos, le resultaba difícil mientras estaba en el observatorio, donde todo el mundo le contemplaba como una especie de semidiós. En casa, con su esposa, con sus hijos, y sobre todo con su ruidosa bandada de nietos, era un asunto completamente distinto.

Así que la Gravitación Universal no era completamente correcta, ¿verdad?

¡No! ¡No, eso era imposible! Cada átomo de sentido común en él protestaba ante el pensamiento. El concepto de Gravitación Universal

era fundamental para cualquier comprensión de la estructura del Universo, Athor estaba seguro de ello. Lo *sabía*. Era algo demasiado limpio, demasiado lógico, demasiado hermoso, para estar equivocado.

Retira la Gravitación Universal, y toda la lógica del cosmos se disuelve en el caos.

Inconcebible. Inimaginable.

Pero esas cifras…, esa maldita copia de impresora de Beenay…

—Puedo ver que está usted furioso, señor. —¡Beenay, parloteando de nuevo!—. Y quiero decirle que lo comprendo perfectamente…, la forma en que esto debe de dolerle…, cualquiera estaría furioso al ver el trabajo de toda su vida puesto en peligro de este modo…

—Beenay…

—Sólo déjeme decirle, señor, que hubiera dado cualquier cosa por no tener que traerle esto hoy. Sé que está usted furioso conmigo por haber venido aquí con ello, pero lo único que puedo decir es que pensé mucho y durante largo tiempo antes de decidirme a hacerlo. Lo que realmente deseaba hacer era quemarlo todo y olvidar que alguna vez empecé con esto. Me siento abrumado por haber descubierto lo que descubrí, y más abrumado aún de ser yo el que…

—Beenay —dijo Athor de nuevo, con su voz más ominosa.

—¿Señor?

—Estoy furioso contigo, sí. Pero no por la razón que tú piensas.

—¿Señor?

—Número uno, estoy irritado por la forma en que no dejas de balbucearme, cuando todo lo que deseo hacer es permanecer sentado aquí y elaborar tranquilamente las implicaciones de estos papeles que acabas de echar sobre mi mesa. Número dos, y mucho más importante, me siento absolutamente ultrajado por el hecho de que hayas vacilado un solo momento antes de traerme tus descubrimientos. ¿Por qué esperaste tanto?

—No fue hasta ayer que terminé las comprobaciones.

—¡Ayer! ¡Entonces hubieras debido estar aquí ayer! Beenay, ¿estás siendo sincero cuando dices que consideraste seriamente el *suprimir* todo esto? ¿Que estabas dispuesto a arrojar a un lado tus resultados y no decir nada?

—No, señor —dijo Beenay con voz miserable—. En realidad nunca pensé en hacerlo.

—Bien, eso es una bendición. Dime, hombre, ¿piensas que estoy tan enamorado de mi hermosa teoría que deseo que uno de mis más dotados asociados me proteja de la desagradable noticia de que la teoría tiene un fallo?

—No, señor. Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué no viniste corriendo aquí con la noticia en el momento mismo en que estuviste seguro de que tenías razón?

—Porque…, porque, señor… —Parecía como si Beenay deseara desvanecerse en la alfombra—. Porque sabía lo que eso le trastornaría. Porque pensé que usted podía…, podía trastornarse tanto que su salud se viera afectada. Así que lo retuve todo, hablé con un par de amigos, pensé en mi propia posición en todo esto, y llegué a la conclusión de que no tenía otra alternativa, que mi obligación era decirle que la Teoría de la Gravitación Univer…

—¿Así que crees realmente que mi amor hacia mi propia teoría es superior al que siento hacia la verdad?

—¡Oh, no, no, señor!

Athor sonrió de nuevo, y esta vez no le costó ningún esfuerzo hacerlo.

—Pues es así, ¿sabes? Soy tan humano como cualquier otro, lo creas o no. La Teoría de la Gravitación Universal me proporcionó todos los honores científicos que este planeta podía ofrecer. Es mi pasaporte a la inmortalidad, Beenay. Tú lo sabes. Y tener que enfrentarme a la posibilidad de que la teoría sea errónea…, oh, es un fuerte shock, Beenay, pasa a través de todo mí, desde el pecho hasta la espalda. No cometas ningún error al respecto. Por supuesto, aún sigo creyendo que mi teoría es correcta.

—¿Señor? —dijo Beenay, evidentemente estupefacto—. Pero lo he comprobado y vuelto a comprobar, y…

—Oh, tus descubrimientos son correctos también, estoy seguro de ello. Porque haberos equivocado *todos,* tú y Faro y Yimot…, no, no, ya he dicho que no lo veo muy posible. Pero lo que tienes aquí no invalida necesariamente la Gravitación Universal.

Beenay parpadeó unas cuantas veces.

—¿No lo hace?

—Ciertamente no —dijo Athor, calentándose en la situación. Casi se sentía alegre ahora. La calma absolutamente irreal de los primeros momentos había dejado paso a la muy distinta tranquilidad que siente uno cuando se halla en persecución de la verdad—. ¿Qué dice la Teoría de la Gravitación Universal, después de todo? Que cada cuerpo en el Universo ejerce una fuerza sobre todos los demás cuerpos, proporcional a la masa y a la distancia. ¿Y qué has intentado hacer usando la Gravitación Universal para calcular la órbita de Kalgash? Bueno, introducir el factor de todos los impactos gravitatorios que ejercen todos los distintos cuerpos astronómicos sobre nuestro mundo en su viaje en torno a Onos. ¿No es así?

—Sí, señor.

—Bien, entonces no hay necesidad de arrojar la Teoría de la Gravitación Universal por la borda, al menos no en este punto. Lo que necesitamos hacer, amigo mío, es simplemente volver a pensar en nuestra comprensión del Universo, y determinar si acaso no ignoramos

algo que debiéramos haber introducido en nuestros cálculos…, es decir, algún factor misterioso que, de una forma completamente desconocida por nosotros, esté ejerciendo su fuerza gravitatoria sobre Kalgash sin que lo tengamos en cuenta.

Las cejas de Beenay se alzaron alarmadas. Miró a Athor con la boca abierta, con una expresión que sólo podía ser calificada de auténtico asombro.

Luego se echó a reír. Primero intentó contenerse encajando las mandíbulas, pero la risa insistió en escapar de todos modos, forzándole a agitar los hombros y a emitir estranguladas tosecillas sincopadas; y luego tuvo que apretar ambas manos contra su boca para retener el torrente de regocijo.

Athor le miró, pasmado.

—¡Un factor desconocido! —estalló Beenay al cabo de un momento—. ¡Un dragón en el cielo! ¡Un gigante invisible!

—¿Dragones? ¿Gigantes? ¿De qué estás hablando, muchacho?

—Ayer por la tarde…, Theremon 762…, oh, señor, lo siento, realmente lo siento… —Beenay luchó por recuperar el autocontrol. Los músculos se agitaron en su rostro; parpadeó violentamente y contuvo el aliento; se volvió por un instante, y cuando se volvió de nuevo era otra vez casi él mismo. Avergonzado, dijo—: Tomé un par de copas con Theremon 762 ayer por la tarde…, el periodista, ya sabe…, y le hablé algo de lo que había encontrado, y de lo intranquilo que me sentía de mostrarle a usted mis descubrimientos.

—¿Fuiste a un *periodista?*

—Uno de confianza. Un buen amigo.

—Todos son unos bribones, Beenay. Créeme.

—No éste, señor. Le conozco, y sé que nunca haría nada que pudiera herirme u ofenderme. De hecho, Theremon me dio algunos excelentes consejos, entre ellos que tenía que venir absolutamente a verle, cosa que hice. Pero también, en un intento de ofrecerme alguna esperanza, ¿sabe?, algún consuelo…, me dijo lo mismo que acaba de decir usted, que quizás hubiera algún «factor desconocido»: ésa fue su frase exacta, un factor desconocido…, que confundía nuestra comprensión de las órbitas de Kalgash. Y yo me eché a reír y le dije que era inútil llevar factores desconocidos a la situación, que era una solución demasiado fácil. Sugerí, sarcásticamente, por supuesto, que si aceptábamos alguna de esas hipótesis, entonces también podíamos decir que un gigante invisible estaba empujando Kalgash fuera de su órbita, o el aliento de un gigantesco dragón. Y ahora aquí está usted, señor, emprendiendo la misma línea de razonamiento…, ¡no un lego en la materia como Theremon, sino el más grande astrónomo del mundo! ¿Ve usted lo ridículo que me siento, señor?

—Creo que si —dijo Athor. Todo aquello empezaba a hacerse un

poco cansado. Se pasó una mano por su imponente melena blanca y lanzó a Beenay una mirada de irritación y compasión entremezcladas —. Tenías razón al decirle a tu amigo que inventar fantasías para resolver un problema no resulta muy útil. Pero las sugerencias al azar de los no expertos no siempre carecen de mérito. Por todo lo que sabemos, hay algún factor desconocido que actúa sobre la órbita de Kalgash. Necesitamos al menos considerar esa posibilidad antes de lanzar la teoría por la borda. Creo que lo que necesitamos hacer aquí es utilizar la Espada de Thargola. ¿Sabes lo que es, Beenay?

—Por supuesto, señor. El principio de la parsimonia. Planteado la primera vez por el filósofo medieval Thargola 14, que dijo: «Debemos atravesar con una espada toda hipótesis que no sea estrictamente necesaria», o algo parecido.

—Muy bien, Beenay. Aunque, de la forma que me lo enseñaron a mí, es: «Si se nos ofrecen varias hipótesis, debemos empezar nuestras consideraciones golpeando las más complejas con nuestra espada». Aquí tenemos la hipótesis de que la Teoría de la Gravitación Universal es errónea, contra la hipótesis de que has dejado fuera algún desconocido y quizás incognoscible factor al efectuar tus cálculos de la órbita de Kalgash. Si aceptamos la primera hipótesis, entonces todo lo que creemos saber sobre la estructura del Universo se derrumba en el caos. Si aceptamos la segunda, todo lo que necesitamos hacer es localizar el factor desconocido, y el orden fundamental de las cosas se mantiene. Es mucho más sencillo intentar hallar algo que tal vez hayamos pasado por alto de lo que resultaría establecer una nueva ley general que gobierne los movimientos de los cuerpos celestes. Así, la hipótesis de que la Teoría de la Gravitación es errónea cae ante la Espada de Thargola, y empezamos nuestras investigaciones trabajando con la explicación más sencilla del problema. ¿Qué opinas, Beenay? ¿Qué dices al respecto?

La expresión de Beenay se volvió radiante.

—¡Entonces no he invalidado la Gravitación Universal después de todo!

—Todavía no, al menos. Probablemente te has ganado un lugar en la historia científica, pero todavía no sabemos si es como invalidador o como originador. Recemos para que sea lo último. Y ahora necesitamos pensar intensamente, joven. —Athor 77 cerró los ojos y se frotó la frente, que estaba empezando a dolerle. Había transcurrido largo tiempo desde que había hecho auténtica ciencia por última vez, se dio cuenta. Durante los últimos ocho o diez años se había ocupado casi por entero de asuntos administrativos en el observatorio. Pero a la mente que había producido la Teoría de la Gravitación Universal todavía debían de quedarle uno o dos pensamientos, se dijo—. Primero, quiero echar una mirada más

detenida a esos cálculos tuyos —indicó—. Y luego, supongo, una mirada más detenida a mi propia teoría.

10

El cuartel general de los Apóstoles de la Llama era una estilizada pero suntuosa torre de resplandeciente piedra dorada que se alzaba como una brillante jabalina sobre el río Seppitan, en el exclusivo distrito de Birigam de la Ciudad de Saro. Esa esbelta torre, pensó Theremon, debía de ser una de las más valiosas piezas inmobiliarias de toda la capital.

Nunca se había parado a considerarlo antes, pero los Apóstoles tenían que ser un grupo abrumadoramente rico. Eran propietarios de sus propias cadenas de radio y televisión, publicaban revistas y periódicos, poseían esta tremenda torre. Y probablemente controlaban todo tipo de otros bienes que eran menos visiblemente suyos. Se preguntó cómo era eso posible. ¿Un puñado de fanáticos monjes puritanos? ¿Dónde habían conseguido meter sus manos en tantos cientos de millones de créditos?

Pero, se dio cuenta, industrialistas tan conocidos como Bottiker 888 y Vivin 99 eran declarados partidarios de las enseñanzas de Mondior y sus Apóstoles. No le sorprendería saber que hombres como Bottiker y Vivin, y otros como ellos, eran fuertes contribuidores al tesoro de los Apóstoles.

Y, si la organización tenía al menos un décimo de la antigüedad que afirmaba tener —¡diez mil años, decían!—, y si habían invertido juiciosamente su dinero a lo largo de los siglos, entonces no había forma de decir lo que los Apóstoles podían haber conseguido a través del milagro del interés compuesto, pensó Theremon. Su fortuna podía ascender a miles de millones. Podían ser propietarios en secreto de media Ciudad de Saro.

Valía la pena echar una mirada al asunto, se dijo.

Penetró en el enorme vestíbulo de entrada, lleno de ecos, de la gran torre y miró maravillado a su alrededor. Aunque nunca había estado allí antes, había oído que era un edificio extraordinariamente espléndido tanto por fuera como por dentro. Pero nada de lo que había oído le había preparado para la realidad del edificio de los cultistas.

Un pulido suelo de mármol, con incrustaciones en media docena de brillantes colores, se extendía hasta tan lejos como podía ver. Las paredes estaban cubiertas con brillantes mosaicos dorados que formaban dibujos abstractos y que se alzaban hasta las bóvedas en arco muy arriba sobre su cabeza. Candelabros de oro y plata trenzados arrojaban una brillante lluvia de luminosidad sobre todo.

En el extremo opuesto a la entrada Theremon vio lo que parecía ser un modelo de todo el Universo, elaborado al parecer enteramente

con metales preciosos y gemas: inmensos globos suspendidos, que parecían representar los seis soles, colgaban del techo mediante cables invisibles. Cada uno de ellos arrojaba una luz fantasmal: un haz dorado del más grande de ellos, que debía de ser Onos, y un apagado brillo rojo del globo de Dovim, y un duro y frío blanco azulado de la pareja Tano-Sitha, y una suave luz blanca de Patru y Trey. Un séptimo globo, que debía de ser Kalgash, se movía lentamente entre ellos como un globo cautivo, con sus colores cambiantes a medida que el derivante esquema de la luz de los soles se reflejaba en su superficie.

Mientras Theremon permanecía allí con la boca abierta por el asombro, una voz procedente de ninguna parte en particular dijo:

—¿Puedo saber tu nombre?

—Soy Theremon 762. Tengo una cita con Mondior.

—Sí. Por favor, entra en la sala inmediatamente a tu izquierda, Theremon 762.

No vio ninguna sala inmediatamente a su izquierda. Pero entonces un segmento de la pared cubierta por el mosaico se abrió sin el menor ruido y reveló una pequeña estancia ovalada, más una antesala que una sala. Tapices de terciopelo verde cubrían las paredes, y una sola barra de luz ambarina proporcionaba la iluminación.

Se encogió de hombros y entró. La puerta se cerró de inmediato a sus espaldas y notó una clara sensación de movimiento.

¡Aquello no era una antesala, era un ascensor! Si, subía, estaba seguro de ello. Arriba y arriba, aunque de una forma más bien pausada. Transcurrió media eternidad antes de que la antesala-ascensor se detuviera y la puerta se abriera de nuevo.

Una figura ataviada de negro le aguardaba.

—¿Quiere venir por aquí, por favor?

Un estrecho pasillo conducía una corta distancia hasta una especie de sala de espera, donde un gran retrato de Mondior 71 ocupaba la mayor parte de una pared. Cuando Theremon entró, el retrato pareció iluminarse y cobró extrañamente brillo y resplandor, de tal modo que los oscuros e intensos ojos de Mondior le miraron directamente y el severo rostro del Sumo Apóstol adquirió una luminosa radiación interior que le hizo parecer casi hermoso, de un modo un tanto fiero.

Theremon se enfrentó fríamente a la mirada del retrato. Pero incluso el realista hombre de Prensa se sintió ligeramente inquieto ante el pensamiento de que dentro de muy poco estaría entrevistando a aquella persona. Mondior, a través de la radio o la televisión, era una cosa, sólo otro loco predicador con un absurdo mensaje que vender. Pero Mondior en carne y hueso: abrumador, hipnótico, misterioso, si su retrato daba alguna indicación…, eso podía ser algo completamente distinto. Theremon se advirtió a sí mismo que debía

permanecer en guardia.

El monje ataviado de negro dijo:

—Si quiere pasar dentro, por favor…

La pared a la izquierda del retrato se abrió. Al otro lado se hizo visible una oficina, tan espartanamente decorada como una celda, sin nada más que un desnudo escritorio hecho de una simple losa de piedra pulida y una silla baja sin respaldo, tallada de un trozo de alguna madera poco habitual gris estriada en rojo, dispuesta ante él. Detrás del escritorio se sentaba un hombre de evidente fuerza y autoridad, que llevaba el negro hábito de los Apóstoles con la capucha ribeteada de rojo.

Era muy impresionante. Pero no era Mondior 71.

Mondior, a juzgar por las fotografías y el aspecto que exhibía en la televisión, tenía que ser un hombre de sesenta y cinco o setenta años, con una especie de intensa fuerza masculina en él. Su pelo era denso y ondulado, negro con amplias estrías blancas, y tenía un rostro lleno y carnoso, una boca amplia, una nariz recia, gruesas cejas muy negras y oscuros y penetrantes ojos. Pero éste era joven, seguro que aún no había cumplido los cuarenta, y aunque también parecía poderoso y altamente masculino, lo era de una forma enteramente distinta: era muy delgado, con un rostro estrecho y afilado y finos labios fruncidos. Su pelo, que se rizaba sobre su frente debajo de su capucha, era de un extraño color rojo ladrillo, y sus ojos tenían una fría e inflexible tonalidad azul.

Sin duda este hombre era un alto funcionario de la organización. Pero la cita de Theremon era con Mondior.

Aquella misma mañana había decidido, después de escribir su artículo sobre la última fulminación de los Apóstoles, que necesitaba saber más acerca de su misterioso culto. Todo lo que habían dicho hasta entonces le sonaba como a estupidez, por supuesto, pero sus palabras empezaban a adquirir la apariencia de estupideces interesantes, de las que valía la pena escribir con cierto detalle. ¿Qué mejor forma de averiguar cosas sobre ellos que ir directamente al hombre en la cima? Suponiendo que fuera posible, por supuesto. Pero, para su sorpresa, cuando llamó le dijeron que podía celebrar una audiencia con Mondior 71 aquel mismo día. Había parecido demasiado fácil.

Ahora empezaba a darse cuenta de que *había* sido demasiado fácil.

—Soy Folimun 66 —dijo el hombre de rostro anguloso, con una voz ligera y flexible sin nada del retumbante trueno de Mondior. Sin embargo, sospechó Theremon, era la voz de alguien que estaba acostumbrado a ser obedecido—. Soy el relaciones públicas ayudante para el distrito central de nuestra organización. Será un placer para mí

responder cualquier pregunta que desee formular.

—Mi cita era con Mondior en persona —dijo Theremon.

Los helados ojos de Folimun 66 no traicionaron el menor signo de sorpresa.

—Puede considerarme como la voz de Mondior.

—Entendí que sería una audiencia *personal*.

—Lo es. Cualquier cosa dicha por mí es compartida por Mondior; cualquier palabra que brote de mí es la palabra de Mondior. Tiene que comprender bien esto.

—Pese a todo, se me aseguró que se me permitiría hablar con Mondior. No tengo la menor duda de que lo que usted me diga estará revestido de toda la autoridad necesaria, pero no es sólo información lo que busco. Me gustaría formarme alguna opinión del tipo de hombre que es Mondior, cuáles son sus puntos de vista sobre otras cosas aparte la profetizada destrucción del mundo, qué piensa acerca de…

—Sólo puedo repetirle lo que ya le he dicho —declaró Folimun, cortándole suavemente—. Puede considerarme como la voz de Mondior. Su Serenidad no podrá verle en persona hoy.

—Entonces prefiero regresar otro día, cuando Su Serenidad esté…

—Permítame informarle que Mondior no se halla disponible para entrevistas personales, nunca. *Nunca.* El trabajo de Su Serenidad es mucho más urgente, ahora que sólo nos separan unos meses del Tiempo de la Llama. —Folimun sonrió de pronto, una sonrisa inesperadamente cálida y humana, quizá con la intención de quitar algo de mordiente a la negativa y de melodramatismo a la frase «el Tiempo de la Llama». Casi gentilmente, dijo—: Supongo que se habrá producido algún malentendido, que usted no se dio cuenta de que su cita sería con un portavoz de Mondior en vez de con el Sumo Apóstol en persona. Pero así es como tiene que ser. Si no desea usted hablar conmigo, bueno, lamento que haya hecho su viaje en balde. Pero soy la fuente de información más útil que va a encontrar usted aquí, ahora o en cualquier otro momento.

De nuevo la sonrisa. Era la sonrisa de un hombre que cerraba de una forma fría y sin disculpa alguna una puerta en el rostro de Theremon.

—Muy bien —dijo Theremon, tras un momento o dos de consideración—. Veo que no tengo mucha elección. Hablo con usted o no hablo con nadie. De acuerdo: hablemos. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Tanto como necesite, aunque esta primera reunión tendrá que ser más bien breve. Y también —una sonrisa, sorprendente, casi maliciosa— deberá tener en cuenta que sólo nos quedan catorce meses. Y que tenemos algunas otras cosas que hacer durante ese tiempo.

—Eso imagino. ¿Catorce meses, dice? ¿Y luego qué?

—Por lo que dice, supongo que no ha leído usted el Libro de las Revelaciones.

—No recientemente, es cierto.

—Entonces permítame. —Folimun extrajo un delgado volumen encuadernado en rojo de algún hueco en su aparentemente vacío escritorio y lo deslizó hacia Theremon—. Éste es para usted. Hallará mucho alimento espiritual en él, espero. Mientras tanto, puedo resumirle el tema que parece ser del mayor interés para usted. Dentro de muy poco, exactamente dentro de 418 días desde hoy, el 19 del próximo theptar para ser extremadamente precisos, caerá una gran transformación sobre nuestro confortable y familiar mundo. Los seis soles entrarán en la Caverna de la Oscuridad y desaparecerán, las Estrellas se manifestarán a nosotros, y todo Kalgash será pasto de las llamas.

Hizo un sonido muy casual. Como si estuviera hablando de la llegada de la lluvia mañana por la tarde, o la esperada floración de alguna rara planta la semana próxima en el Jardín Botánico Municipal. Todo Kalgash pasto de las llamas. Los seis soles entrando en la Caverna de la Oscuridad. Las Estrellas.

—Las Estrellas —dijo Theremon en voz alta—. ¿Qué son de hecho?

—Son los instrumentos de los dioses.

—¿No cree que podría ser un poco más específico?

—La naturaleza de las Estrellas se hará más que clara para todos nosotros —dijo Folimun 66—, dentro de 418 días.

—Entonces el actual Año de Gracia llega a su término —dijo Theremon—. Concretamente el 19 de theptar del año próximo.

Folimun pareció agradablemente sorprendido.

—Así que *ha* estado estudiando nuestras enseñanzas.

—Hasta cierto punto. He escuchado las últimas intervenciones de Mondior, al menos. Sé lo del ciclo de 2.049 años. ¿Y el acontecimiento que ustedes llaman el Tiempo de la Llama? Supongo que tampoco puede proporcionarme alguna especie de descripción anticipada de eso.

—Hallará usted algo al respecto en el capítulo quinto del Libro de las Revelaciones. No, no necesita buscarlo ahora: puedo citárselo. «De las Estrellas brotaron entonces las Llamas Celestes, que eran las portadoras de la voluntad de los dioses; y allá donde tocaban las llamas, las ciudades de Kalgash eran consumidas hasta la total destrucción, de tal modo que del hombre y de las obras del hombre no quedaba nada en absoluto.»

Theremon asintió.

—Un repentino y terrible cataclismo. ¿Por qué?

—La voluntad de los dioses. Nos han advertido contra nuestra perversidad, y nos han proporcionado un número de años para redimirnos. Ese número de años es lo que llamamos el Año de Gracia, un «año» de 2.049 años humanos, sobre el que parece saber usted ya algo. El actual Año de Gracia se halla ya casi a su final.

—¿Y entonces cree usted que todos seremos barridos de la superficie del planeta?

—No todos. Pero la mayoría sí; y nuestra civilización será destruida. Los pocos que sobrevivan se enfrentarán a la inmensa tarea de la reconstrucción. Éste es, como parece darse cuenta, un ciclo melancólicamente repetitivo de los acontecimientos humanos. Lo que pronto ocurrirá no señalará la primera vez que la Humanidad fracasa en la prueba de los dioses. Hemos sido golpeados más de una vez antes; y ahora nos hallamos a punto de ser golpeados de nuevo.

Lo más curioso, pensó Theremon, era que Folimun no parecía en absoluto loco.

Excepto por su extraño hábito, hubiera podido ser cualquier tipo de joven hombre de negocios sentado en su atractiva oficina…, un agente de préstamos, por ejemplo, o un especialista en inversiones. Era a todas luces inteligente. Hablara con claridad y bien, con un tono seguro y directo. Nunca desvariaba o desbarraba. Pero las cosas que decía, de aquella manera segura y directa, eran los más alocados balbuceos carentes de sentido.

El contraste entre lo que Folimun decía y la forma en que lo decía resultaba difícil de aceptar.

Ahora se arrellanó satisfecho, con expresión relajada, a la espera de que el periodista formulara la siguiente pregunta.

—Seré franco —dijo Theremon al cabo de un momento—. Como mucha gente, tengo dificultades en aceptar que algo tan grande me sea tendido simplemente como una revelación. Necesito pruebas sólidas. Pero usted no nos muestra ninguna. Acéptalo por la fe, dice. No hay ninguna prueba tangible que demuestre, por supuesto, lo que usted nos dice, pero será mejor que creamos lo que nos ofrece, porque lo ha oído todo de los dioses, y usted sabe que los dioses no le mienten. ¿Puede mostrarme por qué *debería* creerle? La fe sola no es suficiente para las personas como yo.

—¿Por qué piensa que no hay ninguna prueba? —preguntó Folimun.

—¿La hay? ¿Aparte el propio Libro de las Revelaciones? Las pruebas circulares no son ninguna prueba para mí.

—Somos una organización muy antigua, ¿sabe?

—Diez mil años, o al menos eso dice la historia.

Una breve sonrisa aleteante cruzó los delgados labios de Folimun.

—Una cifra arbitraria, quizás un poco exagerada para conseguir

un efecto popular. Todo lo que afirmamos entre nosotros es que nos remontamos a los tiempos prehistóricos.

—Así que su grupo tiene al menos *dos* mil años de antigüedad, entonces.

—Un poco más que eso, como mínimo. Podemos rastrear nuestra existencia hasta una época anterior al último cataclismo…, así que con toda seguridad tenemos más de 2.049 años de antigüedad. Probablemente muchos más, pero no tenemos ninguna prueba de ello, al menos no ninguna prueba del tipo que usted estaría dispuesto a aceptar. Creemos que los Apóstoles pueden remontarse a *varios* ciclos de destrucción, lo cual es tanto como decir probablemente seis mil años. Todo lo que realmente importa es que nuestro origen es precataclísmico. Hemos permanecido silenciosamente activos como organización durante más de un Año de Gracia. Y, así, ahora nos hallamos en posesión de una información que ofrece detalles altamente específicos de la catástrofe que nos aguarda. Sabemos lo que ocurrirá porque somos conscientes de lo que ha ocurrido muchas veces antes.

—Pero no le muestran a nadie la información que afirman tener. La evidencia, las pruebas.

—El Libro de las Revelaciones es lo que ofrecemos al mundo.

Vueltas y vueltas y vueltas. Aquello no conducía a ninguna parte. Theremon empezó a sentirse inquieto. Evidentemente, todo aquello no era más que un gran bluff. Todo una cínica farsa, probablemente pensada para sorber rollizas contribuciones de los crédulos como Bottiker y Vivin y otros tipos ricos desesperados por comprar el billete que le permitiera escapar de la amenaza de condenación. Pese a la evidente apariencia de sinceridad e inteligencia de Folimun, tenía que ser o bien un cómplice voluntario en esta gigantesca empresa de fraudulenta fantasía o simplemente uno de los muchos incautos de Mondior.

—De acuerdo —dijo el periodista—. Supongamos por ahora que habrá alguna especie de catástrofe mundial el año próximo, de la que su grupo posee un conocimiento detallado por anticipado. ¿Qué es exactamente lo que quieren que hagamos el resto de nosotros? ¿Acudir en masa a sus capillas y suplicar a los dioses que tengan piedad de nosotros?

—Ya es demasiado tarde para eso.

—Entonces, ¿no hay ninguna esperanza? En ese caso, ¿por qué se molestan en advertirnos?

Folimun sonrió de nuevo, sin ironía esta vez.

—Por dos razones. Una, sí, *queremos* que la gente acuda a nuestras capillas, no tanto para que puedan intentar influenciar a los dioses como para que puedan escuchar nuestras enseñanzas en lo que

se refiere a asuntos de moralidad y decencia cotidiana. Creemos que tenemos un mensaje de valor para el mundo en estos aspectos. Pero segundo, y más urgente: deseamos convencer a la gente de la realidad de lo que se aproxima, a fin de que puedan tomar medidas para protegerse contra ello. Lo peor de la catástrofe *puede* ser evitado. Se *pueden* dar pasos para impedir la completa destrucción de nuestra civilización. Las Llamas son inevitables, sí, puesto que la naturaleza humana es como es: los dioses han hablado, el tiempo de su venganza está ya en camino, pero dentro de la locura y el horror generales habrá algunos que sobrevivan. Le aseguro que nosotros los Apóstoles sobreviviremos, definitivamente. Estaremos aquí, como hemos estado antes, para conducir a la Humanidad al nuevo ciclo de renacimiento. Y ofreceremos nuestra mano, con amor, con caridad, a todo aquel que quiera aceptarla. A quien se una a nosotros en protegerse del caos que se avecina. ¿Le suena esto a locura, Theremon? ¿Le suena como si fuéramos unos chiflados peligrosos?

—Si tan sólo pudiera aceptar su planteamiento básico…

—¿Que las Llamas llegarán el año próximo? Lo hará. Lo hará. Lo que falta por ver es si lo aceptará usted con la suficiente antelación como para convertirse en uno de los supervivientes, uno de los guardianes de nuestra herencia, o descubrirá tan sólo en el momento de la destrucción, en el momento de su propia agonía, que hemos estado diciendo la verdad desde un principio.

—Me pregunto cuál de las dos cosas será —dijo Theremon.

—Permítame confiar en que esté usted de nuestro lado el día que se cierre este Año de Gracia —dijo Folimun. Se levantó bruscamente y ofreció a Theremon su mano—. Ahora debo irme. Su Serenidad el Sumo Apóstol me espera dentro de pocos minutos. Pero tendremos más conversaciones, de eso estoy seguro. En término de unos días, o quizá menos…, intentaré estar disponible para usted. Espero nuestra próxima conversación. Por extraño que pueda sonar, tengo la sensación de que usted y yo estamos destinados a trabajar muy unidos. Tenemos mucho en común, ¿sabe?

—¿De veras?

—En asuntos de fe, no. En asuntos del deseo de sobrevivir, y de ayudar a otros a sobrevivir…, sí, creo que sí, muy definitivamente. Sospecho que llegará un momento en el que usted y yo nos busquemos el uno al otro y unamos nuestras fuerzas contra la Oscuridad que se acerca. De hecho, estoy seguro de ello.

Seguro, pensó Theremon. Será mejor que me haga confeccionar de inmediato mi hábito negro.

Pero no tenía ningún sentido ofender a Folimun con algún tipo de rudeza. Este culto de los Apóstoles estaba creciendo, al parecer, día tras día. Había un gran artículo aquí; y Folimun era probablemente el

hombre de quien iba a depender para conseguirlo.

Theremon se metió el ejemplar del Libro de las Revelaciones en el maletín y se puso en pie.

—Le llamaré dentro de unas semanas —dijo—, Después de que haya tenido la oportunidad de examinar esto con cierto detalle. Entonces habrá otras cosas que desearé preguntarle. ¿Y con qué anticipación necesita que le llame para una entrevista con Mondior 71?

Folimun no era tan fácil de engatusar.

—Como ya le he explicado, el trabajo de Su Serenidad desde ahora hasta el Tiempo de la Llama es tan crítico que no se hallará disponible para cosas como entrevistas personales. Lo siento realmente. No hay ninguna forma en la que pueda alterar esto. —Folimun adelantó la mano—. Ha sido un placer.

—Para mí también —dijo Theremon.

Folimun se echó a reír.

—¿De veras lo ha sido? ¿Perder media hora hablando con un loco? ¿Un chiflado? ¿Un fanático? ¿Un cultista?

—No recuerdo haber usado esas palabras.

—No me sorprendería que me dijeran que las había pensado, sin embargo. —El Apóstol ofreció a Theremon otra de sus curiosamente desarmantes sonrisas—. Tendría razón a medías. *Soy* un fanático. Y un cultista, supongo. Pero no un loco. Ni un chiflado. Aunque me gustaría serlo. Y a usted también.

Despidió a Theremon con un gesto de la mano. El monje que le había conducido hasta allí aguardaba fuera de la puerta para llevarlo de vuelta a la antesala-ascensor.

Una extraña media hora, pensó el periodista. Y no muy fructífera, en realidad. De alguna forma sabía menos aún sobre los Apóstoles que antes de haber entrado allí.

Que fueran unos chiflados y unos fanáticos de las supersticiones resultaba aún claro para Theremon. Evidentemente no tenían ni un asomo de nada que se pareciera a una auténtica prueba de que se preparaba algún gigantesco cataclismo en el planeta tan pronto. Sin embargo, si eran auto-engañados estúpidos o claros fraudes buscando llenarse los bolsillos era algo que no podía decidir con claridad.

Era todo más bien confuso. Había un elemento de fanatismo, de puritanismo, en su movimiento que no acababa de gustarle. Y sin embargo, y sin embargo: aquel Folimun, aquel portavoz suyo, había parecido una persona inesperadamente atractiva. Era inteligente, inteligible…, incluso, a su propia manera, racional. El hecho de que pareciera tener una especie de sentido del humor había sido una sorpresa, y un punto a su favor. Theremon nunca había oído a un maníaco que fuera capaz de burlarse ni siquiera ligeramente de sí

mismo…, ni a un fanático tampoco. A menos que aquello formara parte de la actuación de Folimun como relaciones públicas: a menos que Folimun hubiera estado proyectando deliberadamente el tipo de personalidad que alguien como Theremon hallaría probablemente atractiva.

Ve con cuidado, se dijo a sí mismo. Folimun quiere utilizarte.

Pero eso era lógico. Su posición en el periódico era influyente. *Todo el mundo* deseaba utilizarle.

Bueno, pensó, veremos quién utiliza a quién.

Sus pasos resonaron secamente mientras caminaba a buen ritmo a través del inmenso vestíbulo de entrada del cuartel general de los Apóstoles y salía a la brillante tarde de tres soles.

Ahora, de vuelta a la oficina del *Crónica.* Un par de piadosas horas dedicadas a un atento estudio del Libro de las Revelaciones; y luego ya sería hora de empezar a pensar en la columna de mañana.

11

La estación estival de las lluvias estaba en pleno apogeo la tarde que Sheerin 501 regresó a Ciudad de Saro. El regordete psicólogo salió del avión a un fuerte aguacero que había transformado el aeropuerto en algo parecido a un lago. Grises torrentes de lluvia caían casi horizontales, arrastrados por violentas ráfagas de viento.

Gris, gris, todo gris…

Los soles tenían que estar ahí arriba en alguna parte en medio de toda aquella lobreguez. Aquel débil resplandor en el Oeste era probablemente Onos, y había asomos de la helada luz de Tano y Sitha al otro lado. Pero la capa de nubes era tan densa que el día resultaba desagradablemente oscuro. Incómodamente oscuro para Sheerin, que aún —pese a lo que había dicho a sus anfitriones en Jonglor— se sentía turbado por los efectos residuales de su trayecto de quince minutos a través del Túnel del Misterio.

Se hubiera sometido a un ayuno de diez días antes que admitirlo a Kelaritan y Cubello y al resto de aquella gente. Pero había llegado peligrosamente cerca del punto de peligro ahí dentro.

Durante tres o cuatro días después, Sheerin experimentó un roce, sólo un roce, del tipo de claustrofobia que había enviado a tantos ciudadanos de Jonglor al hospital mental. Estaba en su habitación del hotel, trabajando en su informe, cuando de pronto sentía la Oscuridad cerrarse sobre él, y le era necesario levantarse y salir a la terraza, o incluso abandonar completamente el edificio para dar un largo paseo por los jardines del hotel. *¿Necesario?* Bueno, quizá no. Pero preferible. Ciertamente preferible. Y siempre se sentía mejor haciéndolo.

O estaba dormido y la Oscuridad caía entonces sobre él. Naturalmente, la luz de vela estaba encendida en su habitación cuando dormía —siempre dormía con una, no sabía de nadie que no lo hiciera—, y desde el trayecto por el Túnel se había acostumbrado a utilizar una auxiliar también, en caso de que la batería de la primera fallara, aunque el indicador señalaba claramente que le quedaban seis meses de energía. Aún así, la mente dormida de Sheerin llegaba a convencerse de que su habitación se había sumido de pronto en las profundidades de la ausencia de luz, y estaba completamente a oscuras, invadida por la auténtica y completa Oscuridad. Y despertaba, temblando, sudando, convencido de que se hallaba en la Oscuridad pese a que al amistoso resplandor de las dos luces de vela estaba allí a cada lado de él para decirle que eso no era cierto.

Así que ahora, cuando bajó del avión a aquel sombrío paisaje crepuscular…, bueno, se alegró de estar en casa, pero hubiera

preferido una llegada más veraniega. Tuvo que luchar contra una leve inquietud, o quizá no tan leve, cuando entró en el pasillo de plexiglás contra el mal tiempo que conducía del avión a la terminal. Deseó que no estuviera allí. Mejor no sentirse encerrado en estos momentos, pensó Sheerin, aunque eso significara mojarse. Mejor estar al aire libre bajo un cielo abierto, bajo la reconfortante luz (por débil que fuera, oculta tras las nubes) de los amistosos soles.

Pero la intranquilidad pasó. Cuando recuperó su equipaje, la alegre realidad de estar de vuelta en casa en Ciudad de Saro había triunfado por encima de los efectos residuales de su roce con la Oscuridad.

Liliath 221 le aguardaba fuera del departamento de recogida de equipajes con su coche. Eso le hizo sentir mejor también. Era una mujer esbelta y de aspecto agradable a punto de cumplir los cincuenta, una colega del Departamento de Psicología, aunque se dedicaba a trabajos experimentales, animales en laberintos, sin ningún punto de contacto con el trabajo de él. Se conocían desde hacía diez o quince años. Probablemente Sheerin le hubiera pedido que se casara con él hacía mucho si hubiera sido del tipo de los que se casan. Pero no lo era; ni, por todas las indicaciones que le había dado, lo era ella tampoco. De todos modos, la relación que mantenían parecía perfecta para ambos.

—De todos los días asquerosos que podía elegir para volver… —dijo, mientras se deslizaba en el coche al lado de ella y se inclinaba para darle un rápido y amistoso beso.

—Llevamos tres días así. Y dicen que todavía nos quedan otros tres, hasta el próximo Día de Onos. Supongo que por aquel entonces ya nos habremos ahogado todos. Parece como si hubieras perdido algo de peso ahí arriba en Jonglor, Sheerin.

—¿De veras? Bueno, ya sabes, la comida septentrional…, nunca ha sido de mi gusto.

No había esperado que fuera tan evidente. Un hombre de sus dimensiones debería ser capaz de perder cinco o seis kilos sin que se apreciara en absoluto. Pero Liliath había tenido siempre unos ojos agudos. Y quizás él había perdido más de cinco o seis kilos. Desde el Túnel no había hecho más que picotear su comida. ¡Él! Ahora que pensaba en ello, le resultaba difícil creer lo poco que había comido.

—Tienes buen aspecto —dijo ella—. Saludable. Vigoroso.

—¿De veras?

—No es que piense que necesites estar más delgado, no a esta edad. Pero no te haría ningún daño perder un poco de peso. ¿Así que te lo pasaste bien en Jonglor?

—Bueno…

—¿Fuiste a ver la Exposición?

—Sí. Fabulosa. —No consiguió expresar mucho entusiasmo—. ¡Dios mío, esta lluvia, Liliath!

—¿No llovía en Jonglor?

—Todo el tiempo claro y seco. Como estaba aquí cuando me marché de Saro.

—Bueno, las estaciones cambian, Sheerin. No puedes esperar tener el mismo tiempo durante seis meses consecutivos, ¿sabes? Con un conjunto distinto de soles en el ascendente cada día, no podemos esperar que los esquemas se mantengan mucho tiempo.

—No puedo decir si pareces más una meteoróloga o una astróloga —dijo Sheerin.

—Ninguna de las dos. Parezco una psicóloga. ¿No vas a contarme nada del viaje, Sheerin?

Él vaciló.

—La Exposición estuvo muy bien. Lamento que te la perdieras. Pero el trabajo fue muy duro la mayor parte del tiempo. Tenían un verdadero lío entre las manos allá en el Norte, con ese Túnel del Misterio.

—¿Es cierto que ha muerto gente en él?

—Algunas personas. Pero sobre todo están los que han salido de allá traumatizados, desorientados. Claustrofóbicos. Hablé con algunas de las víctimas. Necesitarán meses para recobrarse. Para algunos la incapacidad será permanente. Y, pese a ello, el Túnel siguió abierto durante semanas.

—¿Después de que empezara el problema?

—A nadie pareció importarle. La que menos, la gente que dirige la Exposición. Tan sólo estaban interesados en vender entradas. Y los que acudían al parque de diversiones se sentían curiosos acerca de la Oscuridad. Curiosos acerca de la Oscuridad, ¿puedes imaginar eso, Liliath? ¡Hacían cola ansiosamente para poner sus mentes en peligro! Por supuesto, todos estaban convencidos de que no les ocurriría nada a ellos. Y a muchos no les ocurrió nada malo. Pero no a todos. ¿Sabes?, yo efectué también el trayecto del Túnel.

—¿Lo hiciste? —exclamó ella, asombrada—. ¿Cómo fue?

—Un mal asunto. Pagaría todo lo que fuera necesario por no tener que hacerlo de nuevo.

—Pero evidentemente te saliste con bien de ello.

—Evidentemente —dijo él con cuidado—. Pero también me saldría con bien de ello si me tragara media docena de peces vivos. No es algo que desee repetir. Les dije que cerraran definitivamente su maldito Túnel. Ésa fue mi opinión profesional, y creo que van a seguirla. Simplemente no estamos diseñados para resistir tanta Oscuridad, Liliath. Un minuto, dos minutos quizá…, luego empezamos a hacernos pedazos. Es una cosa innata, estoy convencido de ello,

millones de años de evolución nos han modelado para ser lo que somos. La Oscuridad es la cosa más innatural del mundo. Y la idea de venderla a la gente como *diversión*… —Se estremeció—. Bueno, hice mi viaje a Jonglor, y ahora estoy de vuelta. ¿Han ocurrido muchas cosas por la universidad?

—No muchas —respondió Liliath—. Las habituales pequeñas y mezquinas disputas, las acostumbradas reuniones de facultad, encumbradas declaraciones de ultraje sobre éste y aquel candente problema social…, ya sabes. —Guardó silencio por un instante, con ambas manos aferrando la barra de dirección mientras conducía el coche a través de los profundos charcos de agua que inundaban la carretera—. Por cierto, al parecer hay alguna especie de revuelo en el observatorio. Tu amigo Beenay 25 te ha estado buscando. No me dijo mucho, pero parece que están efectuando una importante reevaluación de una de sus teorías clave. Todo el mundo está agitado. El viejo Athor en persona dirige las investigaciones, ¿puedes imaginarlo? Creía que su mente se había osificado hacía ya un siglo. Beenay llevaba a un periodista consigo, uno de esos que escriben una columna popular. Theremon, creo que se llama. Theremon 762. No me fijé mucho en él.

—Es muy conocido. Una especie de cizañero, creo, aunque no estoy muy seguro de qué tipo de causas se dedica a fulminar. Él y Beenay pasan mucho tiempo juntos.

Sheerin tomó nota mental de llamar al joven astrónomo después de deshacer el equipaje. Hacía ya casi un año que Beenay llevaba viviendo con la hija de la hermana de Sheerin, Raissta 717, y Sheerin había establecido una firme amistad con él, tan firme como era posible teniendo en cuenta la diferencia de veintitantos años en sus edades. Sheerin sentía un interés de aficionado hacia la astronomía: ése era uno de los lazos que los mantenían juntos.

¡Athor de vuelta al trabajo teórico! ¡Resultaba difícil de imaginar! ¿De qué podía tratarse? ¿Había publicado algún novato un artículo atacando la Ley de la Gravitación Universal? No, pensó Sheerin…, nadie se atrevería.

—¿Y tú? —preguntó—. No has dicho ni una palabra acerca de lo que has hecho mientras yo estaba fuera.

—¿Qué es lo que crees que hice, Sheerin? ¿Ir a practicar el vuelo con motor en las montañas? ¿Asistir a las reuniones de los Apóstoles de la Llama? ¿Seguir un curso de ciencias políticas? Leí libros. Di mis clases. Realicé mis experimentos. Aguardé a que volvieras a casa. Planeé la cena que cocinaría cuando tú volvieras. ¿Estás seguro de que no has empezado a seguir alguna dieta?

—Por supuesto que no. —Dejó que su mano descansara afectuosamente sobre la de ella por un momento—. Pensé en ti todo el

tiempo, Liliath.

—Estoy segura de que lo hiciste.

—Y soy incapaz de esperar hasta la hora de la cena.

—Al menos eso suena plausible.

La lluvia se hizo repentinamente más densa. Una gran masa de agua golpeó el parabrisas, y todo lo que pudo hacer Liliath fue mantener el coche en la carretera, no sin cierta dificultad. El cielo se oscureció otro grado o dos a medida que empeoraba la tormenta. Sheerin se encogió ante la creciente oscuridad de fuera y clavó la vista en los brillantemente iluminados controles del tablero del coche para reconfortarse.

No deseaba permanecer más tiempo en el espacio cerrado del coche. Deseaba salir a los campos abiertos, con o sin tormenta. Pero eso era una locura. Se empaparía en un instante ahí fuera. Incluso podía ahogarse, los charcos eran tan profundos.

Piensa en cosas agradables, se dijo. Piensa en cosas cálidas y brillantes. Piensa en la luz del sol, la dorada luz de Onos, la cálida luz de Patru y Trey, incluso la helada luz de Sitha y Tano, la débil luz roja de Dovim. Piensa en la cena de esta noche. Liliath ha preparado un festín para darte la bienvenida en tu regreso. Y Liliath es tan buena cocinera.

Se dio cuenta de que seguía sin tener la menor hambre. No en un miserable día gris como éste, tan oscuro…, tan oscuro…

Pero Liliath era muy sensible acerca de su cocina. Sobre todo cuando cocinaba para él. Comería todo lo que le pusiera delante, decidió, aunque tuviera que hacerlo por la fuerza. Era una idea curiosa ésta, pensó: ¡Él, Sheerin, el gran glotón, pensando en comer *por la fuerza!*

Liliath le miró ante el sonido de su carcajada.

—¿Qué es tan divertido?

—Yo…, hum…, que Athor haya vuelto a la investigación —dijo apresuradamente—. Después de contentarse durante tanto tiempo en ser el Señor Sumo Emperador de la Astronomía y realizar un trabajo puramente administrativo. Tendré que llamar enseguida a Beenay. ¿Qué demonios puede estar ocurriendo en el observatorio?

12

Éste era el tercer día de Siferra 89 de vuelta en la Universidad de Saro, y todavía no había parado de llover. Qué refrescante contraste con el reseco entorno desértico de la península Sagikana. No había visto llover desde hacía tanto tiempo que se sintió maravillada ante la simple idea de que el agua pudiera caer del cielo.

En Sagikán, cada gota de agua era enormemente preciosa. Calculabas su uso con la mayor precisión y reciclabas toda la reciclable. Aquí, en cambio, caía del cielo como de algún gigantesco depósito que nunca llegaría a secarse. Sheerin sintió un poderoso impulso de despojarse de sus ropas y correr por el extenso y verde césped del campus, dejando que la lluvia resbalara por su cuerpo en un interminable y delicioso chorro que la lavara hasta despojarla de la última mota de polvo del desierto.

Eso era lo último que el campus necesitaba ver. ¡Aquella fría, solitaria y poco romántica profesora de arqueología, Siferra 89, corriendo desnuda bajo la lluvia! Valdría la pena hacerlo aunque sólo fuera para disfrutar del espectáculo de sus asombrados rostros mirando a través de cada ventana de la universidad mientras ella pasaba corriendo por delante.

Sin embargo, pensó Siferra, no es muy probable que lo haga.

No es en absoluto mi estilo.

Y, además, había mucho que hacer por otros lados. No había esperado ni un momento para ponerse a trabajar. La mayoría de los artefactos que había excavado en el yacimiento de Beklimot la seguían por vía marítima, y no llegarían a la universidad hasta dentro de unas semanas. Pero había mapas que trazar, bocetos que pulir, las fotografías estratigráficas de Balik que analizar, las muestras del suelo que preparar para el laboratorio de radiografía, más de un millón de cosas que hacer. Y luego, además, estaban las tablillas de Thombo que discutir con Mudrin 505 del Departamento de Paleografía.

¡Las tablillas de Thombo! ¡El hallazgo de hallazgos, el primer descubrimiento en todo aquel año y medio! O eso creía. Por supuesto, todo dependía de si alguien podía extraerles algún sentido. En cualquier caso, no sería una pérdida de tiempo poner a Mudrin a trabajar en ellas. Como mínimo, las tablillas eran algo fascinante. Pero podían ser mucho más que eso. Había la posibilidad de que revolucionaran todo el estudio del mundo prehistórico. Por eso no las había confiado a las rutas marítimas, sino que las había traído consigo personalmente desde Sagikán.

Llamaron a la puerta.

—¿Siferra? ¿Siferra, estás aquí?

—Pasa, Balik.

El estratígrafo de amplios hombros estaba empapado.

—Esta maldita lluvia abominable —murmuró mientras se sacudía—. ¡No creerás cómo me he empapado con sólo cruzar el patio desde la Biblioteca Uland hasta aquí!

—Me encanta la lluvia —dijo Siferra—. Espero que no cese nunca. Después de todos estos meses cociéndonos en el desierto, con arena en los ojos todo el tiempo, polvo en la garganta, el calor, la sequía… ¡No, dejemos que llueva, Balik!

—Pero veo que tú te quedas dentro de casa. Es mucho más fácil apreciar la lluvia cuando la contemplas desde una acogedora oficina seca. ¿Estás jugando de nuevo con tus tablillas?

Señaló las seis irregulares y maltratadas losetas de dura arcilla roja que Siferra había dispuesto encima de su escritorio en dos grupos de a tres, las cuadradas en una hilera y las oblongas en otra.

—¿No son hermosas? —exclamó Siferra, exultante—. No puedo dejarlas solas. No dejo de mirarlas como si de pronto pudieran volverse inteligibles con sólo mirarlas el tiempo suficiente.

Balik se inclinó hacia delante y agitó la cabeza.

—Marcas de patas de pollos. Eso es lo que a mí me parecen.

—¡Oh, vamos! Yo ya he identificado distintos esquemas de palabras —dijo Siferra—. Y no soy paleógrafa. Aquí, mira…, ¿ves este grupo de seis caracteres? Se repite aquí. Y esos tres, con las cuñas compensadas…

—¿Las ha visto ya Mudrin?

—Todavía no. Le he pedido que se pasara por aquí un poco más tarde.

—¿Sabes que ya se ha difundido la noticia de lo que hemos encontrado? ¿Los sucesivos emplazamientos de ciudades de Thombo?

Siferra le miró sorprendida.

—¿Qué? ¿Quién…?

—Uno de los estudiantes —dijo Balik—. No sé quién…, Veloran supongo, aunque Eilis piensa que ha sido Sten. Supongo que era inevitable, ¿no?

—Les advertí que no dijeran nada a…

—Sí, pero son chicos, Siferra, sólo chicos, ¡con diecinueve años y en su primera excavación importante! Y la expedición tropieza con algo absolutamente asombroso…, siete ciudades prehistóricas desconocidas hasta ahora una encima de la anterior, retrocediendo hasta sólo los dioses saben cuántos miles de años…

—Nueve ciudades, Balik.

—Siete, nueve, sigue siendo colosal de todos modos. Y yo creo que son siete. —Sonrió.

—Sé que lo crees. Pero estás equivocado. Pero, ¿quién ha estado

hablando de ello? En el departamento, quiero decir.

—Hilliko. Y Brangin. Les he oído esta mañana, en el salón de la Facultad. Se muestran extremadamente escépticos, debo decirte. Apasionadamente escépticos. Ninguno de ellos cree que sea ni remotamente posible que haya un asentamiento más antiguo que Bekllimot en ese yacimiento, y no digamos nueve, o siete, o los que sean.

—No han visto las fotografías. No han visto los mapas. No han visto las tablillas. No han visto nada. Y ya dan su opinión. —Los ojos de Siferra llamearon furiosos—. ¿Qué es lo que saben? ¿Han puesto alguna vez los pies en la península Sagikana? ¿Han estado en Beklimot aunque sólo haya sido como turistas? ¡Y se atreven a dar una opinión sobre algo que ni siquiera se ha publicado, que ni siquiera ha sido discutido informalmente dentro del departamento…!

—Siferra…

—¡Me gustaría desollarlos a los dos! Y a Veloran y a Sten también. ¡Sabían que no tenían que abrir sus enormes bocazas! ¿De dónde vienen esos dos para atribuirse prioridad, aunque sea verbalmente? Les demostraré quién soy. Los traeré a los dos aquí y descubriré quién de ellos es el responsable de filtrar la historia a Hilliko y Brangin, y si el o la culpable cree que va a obtener algún día un doctorado en esta Universidad…

—Por favor, Siferra —dijo Balik en tono apaciguador—. Estás haciendo una montaña de nada.

—¡De nada! Mi prioridad por los suelos y…

—Nadie ha echado nada tuyo por los suelos. Todo sigue siendo solamente un rumor hasta que tú hagas tu propia declaración preliminar. En cuanto a Veloran y Sten, realmente no sabemos si alguno de los dos ha sido el que ha filtrado la historia, y si uno de ellos lo hizo, recuerda que tú también fuiste joven.

—Sí —dijo—. Hace tres eras geológicas.

—No seas tonta. Eres tan joven como yo, y yo no soy un anciano precisamente.

Siferra asintió indiferente. Miró hacia la ventana. De pronto la lluvia no pareció tan agradable. Todo era oscuro fuera, inquietantemente oscuro.

—De todos modos, oír que nuestros descubrimientos son ya controvertidos, cuando ni siquiera han sido publicados…

—*Tienen* que ser controvertidos, Siferra. Todo el mundo se va a sentir trastornado por lo que encontramos en esa colina…, no sólo en nuestro departamento, sino también en Historia, Filosofía, incluso Teología; todos se verán afectados. Y puedes apostar a que lucharán por defender sus nociones establecidas de la forma en que se desarrolló la civilización. ¿No lo harías tú, si apareciera alguien con

una idea radicalmente nueva que amenazara todo lo que crees? Sé realista, Siferra. Desde un principio sabíamos que íbamos a desencadenar una tormenta.

—Lo supongo. Pero no estaba preparada para empezar tan pronto. Apenas he deshecho las maletas.

—Ése es el auténtico problema. Te has metido de cabeza en lo más denso de las cosas demasiado aprisa, sin darles tiempo de descomprimirse. Mira, tengo una idea. Nos queda algo de tiempo libre antes de que tengamos que volver por completo a nuestras tareas académicas. ¿Por qué no nos vamos tú y yo lejos de la lluvia y nos tomamos unas pequeñas vacaciones juntos? ¿A Jonglor, digamos, a ver la Exposición? Estuve hablando con Sheerin ayer…, acaba de estar allí, ¿sabes?, y dice…

Siferra miró a Balik con incredulidad.

—¿Qué?

—Unas vacaciones, he dicho. Tú y yo.

—¿Te me estás *insinuando,* Balik?

—Bueno, supongo que puedes llamarlo así. Pero, ¿es algo tan increíble? No somos exactamente unos desconocidos. Nos conocemos desde que éramos estudiantes graduados. Acabamos de regresar de un año y medio pasado juntos en el desierto.

—¿Juntos? Estábamos en la misma excavación, sí. Tú tenías tu tienda y yo la mía. Nunca ha habido nada entre nosotros. Y ahora, de pronto…

Los impasibles rasgos de Balik mostraron desánimo e incomodidad.

—No es como si te estuviera pidiendo que te casaras conmigo, Siferra. Simplemente sugerí un pequeño viaje rápido a la Exposición de Jonglor, cinco o seis días, un poco de sol, un decente hotel de turismo en vez de una tienda clavada en medio del desierto, unas cuantas cenas tranquilas, un poco de buen vino… —Volvió las palmas hacia arriba en un gesto de irritación—. Me estás haciendo sentir como un escolar estúpido, Siferra.

—Estás actuando como uno —dijo ella—. Nuestra relación ha sido siempre puramente profesional, Balik. Mantengámosla así, ¿quieres?

Él empezó a decir algo, evidentemente se lo pensó mejor, y apretó con fuerza los labios.

Se miraron incómodos durante un largo momento.

La cabeza de Siferra batía como un tambor. Todo aquello era inesperado y desagradable: la noticia de que los demás miembros del Departamento ya estaban tomando posiciones acerca de los hallazgos de Thombo, y el torpe intento de Balik de seducirla. ¿Seducirla? Bueno, de establecer alguna especie de relación romántica con ella, al

menos. Qué absolutamente asombrado se mostraba de haber sido rechazado.

Se preguntó si alguna vez, accidentalmente, había parecido que le daba pie de alguna manera, si le habría dado sin querer un indicio de unos sentimientos que nunca habían existido.

No. No. No podía creer que lo hubiera hecho. No tenía ningún interés en ir a ningún hotel de turismo del norte del país y beber vino en restaurantes románticamente iluminados, ni con Balik ni con nadie. Tenía su trabajo. Eso era suficiente. Durante veintitantos años, desde su adolescencia, los hombres se le habían estado ofreciendo, diciéndole lo hermosa, lo maravillosa, lo fascinante que era. Resultaba halagador, suponía. Mejor que la consideraran hermosa y fascinante que fea y aburrida. Pero no estaba interesada. Nunca lo había estado. No deseaba estarlo. Qué enojoso que Balik hubiera creado esa tensión entre ellos ahora, cuando aún tenían por delante todo el trabajo de organizar el material de Beklimot: los dos, trabajando lado a lado…

Hubo otra llamada en la puerta. Se sintió inmensamente agradecida por la interrupción.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mudrin 505 —respondió una voz aguda.

—Entre. Por favor.

—Me voy —dijo Balik.

—No. Ha venido a ver las tablillas. Son tus tablillas tanto como las mías, ¿no?

—Siferra, lamento si…

—Olvídalo. *¡Olvídalo!*

Mudrin entró, bamboleándose como siempre. Era un hombre frágil y de aspecto como disecado a punto de cumplir los ochenta, muy pasada ya su edad de su jubilación, pero retenido aún como miembro de la facultad en un puesto no docente a fin de que pudiera proseguir sus estudios paleográficos. Sus apacibles ojos verde grisáceos, acuosos tras toda una vida de examinar viejos y desteñidos manuscritos, miraban desde detrás de unas gruesas gafas. Sin embargo, Siferra sabía que su acuosa apariencia era engañosa: aquellos eran los ojos más agudos que jamás hubiera conocido, al menos en lo que a antiguas inscripciones se refería.

—Así que éstas son las famosas tablillas —dijo Mudrin—. ¿Sabes que no he pensado en nada más desde que me lo dijiste? —Pero no hizo ningún movimiento inmediato para examinarlas—. ¿Puedes darme alguna información sobre el contexto, la matriz?

—Aquí está la foto maestra de Balik —dijo Siferra, y le tendió una gran y brillante ampliación—. La Colina de Thombo, el gran montículo al sur de Beklimot Mayor. Cuando la tormenta de arena la hendió, esto fue lo que vimos. Y luego seguimos abriendo por aquí

hacia abajo, y luego más abajo hasta aquí. La abrimos de par en par. ¿Ve esa línea oscura de aquí?

—¿Carbón? —preguntó Mudrin.

—Exacto. Una línea de fuego aquí, toda la ciudad quemada. Ahora descendemos hasta aquí y vemos una segunda capa de cimientos, y una segunda línea de fuego. Y, si mira aquí…, y aquí…

Mudrin estudió largo rato la fotografía.

—¿Qué es lo que tenéis aquí? ¿Ocho asentamientos sucesivos?

—Siete —dijo rápidamente Balik.

—Nueve, creo —cortó con voz seca Siferra—. Pero admito que resulta bastante difícil decirlo, hasta la base de la colina. Necesitaremos análisis químicos para aclararlo, y pruebas radiográficas. Pero evidentemente hubo toda una serie de conflagraciones aquí. Y la gente de Thombo siguió construyendo y reconstruyendo, vez tras vez.

—¡Pero este asentamiento tiene que ser increíblemente antiguo, si ése es el caso! —exclamó Mudrin.

—Mi suposición es que el período de ocupación abarcó una extensión de al menos cinco mil años. Quizá muchos más. Tal vez diez o quince. No lo sabremos hasta que hayamos puesto al descubierto por completo el nivel más bajo, y eso tendrá que aguardar a la próxima expedición. O a la siguiente después de ésa.

—¿Cinco mil años, dices? ¿Es posible?

—¿Para construir y reconstruir y reconstruir de nuevo? Cinco mil como *mínimo*.

—Pero ningún emplazamiento que hayamos excavado nunca en ninguna parte en todo el mundo es ni remotamente tan antiguo como eso —dijo Mudrin, con expresión sorprendida—. La propia Beklimot tiene menos de dos mil años de antigüedad, ¿no es así? Y la consideramos como uno de los más antiguos asentamientos humanos en Kalgash.

—El más antiguo asentamiento *conocido* —rectificó Siferra—. Pero, ¿quiere decir eso que no puede haber otros más antiguos aún? Mudrin, esta foto le da su propia respuesta. He aquí un emplazamiento que tiene que ser más antiguo que Beklimot…, hay artefactos estilo Beklimot en su nivel *superior,* y de ahí desciende un buen trecho. Beklimot tiene que ser un asentamiento muy reciente, tal como se plantea la historia humana. El asentamiento de Thombo, que ya era antiguo antes de que Beklimot llegara a existir, tiene que haber ardido y ardido y ardido de nuevo, y reconstruido cada vez, yendo hacia atrás lo que tiene que ser centenares de generaciones.

—Un lugar muy poco afortunado, entonces —observó Mudrin—. Muy poco querido por los dioses, ¿no crees?

—Eso debió de ser lo que se les ocurrió al fin —dijo Balik.

Siferra asintió.

—Sí. Finalmente debieron de decidir que había una maldición sobre el lugar. Así que, en vez de reconstruir tras el último incendio de la serie, se desplazaron una cierta distancia y edificaron Beklimot. Pero antes de eso debieron de ocupar Thombo durante un largo, largo tiempo. Conseguimos reconocer los estilos arquitectónicos de los dos asentamientos superiores, veamos…, son el ciclópeo medio de Beklimot aquí, y el proto Beklimot entrecruzado debajo. Pero la tercera ciudad hacia abajo, lo que queda de ella, no se parece a nada que yo pueda identificar. La cuarta es aún más extraña, y muy tosca. La quinta hace que la cuarta parezca sofisticada en comparación. Debajo de ésa, todo es una mezcolanza tan primitiva que no resulta fácil decir cuál es cuál. Pero cada una se halla separada por una línea de fuego de la de encima, o eso creemos. Y las tablillas…

—Sí, las tablillas —dijo Mudrin, temblando excitado.

—Encontramos este juego, las cuadradas, en el tercer nivel. Las oblongas proceden del quinto. Ni siquiera puedo empezar a extraer ningún sentido de ellas, por supuesto, pero yo no soy paleógrafa.

—Qué maravilloso sería —empezó a decir Balik— si esas tablillas contuvieran algún tipo de relato de la destrucción y reconstrucción de las ciudades de Thombo y…

Siferra le lanzó una venenosa mirada.

—¡Qué maravilloso sería, Balik, si dejaras de dar vueltas a esas pequeñas fantasías tuyas hechas de deseos!

—Lo siento, Siferra —dijo Balik heladamente—. Discúlpame por respirar.

Mudrin no prestó atención a su disputa. Estaba en el escritorio de Siferra, con la cabeza inclinada sobre las tablillas cuadradas durante largo rato, luego sobre las oblongas.

Al fin el paleógrafo dijo:

—¡Sorprendente! ¡Absolutamente sorprendente!

—¿Puede descifrarlas? —preguntó Siferra.

El viejo rió quedamente.

—¿Descifrarlas? Por supuesto que no. ¿Acaso quieres milagros? Pero veo grupos de palabras aquí.

—Sí. Yo también —dijo Siferra.

—Y casi puedo reconocer letras. No en las tablillas más antiguas…, contienen una escritura completamente no familiar, muy probablemente silábica, caracteres demasiado distintos como para que sean alfabéticos. Pero las tablillas cuadradas parecen estar escritas en una forma muy primitiva de la escritura de Beklimot. Observa, esto de aquí es una quhas, casi estaría dispuesto a jurarlo, y esto parece ser una forma algo distorsionada de la letra tifjack…, es una tifjack, ¿tú no lo dirías así? Necesito trabajar sobre eso, Siferra. Con mi propio

equipo de iluminación, mis cámaras, mis escáneres. ¿Puedo llevármelas conmigo?

—¿Llevárselas? —murmuró ella, como si le acabaran de pedir llevarse uno de sus dedos.

—Es la única forma en que puedo empezar a descifrarlas.

—¿Cree que puede hacerlo? —preguntó Balik.

—No ofrezco garantías. Pero si este carácter es una tifjack y éste una quhas, entonces debería de poder hallar otras letras antepasadas de las de Beklimot, y al menos producir una transliteración. Si podremos comprender el lenguaje una vez podamos leer la escritura es difícil de decir. Y dudo que pueda llegar muy lejos con las tablillas oblongas a menos que hayáis puesto al descubierto alguna bilingüe que me dé alguna forma de aproximarme a esa escritura aún más antigua. Pero déjame intentarlo, Siferra. Déjame intentarlo.

—Sí, por supuesto. Tome.

Reunió amorosamente las tablillas y las depositó en el contenedor en el que las había llevado todo el camino desde Sagikán. Le apenaba desprenderse de ellas. Pero Mudrin tenía razón. No podía hacer nada con ellas con sólo echarles un vistazo; necesitaba someterlas a análisis de laboratorio.

Observó tristemente hasta que el paleógrafo desapareció bamboleándose de la habitación, con su preciosa carga apretada contra su hundido pecho. Ella y Balik se quedaron solos de nuevo.

—Siferra, acerca de lo que dije antes…

—Te he dicho que lo olvidaras. Yo ya lo he hecho. Si no te importa, ahora querría trabajar un poco, Balik.

13

—Bueno, ¿cómo se lo tomó? —preguntó Theremon—. Mejor de lo que esperabas, supongo.

—Estuvo completamente maravilloso —dijo Beenay. Estaban en la terraza del Club de los Seis Soles. La lluvia había cesado por el momento y la tarde era espléndida, con esa extraña claridad de la atmósfera que siempre se producía después de un prolongado período de lluvia: Tano y Sitha en el Oeste, arrojando su dura y fantasmal luz blanca con más intensidad de la habitual, y el rojo Dovim en el sector opuesto del penumbroso cielo, ardiendo como una diminuta gema—. Apenas pareció trastornado, excepto cuando indiqué que casi me había sentido tentado de eliminar todo el asunto para proteger sus sentimientos. *Entonces* se soltó. Literalmente me hizo picadillo…, como me merecía. Pero lo más curioso fue… ¡Camarero! ¡Camarero! ¡Un Tano Especial para mí, por favor! Y uno para mi amigo. ¡Que sean dobles!

—Te estás convirtiendo en un auténtico bebedor, ¿eh? —observó Theremon.

Beenay se encogió de hombros.

—Sólo cuando estoy aquí. Hay algo en esta terraza, la vista de la ciudad, la atmósfera…

—Así es como empieza. Te va gustando poco a poco, desarrollas alegres asociaciones entre un lugar en particular y el beber, luego, al cabo de un tiempo, experimentas con tomar una o dos copas en algún otro lado, y luego una copa o tres…

—¡Theremon! ¡Pareces un Apóstol de la Llama! Ellos también creen que el beber es malo, ¿verdad?

—Ellos creen que todo es malo. Pero beber ciertamente lo es. ¿Qué es eso tan maravilloso, amigo mío? —Theremon se echó a reír—. Me estabas hablando de Athor.

—Sí. Lo realmente cómico. ¿Recuerdas esa loca idea que tuviste de que algún factor desconocido podía estar empujando Kalgash fuera de la órbita que esperábamos que siguiera?

—El gigante invisible, sí. El dragón resoplando y bufando en el cielo.

—¡Bien, pues Athor adoptó exactamente la misma posición!

—¿Cree que hay un dragón en el cielo?

Beenay se echó a reír a carcajadas.

—No seas tonto. Pero alguna clase de factor desconocido sí. Un sol oscuro quizás, o algún otro mundo situado en una posición que resulta imposible de ver para nosotros, pero que pese a todo ejerce una fuerza gravitatoria sobre Kalgash…

—¿No es todo eso un poco fantástico? —preguntó Theremon.

—Por supuesto que lo es. Pero Athor me recordó la vieja perogrullada de la Espada de Thargola. Que utilizamos, metafóricamente, por supuesto, para ensartar la más compleja premisa cuando intentamos decidir entre dos hipótesis. Es más simple buscar un sol oscuro que tener que producir una Teoría de la Gravitación Universal enteramente nueva. Y en consecuencia…

—¿Un sol oscuro? Pero, ¿no es eso una contradicción en su propio enunciado? Un sol es una fuente de luz. Si es oscuro, ¿cómo puede ser un sol?

—Ésa es sólo una de las posibilidades que planteó Athor. No es necesariamente una que se tome en serio. Lo que hemos estado haciendo, estos últimos días, es mover de un lado para otro todo tipo de nociones astronómicas, con la esperanza de que alguna de ellas tenga el suficiente sentido como para que podamos pergeñar una explicación para… Mira, ahí está Sheerin. —Beenay saludó con la mano al rechoncho psicólogo, que acababa de entrar en el club—. ¡Sheerin! ¡Sheerin! Ven aquí y toma una copa con nosotros, ¿quieres?

Sheerin cruzó cuidadosamente el angosto umbral.

—Así que has adquirido algunos nuevos vicios, ¿eh, Beenay?

—No muchos. Pero Theremon me ha expuesto al Tano Especial, y me temo que he empezado a cogerle gusto. Conoces a Theremon, ¿verdad? Escribe una columna en el *Crónica*.

—No creo que hayamos sido presentados nunca —dijo Sheerin. Tendió la mano—. Aunque ciertamente he oído hablar mucho de usted. Soy el tío de Raissta 717.

—El profesor de psicología —dijo Theremon—. Ha estado en la Exposición de Jonglor, ¿verdad?

Sheerin pareció sobresaltarse.

—Está usted al tanto de todo, ¿no?

—Lo intento. —El camarero estaba de vuelta—. ¿Qué va a tomar? ¿Un Tano Especial?

—Demasiado fuerte para mí —dijo Sheerin—. Y un poco demasiado dulce. ¿Tienen neltigir, por casualidad?

—¿El brandy jongloriano? No estoy seguro. ¿Cómo lo quiere, si puedo encontrar un poco?

—Solo —dijo Sheerin—. Por favor. —A Theremon y Beenay—: Me acostumbré a él mientras estaba en el Norte. La comida es horrible en Jonglor, pero al menos saben destilar un brandy decente.

—He oído que han tenido un montón de problemas en la Exposición —dijo Theremon—. Algo en su parque de diversiones…, un viaje a través de la Oscuridad que volvía a la gente loca, la sacaba literalmente de sus casillas…

—El Túnel del Misterio, sí. Ésa fue la razón de que me llamaran:

como consultor solicitado por la municipalidad y sus abogados para emitir mi opinión.

Theremon se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Es cierto que la gente moría de la impresión en ese túnel, y que pese a todo siguieron manteniéndolo abierto?

—Todo el mundo me pregunta lo mismo —respondió Sheerin—. Hubo algunas muertes, sí. Pero no parecieron causar ningún daño a la popularidad de la atracción. La gente insistía en correr el riesgo pese a todo. Y muchos de ellos salieron del recorrido bastante alterados psíquicamente. Yo mismo efectué todo el trayecto del Túnel del Misterio. —Se estremeció—. Bueno, ahora lo han cerrado. Les dije que, o bien lo hacían, o fueran preparando millones de créditos para las demandas que les iban a caer encima, que era absurdo esperar que la gente fuera capaz de tolerar la Oscuridad a aquel nivel de intensidad. Vieron la lógica de mi argumento.

—Tenemos un poco de neltigir, señor —interrumpió el camarero, y depositó una copa de oscuro brandy amarronado sobre la mesa frente a Sheerin—. Sólo una botella, así que será mejor que se lo tome pausadamente. —El psicólogo asintió y cogió la copa con las dos manos, y había vaciado casi la mitad antes de que el camarero hubiese abandonado la mesa.

—Señor, dije…

Sheerin le sonrió.

—He oído lo que ha dicho. Me lo tomaré con calma después de ésta. —Se volvió a Beenay—. Tengo entendido que hubo una cierta excitación en el observatorio mientras yo estaba en el Norte. Liliath me lo contó. Pero no fue muy clara respecto a lo que ocurría. Alguna nueva teoría, creo que dijo…

—Theremon y yo estábamos hablando precisamente de esto —señaló Beenay con una sonrisa—. No es una nueva teoría, no. Es un desafío a una ya establecida. Yo estaba efectuando unos cálculos sobre la órbita de Kalgash y…

Sheerin escuchó la historia con creciente sorpresa.

—¿La Teoría de la Gravitación Universal invalidada? —exclamó, cuando Beenay estaba a la mitad de su relato—. ¡Buen Dios, hombre! ¿Significa eso que, si yo me quito mis gafas, es probable que salgan flotando hacia el cielo? ¡Entonces será mejor que me termine mi neltigir primero!

Y lo hizo.

Beenay se echó a reír.

—La teoría todavía está en los libros. Lo que intentamos hacer…, lo que *Athor* intenta hacer; él dirige el trabajo, es sorprendente observarle hacerlo…, lo que intentamos es llegar a una explicación matemática de por qué nuestras cifras no dan el resultado que

creemos que deberían dar.

—Masajear los datos, creo que se le llama —añadió Theremon.

—Me suena sospechoso —dijo Sheerin—. No te gusta el resultado, así que arreglas a tu modo lo que has hallado, ¿no es así, Beenay?

—Haz que todo encaje, a las buenas o a las malas.

—Bueno, no exactamente…

—¡Admítelo! ¡Admítelo! —rugió Sheerin con un ataque de risa—. ¡Camarero! ¡Otro neltigir! ¡Y otro Tano Especial para mi no ético joven amigo de aquí! Theremon, ¿puedo invitarle a una copa también?

—Por supuesto.

—Todo esto es muy desilusionador, Beenay —dijo Sheerin, en el mismo tono amplio de antes—. Pensé que sólo éramos nosotros los psicólogos los que hacíamos que los datos encajaran con las teorías y llamábamos al resultado «ciencia». ¡Parece más bien como algo propio de los Apóstoles de la Llama!

—¡Sheerin! ¡Ya basta, por favor!

—Los Apóstoles de la Llama afirman que también son científicos —intervino Theremon. Beenay y Sheerin se volvieron para mirarle—. La semana pasada, justo antes de que empezara la lluvia, tuve una entrevista con uno de sus importantes. Esperaba ver a Mondior, pero en vez de a él obtuve a un tal Folimun 66, su relaciones públicas, un hombre muy melifluo, muy brillante, de muy buena presencia. Pasó media hora explicándome que los Apóstoles poseen pruebas científicas de confianza de que el año próximo, el 19 de theptar, los soles se apagarán y todos nos veremos sumidos en la Oscuridad y todo el mundo se volverá loco.

—Todo el mundo metido dentro de un gran Túnel del Misterio, ¿no es eso? —dijo Sheerin jovialmente—. No tenemos suficientes hospitales mentales para albergar a toda la población, ¿sabe? Ni suficientes psiquiatras para tratarla. Además, los psiquiatras se volverán locos también.

—¿Acaso no lo están ya? —preguntó Beenay.

—Un buen tanto —admitió Sheerin.

—La locura no es lo peor de ello —dijo Theremon—. Según Folimun, el cielo se llenará con algo llamado Estrellas que lanzarán fuego sobre nosotros y lo incendiarán todo. Y ahí estaremos nosotros, un mundo lleno de tambaleantes maníacos, vagando de un lado para otro en ciudades que arderán en torno a nuestras orejas. Gracias al cielo, esto no es más que el mal sueño de Mondior.

—Pero, ¿y si no lo es? —dijo Sheerin, de pronto muy serio. Su redondo rostro se alargó, pensativo—. ¿Y si hay algo de verdad en ello?

—Vaya idea sorprendente —dijo Beenay—. Creo que esto exige

otra copa.

—Todavía no has terminado ésta —le recordó Sheerin.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el joven astrónomo—. *Todavía* exige otra después de ésa. ¡Camarero! ¡Camarero!

14

Athor 77 sintió que la fatiga barría su cuerpo en trémulas oleadas. El director del observatorio había perdido toda huella del tiempo. ¿Había estado realmente sentado ante su escritorio dieciséis horas ininterrumpidas? Y ayer lo mismo. Y anteayer…

Eso era lo que Nyilda afirmaba, al menos. Hacia un momento que había hablado con ella. El rostro de su esposa en la pantalla estaba tenso, cansado, inconfundiblemente preocupado.

—¿No piensas venir a casa a descansar, Athor? Has estado trabajando prácticamente las veinticuatro horas del día.

—¿De veras?

—Ya no eres joven, ¿sabes?

—Tampoco soy senil, Nyilda. Y éste es un trabajo apasionante. Después de una década de preparar informes de presupuestos y leer los informes de las investigaciones de otros, por fin estoy haciendo de nuevo un auténtico trabajo. Me encanta.

Ella pareció más turbada todavía.

—Pero no *necesitas* efectuar trabajo de investigación a tu edad. ¡Tu reputación está asegurada, Athor!

—Oh, ¿de veras?

—Tu nombre será famoso eternamente en la historia de la astronomía.

—O infame —dijo él tristemente.

—Athor, no comprendo lo que…

—Déjame tranquilo, Nyilda. No voy a derrumbarme ante mi escritorio, créeme. Me siento rejuvenecido con lo que estoy haciendo aquí. Y se trata de un trabajo que sólo yo puedo hacer. Si suena obstinado no me importa, pero es absolutamente esencial que yo…

Ella suspiró.

—Sí, por supuesto. Pero no te excedas, Athor. Eso es todo lo que te pido.

¿Se *estaba* excediendo?, se preguntó. Sí, sí, por supuesto. No había ninguna otra forma. No podías ir con medias tintas en estos asuntos. Tenías que arrojarte a ellos de cabeza. Cuando había elaborado la Gravitación Universal había trabajado dieciséis, dieciocho, veinte horas diarias durante semanas ininterrumpidas, durmiendo sólo cuando el sueño se hacía ineludible, arrancando breves cabezadas y despertando preparado y ansioso por seguir trabajando, con la mente aún burbujeando con las ecuaciones que había dejado por terminar hacía un rato.

Pero entonces sólo tenía treinta y cinco años. Ahora estaba a punto de cumplir los setenta. No se podían negar los estragos de la

edad. Le dolía la cabeza, tenía la garganta seca, había un duro golpetear en su pecho. Pese al calor que reinaba en su oficina, las puntas de sus dedos estaban heladas por el cansancio. Sus rodillas pulsaban. Cada parte de su cuerpo protestaba contra la tensión a la que había sido sometido.

Sólo un poco más hoy, se prometió, y luego me iré a casa.

Sólo un poco más.

Postulado Ocho…

—¿Señor?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Pero su voz debió transformar la pregunta en una especie de furioso gruñido, porque cuando miró a su alrededor vio al joven Yimot de pie en la puerta efectuando una extraña serie de alocados retorcimientos y convulsiones, como si estuviera bailando sobre brasas. Había terror en los ojos del muchacho. Por supuesto, Yimot siempre parecía intimidado por el director del observatorio…, a todo el mundo le ocurría lo mismo, no sólo a los estudiantes graduados, y Athor ya estaba acostumbrado a ello. Athor infundía respeto y temor, lo sabía. Pero esto iba más allá de lo ordinario. Yimot estaba mirándole con un no disimulado miedo mezclado con lo que parecía ser asombro.

Yimot se esforzó visiblemente por hallar su voz y dijo en tono ronco:

—Los cálculos que deseaba, señor…

—Oh, sí. Sí. Trae, dámelos.

La mano de Athor tembló violentamente cuando la tendió hacia las copias de impresora que Yimot le traía. Los dos la miraron, sorprendidos. Los largos y huesudos dedos eran pálidos como la muerte, y se estremecían con una vehemencia que ni siquiera Yimot, famoso por sus notables reacciones nerviosas, era capaz de igualar. Athor hizo un esfuerzo por detener su mano pero no lo consiguió. Lo mismo hubiera podido ordenar a Onos que girara a la inversa en el cielo.

Arrancó con un esfuerzo los papeles de manos de Yimot y los depositó bruscamente sobre la mesa.

—Si hay algo que pueda traerle, señor… —dijo Yimot.

—¿Te refieres a medicación? ¿Cómo te atreves a sugerir…?

—Sólo me refería a algo de comer, o quizás algún refresco — indicó Yimot en un susurro casi inaudible. Retrocedió lentamente como si esperara que Athor lanzara un gruñido y saltara a su garganta.

—Ah. Ah, entiendo. No, estoy bien, Yimot. ¡Estoy bien!

—Sí, señor.

El estudiante salió. Athor cerró los ojos un momento, inspiró profundamente tres o cuatro veces y luchó por calmarse. Estaba

acercándose al fin de su tarea, de eso estaba seguro. Esas cifras que le había pedido a Yimot que elaborara para él eran casi con toda seguridad la última confirmación que necesitaba. Pero la pregunta ahora era si el trabajo iba a terminar con él antes de que él terminara con el trabajo.

Contempló las cifras de Yimot.

Tenía tres pantallas delante de su escritorio. En la de la izquierda estaba la órbita de Kalgash calculada de acuerdo con la Teoría de la Gravitación Universal, marcada en resplandeciente rojo. En la pantalla de la derecha, en amarillo brillante, estaba la órbita revisada que había producido Beenay, utilizando el nuevo ordenador de la universidad y las más recientes observaciones de la posición actual de Kalgash. La pantalla del centro unía ambas órbitas una encima de la otra. A lo largo de los últimos cinco días Athor había producido siete postulados distintos para explicar la desviación entre la órbita teórica y la observada, y podía llamar a cualquiera de los siete en la pantalla central con pulsar simplemente una tecla.

El problema era que los siete carecían de sentido, y lo sabía. Cada uno tenía un fallo fatal en su misma base…, una suposición que estaba allí no porque los cálculos la justificaran, sino sólo porque la situación exigía ese tipo de suposición especial para que los números encajaran correctamente. Nada era demostrable, nada era confirmable. Era como si en cada caso simplemente hubiera decretado, en algún punto de la cadena lógica, que un hada madrina podía entrar en juego y ajustar las interacciones gravitatorias para explicar la desviación. En realidad, eso era precisamente lo que Athor sabía que necesitaba hallar. Pero tenía que ser un hada madrina real.

El Postulado Ocho, ahora…

Empezó a introducir los cálculos de Yimot. Varias veces sus temblorosos dedos le traicionaron y cometió un error; pero su mente era aún lo bastante aguda como para darse cuenta al instante de que había pulsado la tecla equivocada, y retrocedió y reparó el daño cada vez. En dos ocasiones, mientras trabajaba, casi perdió el conocimiento a causa de la intensidad de su esfuerzo. Pero se obligó a seguir adelante.

Tú eres la única persona en el mundo que posiblemente puede hacer esto, se dijo mientras trabajaba. *Así que debes hacerlo.*

Sonaba estúpido a sus oídos, y locamente egocéntrico, y quizás un poco paranoico. Probablemente ni siquiera era cierto. Pero en este estadio de agotamiento no podía permitirse tomar en consideración ninguna otra premisa excepto la de su propia indispensabilidad. Todos los conceptos básicos de su proyecto estaban en su mente, y sólo en su mente. Tenía que seguir empujando hasta cerrar el último eslabón en la cadena. Hasta…

Ya estaba.

La última de las cifras de Yimot entró en el ordenador.

Athor pulsó la tecla que traía simultáneamente las dos órbitas a la pantalla central, y luego pulsó la tecla de integraba las nuevas cifras a los esquemas existentes.

La brillante elipse roja que era la órbita original teórica osciló y cambió, y de pronto desapareció. Lo mismo le ocurrió a la amarilla de la órbita observada. Ahora había una sola línea en la pantalla, de un intenso naranja profundo, con las dos simulaciones orbitales coincidiendo hasta la última cifra decimal.

Athor jadeó. Durante un largo momento estudió la pantalla, luego cerró los ojos de nuevo y apoyó la cabeza contra el borde del escritorio. La elipse naranja brillaba como un anillo de llamas contra sus cerrados párpados.

Notó una curiosa sensación de exultación mezclada con desánimo.

Ahora tenía su respuesta; tenía una hipótesis que ciertamente resistiría el más detenido escrutinio. La Teoría de la Gravitación Universal era válida después de todo: la cadena especial de razonamiento sobre la que se había basado su fama no sería invalidada.

Pero al mismo tiempo sabía ahora que el modelo del Sistema Solar con el que estaba tan familiarizado era, de hecho, erróneo. El factor desconocido que habían estado buscando, el gigante invisible, el dragón en el cielo, era real. Athor consideró aquello como algo profundamente inquietante, pese a que *había* rescatado su famosa teoría. Durante años había creído comprender por completo el ritmo de los cielos, y ahora le resultaba claro que su conocimiento había sido incompleto, que existía algo enormemente extraño en el centro mismo del universo conocido, que las cosas no eran como siempre había creído que tenían que ser. Resultaba duro, a su edad, engullir eso.

Al cabo de un rato Athor alzó la vista. Nada había cambiado en la pantalla. Tecleó algunas ecuaciones interrogativas y nada cambió. Veía una sola órbita, no dos.

Muy bien, se dijo. *Así que el universo no es exactamente como creías que era. Será mejor que reordenes tus creencias, entonces. Porque ciertamente no puedes reordenar el universo.*

—¡Yimot! —llamó—. ¡Faro! ¡Beenay! ¡Todos!

El pequeño y rechoncho Faro fue el primero en cruzar la puerta, con el alto y delgado Yimot pisándole los talones, y luego el resto del Departamento de Astronomía, Beenay, Thilanda, Klet, Simbron y algunos otros. Se apiñaron justo dentro de la entrada de su oficina. Athor vio la expresión de shock en sus rostros ante el terrible aspecto que sin duda debía de ofrecer, con los ojos locos y extraviados, el

blanco pelo apuntando en todas direcciones, el rostro pálido, toda su apariencia era la de un viejo al borde del colapso.

Era importante despejar sus temores de inmediato. No era momento para el melodrama.

—Sí, estoy agotado y lo sé —dijo con voz tranquila—. Y probablemente mi aspecto sea el de algún demonio surgido de los reinos inferiores. Pero tengo algo aquí que parece que funciona.

—¿La idea de la lente gravitatoria? —preguntó Beenay.

—La lente gravitatoria es un concepto totalmente sin futuro —dijo Athor con tono helado—. Al igual que el sol quemado, el pliegue en el espacio, la zona de masa negativa y todas las demás nociones fantásticas con las que hemos estado jugueteando toda la semana. Todas son ideas estupendas, pero no resisten un escrutinio severo. Hay una, sin embargo, que sí lo hace.

Observó cómo los ojos de todos se abrían mucho.

Se volvió hacia la pantalla y empezó a teclear de nuevo las cifras del Postulado Ocho. Su cansancio desapareció mientras trabajaba; esta vez no pulsó ninguna tecla equivocada, no sintió dolores ni agujetas. Había pasado más allá de la fatiga.

—En este postulado —dijo—, suponemos un cuerpo planetario no luminoso similar a Kalgash, que se halla en órbita no en torno a Onos sino en torno al propio Kalgash. Su masa es considerable, de hecho es casi la misma que la del propio Kalgash: suficiente como para ejercer una fuerza gravitatoria sobre nuestro mundo que causa las perturbaciones en nuestra órbita que Beenay ha traído a nuestra atención.

Athor tecleó las visuales, y el Sistema Solar apareció en la pantalla en una imagen estilizada: los seis soles, Kalgash, y el postulado satélite de Kalgash.

Se volvió para enfrentarse a los otros. Todos se miraban incómodos entre sí. Aunque tenían la mitad de su edad, o incluso menos, debían de tener tantas dificultades en alcanzar una aceptación intelectual y emocional de la idea en sí de otro importante cuerpo celeste en el universo como las que tenía él mismo. O quizá simplemente pensaban que se había vuelto senil, y de alguna forma había cometido un desliz en sus cálculos.

—Las cifras que apoyan el Postulado Ocho son correctas —dijo Athor—. Os lo garantizo. Y el postulado ha resistido todas las pruebas a las que lo he sometido.

Les miró desafiante, observando a cada uno por turno, con ojos feroces, como si quisiera recordarles que él era el Athor 77 que había dado al mundo la Teoría de la Gravitación Universal, y que todavía no había perdido sus facultades.

Beenay dijo suavemente:

—¿Y la razón por la que no somos capaces de ver este satélite, señor…?

—Dos razones —replicó Athor serenamente—. Como el propio Kalgash, este cuerpo planetario brilla tan sólo con la luz reflejada. Si suponemos que su superficie está constituida principalmente por rocas azuladas, lo cual no es una probabilidad geológica implausible, entonces la luz reflejada por él se situará a lo largo del espectro de tal modo que el eterno resplandor de los seis soles, combinado con las propiedades difusoras de la luz de nuestra propia atmósfera, enmascararán por completo su presencia. En un cielo donde varios soles brillan virtualmente en todo momento, e incluso en los días en los que Onos es el único sol en el cielo, un satélite así resultaría invisible para nosotros.

—Suponiendo que la órbita del satélite sea extremadamente grande, ¿no es así, señor? —dijo Faro.

—Correcto. —Athor tecleó la segunda visual—. He aquí una imagen desde más cerca. Como podéis ver, nuestro desconocido e invisible satélite viaja en torno nuestro formando una enorme elipse que lo lleva hasta extremadamente lejos de nosotros durante muchos años consecutivos. No tan distante que no despliegue los efectos orbitales de su presencia en el cielo, pero sí lo bastante lejos como para que normalmente no haya ninguna posibilidad de que consigamos obtener una imagen a simple vista de su casi invisible masa rocosa en el cielo, y muy pocas posibilidades de que lo descubramos incluso con nuestros telescopios. Puesto que no tenemos ninguna forma de saber que está ahí a través de la observación ordinaria, será sólo por pura casualidad que podamos detectarlo astronómicamente.

—Pero, por supuesto, ahora podremos observarlo directamente —dijo Thilanda 191, cuya especialidad era la astrofotografía.

—Y, por supuesto, lo haremos —le dijo Athor. Se dio cuenta de que ahora empezaban a captar la idea. Todos ellos. Los conocía lo bastante bien como para ver que no eran mofadores secretos—. Aunque es probable que descubráis que la búsqueda resulta más difícil de lo que sospechabais, muy parecida a la proposición de la aguja en un pajar. Pero habrá una inmediata dedicación al trabajo, que confío a todos vosotros.

—Una pregunta, señor —dijo Beenay.

—Adelante.

—Si la órbita es tan excéntrica como supone su postulado, y en consecuencia este satélite nuestro, este… Kalgash Dos, llamémosle por el momento, se halla extremadamente distante de nosotros durante ciertas partes de su ciclo orbital, entonces es razonable deducir que en otros momentos de su ciclo orbital se halle mucho más cerca de

nosotros. Tiene que haber algún grado de variación incluso en la órbita más perfecta, y un satélite que viaje en una órbita elíptica amplia es muy probable que tenga un grado muy extremo de variación entre los puntos más lejano y más cercano con respecto a su primario.

—Eso es lógico, si —dijo Athor.

—Pero entonces, señor —prosiguió Beenay—, si suponemos que Kalgash Dos ha permanecido tan lejos de nosotros durante todo el período de la moderna ciencia astronómica que hemos sido incapaces de descubrir ni siquiera su existencia excepto por el medio indirecto de medir sus efectos sobre la órbita de nuestro propio mundo, ¿no está de acuerdo usted en que probablemente no esté en su punto más alejado en estos momentos? ¿Que en realidad se esté acercando a nosotros?

—Eso no tiene por qué ser necesariamente así —dijo Yimot, con gran agitación de los brazos—. No tenemos la menor idea de dónde se encuentra a lo largo de su camino orbital en estos momentos, ni del tiempo que le toma efectuar una órbita completa en torno a Kalgash. Podría muy bien tratarse de una órbita de diez mil años, y Kalgash Dos podría estar alejándose de nosotros tras haberse aproximado en tiempos prehistóricos que nadie recuerda.

—Cierto —admitió Beenay—. En realidad no podemos decir si se acerca o se aleja en este instante. Todavía no, al menos.

—Pero podemos intentar averiguarlo —dijo Faro—. Thilanda ha tenido la idea correcta. Aunque todos los números encajen, necesitamos ver si Kalgash Dos está realmente ahí fuera. Una vez lo hayamos descubierto podremos empezar a calcular su órbita.

—Deberíamos poder calcular su órbita simplemente a partir de las perturbaciones que causa en la nuestra —indicó Klet, que era el mejor matemático del Departamento.

—Sí —intervino Simbron, la cosmógrafa—, y también podemos averiguar si se acerca o se aleja de nosotros. ¡Dioses! ¿Y si se encamina hacia nosotros? ¡Qué asombroso acontecimiento sería eso! Un cuerpo planetario oscuro cruzando el cielo…, ¡pasando entre nosotros y los soles! ¡Posiblemente incluso interponiéndose ante la luz de alguno de ellos por un par de horas!

—Qué extraño sería eso —murmuró Beenay—. Un eclipse, supongo que lo llamaríamos. Ya sabéis: el efecto visual que se produce cuando algún objeto se interpone entre el observador y la cosa que está observando. Pero, ¿podría ocurrir algo así? Los soles son tan enormes… ¿Cómo podría Kalgash Dos ocultar realmente uno de ellos a nuestra vista?

—Si se acercara lo suficiente a nosotros podría —dijo Faro—. Bueno, puedo imaginar una situación en la que…

—Sí, elaborad todos los escenarios posibles, ¿por qué no? —

interrumpió Athor de pronto, cortando a Faro con tanta brusquedad que todo el mundo en la habitación se volvió para mirarle—. Juguetead con la idea, todos. Llevadla a este lado y a ese otro, y ved lo que obtenéis.

De pronto no pudo soportar el seguir sentado ahí más tiempo. Tenía que marcharse.

La excitación que había sentido desde que pusiera la última pieza del rompecabezas en su lugar le había abandonado bruscamente. Ahora sentía un cansancio de plomo, como si tuviera cien años. Sus brazos se veían recorridos por estremecimientos que llegaban hasta la punta de sus dedos, y algo hormigueaba frenéticamente en los músculos de su espalda. Sabía que había ido más allá de lo soportable. Ahora era el momento de que los trabajadores más jóvenes le relevaran en aquella empresa.

Se levantó de su silla ante las pantallas, dio un tambaleante paso hacia el centro de la habitación, se recuperó antes de caer, y caminó lentamente y con toda la dignidad que pudo reunir más allá del personal del observatorio.

—Me voy a casa —dijo—. Creo que me irá bien dormir un poco.

15

—¿Debo entender que el poblado fue destruido por el fuego nueve veces consecutivas, Siferra? —dijo Beenay—. ¿Y que lo reconstruyeron cada vez?

—Mi colega Balik cree que puede que tan sólo haya siete poblados uno encima del otro en la Colina de Thombo —respondió la arqueóloga—. Y en realidad puede que tenga razón. Las cosas están bastante liadas en los niveles inferiores. Pero siete poblados, nueve poblados…, no importa cuántos sean exactamente, eso no cambia el concepto fundamental. Toma: mira esos mapas. Los he elaborado a partir de mis notas de excavación. Por supuesto, lo que hicimos no fue más que una excavación preliminar, un corte rápido a través de toda la colina, con todo el trabajo realmente meticuloso dejado para una expedición posterior. Descubrimos la colina demasiado tarde como para hacer algo más. Pero esos mapas te darán una idea. No te aburres, ¿verdad, Beenay? ¿Te interesa realmente todo esto?

—Lo encuentro absolutamente fascinante. ¿Crees que me hallo tan absorbido por la astronomía que no presto atención a ninguna de las otras disciplinas? Además, arqueología y astronomía van a veces cogidas de la mano. He aprendido bastante acerca de los movimientos de los soles a través del cielo estudiando los antiguos monumentos astronómicos que los tuyos han estado desenterrando de aquí y de allá por todo el mundo. Espera, déjame ver.

Estaban en la oficina de Siferra. Ésta le había pedido a Beenay que acudiera a verla para hablar de un problema que se le había presentado inesperadamente en el transcurso de su investigación. Lo cual desconcertaba a Beenay, porque no sabía ver cómo un astrónomo podía ayudar a una arqueóloga en su trabajo, pese a lo que acababa de decir acerca de que arqueología y astronomía iban a veces de la mano. Pero siempre era agradable tener la oportunidad de visitar a Siferra.

Se habían conocido hacía cinco años, cuando habían trabajado juntos en un comité interdisciplinario de la Facultad que estaba planeando la expansión de la biblioteca de la universidad. Aunque Siferra se pasaba fuera la mayor parte del tiempo efectuando trabajos de campo, ella y Beenay comían juntos ocasionalmente cuando ella estaba en el campus. La hallaba desafiadora, muy inteligente y refrescantemente abrasiva. No tenía la menor idea de lo que ella veía en él: quizá tan sólo a un joven intelectualmente estimulante que no se implicaba en las envenenadas rivalidades y los feudos de su propio campo y no tenía intenciones evidentes respecto a su cuerpo.

Siferra desenrolló los mapas, enormes hojas de delgado papel pergamino sobre las que se hallaban inscritos complejos y elegantes

diagramas a lápiz, y ella y Beenay se inclinaron para examinarlos desde más cerca.

Él decía la verdad cuando había mencionado que se sentía fascinado por la arqueología. Desde que era un muchacho había disfrutado leyendo las narraciones de los grandes exploradores de la antigüedad, hombres como Marpin, Shelbik, y por supuesto Galdo 221. Hallaba el remoto pasado casi tan excitante como las investigaciones profundas del espacio interestelar.

Su compañera contractual Raissta no se mostraba muy complacida ante su amistad con Siferra. Incluso había apuntado un par de veces que era la propia Siferra la que lo fascinaba, no su campo de trabajo. Pero Beenay consideraba que los celos de Raissta eran absurdos. Ciertamente Siferra era una mujer atractiva —sería falso pretender lo contrario—, pero era una no romántica empedernida, y todos los hombres del campus lo sabían. Además, era como unos diez años mayor que Beenay. Aunque era muy hermosa, Beenay nunca había pensado en ella con ningún tipo de intenciones íntimas.

—Lo que tenemos aquí en primer lugar es una sección transversal de toda la colina —le dijo Siferra—. He señalado cada nivel separado de ocupación de una forma esquemática. Los asentamientos más recientes son los de arriba, por supuesto…, enormes murallas de piedra, lo que llamamos el estilo arquitectónico ciclópeo, típico de la cultura de Beklimot en su período maduro de desarrollo. Esta línea de aquí al nivel de las murallas ciclópeas representa una capa de restos carbonizados…, lo bastante ancha como para indicar una amplia conflagración que debió borrar por completo la ciudad. Y aquí, debajo del nivel ciclópeo y la línea quemada, está el siguiente asentamiento más antiguo.

—Que se halla construido en un estilo distinto.

—Exacto. ¿Ves cómo he dibujado las piedras de los muros? Es lo que llamamos el estilo entrecruzado, característico de la cultura de Beklimot primitiva, o quizá de la cultura que se desarrolló en Beklimot. Esos dos estilos pueden verse en las ruinas de la era de Beklimot que rodean la Colina de Thombo. Las ruinas principales son ciclópeas, y aquí y allá hemos encontrado algo de material entrecruzado, sólo uno o dos afloramientos, que llamamos proto Beklimot. Ahora mira aquí, en el borde entre el asentamiento entrecruzado y las ruinas ciclópeas de encima.

—¿Otra línea de fuego? —preguntó Beenay.

—Otra línea de fuego, sí. Lo que tenemos en esta colina es como un bocadillo: una capa de ocupación humana, una capa de carbón, otra capa de ocupación humana, otra capa de carbón. Así que lo que creo que ocurrió es algo parecido a esto. Durante la época entrecruzada hubo un fuego devastador que afectó la casi totalidad de

la península Sagikana y obligó al abandono del poblado de Thombo y de otros poblados estilo entrecruzado cercanos. Después, cuando los habitantes volvieron y empezaron a reconstruir, utilizaron un estilo arquitectónico completamente nuevo y más elaborado, que llamamos ciclópeo debido a las enormes piedras de construcción empleadas. Pero luego se produjo otro fuego y barrió el asentamiento ciclópeo. En ese punto la gente de la zona abandonó el intentar construir ciudades en la Colina de Thombo y esta vez, cuando reconstruyeron, eligieron otro emplazamiento cercano, que denominamos Beklimot Mayor. Hemos creído durante mucho tiempo que Beklimot Mayor era la primera ciudad auténticamente humana, que emergía de los asentamientos más pequeños tipo entrecruzado del período proto Beklimot dispersos a su alrededor. Lo que nos dice Thombo es que hubo al menos una importante ciudad ciclópea en la zona antes de que existiera Beklimot Mayor.

—Y el emplazamiento de Beklimot Mayor —dijo Beenay—, ¿no muestra signos de daños por el fuego?

—No. De modo que no estaba ahí cuando la ciudad superior de Thombo fue quemada. Finalmente toda la cultura de Beklimot se colapsó y la propia Beklimot Mayor fue abandonada, pero eso fue por otras razones que tuvieron que ver con los cambios climáticos. El fuego no tuvo ninguna relación con ello. Eso fue quizás hace un millar de años. Pero el fuego que destruyó el más superior de los poblados de Thombo parece ser muy anterior a eso. Calcularía un millar de años antes. Las fechas del radiocarbono obtenidas de las muestras de carbón nos darán una cifra más precisa cuando las obtengamos del laboratorio.

—Y el asentamiento entrecruzado…, ¿qué antigüedad tiene?

—La creencia arqueológica ortodoxa ha sido siempre que las estructuras entrecruzadas fragmentarías que hemos encontrado aquí y allá en la península Sagikana son tan sólo unas generaciones más antiguas que el emplazamiento de Beklimot Mayor. Después de la excavación de Thombo, ya no lo creo así. Mi suposición es que el asentamiento entrecruzado en esa colina es dos mil años más antiguo que los edificios ciclópeos que tiene encima.

—¿Dos *mil…?* ¿Y dices que hay otros asentamientos debajo de ése?

—Mira el mapa —indicó Siferra—. Éste es el número tres…, un tipo de arquitectura que nunca hemos visto antes, sin el menor parecido con el estilo entrecruzado. Luego otra línea quemada. El asentamiento número cuatro. Y otra línea quemada. El número cinco. Otra línea. Luego el número seis, siete, ocho y nueve…, o, si la lectura de Balik es correcta, sólo los números seis y siete.

—¡Y cada uno destruido por un gran fuego! Eso me parece

notable. Un círculo mortal de destrucción, golpeando una y otra y otra vez el mismo lugar.

—Lo más notable —dijo Siferra con un tono curiosamente sombrío— es que cada uno de esos asentamientos parece haber florecido durante aproximadamente la misma longitud de tiempo antes de ser destruido por el fuego. Las capas de ocupación son extraordinariamente parecidas en grosor. Aún esperamos los informes del laboratorio, ¿sabes? Pero no creo que mi estimación visual esté muy alejada de la realidad. Y las cifras de Balik son idénticas a las mías. A menos que estemos completamente equivocados, estamos contemplando un mínimo de catorce mil años de prehistoria en la Colina de Thombo. Y, durante esos catorce mil años, la colina fue periódicamente barrida por enormes fuegos que obligaron a abandonarla con una regularidad de reloj…, ¡un incendio cada dos mil años, casi exactamente!

—¿Qué?

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Beenay. Su mente empezaba a saltar a todo tipo de improbables e inquietantes conclusiones.

—Espera —dijo Siferra—. Hay más.

Abrió un cajón y extrajo un fajo de brillantes fotografías.

—Eso son fotos de las tablillas de Thombo. Mudrin 505 tiene los originales…, el paleógrafo, ya sabes. Está intentando descifrarlas. Están hechas de arcilla cocida. Estas tres las hallamos en el Nivel Tres, y esas otras en el Nivel Cinco. Ambas están llenas con una escritura extremadamente primitiva, y la escritura de las más viejas es tan antigua que Mudrin ni siquiera sabe por dónde empezar con ellas. Pero ha sido capaz, muy tentativamente, de desentrañar un par de docenas de palabras de las tablillas del Nivel Tres, que están escritas con una forma primitiva de la escritura de Beklimot. Por todo lo que puede decir en este punto, son un relato de la destrucción de una ciudad por el fuego…, la obra de unos dioses furiosos que periódicamente hallan necesario castigar a la Humanidad por su maldad.

—¿Periódicamente?

—Exacto. ¿Empieza a sonarte eso familiar?

—¡Los Apóstoles de la Llama! Dios mío, Siferra, ¿con qué te has tropezado aquí?

—Eso es lo que no he dejado de preguntarme desde que Mudrin me trajo las primeras traducciones tentativas. —La arqueóloga giró en redondo para mirar de frente a Beenay, y éste vio por primera vez lo hinchados que estaban sus ojos, lo tenso y cansado de su rostro. Parecía casi perturbada—. ¿Ves ahora por qué te pedí que vinieras? No puedo hablar de esto con nadie del departamento. Beenay, ¿qué

voy a hacer? ¡Si algo de esto se hace público, Mondior 71 y su puñado de locos proclamarán desde los tejados que he descubierto firmes pruebas arqueológicas de sus absurdas teorías!

—¿Lo crees realmente?

—¿Qué otra cosa? —Siferra palmeó los mapas—. Aquí hay pruebas de repetidas destrucciones violentas a intervalos de dos mil años aproximadamente, a lo largo de un período de muchos miles de años. Y esas tablillas…, por el aspecto que tienen ahora, podrían ser realmente una especie de versión prehistórica del Libro de las Revelaciones. Tomadas en su conjunto, proporcionan, si no una auténtica confirmación a los desvaríos de los Apóstoles, sí al menos un sólido apuntalamiento racional a toda su mitología.

—Pero repetidos fuegos en un único emplazamiento no prueban que se produjera una devastación a escala mundial —objetó Beenay.

—Es la periodicidad lo que me preocupa —dijo Siferra—. Resulta demasiado clara, y demasiado próxima a lo que Mondior ha estado diciendo. He examinado el Libro de las Revelaciones. La península Sagikana es un lugar sagrado para los Apóstoles, ¿lo sabías? El emplazamiento sagrado donde los dioses se hicieron antiguamente visibles a la Humanidad, o eso dicen. En consecuencia, es razonable, escúchame bien, es *razonable* —y rió amargamente— que los dioses conservaran Sagikán como una advertencia para la Humanidad de la condenación que caería sobre ella una y otra vez si no renunciaban a su perversidad.

Beenay la miró, asombrado.

En realidad, sabía muy poco de los Apóstoles y sus enseñanzas. Esas fantasías patológicas no habían tenido nunca el menor interés para él, y había estado demasiado ocupado con su trabajo científico como para prestar atención a las ampulosas profecías apocalípticas de Mondior.

Pero ahora el recuerdo de la conversación que había tenido hacía algunas semanas con Theremon 762 en el Club de los Seis Soles estalló con un furioso impacto en su conciencia. *«No será la primera vez que el mundo ha sido destruido… Los dioses han hecho deliberadamente imperfecta a la Humanidad, como una prueba, y nos han concedido un solo año, uno de sus años divinos, por supuesto, no uno de los pequeños nuestros, para modelarnos. A eso le llaman un Año de Gracia y corresponde exactamente a 2.049 de nuestros años.»*

No. No. No. No. ¡Idioteces! ¡Paparruchas! ¡Locura histérica!

Había más. *«Una y otra vez, cuando termina el Año de Gracia, los dioses descubren que seguimos siendo perversos y pecadores, y así destruyen el mundo enviando las Llamas Celestiales desde los lugares santos en el cielo que son conocidos como Estrellas. Eso dicen los Apóstoles, al menos.»*

¡No! ¡No!

—¿Beenay? —dijo Siferra—. ¿Te encuentras bien?

—Sólo estaba pensando —dijo él—. ¡Por la Oscuridad, es cierto! ¡Les has dado a los Apóstoles una completa confirmación!

—No necesariamente. Aún es posible, para la gente capaz de pensar con claridad, rechazar las ideas de Mondior. La destrucción de Thombo por el fuego, incluso la repetida destrucción de Thombo a intervalos aparentemente regulares de aproximadamente dos mil años, no demuestra de ninguna manera que todo el mundo fuera destruido por el fuego. O que parte de este gran fuego tuviera que producirse de nuevo de una forma inevitable. ¿Por qué debería de ser recapitulado necesariamente el pasado en el futuro? Pero la gente capaz de pensar con claridad se halla en franca minoría, por supuesto. El resto se verá arrastrada por el uso que Mondior haga de estos hallazgos y suscitará un pánico inmediato. Supongo que sabes que los Apóstoles afirman que el próximo gran incendio que destruirá el mundo se producirá el año próximo.

—Sí —dijo Beenay con voz ronca—. Theremon me contó que incluso han señalado el día exacto. Se trata de un ciclo de 2.049 años, y éste es el 2.048, de modo que dentro de unos once o doce meses, si creemos a Mondior, el cielo se volverá negro y el fuego descenderá sobre nosotros. Creo que la fecha en que se supone que ocurrirá todo esto es el 19 de theptar.

—¿Theremon? ¿El periodista?

—Sí. Es amigo mío. Está interesado en todo eso de los Apóstoles, y ha estado entrevistando a uno de sus sumos sacerdotes o lo que sea. Theremon me dijo…

Siferra adelantó una mano y sujetó el brazo de Beenay, y sus dedos se clavaron en él con una fuerza sorprendente.

—Tienes que prometerme que no le dirás una palabra acerca de nada de todo esto, Beenay.

—¿A Theremon? ¡No, por supuesto que no! Todavía no has publicado tus hallazgos. ¡No sería correcto que dijera nada a nadie! Pero, además, es un hombre honorable.

La presa de acero sobre su brazo se relajó, pero sólo un poco.

—A veces se dicen cosas entre amigos, extraoficialmente…, pero, ¿sabes, Beenay?, no existe el «extraoficialmente» cuando se habla con alguien como Theremon. Si ve alguna razón para utilizarlo, lo utilizará, no importa lo que pueda haberte prometido. O lo «honorable» que tú creas que es.

—Bueno…, quizá…

—Créeme. Y si Theremon llegara a descubrir lo que tengo aquí, puedes apostar tus orejas a que estaría en el *Crónica* medio día más tarde. Eso me arruinaría profesionalmente, Beenay. Sería todo lo que

necesito para convertirme en la científica que proporcionó a los Apóstoles las pruebas para sus absurdas afirmaciones. Los Apóstoles me resultan totalmente repugnantes, Beenay. No quiero ofrecerles ningún tipo de ayuda y consuelo, y ciertamente no deseo que parezca que comulgo públicamente con sus alocadas ideas.

—No te preocupes —dijo Beenay—. No soltaré ni una palabra.

—No debes hacerlo. Como he dicho, si lo hicieras me arruinarías. He vuelto a la universidad para conseguir una refinanciación de mis investigaciones. Mis hallazgos en Thombo ya están agitando controversias en el departamento, debido a que desafían el punto de vista establecido de que Beklimot es el centro urbano más antiguo de todo el planeta. Pero si Theremon consigue de algún modo enrollar a los Apóstoles de la Llama en torno a mi cuello, aparte todo lo demás…

Pero Beenay apenas la escuchaba. Comprendía y compartía el problema de Siferra, y ciertamente no haría nada que le causara dificultades. Theremon no oiría de su boca ni una palabra acerca de sus investigaciones.

Pero su mente había dado un salto hacia delante, hacia otras cosas enormemente turbadoras. Frases del relato de Theremon acerca de las enseñanzas de los Apóstoles seguían dando vueltas en su memoria.

«…dentro de catorce meses aproximadamente, todos los soles desaparecerán…»

«…las Estrellas lanzarán sus llamas desde el negro cielo…»

«…el momento exacto de la catástrofe puede ser calculado científicamente…»

«…un cielo negro…»

«…todos los soles desaparecerán…»

—¡La Oscuridad! —murmuró roncamente Beenay—. ¿Es posible?

Siferra había seguido hablando. Se detuvo a media frase ante su estallido.

—¿Me estás prestando atención, Beenay?

—Yo…, ¿qué? Oh. Oh. ¡Sí, por supuesto que te estoy prestando atención! Decías que no debo dejar que Theremon se entere de nada de esto, porque dañaría tu reputación, y…, y… Escucha, Siferra, ¿crees que podríamos seguir hablando de esto en algún otro momento? Esta tarde, o mañana por la mañana, o cuando quieras. Tengo que ir ahora mismo al observatorio.

—Está bien, no dejes que yo te detenga —dijo ella fríamente.

—No. No quiero decir eso. Lo que me has contado es del mayor interés para mí…, y de mucha importancia, de una tremenda importancia, más incluso de la que soy capaz de decir en este momento. Pero tengo que ir a comprobar algo. Algo que tiene una relación muy directa con todo lo que hemos estado hablando.

Ella le miró fijamente.

—Tienes el rostro enrojecido y los ojos extraviados, Beenay. Pareces tan extraño de pronto. Tu mente está a millones de kilómetros de distancia. ¿Qué ocurre?

—Te lo diré más tarde —dijo él, a medio camino de la puerta.

—¡Más tarde! ¡Te lo prometo!

16

A aquella hora el observatorio estaba prácticamente desierto. No había nadie allí excepto Faro y Thilanda. Por todo lo que sabía Beenay, Athor 77 no estaba visible en ninguna parte.

Bien, pensó. El viejo ya estaba bastante agotado por el esfuerzo que había dedicado a la elaboración del concepto de Kalgash Dos. No necesitaba más tensión sobre sus hombros esta tarde.

Y era estupendo también tener sólo a Faro y Thilanda allí. Faro poseía exactamente el tipo de mente rápida y no confinada que Beenay necesitaba en estos momentos. Y Thilanda, que había pasado tantos años escrutando los vacíos espacios del cielo con su telescopio y su cámara, podía llenar parte del material conceptual que necesitaba Beenay.

Thilanda dijo de inmediato:

—He estado revelando placas todo el día, Beenay. Pero no hay forma. Apostaría mi vida sobre ello: no hay nada ahí arriba en el cielo excepto los seis soles. ¿No crees que el gran hombre ha doblado finalmente la esquina, Beenay?

—Creo que su mente es tan aguda como siempre.

—Pero esas fotos… —dijo Thilanda—. Llevo varios días efectuando un rastreo de todos los cuadrantes del universo. El programa es exhaustivo. Foto, movimiento de un par de grados, foto, movimiento, foto. Barre metódicamente todo el cielo. Y mira lo que he obtenido, Beenay. ¡Un puñado de imágenes de nada en absoluto!

—Si el satélite desconocido es invisible, Thilanda, entonces no puede ser visto. Es algo tan simple como eso.

—Invisible a simple vista, quizá. Pero la cámara debería de poder…

—Escucha, eso no importa ahora. Necesito vuestra ayuda para un asunto puramente teórico. Relacionado con la nueva teoría de Athor.

—Pero si el satélite no es más que un guijarro en el cielo… —protestó Thilanda.

—Un guijarro invisible sigue siendo un guijarro real —cortó Beenay—. Y no nos gustará cuando aparezca a toda velocidad surgido de la nada y nos golpee en plena cara. ¿Me ayudaréis o no?

—Bueno…

—Estupendo. Lo que quiero que hagáis es preparar proyecciones de ordenador del movimiento de todos los seis soles que cubran un período de 4.200 años.

Thilanda jadeó, incrédula.

—¿Has dicho *cuatro mil doscientos,* Beenay?

—Sé que no tienes ni remotamente registro de los movimientos

estelares de hace tanto tiempo. Pero he dicho proyecciones de ordenador, Thilanda. Tendrás al menos cien años de registros de confianza, ¿no?

—Más que eso.

—Mejor aún. Establece la pauta y proyéctalos hacia atrás y hacia delante en el tiempo. Haz que el ordenador te diga qué combinación diaria de los seis soles hubo durante los últimos veintiún siglos y durante los veintiún próximos. Si puedes hacerlo, estoy seguro de que Faro se alegrará de ayudarte a escribir el programa.

—Creo que puedo conseguirlo —dijo Thilanda con tono glacial—. Pero, ¿te importaría decirme de qué va todo esto? ¿Vamos a meternos en el negocio de los almanaques? Incluso los almanaques se contentan con establecer tan sólo unos pocos años de datos solares. Así que, ¿qué es lo que buscamos?

—Te lo diré más tarde —indicó Beenay—. Es una promesa.

La dejó echando humo en su escritorio y cruzó el observatorio en dirección a la zona de trabajo de Athor, donde se sentó frente a las tres pantallas de ordenador en las que Athor había calculado la teoría de Kalgash Dos. Durante largo rato Beenay miró pensativamente la pantalla central, que mostraba la órbita de Kalgash perturbada por el hipotético Kalgash Dos.

Luego pulsó una tecla, y la propuesta línea orbital de Kalgash Dos se hizo visible en un color verde brillante, una enorme elipse excéntrica desplegada a través de la más compacta y casi circular órbita de Kalgash. La estudió por un tiempo; luego pulsó las teclas que llevarían los soles a la pantalla, y los contempló pensativamente durante quizás una hora, llamándolos en todas sus distintas configuraciones, ahora Onos y Dovim en el cielo, ahora Onos con Tano y Sitha, Onos con Trey y Patru, Onos y Dovim con cada pareja de soles dobles, Dovim con Trey y Patru, Dovim con Tano y Sitha, Patru y Trey solos, Onos solo…

Las nueve configuraciones solares normales, sí.

Pero, ¿qué había de las configuraciones anormales?

¿Tano y Sitha solos? No, eso no podía ocurrir. La relación de la posición de este doble sistema de soles en el cielo con respecto a los demás soles más cercanos hacía que Tano y Sitha nunca pudieran aparecer en el cielo en este hemisferio a menos que Onos o Dovim, o ambos, fueran visibles al mismo tiempo. Quizás había sido posible hacia centenares de miles de años, pensó, aunque lo dudaba. Pero ciertamente no ahora.

¿Trey y Patru y Tano y Sitha?

Otro no. Los dos conjuntos de soles dobles se hallaban en lados opuestos de Kalgash; cuando una pareja estaba en el cielo, la otra tenía que estar oculta por la propia masa del planeta. Bajo ciertas

condiciones muy raras los cuatro conseguían aparecer juntos, o eso al menos indicaban los mapas solares, pero esas condiciones eran tan raras que no se habían producido ni una sola vez en la vida de Beenay. Onos era siempre visible cuando se producía la conjunción de esas dos parejas. Eran los famosos días de cinco soles. Beenay no recordaba de memoria cuál era la frecuencia de esos acontecimientos, pero sospechaba que no era más a menudo de una vez cada cuarenta o cincuenta años.

¿Trey sin Patru? ¿Tano sin Sitha?

Bueno, técnicamente, sí. Cuando una de las parejas de soles dobles se hallaba cerca del horizonte, un sol podía estar por encima del horizonte y el otra por debajo durante un breve período. Pero eso no era en realidad un acontecimiento solar significativo, tan sólo una aberración momentánea. Los dobles soles seguían juntos, pero separados transitoriamente por la línea del horizonte.

¿Los seis soles a la vez en el cielo?

¡Imposible!

Peor que eso…, ¡impensable!

Sin embargo, él acababa de pensar en ello. Beenay se estremeció ante la idea. Si todos los seis estuvieran por encima del horizonte simultáneamente, eso querría decir que habría una región en el otro hemisferio donde no podría verse ninguna luz solar. ¡La Oscuridad! ¡La Oscuridad! Pero la Oscuridad era algo desconocido en cualquier parte de Kalgash, excepto como un concepto abstracto. Nunca podría presentarse la circunstancia de que los seis soles estuvieran juntos y una parte importante del mundo se viera sumido en una total ausencia de luz. ¿Podía esto haber ocurrido alguna vez?

¿Podía?

Beenay meditó en la estremecedora posibilidad. Una vez más oyó la profunda voz de Theremon explicándole las teorías de los Apóstoles:

«…todos los soles desaparecerán…»

«…las Estrellas lanzarán sus llamas desde el negro cielo…»

Agitó la cabeza. Todo lo que sabía sobre los movimientos de los soles en el cielo se rebelaba contra la idea de los seis soles reuniéndose de algún modo en un lado de Kalgash al mismo tiempo. Esto simplemente no podía ocurrir, era una especie de milagro. Beenay no creía en milagros. Por la forma en que los soles estaban dispuestos en el cielo, siempre tenía que haber al menos uno o dos de ellos brillando sobre cualquier parte de Kalgash en un momento determinado.

Olvida la hipótesis de los seis soles aquí, la Oscuridad allí.

¿Qué quedaba?

Dovim solo, pensó. ¿El pequeño sol rojo completamente solo en el cielo?

Bueno, sí, ocurría, aunque no a menudo. En esos muy raros días

de cinco soles, cuando Tano, Sitha, Trey, Patru y Onos estaban todos en conjunción en el mismo hemisferio: eso dejaba sólo a Dovim al otro lado del mundo. Beenay se preguntó si ése podía ser el momento en que llegara la Oscuridad.

¿Era posible? Dovim, solo, arrojaba tan poca luz, únicamente su frío y débil brillo rojizo, que la gente podía confundir aquello por la Oscuridad.

Pero no tenía sentido. Incluso el pequeño Dovim debería de ser capaz de proporcionar la suficiente luz como para impedir que la gente se sumiera en el terror. Además, los días de sólo Dovim ocurrían en alguna parte del mundo una vez cada cuatro o cinco décadas. Era un fenómeno muy poco común, pero en absoluto extraordinario. Cualquiera por encima de los cincuenta años había experimentado uno. Seguro que, si los efectos de no ver nada excepto un único, pequeño y opaco sol en el cielo podía causar enormes trastornos psicológicos, entonces todo el mundo estaría preocupándose acerca del próximo acontecimiento de Dovim solo, que se preveía que ocurriera, recordaba Beenay, dentro de otro año o así. Y, de hecho, nadie se preocupaba en absoluto por ello.

Pero, si tan sólo Dovim estuviera en el cielo y ocurriera algo, alguna cosa especial, alguna cosa realmente extraña, que anulara la escasa luz que proporcionaba…

Thilanda apareció junto a su hombro y dijo con voz hosca:

—Bueno, Beenay, tengo tus proyecciones solares preparadas. No sólo 4.200 años, además, sino una regresión infinita. Faro me lo sugirió, y hemos hecho el programa de modo que funcione hasta el fin de los tiempos si así lo quieres, o hacia atrás hasta el inicio del universo.

—Espléndido. Pásalo al ordenador que estoy usando, ¿quieres? Y ven aquí, Faro.

El bajo y grueso estudiante se situó a su lado. Sus oscuros ojos brillaban con curiosidad. Evidentemente burbujeaba con preguntas acerca de lo que estaba haciendo Beenay; pero observaba el protocolo estudiante-profesor y no dijo nada, simplemente aguardó a oír lo que Beenay tenía que decirle.

—Lo que tengo aquí en mi pantalla —empezó Beenay— es la órbita sugerida por Athor para el hipotético Kalgash Dos. Voy a suponer que la órbita es correcta, puesto que Athor nos dijo que explica exactamente todas las perturbaciones en nuestra propia órbita, y tengo fe en que Athor sabe lo que está haciendo.

También tengo aquí, o al menos lo tendré cuando Thilanda haya terminado la transferencia de los datos, el programa que tú y ella habéis elaborado para los movimientos solares a lo largo de un extenso tramo de tiempo. Lo que voy a hacer ahora es intentar

establecer una correlación entre la presencia de sólo *un* sol en el cielo y la aproximación de Kalgash Dos a este planeta, a fin de…

—¿A fin de poder calcular la frecuencia de posibles eclipses? —saltó Faro—. ¿Es eso, señor?

La celeridad del muchacho fue divertida y también un poco desconcertante.

—De hecho, sí. ¿Tú también habías pensado en eclipses?

—Estaba pensando en ellos cuando Athor nos dijo la primera vez todo lo relativo a Kalgash Dos. Simbron, ¿recuerda?, mencionó que el extraño satélite podía ocultar la luz de algunos de los soles durante un corto período, y usted dijo que a ese fenómeno se le llamaba eclipse, y entonces empecé a trabajar en algunas de las posibilidades. Pero Athor me cortó antes de que pudiera decir nada, porque estaba cansado y deseaba irse a casa.

—¿Y no has dicho nada al respecto desde entonces?

—Nadie me preguntó —indicó Faro.

—Bueno, éste es tu momento. Voy a transferir todo lo que tengo en mi ordenador al tuyo, y tú y yo nos sentaremos por separado en esta habitación y empezaremos a trabajar con los números. Lo que busco es un caso muy especial en el que Kalgash Dos se halle en su punto más cercano de aproximación a Kalgash y sólo haya un sol en el cielo, bien Onos o Dovim.

—Exacto.

—Onos está solo en el cielo una vez cada nueve días, por supuesto. Pero Dovim se ve solo con mucha menos frecuencia. La periodicidad de los días de sólo Dovim es…

—Sí —dijo Beenay—, sé todo eso. Lo que quiero saber es la posible periodicidad de los días de un solo sol en conjunción con la proximidad de Kalgash Dos.

Faro asintió. Se encaminó hacia su ordenador a una velocidad superior a la que nunca le había visto moverse Beenay.

Beenay no esperaba ser el primero el terminar los cálculos.

Faro era reconocidamente rápido en esas cosas. Pero lo importante era hacer que cada uno elaborara el problema de forma independiente, a fin de proporcionar una validación por separado del resultado. Así que cuando Faro emitió un pequeño bufido de triunfo al cabo de un rato y saltó en pie para decir algo, Beenay le hizo un gesto irritado de que guardara silencio y siguiera trabajando. Le tomó otros diez embarazosamente eternos minutos terminar.

Entonces los números empezaron a aparecer en su pantalla.

Si todas las suposiciones que había introducido en el ordenador eran correctas —los cálculos de Athor de la probable masa y órbita del satélite desconocido, los cálculos de Thilanda de los movimientos de los seis soles en el cielo—, entonces parecía que nunca se presentaría

la ocasión en la que Onos estuviera solo en el cielo y Kalgash Dos en su punto de máxima aproximación. Los ciclos orbitales simplemente no se cruzaban. Cada una de las aproximaciones de Kalgash Dos parecía quedarse corta por tres o cuatro días de cualquier Día Onos. Así que nunca se produciría un eclipse de Onos por parte de Kalgash Dos que pudiera producir la aterradora Oscuridad sobre una parte significativa del mundo.

La única otra posibilidad que podía traer consigo una total Oscuridad era un día de solo Dovim. Pero no parecía como si Kalgash Dos tuviera muchas posibilidades de eclipsar a Dovim tampoco. Los días de solo Dovim eran tan raros que la posibilidad de que Dovim se hallara en el cielo en el momento en que Kalgash Dos estuviera en alguna parte cerca de Kalgash en su larga órbita era infinitésima, sabía Beenay.

¿O no?

No. No infinitésima.

Algo más que eso. Contempló atentamente los números en la pantalla. Parecía haber una remota posibilidad de una convergencia. Los cálculos no estaban completos, pero las cosas apuntaban en esa dirección a medida que el ordenador elaboraba cada conjunción Kalgash-Kalgash Dos en el período de los últimos 4.200 años. Cada vez que Kalgash Dos se acercaba en su órbita, llegaba a las inmediaciones de Kalgash más y más cerca de un día de solo Dovim. Las cifras seguían apareciendo a medida que el ordenador procesaba todas las posibilidades astronómicas. Beenay observó con creciente sorpresa e incredulidad.

Y ahí estaban al fin. Los tres cuerpos alineados de una forma correcta. Kalgash…, Kalgash Dos…, ¡Dovim!

¡Sí! *Era* posible que Kalgash Dos causara un eclipse total de Dovim en el momento en que Dovim era el único sol visible en el cielo.

Pero esa configuración era una extrema rareza. Dovim tenía que hallarse solo en su hemisferio y a una distancia máxima de Kalgash, mientras que Kalgash Dos tenía que estar a su distancia mínima. El diámetro aparente de Kalgash Dos sería entonces siete veces el de Dovim. Eso era suficiente para ocultar la luz de Dovim durante bastante más de medio día, de modo que ningún punto del planeta escaparía a los efectos de la Oscuridad. El ordenador mostraba que una circunstancia tan especial podía producirse tan sólo una vez cada…

Beenay jadeó. No quiso creerlo.

Se volvió hacia Faro. El redondo rostro del joven estudiante graduado estaba pálido por la impresión.

Roncamente, Beenay dijo:

—Está bien. He terminado, tengo una cifra. Pero primer dime la tuya.

—Eclipse de Dovim por Kalgash Dos, periodicidad 2.049 años.

—Sí —dijo Beenay con voz de plomo—. Exactamente lo mismo. Una vez cada 2.049 años.

Sintió vértigo. Todo el universo parecía estar girando a su alrededor.

Una vez cada 2.049 años. La duración exacta de un Año de Gracia, según los Apóstoles de la Llama. La misma cifra que estaba reflejada en el libro de las Revelaciones.

«…todos los soles desaparecerán…»

«…las Estrellas lanzarán sus llamas desde el negro cielo…»

No sabía qué eran las Estrellas. Pero Siferra había descubierto un montículo en la península Sagikana donde las ciudades habían sido destruidas por las llamas con una sorprendente regularidad, una vez aproximadamente cada dos mil años. Cuando tuviera la oportunidad de efectuar los tests del carbono^{14}, la cifra exacta del tiempo entre cada conflagración en la Colina de Thombo, ¿resultaría ser 2.049 años?

«…un cielo negro…»

Beenay miró descorazonado a Faro, de pie al otro lado de la habitación.

—¿Cuándo está previsto que se produzca el próximo día de solo Dovim?

—Dentro de once meses y cuatro días —dijo hoscamente Faro—. El 19 de theptar.

—Sí —murmuró Beenay—. El mismo día que Mondior 71 nos dice que el cielo va a volverse negro y el fuego de los dioses descenderá y destruirá nuestra civilización.

17

—Por primera vez en mi vida —dijo Athor— he rezado con todo mi corazón para que mis cálculos estuvieran equivocados. Pero me temo que los dioses no me han concedido esa gracia. Nos vemos inexorablemente empujados a una conclusión que es terrible de contemplar.

Miró a su alrededor en la habitación, dejando que sus ojos se posaran por un instante en cada una de las personas a las que había convocado. El joven Beenay 25, por supuesto. Sheerin 501, del Departamento de Psicología. Siferra 89, la arqueóloga.

Sólo gracias a pura fuerza de voluntad consiguió Athor ocultarles la enorme fatiga que sentía, la sensación de creciente desesperación, el aplastante impacto de todo lo que había averiguado en las últimas semanas. Había luchado por ocultar todas aquellas cosas incluso a sí mismo. De tanto en tanto, últimamente, se había descubierto pensando que había vivido demasiado tiempo, se había dado cuenta de que deseaba que se le hubiera permitido retirarse hacía uno o dos años. Pero siempre había apartado enérgicamente esos pensamientos de su mente.

Una voluntad de hierro y una fortaleza de espíritu inflexible habían sido siempre las características principales de Athor. Ahora, con la edad arando surcos en su vigor, se negaba a dejar que esos rasgos desaparecieran.

—Según tengo entendido —le dijo a Sheerin—, su campo es el estudio de la Oscuridad.

El gordo psicólogo pareció regocijado.

—Supongo que ésta es una forma de decirlo. Mi tesis doctoral fue sobre desórdenes mentales relacionados con la Oscuridad. Pero la investigación de la Oscuridad es tan sólo una faceta de mi trabajo. Estoy interesado en la histeria de masas de todo tipo…, en las respuestas irracionales de la mente humana a los estímulos abrumadores. Todo el abanico de las locuras humanas, eso es lo que pone el pan en mi mesa.

—Muy bien —dijo Athor fríamente—. Dejémoslo así. Beenay 25 dice que es usted la autoridad más sobresaliente sobre la Oscuridad en esta universidad. Acaba de ver nuestra pequeña demostración astronómica en la pantalla del ordenador. Supongo que comprende usted las implicaciones esenciales de lo que hemos descubierto.

El viejo astrónomo no pudo hallar ninguna forma de impedir que aquello sonara con un cierto aire de superioridad. Pero Sheerin no pareció particularmente ofendido.

—Creo haberlo captado bastante bien —dijo con voz tranquila—.

Dice usted que existe un misterioso cuerpo astronómico invisible, de tamaño planetario, de tal y tal masa, en órbita en torno a Kalgash a tal y tal distancia, y que con esto y aquello y lo de más allá, su fuerza de atracción explica con exactitud ciertas desviaciones con respecto a la teoría de la órbita de Kalgash que mi amigo Beenay aquí presente ha descubierto. ¿Voy por buen camino?

—Sí —dijo Athor—. Sin desviarse ni un palmo.

—Bien —siguió Sheerin—. Resulta que a veces este cuerpo se interpone entre nosotros y uno de nuestros soles. A eso se le llama un eclipse. Pero sólo hay un sol en el plano de su revolución en condiciones de ser eclipsado, y ese sol es Dovim. Se ha puesto en evidencia que el eclipse se producirá solamente cuando… —Sheerin hizo una pausa y frunció el ceño—, cuando Dovim sea el único sol en el cielo, y tanto él como el llamado Kalgash Dos se hallen alineados de tal modo que Kalgash Dos cubra completamente el disco de Dovim y no nos llegue de él ni la menor luz. ¿Sigo yendo por buen camino?

Athor asintió.

—Lo ha captado perfectamente.

—Me lo temía. Esperaba haber entendido mal.

—Ahora, en lo referente a los efectos del eclipse… —dijo Athor. Sheerin inspiró profundamente.

—De acuerdo. El eclipse, que se produce solamente una vez cada 2.049 años, ¡los dioses sean alabados!, causará un prolongado período de Oscuridad universal en Kalgash. A medida que el mundo gire, cada continente se verá sumido en la oscuridad total por períodos que se extienden de, ¿cuánto dijo?, nueve a catorce horas, según la latitud.

—Ahora, por favor —dijo Athor—: ¿Cuál es su opinión, como psicólogo profesional, sobre el efecto que esto creará en las mentes de los seres humanos?

—El efecto —dijo Sheerin sin vacilar— será la locura.

Hubo un repentino y absoluto silencio en la habitación.

Finalmente, Athor dijo:

—La locura universal, ¿es eso lo que usted predice?

—Con mucha probabilidad. Oscuridad universal, locura universal. Mi suposición es que la gente se verá afectada en distintos grados, que se alinearán desde la desorientación de corto alcance y la depresión a una destrucción completa y permanente de los poderes de razonamiento. Cuanto mayor sea la estabilidad psicológica con la que uno empiece, naturalmente, menos probabilidades tendrá de verse completamente destrozado por el impacto de la ausencia de toda luz. Pero nadie, creo, escapará completamente de ello.

—No lo entiendo —dijo Beenay—. ¿Qué hay en la Oscuridad para volver loca a la gente?

Sheerin sonrió.

—Simplemente no estamos adaptados a ella. Imagina, si puedes, un mundo con sólo *un* sol. A medida que ese mundo gira sobre su eje, cada hemisferio recibirá luz durante la mitad del día, y permanecerá en una total oscuridad durante la otra mitad.

Beenay hizo un involuntario gesto de horror.

—¿Entiendes? —exclamó Sheerin—. ¡Ni siquiera te gusta como suena! Pero los habitantes de ese planeta estarán totalmente acostumbrados a una dosis diaria de Oscuridad. Es muy probable que hallen las horas de luz más alegres y más de su gusto, pero se encogerán de hombros ante la Oscuridad como un acontecimiento normal y cotidiano, nada por lo que excitarse, sólo un tiempo para dormir mientras esperan a que llegue la mañana. No nosotros, sin embargo. Nosotros hemos evolucionado bajo condiciones de perpetua luz solar, cada hora de cada día, durante todo el año. Si Onos no está en el cielo, están Tano y Sitha y Dovim, o Patru y Trey, o cualquier otra combinación de ellos. Nuestras mentes, incluso las psicologías de nuestros cuerpos, están acostumbradas a la luz constante. No nos gusta ni siquiera el más breve momento sin ella. Tú duermes con una luz de vela en tu habitación, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Beenay.

—¿Por supuesto? ¿Por qué «por supuesto»?

—¿Por qué…? ¡Pero todo el *mundo* duerme con una luz de vela!

—Vienes a mi punto de vista. Dime esto: ¿has experimentado alguna vez la Oscuridad, amigo Beenay?

Beenay se reclinó contra la pared cercana a la gran ventana panorámica y meditó aquello.

—No. No puedo decir que la haya experimentado. Pero sé lo que es. Es sólo, esto… —Hizo vagos movimientos con los dedos, y luego su rostro se iluminó—. Es sólo una ausencia de luz. Como en las cuevas.

—¿Has estado alguna vez en una cueva?

—¡En una cueva! Por supuesto que no he estado en una cueva.

—Eso pensé. Yo lo intenté una vez, hace mucho tiempo, cuando inicié mis estudios sobre los desórdenes inducidos por la Oscuridad. Pero salí a toda prisa. Seguí adelante hasta que la boca de la cueva apenas fue visible como una mancha de luz, con todo lo demás negro. Entonces me di la vuelta. —Sheerin rió agradablemente ante el recuerdo—. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tan aprisa.

Casi desafiante, Beenay dijo:

—Bueno, si lo pienso bien, supongo que yo no hubiera echado a correr, de estar allí.

El psicólogo sonrió gentilmente al joven astrónomo.

—¡Muy bien dicho! Admiro tu valor, amigo mío. —Se volvió hacia Athor—. ¿Tengo su permiso, señor, para realizar un pequeño

experimento psicológico?

—Lo que usted quiera.

—Gracias. —Sheerin miró de nuevo a Beenay—. ¿Te importa correr la cortina que tienes al lado, amigo Beenay?

Beenay pareció sorprendido.

—¿Para qué? No es como si hubiera tres o cuatro soles brillando ahí fuera. Sólo están Onos y Dovim, y además ambos muy cerca del horizonte.

—Ése es el detalle precisamente. Tan sólo corre la cortina. Luego vuelve aquí y siéntate a mi lado.

—Bueno, si insistes…

Pesados cortinajes rojos colgaban de las ventanas. Athor no podía recordar que hubieran sido corridos alguna vez, y esta habitación era su oficina desde hacía unos cuarenta años. Beenay, con un filosófico encogerse de hombros, tiró del cordón rematado con una borla; la cortina se deslizó sobre la amplia ventana, con un ligero siseo de las anillas de cobre al deslizarse por la barra. Por un momento la luz rojo oscura de Dovim aún pudo verse. Luego todo quedó en sombras, e incluso las sombras se volvieron indistintas.

Los pasos de Beenay sonaron huecos en el silencio mientras se dirigía hacia la mesa, luego se detenían a medio camino.

—No puedo verte, Sheerin —susurró con voz desolada.

—Tantea tu camino —ordenó Sheerin con tono tenso.

—¡Pero no puedo verte! —El joven astrónomo respiraba fuertemente—. ¡No puedo ver nada!

—¿Qué esperabas? Esto es la Oscuridad. —Sheerin aguardó un momento—. Adelante. Tienes que saber cómo moverte de un lado para otro de esta habitación incluso con los ojos cerrados. Lo único que debes hacer es venir hasta aquí y sentarte.

Los pasos sonaron de nuevo, vacilantes. Hubo el sonido de alguien tanteando con una silla. La voz de Beenay llegó en su soplo:

—Estoy aquí.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy… *gulp*… bien.

—¿Te gusta?

Una larga pausa.

—No.

—¿No, Beenay?

—En absoluto. Es horrible. Es como si las paredes estuvieran… —Se detuvo de nuevo—. Parece como si se cerraran sobre mí. No dejo de desear apartarlas. Pero no estoy loco, en absoluto. De hecho, creo que estoy empezando a acostumbrarme a ello.

—Estupendo. ¿Siferra? ¿Qué dice usted?

—Puedo aceptar un poco de Oscuridad. Tengo que arrastrarme

por algunos pasadizos subterráneos de tanto en tanto. No puedo decir que me importe mucho.

—¿Athor?

—Sobrevivo también. Pero creo que ha demostrado usted lo que quería demostrar, doctor Sheerin —dijo secamente el jefe del observatorio.

—De acuerdo. Beenay, puedes volver a abrir las cortinas.

Hubo el sonido de cautelosos pasos a través de la oscuridad, el roce del cuerpo de Beenay contra la cortina cuando tanteó en busca del cordón con la borla, y luego el alivio de oír el *ru-u-uss* de la cortina cuando se deslizó al abrirse. La roja luz de Dovim inundó la habitación, y con una exclamación de alegría Beenay miró por la ventana hacia el más pequeño de los seis soles.

Sheerin se secó la humedad que perlaba su frente con el dorso de la mano y dijo con voz temblorosa:

—Y eso fueron tan sólo unos pocos minutos en una habitación a oscuras.

—Puede tolerarse —afirmó Beenay con voz ligera.

—Sí, una habitación a oscuras puede tolerarse. Al menos durante un corto tiempo. Pero todos han oído hablar de la Exposición del Centenario de Jonglor, ¿no? El escándalo del Túnel del Misterio. Beenay, te conté la historia aquella tarde a finales del verano en el Club de los Seis Soles, cuando estabas con ese periodista, Theremon.

—Sí. Lo recuerdo. La gente que hizo el trayecto a través de la Oscuridad en el parque de diversiones y salió loca.

—Sólo un túnel de kilómetro y medio de largo…, sin luces. Entras en un pequeño cochecito abierto y recorres la Oscuridad durante quince minutos. Algunos que hicieron el trayecto murieron de terror. Otros salieron permanentemente trastornados.

—¿Y por qué fue eso? ¿Qué les volvió locos?

—Esencialmente lo mismo que actuó sobre ti justo ahora cuando tuvimos esa cortina cerrada y pensaste que las paredes de la habitación te estaban aplastando en la oscuridad. Hay un término psicológico para el miedo instintivo de la Humanidad a la ausencia de luz. Lo llamamos *claustrofobia,* porque la falta de luz va siempre asociada con los lugares cerrados, de modo que el miedo a una cosa es el miedo a la otra. ¿Entiendes?

—¿Y esa gente en el túnel que se volvió loca?

—Esa gente en el túnel que se volvió, hum, loca, por usar tu palabra, fueron esos desafortunados que no tuvieron suficiente resistencia psicológica para superar la claustrofobia que les envolvió con la Oscuridad. Fue un poderoso sentimiento. Créeme. Yo personalmente efectué el trayecto del Túnel. Ahora sólo tuviste un par de minutos sin luz, y creo que te trastornó un tanto. Ahora imagina

quince minutos.

—¿Pero no se recobraron después?

—Algunos sí. Pero algunos sufrirán durante años, o quizá durante todo el resto de sus vidas, de fijaciones claustrofóbicas. Su miedo latente a la Oscuridad y a los lugares cerrados ha cristalizado y se ha convertido, por todo lo que podemos decir, en algo permanente. Y algunos, como he dicho, murieron del shock. No hubo recuperación para ellos. *Eso es* lo que pueden hacer quince minutos de Oscuridad.

—Para alguna gente —dijo Beenay, testarudo. Su frente se frunció con lentitud—. Sigo sin creer que vaya a ser tan malo para la mayoría de nosotros. Ciertamente, no para mí.

Sheerin suspiró, exasperado.

—Imagina la Oscuridad… por todas partes. Ninguna luz hasta tan lejos como puedas ver. Las casas, los árboles, los campos, el suelo, el cielo…, *¡todo negro! Y* Estrellas asomándose en medio de todo ello, si escuchas lo que predican los Apóstoles…, Estrellas, *sean* lo que sean. ¿Puedes concebirlo?

—Sí, puedo —declaró Beenay, más truculento aún.

—¡No! ¡No puedes! —Sheerin golpeó la mesa con el puño, presa de una repentina pasión—. ¡Te engañas a ti mismo! No puedes concebir eso. Tu cerebro no fue construido para ese concepto, como tampoco lo fue para… Mira, Beenay, tú eres matemático, ¿no? ¿Puede tu cerebro concebir de una forma real y completa el concepto de infinito? ¿De eternidad? Sólo puedes hablar de ello. Reducirlo a ecuaciones y fingir que los números abstractos son la realidad, cuando de hecho son sólo señales sobre el papel. Pero cuando intentas realmente abarcar la idea de infinito en tu mente empiezas a sentir vértigo muy aprisa, estoy seguro de ello. Una fracción de la realidad te trastorna. Lo mismo ocurre con la pequeña cantidad de Oscuridad que acabas de saborear. Y cuando lo auténtico llega a ti, tu cerebro tiene que enfrentarse a un fenómeno que está más allá de los límites de tu comprensión. Te vuelves loco, Beenay. Completa y permanentemente. ¡No tengo la menor duda de ello!

Una vez más hubo un terrible y repentino silencio en la habitación.

Al fin, Athor dijo:

—¿Cuál es su conclusión final, doctor Sheerin? ¿Una locura generalizada?

—Al menos un 75% de la población se volverá irracional a un grado incapacitador. Quizás un 85%. Quizás incluso un 100%.

Athor agitó la cabeza.

—Monstruoso. Horrible. Una calamidad más allá de todo lo creíble. Aunque debo decirle que siento un poco como Beenay…, que de alguna forma superaremos esto, que los efectos serán menos

cataclísmicos de lo que su opinión parece indicar. Viejo como soy, no puedo evitar el sentir un cierto optimismo, una cierta sensación de esperanza…

—¿Puedo hablar, doctor Athor? —dijo de pronto Siferra.

—Por supuesto. ¡Por supuesto! Para eso está usted aquí.

La arqueóloga se levantó y se dirigió al centro de la habitación.

—En algunos aspectos me sorprende estar aquí. Cuando hablé por primera vez de mis hallazgos en la península Sagikana con Beenay, le pedí que lo mantuviera todo estrictamente confidencial. Temía por mi reputación científica, porque vi que los datos que había descubierto podían ser elaborados muy fácilmente para que dieran apoyo al más irracional, más aterrador, más peligroso movimiento religioso que existe dentro de nuestra sociedad. Me refiero, naturalmente, a los Apóstoles de la Llama.

»Pero luego, cuando Beenay vino a verme de nuevo un poco más tarde con sus nuevos hallazgos, el descubrimiento de la periodicidad de esos eclipses de Dovim, supe que tenía que revelar lo que sabía. Tengo aquí fotos y mapas de mi excavación en la Colina de Thombo, cerca del emplazamiento de Beklimot en la península Sagikana. Beenay, tú ya los has visto, pero si tuvieras la amabilidad de pasárselos al doctor Athor y al doctor Sheerin.

Siferra aguardó hasta que tuvieron una posibilidad de echar una ojeada al material. Luego siguió hablando.

—Los mapas serán más fáciles de entender si piensa usted en la Colina de Thombo como un gigantesco pastel a capas de antiguos asentamientos, cada uno de ellos edificado sobre su inmediato predecesor…, el más reciente en la cima de la colina, por supuesto. Ese último es una ciudad de lo que llamamos la cultura de Beklimot. Debajo se halla uno construido por esa misma gente, creemos, en una fase anterior de su civilización, y luego más abajo y abajo y abajo, hasta un total de al menos siete períodos distintos de asentamientos, quizás incluso más.

»Cada uno de esos asentamientos, caballeros, llegaron a su fin debido a que fueron destruidos por el fuego. Supongo que pueden ver las separaciones oscuras entre cada capa. Ésas son las líneas quemadas…, restos carbonizados. Mi suposición original, basada puramente en un sentido intuitivo del tiempo que pueden necesitar esas ciudades para ser edificadas, florecer, decaer y desmoronarse, es que cada uno de esos grandes incendios ocurrió con una separación de aproximadamente dos mil años, con el más reciente de ellos situado hará unos dos mil años de nuestro presente, justo antes del desarrollo de la cultura de Beklimot que consideramos como el principio del período histórico.

»Pero el carbón es particularmente apto para la datación por el

radiocarbono, que nos proporciona una indicación bastante exacta de la antigüedad de un emplazamiento. Desde que mi material de Thombo llegó a Ciudad de Saro, el laboratorio de nuestro departamento ha estado atareado efectuando análisis de radiocarbono, y ahora tenemos nuestras cifras. Puedo decirles de memoria cuáles son. El más joven de los asentamientos de Thombo fue destruido por el fuego hace 2.050 años, con una desviación estadística de más o menos 20 años. El carbón del asentamiento inmediatamente inferior tiene 4.100 años de antigüedad, con una desviación de más o menos 40 años. El tercer asentamiento empezando desde arriba fue destruido por el fuego hace 6.200 años, con una desviación de más o menos 80 años. El cuarto asentamiento hacia abajo muestra al radiocarbono una edad de 8.300 años, más o menos 100. El quinto…

—¡Grandes dioses! —exclamó Sheerin—. ¿Se hallan tan regularmente espaciados como eso?

—Cada uno de ellos. Los incendios se produjeron a intervalos de un poco más de veinte siglos. Admitiendo las pequeñas inexactitudes que son inevitables en la datación del radiocarbono, es permisible proponer que de hecho tuvieron lugar *exactamente* con 2.049 años de diferencia uno de otro. Que, como Beenay ha demostrado, es exactamente la frecuencia en que se producen los eclipses de Dovim. Y también —añadió Siferra con voz débil— la longitud de lo que los Apóstoles de la Llama llaman un Año de Gracia, al final del cual el mundo se supone que es destruido por el fuego.

—Un efecto de la locura de las masas, sí —dijo Sheerin con voz hueca—. Cuando llega la Oscuridad, la gente deseará la luz…, de cualquier tipo. Antorchas. Fogatas. ¡Quemarlo todo! Quemar los muebles. Quemar las casas.

—No —murmuró Beenay.

—Recuerda —dijo Sheerin—, que esa gente no estará cuerda. Serán como niños pequeños…, pero tendrán los cuerpos de adultos, y los restos de las mentes de adultos. Sabrán cómo usar las cerillas. Simplemente no recordarán las consecuencias de encender una gran cantidad de fuegos por todo el lugar.

—No —dijo Beenay de nuevo, desvalidamente—. No. No. —Ya no era una afirmación de incredulidad.

Siferra dijo:

—Podría argumentarse originalmente que los incendios en Thombo fueron un acontecimiento puramente local…, una extraña coincidencia, un esquema tan rígido de sucesos regulares a lo largo de un lapso tan inmenso de tiempo, pero confinado sólo a ese lugar, quizás incluso un ritual peculiar de purificación practicado allí. Puesto que no se han hallado en ninguna otra parte de Kalgash otros asentamientos tan antiguos como el de Sagikán, no podríamos decir

nada en contra. Pero los cálculos de Beenay lo han cambiado todo. Ahora vemos que cada 2.049 años el mundo se ve, al parecer, inmerso en la Oscuridad. Como Sheerin dice, se encenderán fuegos. Y escaparán de control. Todos los demás asentamientos que existieron en la época de los fuegos de Thombo, en cualquier parte del mundo, debieron resultar destruidos todos del mismo modo que fueron destruidas las ciudades de Thombo, y por la misma razón. Pero Thombo es todo lo que nos ha quedado de la era prehistórica. Tal como dicen los Apóstoles de la Llama, es un lugar sagrado, el lugar donde los propios dioses se manifiestan a la Humanidad.

—Y quizá se manifiesten una vez más —dijo Athor, sombrío—. Proporcionándonos la prueba de los fuegos de las épocas pasadas.

Beenay le miró.

—¿Así que cree usted en las enseñanzas de los apóstoles, señor?

La afirmación de Beenay le pareció a Athor casi como una acusación directa de locura. Transcurrió un momento antes de que pudiera responder.

Pero al fin lo hizo, con una voz tan calmada como le fue posible.

—¿Creerlas? No. No, en absoluto. Pero me interesan, Beenay. Me siento horrorizado incluso ante la necesidad de plantear esta cuestión, pero, ¿y si los Apóstoles tuvieran razón? Tenemos claras indicaciones ahora de que la Oscuridad se produce sobre este planeta a intervalos de exactamente 2.049 años, los mismos que ellos mencionan en su Libro de las Revelaciones. Sheerin, aquí, dice que el mundo se volverá loco si eso ocurre, y tenemos las pruebas de Siferra de que una pequeña sección del mundo, al menos, se volvió loca, una y otra vez, y sus casas fueron barridas por el fuego, a esos mismos intervalos de 2.049 años que no dejan de aparecer.

—¿Qué sugiere usted, entonces? —preguntó Beenay—. ¿Que nos unamos a los Apóstoles?

Athor tuvo que reprimir de nuevo la ira.

—No, Beenay. ¡Simplemente que examinemos sus creencias, y veamos qué tipo de uso podemos hacer de ellas!

—¿Uso? —exclamaron Sheerin y Siferra, casi al unísono.

—¡Sí! ¡Uso! —Athor anudó sus grandes y huesudas manos y giró en redondo para enfrentarse a todos—. ¿No ven ustedes que la supervivencia de la civilización humana puede depender enteramente de nosotros cuatro? La cosa se reduce a eso, ¿no? Por melodramático que suene, nosotros cuatro nos hallamos en posesión de lo que empieza a parecer como una prueba incontrovertible de que el fin del mundo está a punto de caer sobre nosotros. La Oscuridad universal que traerá consigo la locura universal, una conflagración mundial, nuestras ciudades en llamas, nuestra sociedad despedazada. Pero existe un grupo que ha estado prediciendo, sobre la base de quién sabe

qué pruebas, exactamente la misma calamidad…, y ha precisado el año, el día incluso.

—El 19 de theptar —murmuró Beenay.

—Sí, el 19 de theptar. El día que en sólo Dovim brillará en el cielo… y, si estamos en lo cierto, llegará Kalgash Dos, y saldrá de su invisibilidad para llenar nuestro cielo y bloquear toda luz. Ese día, nos dicen los Apóstoles, el fuego envolverá nuestras ciudades. ¿Cómo lo saben? ¿Una suposición afortunada? ¿Mero mito al azar?

—Algo de lo que dicen no tiene sentido en absoluto —señaló Beenay—. Por ejemplo, dicen que aparecerán Estrellas en el cielo. ¿Qué son las Estrellas? ¿De dónde aparecerán?

Athor se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Esa parte de las enseñanzas de los Apóstoles puede ser muy bien algún tipo de fábula. Pero parecen tener alguna especie de registros de pasados eclipses, a partir de los cuales han elaborado sus actuales y lóbregas predicciones. Necesitamos saber más sobre esos registros.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Beenay.

—Porque nosotros, como científicos, podemos servir como líderes, figuras de autoridad, en la lucha por salvar la civilización que se abre ante nosotros —dijo Athor—. Sólo si es dada a conocer la naturaleza del peligro aquí y ahora tendrá la sociedad alguna posibilidad de protegerse contra lo que va a ocurrir. Pero, tal como están las cosas, sólo los crédulos y los ignorantes prestan atención a los Apóstoles. La gente más inteligente y racional los mira de la misma forma que nosotros…, como chiflados, como estúpidos, como locos, quizá como estafadores. Lo que necesitamos hacer es persuadir a los Apóstoles de que compartan sus datos astronómicos y arqueológicos, si es que tienen alguno, con nosotros. Y luego hacerlos públicos. Revelar nuestros hallazgos, y respaldarlos con el material que recibamos, si lo recibimos, de los Apóstoles. En esencia, formar una alianza con ellos contra el caos que tanto nosotros como ellos creemos que se avecina. De esa forma podremos conseguir la atención de todos los estratos de la sociedad, desde los más crédulos a los más críticos.

—¿Así que sugiere usted que dejemos de ser científicos y entremos en el mundo de la política? —preguntó Siferra—. No me gusta. Éste no es en absoluto nuestro trabajo. Voto por entregar todo nuestro material al Gobierno y dejar que sean ellos…

—¡El Gobierno! —bufó Beenay.

—Beenay tiene razón —dijo Sheerin—. Sé cómo es la gente del Gobierno. Formarán un comité, y finalmente emitirán un informe, y archivarán el informe en alguna parte, y luego más tarde formarán otro comité para que investigue qué fue lo que descubrió el primer comité, y luego votarán, y… No, no tenemos tiempo para todo eso.

Nuestro deber es hablar nosotros mismos. Sé de primera mano lo que la Oscuridad hace a las mentes de la gente. Athor y Beenay tienen pruebas matemáticas de que la Oscuridad llegará pronto. Usted, Siferra, ha visto lo que la Oscuridad ha hecho a pasadas civilizaciones.

—Pero, ¿nos atreveremos a ir en busca de los Apóstoles? —preguntó Beenay—. ¿No será peligroso para nuestra reputación y nuestra responsabilidad científica tener algo que ver con ellos?

—Un buen punto —dijo Siferra—. ¡Tenemos que mantenernos alejados de ellos!

Athor frunció el ceño.

—Quizá tengan razón. Puede que resulte ingenuo por mi parte sugerir que formemos cualquier tipo de asociación de trabajo con esa gente. Retiro la sugerencia.

—Espere —dijo Beenay—. Tengo un amigo, tú le conoces, Sheerin, es el periodista Theremon, que ya está en contacto con alguien de alto nivel entre los Apóstoles. Él puede arreglar una reunión secreta entre Athor y ese Apóstol. Usted puede sondear a los Apóstoles, señor, y ver si saben algo que valga la pena, sólo a fin de obtener más pruebas confirmadoras para nosotros, y siempre podemos negar que la reunión tuvo lugar, si resulta que no tienen nada que nos interese.

—Es una posibilidad —admitió Athor—. Por desagradable que parezca, estoy dispuesto a reunirme con ellos. ¿Supongo, entonces, que nadie tiene fundamentalmente nada en contra de mi sugerencia básica? ¿Están de acuerdo conmigo en que es esencial que nosotros cuatro emprendamos alguna acción en respuesta a lo que hemos descubierto?

—Ahora sí —dijo Beenay, mirando a Sheerin—. Sigo convencido de poder sobrevivir a la Oscuridad por mí mismo. Pero todo lo que se ha dicho aquí hoy me conduce a darme cuenta de que muchos otros no. Ni la civilización como tal…, a menos que hagamos algo.

Athor asintió.

—Muy bien. Habla con tu amigo Theremon. Con cautela, sin embargo. Ya sabes cuál es mi opinión respecto a la Prensa. Los periodistas no me gustan mucho más que los Apóstoles. Pero da a entender muy cautelosamente a tu Theremon que me gustaría reunirme en privado con ese Apóstol conocido suyo.

—Lo haré, señor.

—Usted, Sheerin: reúna toda la literatura que pueda encontrar referente a los efectos de la exposición a una Oscuridad prolongada, y déjeme echarle un vistazo.

—No hay ningún problema, doctor.

—Y usted, Siferra…, ¿puedo obtener un informe, capaz de ser entendido por cualquier profano, sobre su excavación de Thombo?

Incluyendo todas las pruebas que pueda proporcionar referentes a este asunto de las conflagraciones repetitivas.

—Parte de él aún no está preparado, doctor Athor. Material del que no he hablado hoy.

La frente de Athor se frunció.

—¿Qué quiere decir?

—Tablillas de arcilla con inscripciones —dijo la arqueóloga—. Fueron halladas en el tercer y quinto niveles contando desde arriba. El doctor Mudrin está intentando la muy difícil tarea de traducir las inscripciones. Su opinión preliminar es que se trata de algún tipo de advertencia sacerdotal sobre el inminente fuego.

—¡La primera edición del Libro de las Revelaciones! —exclamó Beenay.

—Bueno, sí, quizá sean eso —reconoció Siferra, con una pequeña risa que no tenía nada de divertido—. En cualquier caso, espero tener pronto los textos de las tablillas. Y entonces reuniré todo el material para usted, doctor Athor.

—Bien —dijo Athor. Necesitaremos todo lo que podamos obtener. Éste va a ser el trabajo de nuestras vidas. —Miró una vez más a cada uno de los otros, por turno—. Sin embargo, debemos recordar algo importante: mi voluntad de iniciar una aproximación con los Apóstoles no significa que pretenda de ninguna forma proporcionarles un manto de respetabilidad. Simplemente espero descubrir qué tienen que nos ayude a convencer al mundo de lo que va a pasar muy pronto, punto. De otro modo haré todo lo posible por distanciarme de ellos. No quiero ningún misticismo implicado aquí. No creo ni una palabra de su jerigonza…, tan sólo quiero saber cómo llegaron a sus conclusiones de la catástrofe. Y espero que el resto de ustedes se mantengan similarmente en guardia en cualquier trato con ellos. ¿Comprendido?

—Todo esto es como un sueño —dijo Kelaritan suavemente.

—Un muy mal sueño —dijo Athor—. Cada átomo en mi alma grita que esto no está ocurriendo, que es una absoluta fantasía, que el mundo pasará tranquilamente el 19 de theptar sin sufrir el menor daño. Desgraciadamente, las cifras cuentan la historia. —Miró por la ventana. Onos había desaparecido del cielo, y Dovim era tan sólo un punto contra el horizonte. El crepúsculo había descendido, y la única auténtica iluminación visible era la fantasmal y poco confortadora luz de Tano y Sitha—. Ya no tenemos ninguna forma de dudarlo. La Oscuridad llegará. Quizá las Estrellas, sean lo que sean, brillen realmente. Los fuegos arderán. El final del mundo tal como lo conocemos está al alcance de la mano. ¡El fin del mundo!

DOS — ANOCHECER

18

—Será mejor que vayas con cuidado —dijo Beenay. Empezaba a sentirse tenso. La tarde se acercaba…, la tarde del eclipse, tan largamente esperada por él con miedo y temblores—. Athor está furioso contigo, Theremon. No puedo creer que hayas venido en este momento. Ya sabes que se supone que no debes estar aquí. En especial no *esta* tarde. Deberías comprender que, si piensas en el tipo de cosas que has estado escribiendo últimamente sobre él…

El periodista rió quedamente.

—Te lo dije. Puedo calmarle.

—No estés tan seguro de ello, Theremon. Básicamente le llamaste chiflado obsoleto en tu columna, ¿recuerdas? El viejo suele permanecer tranquilo y severo la mayor parte del tiempo, pero cuando se le empuja demasiado su temperamento se vuelve horrible.

Theremon se encogió de hombros.

—Mira, Beenay, antes de que me convirtiera en un columnista importante fui periodista especializado en realizar todo tipo de entrevistas imposibles, y quiero decir *imposibles.* Volvía cada día a casa con hematomas, ojos morados, a veces uno o dos huesos rotos, pero conseguía siempre mi artículo. Desarrollas un cierto grado de confianza en ti mismo después de pasar algunos años sacando a la gente de sus casillas por rutina a fin de conseguir tu artículo. Puedo ocuparme de Athor.

—¿Sacando a la gente de sus casillas? —murmuró Beenay. Miró significativamente hacia la placa del calendario en la parte superior de la pared del pasillo. Anunciaba en brillantes letras verdes la fecha: 19 REPTAR. El día de los días, el que había estado llameando en todas las mentes aquí en el observatorio, mes tras mes. El último día de cordura que mucha gente de Kalgash, quizá la mayoría, llegaría a conocer—. No son las mejores palabras para esta tarde, ¿no crees?

Theremon sonrió.

—Quizá tengas razón. Ya veremos. —Señaló hacia la puerta cerrada de la oficina de Athor—. ¿Quién hay ahí dentro en estos momentos?

—Athor, por supuesto. Y Thilanda…, es una de las astrónomas. Davnit, Simbron, Hikkinan, todo el personal del observatorio. Más o menos.

—¿Qué pasa con Siferra? Dijo que estaría ahí.

—Bueno, no está; todavía no.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Theremon.

—¿De veras? Cuando le pregunté el otro día si optaría por el Refugio se me rió prácticamente en la cara. Estaba decidida a observar

el eclipse desde aquí. No puedo creer que haya cambiado de opinión. Esa mujer no le tiene miedo a nada, Beenay. Bueno, quizás esté aprovechando los últimos minutos para arreglar las cosas en su oficina.

—Es muy probable.

—¿Y tu gordito amigo Sheerin? ¿Tampoco está ahí?

—No, Sheerin no. Está en el Refugio.

—Así que nuestro Sheerin no es el más valiente de los hombres, ¿eh?

—Al menos ha tenido el buen sentido de admitirlo. Raissta está en el Refugio también, y la esposa de Athor, Nyilda, y casi toda la demás gente que conozco, excepto unas pocas personas del observatorio. Si fueras listo tú también estarías allí, Theremon. Cuando la Oscuridad llegue aquí esta tarde, desearás haber ido.

—El Apóstol Folimun 66 me dijo más o menos lo mismo hará más de un año, sólo que era a su Refugio al que me invitaba, no al vuestro. Pero estoy completamente preparado a enfrentarme a los peores terrores que los dioses puedan arrojar sobre mí, amigo mío. Hay una noticia que cubrir esta tarde, y no podré hacerlo si me meto en un agujero y me paso todo el tiempo en un acogedor escondite subterráneo, ¿no crees?

—No habrá ningún periódico mañana en el que puedas escribir esa crónica, Theremon.

—¿Eso crees? —Theremon sujetó a Beenay por el brazo y se acercó más a él, casi nariz contra nariz.

Murmuró, con un tono bajo e intenso:

—Dime una cosa, Beenay. Sólo entre amigos. ¿Crees realmente que esta tarde va a producirse una cosa tan increíble como un Anochecer?

—Sí. Lo creo.

—¡Dios! ¿Lo dices en serio, hombre?

—Nunca en mi vida he hablado más en serio, Theremon.

—No puedo creerlo. Pareces tan juicioso, Beenay. Tan sólido, tan responsable. Y, sin embargo, has tomado un puñado de cálculos astronómicos reconocidamente especulativos y algunos trozos de carbón excavados en un desierto a miles de kilómetros de aquí y un poco de espuma rabiosa de las bocas de un puñado de cultistas de ojos desorbitados, y lo has mezclado todo junto en el un malditamente loco batiburrillo de idiotez apocalíptica que nunca haya…

—No es ninguna locura —insistió Beenay con voz tranquila—. No es ninguna idiotez.

—Así que el mundo conocerá realmente su final esta tarde.

—El mundo que nosotros conocemos y amamos, sí.

Theremon soltó el brazo de Beenay y alzó las manos, exasperado.

—¡Dioses! ¡Incluso tú! Por la Oscuridad, Beenay, durante la mayor parte de un año he intentado poner un poco de fe en todo este asunto, y no puedo, absolutamente no puedo. No importa lo que digas tú, o Athor, o Siferra, o Folimun 66, o Mondior, o…

—Tan sólo espera —dijo Beenay—. Unas pocas horas más.

—¡Eres realmente sincero! —murmuró Theremon, maravillado—. Por todos los dioses, eres un chiflado tan grande como el propio Mondior. ¡Bah! Eso es lo que digo, Beenay. *¡Bah!* Llévame a ver a Athor, ¿quieres?

—Te lo advierto, él no quiere verte a ti.

—Eso ya lo dijiste. Llévame de todos modos.

19

Theremon nunca había esperado tomar realmente una postura hostil frente a los científicos del observatorio. Pero las cosas habían ocurrido de este modo, muy gradualmente, en los meses que condujeron al 19 de theptar.

Se trataba básicamente de un asunto de integridad periodística, se dijo. Beenay era su amigo desde hacía tiempo, sí; el doctor Athor era incuestionablemente un gran astrónomo; Sheerin era genial y sincero y de confianza; y Siferra era…, bueno, una mujer atractiva e interesante y una importante arqueóloga. No sentía el menor deseo de situarse como enemigo de toda esa gente.

Pero tenía que escribir lo que él creía. Y lo que creía, hasta lo más profundo de su alma, era que el grupo del observatorio era de la cabeza a los pies tan necio como los Apóstoles de la Llama, e igual de peligroso para la estabilidad de la sociedad.

No había forma alguna de obligarse a sí mismo a tomar en serio lo que decían. Cuanto más tiempo pasaba en el observatorio, más loco le parecía todo aquello.

¿Un planeta invisible y al parecer indetectable surcando el cielo en una órbita que lo llevaba cerca de Kalgash cada pocas décadas? ¿Una combinación de posiciones solares que dejaba únicamente a Dovim sobre sus cabezas cuando llegara el planeta invisible? ¿La luz de Dovim completamente interceptada, y sumiendo al mundo en la Oscuridad? ¿Y todos volviéndose locos como resultado de ese cúmulo de circunstancias? No, no, no podía aceptarlo.

Para Theremon todo aquello parecía tan alocado como lo que habían estado predicando los Apóstoles de la Llama durante tantos años. El único pensamiento extra que añadían los Apóstoles era el misterioso advenimiento del fenómeno conocido como Estrellas. Incluso la gente del observatorio había tenido que admitir que no podía imaginar qué eran las Estrellas. Algún otro tipo de cuerpos celestes invisibles, al parecer, que de pronto aparecían a la vista cuando terminaba el Año de Gracia y la ira de los dioses descendía sobre Kalgash…, o eso señalaban los Apóstoles.

—No es posible —le había dicho Beenay una tarde en el Club de los Seis Soles. Todavía faltaban seis meses para la fecha del eclipse—. El eclipse y la Oscuridad, sí. Las Estrellas, no. No hay nada en el universo excepto nuestro mundo y los seis soles y algunos asteroides insignificantes…, y Kalgash Dos. Si también hay Estrellas, ¿por qué no podemos medir su presencia? ¿Por qué no podemos detectarlas por las perturbaciones orbitales que causan, de la misma forma que hemos detectado Kalgash Dos? No, Theremon, si hay Estrellas ahí fuera,

entonces algo va mal con la Teoría de la Gravitación Universal. Y sabemos que la teoría es correcta.

Sabemos que la teoría es correcta, eso era lo que había dicho Beenay. Pero, ¿no era exactamente lo mismo que Folimun diciendo: «Sabemos que el Libro de las Revelaciones es el libro de la verdad»?

Al principio, cuando Beenay y Sheerin le contaron por primera vez su creciente seguridad de que iba a producirse un devastador período de Oscuridad en todo el mundo, Theremon, maravillado e impresionado por sus apocalípticas visiones, había hecho todo lo posible por ayudarles.

—Athor desea reunirse con Folimun —le dijo Beenay—. Está intentando descubrir si los Apóstoles poseen algún tipo de antiguos registros astronómicos que puedan confirmar lo que hemos hallado. ¿Puedes hacer algo para arreglarlo?

—Una idea curiosa —dijo Theremon—. El irascible viejo científico pide ver al portavoz de las fuerzas de la anticiencia, de la nociencia. Pero veré lo que puedo hacer.

La reunión resultó sorprendentemente fácil de arreglar. De todos modos, Theremon tenía intención de entrevistar de nuevo a Folimun. El Apóstol de afilado rostro garantizó a Theremon una audiencia para el día siguiente.

—¿Athor? —dijo Folimun, cuando el periodista le transmitió el mensaje de Beenay—. ¿Por qué quiere verme *a mí?*

—Quizá tenga intención de convertirse en un Apóstol —sugirió burlonamente Theremon.

Folimun se echó a reír.

—No es muy probable. Por todo lo que sé de él, antes se pintaría el cuerpo de púrpura y saldría a dar un paseo desnudo por el bulevar de Saro.

—Bueno, quizás esté experimentando una conversión —dijo Theremon. Luego, tras una tentadora pausa, añadió—: Sé seguro que él y su personal han tropezado con algunos datos que tal vez tiendan a apoyar las creencias de ustedes de que la Oscuridad barrerá el mundo el próximo 19 de theptar.

Folimun se permitió el más pequeño tipo de cuidadosamente controlada muestra de interés, un casi imperceptible alzamiento de una ceja.

—Qué fascinante, si fuera cierto —dijo con voz calmada.

—Tendrá que verle en persona para descubrirlo.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —dijo el Apóstol.

Y lo hizo. Theremon nunca consiguió descubrir cuál fue la naturaleza exacta de la reunión entre Folimun y Athor, pese a todos sus esfuerzos. Athor y Folimun fueron los únicos presentes, y ninguno de ellos dijo nada a nadie sobre la misma, por lo que Theremon pudo

averiguar. Beenay, un enlace de Theremon con el observatorio, sólo pudo ofrecerle vagas suposiciones.

—Tuvo algo que ver con los antiguos registros astronómicos que el jefe cree que tienen los Apóstoles, eso es todo lo que puedo decirte —le informó Beenay—. Athor sospecha que han estado ocultando cosas durante siglos, quizás incluso desde antes del último eclipse. Algunos de los pasajes del Libro de las Revelaciones están escritos en un viejo lenguaje olvidado, ¿lo sabías?

—Un viejo galimatías olvidado, querrás decir. Nadie ha sido capaz nunca de extraer ningún sentido a ese asunto.

—Bueno, ciertamente yo no —dijo Beenay—. Pero algunos filólogos completamente respetables son de la opinión de que esos pasajes pueden ser auténticos textos prehistóricos. ¿Y si los Apóstoles tienen realmente una forma de descifrar ese lenguaje? ¿Pero la guardan para sí mismos, ocultando así cualquier dato astronómico que pueda estar registrado en el Libro de las Revelaciones? Tal vez ésa sea la clave tras la cual va Athor.

Theremon se mostró sorprendido.

—¿Estás diciendo que el más preeminente astrónomo de nuestra época, quizá de todas las épocas, siente la necesidad de consultar a un puñado de histéricos cultistas sobre un asunto científico?

Beenay se encogió de hombros y dijo:

—Todo lo que sé es que a Athor no le gustan los apóstoles y sus enseñanzas más de lo que te gustan a ti, pero pensó que había algo importante que ganar reuniéndose con tu amigo Folimun.

—¡No es mi amigo! Es estrictamente un conocido a nivel profesional.

—Bueno, como quieras llamarlo… —murmuró Beenay.

Theremon le interrumpió. Una auténtica ira estaba creciendo en él ahora, un poco para su propia sorpresa.

—Y no me va a sentar muy bien, déjame decírtelo, si resulta que tu gente y los Apóstoles han establecido algún tipo de trato. Por lo que a mí respecta, los Apóstoles representan la propia Oscuridad…, las más negras y odiosas ideas reaccionarias. Déjales seguir adelante, y nos tendrán a todos viviendo de nuevo vidas medievales de penitencia, castidad y flagelación. Ya es bastante malo tener a unos psicópatas como ellos difundiendo locas profecías delirantes para alterar la tranquilidad de la vida cotidiana, pero si un hombre del prestigio de Athor tiene intención de dignificar a esos ridículos asquerosos incorporando parte de sus balbuceos a sus propios hallazgos, voy a sentirme muy suspicaz, amigo, con respecto a cualquier cosa que emane de tu observatorio a partir de este momento.

El desánimo era evidente en el rostro de Beenay.

—Si tan sólo supieras, Theremon, lo despectivamente que habla Athor de los Apóstoles, la poca consideración que muestra hacia todo lo que abogan…

—Entonces, ¿por qué se digna a hablar con ellos?

—¡Tú también has hablado con Folimun!

—Eso es distinto. Nos guste o no, Folimun es noticia estos días. Mi trabajo es descubrir lo que pasa por su mente.

—Bueno —dijo Beenay acaloradamente—, quizás Athor tenga el punto de vista.

En este punto decidieron abandonar la discusión. Estaba empezando a transformarse de una discusión en una disputa, y ninguno de los dos deseaba eso. Puesto que Beenay no tenía en realidad ninguna idea de a qué tipo de acuerdo, si se había producido alguno, habían llegado Athor y Folimun, Theremon no veía ningún sentido en seguir hablando de ello.

Pero, se dio cuenta más tarde Theremon, esa conversación con Beenay marcó exactamente el punto en el que su actitud hacia Beenay y Sheerin y el resto de la gente del observatorio empezó a cambiar…, cuando empezó a derivar de la posición de espectador curioso y simpatizante a la de crítico burlón y mordaz. Pese a que él había sido un instrumento de su consecución, el encuentro entre el director del observatorio y el Apóstol le parecía ahora a Theremon una traición del tipo más desastroso, una ingenua capitulación por parte de Athor a las fuerzas de la reacción y la ciega ignorancia.

Aunque nunca había sido realmente capaz de llegar a creer en las teorías de los científicos —pese a las llamadas «pruebas» que le habían permitido inspeccionar—, Theremon había adoptado una postura generalmente neutral en su columna cuando las primeras crónicas acerca del inminente eclipse empezaron a aparecer en el *Crónica.*

«Un sorprendente anuncio —lo había llamado—, y muy aterrador…, si es cierto. Como Athor 77 dice muy certeramente, cualquier período prolongado de repentina Oscuridad a nivel mundial sería una calamidad como el mundo no ha conocido otra. Pero, desde el otro lado del mundo, nos llega esta mañana un punto de vista disidente. “Con el debido respeto al gran Athor 77 —declara Heranian 1104, astrónomo real del Observatorio Imperial de Kanipilitiniuk—, todavía no hay ninguna prueba firme de que el satélite llamado Kalgash Dos exista realmente, y menos aún de que sea capaz de causar un eclipse como el que predice el grupo de Saro. Debemos tener en cuenta que los soles, incluso un sol pequeño como Dovim, son enormemente más grandes de lo que pueda llegar a ser cualquier satélite vagabundo del espacio, y consideramos altamente improbable que un satélite así sea capaz de ocupar exactamente la posición en el cielo necesaria para interceptar toda la iluminación solar que llega

hasta la superficie de nuestro mundo…”»

Pero entonces se produjo el discurso de Mondior 71 el 13 de umilithar, en el cual el Sumo Apóstol declaró orgullosamente que el más grande científico del mundo había dado su apoyo a la palabra del Libro de las Revelaciones.

—La voz de la ciencia es ahora una con la voz del Cielo — exclamó Mondior—. Os pido encarecidamente a todos: no pongáis más esperanzas en los milagros y en los sueños. Lo que deba venir vendrá. Nada puede salvar al mundo de la ira de los dioses, nada excepto la voluntad de abandonar el pecado, de renunciar al mal, de dedicarnos al camino de la virtud y de la honradez.

La retumbante declaración de Mondior empujó a Theremon fuera de su neutralidad. Por lealtad a la amistad de Beenay se había permitido tomarse la hipótesis del eclipse más o menos en serio durante un tiempo. Pero ahora empezó a verla como una mera estupidez…, un puñado de ansiosos y alucinados científicos engañados en su propio entusiasmo por un montón de pruebas circunstanciales y razonando a partir de la mera coincidencia, dispuestos a engañarse a sí mismos y creer a pies juntillas en las proclamaciones de la más absurda y loca creencia.

Al día siguiente, la columna de Theremon se interrogaba: «¿Se preguntan ustedes cómo han conseguido los Apóstoles de la Llama ganarse a Athor 77 como converso? De entre todo el mundo, el gran viejo astrónomo parece el menos capaz de alinearse con esos encapuchados proveedores de frases rimbombantes y abracadabras y prestarles su apoyo. ¿Consiguió el encanto de algún Apóstol de lengua de plata hacer perder el buen sentido al gran científico? ¿O se trata simplemente, como he oído susurrar detrás de las paredes cubiertas de hiedra de la Universidad de Saro, de que la edad obligatoria para el retiro de todos los miembros de la facultad ha pasado para él hace ya unos cuantos años?»

Y eso fue sólo el principio.

Theremon veía qué papel tenía que representar ahora. Si la gente empezaba a tomarse en serio eso del eclipse, se producirían crisis mentales por todas partes incluso sin la llegada de la Oscuridad general para desencadenarlas.

Si se dejaba que todo el mundo creyera realmente que la condenación llegaría con la tarde del 19 de theptar, el pánico se iniciaría en las calles mucho antes que eso, una histeria universal, el colapso de la ley y el orden, un prolongado período de inestabilidad general y aprensión y trastornos…, todo ello seguido por sólo los dioses sabían qué tipo de trastornos emocionales cuando el temido día llegara y se fuera sin producir daño alguno. Su misión tenía que ser deshinchar el miedo al Anochecer, a la Oscuridad, al Día del Juicio,

atravesándolo con la afilada lanza de la risa.

Así, cuando Mondior retumbó ferozmente que la venganza de los dioses estaba en camino, Theremon 762 respondió con despreocupadas viñetas de cómo sería el mundo si los Apóstoles conseguían «reformar» la sociedad tal como ellos deseaban…, gente yendo a la playa con trajes de baño hasta los tobillos, largas sesiones de plegarias entre cada asomo de acción en los acontecimientos deportivos, todos los grandes libros y obras clásicas y dramas reescritos para eliminar el más ligero asomo de impiedad.

Y cuando Athor y su grupo dieron a la luz pública diagramas que mostraban los movimientos del nunca visto y al parecer no visible Kalgash Dos a través del cielo en dirección a su sombría cita con la pálida luz roja de Dovim, Theremon hizo condescendientes observaciones sobre dragones, gigantes invisibles y otros monstruos mitológicos cabrioleando en el cielo.

Cuando Mondior agitó la autoridad científica de Athor 77 en torno a él como un argumento que demostraba el apoyo secular de las enseñanzas de los Apóstoles, Theremon respondió preguntando lo en serio que uno podía tomarse la autoridad científica de Athor 77 ahora que a todas luces estaba tan trastornado como el propio Mondior.

Cuando Athor pidió un programa de emergencia de almacenamiento de comida, información científica y técnica y todo lo demás que pudiera ser necesario para la Humanidad después de que estallara la locura general, Theremon sugirió que en algunas partes la locura general *ya* había estallado, y proporcionó su propia lista de artículos esenciales para que todo el mundo guardara en su sótano («abrelatas, tachuelas, copias de la tabla de multiplicar, cartas de juego… No olviden escribir su nombre en una tarjeta y atarla alrededor de su muñeca derecha, en caso de que no lo recuerden después de la llegada de la Oscuridad…, y aten una tarjeta a su muñeca izquierda que diga: *Para averiguar su nombre, vea su otra muñeca…»).*

Cuando Theremon hubo terminado de machacar con su columna, resultó difícil a sus lectores decidir qué grupo era más absurdo: si los apocalípticos fenómenos de los Apóstoles de la Llama o los patéticos y crédulos observadores del cielo del observatorio de la Universidad de Saro. Pero una cosa era segura: gracias a Theremon, casi ningún miembro del público en general creía que nada extraordinario fuera a ocurrir en la tarde del 19 de theptar.

20

Athor adelantó un beligerante labio inferior y miró furioso al hombre del *Crónica.* Sólo con un supremo esfuerzo consiguió dominarse.

—¿Usted aquí? ¿Pese a todo lo que dije? ¡De todas las audacias…!

La mano de Theremon estaba extendida en un saludo como si realmente hubiera esperado que Athor la aceptara. Pero al cabo de un momento la bajó y se quedó allí de pie, contemplando al director del observatorio con una sorprendente despreocupación.

Con la voz temblando con una apenas controlada emoción, Athor dijo:

—Exhibe usted una maldita osadía, señor, viniendo aquí esta tarde. Me sorprende que se atreva a mostrarse entre nosotros.

En un rincón de la habitación, Beenay se pasó nervioso la lengua por los labios e intervino con voz trémula:

—Bueno, señor, después de todo…

—¿Tú le invitaste a entrar? ¿Cuándo sabías que había prohibido expresamente…?

—Señor, yo…

—Fue la doctora Siferra —dijo Theremon—. Ella me pidió encarecidamente que viniera. Estoy aquí invitado por ella.

—¿Siferra? ¿Siferra? Dudo mucho eso. Ella me dijo hace tan sólo unas semanas que cree que es usted un loco irresponsable. Habló de usted del modo más duro posible. —Athor miró a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está? Se suponía que debía estar aquí, ¿no? —No hubo ninguna respuesta. Athor se volvió a Beenay y dijo—: Tú eres el que ha dejado entrar a este periodista, Beenay. Me siento absolutamente asombrado de que hayas hecho algo así. Éste no es el momento para insubordinaciones. El observatorio está cerrado a los periodistas esta tarde. Y está cerrado indefinidamente para este periodista en particular. Sácalo de aquí de inmediato.

—Director Athor —dijo Theremon—, si me permite tan sólo explicar que mis razones para…

—No creo, joven, que nada de lo que usted pueda decir ahora haga mucho por contrarrestar sus insufribles columnas diarias de estos últimos dos meses. Ha lanzado usted una enorme campaña periodística contra los esfuerzos de mis colegas y de mí mismo de organizar el mundo contra la amenaza que está a punto de abrumarnos. Ha hecho usted todo lo posible con sus ataques personales para conseguir que el personal de este observatorio se convierta en un objeto de ridículo.

Alzó el ejemplar del *Crónica* de Ciudad de Saro de encima de la

mesa y lo agitó furioso hacia Theremon.

—Incluso una persona de su bien conocido atrevimiento hubiera debido vacilar antes de acudir a mí con la petición de que se le permitiera cubrir los acontecimientos de hoy para su periódico. De entre todos los periodistas…, *¡usted!*

Athor lanzó el periódico al suelo, caminó hasta la ventana y cruzó las manos a su espalda.

—Tiene que marcharse de inmediato —restalló por encima del hombro—. Beenay, sácalo de aquí.

A Athor le pulsaba la cabeza. Sabía que era importante mantener su ira bajo control. No podía permitirse dejar que nada le distrajera del enorme y cataclísmico acontecimiento que estaba a punto de producirse.

Miró lúgubremente el horizonte de los tejados de Ciudad de Saro y se forzó a volver a la calma, tanta calma como era capaz de conseguir aquella tarde.

Onos descendía hacia el horizonte. Dentro de poco se desvanecería en las distantes brumas. Athor observó su descenso.

Sabía que nunca volvería a verlo como un hombre cuerdo.

El frío brillo blanco de Sitha era visible también, bajo en el cielo, muy al otro lado de la ciudad, en el otro extremo del horizonte. El gemelo de Sitha, Tano, no se veía por ninguna parte…, ya se había puesto y ahora se deslizaba por el cielo del hemisferio opuesto, que pronto estaría gozando del extraordinario fenómeno de un día de cinco soles…, y el propio Sitha se estaba desvaneciendo rápidamente de la vista. Dentro de unos momentos él también desaparecería.

Detrás de él oyó susurrar a Beenay y Theremon.

—¿Todavía está aquí ese hombre? —preguntó ominosamente.

—Señor —dijo Beenay—, creo que debería escuchar usted lo que tiene que decirle.

—¿Eso crees? ¿Crees que debo escucharle? —Athor giró en redondo y sus ojos brillaron feroces—. Oh, no, Beenay. ¡No, él será el que me va a escuchar a mí! —Se volvió perentoriamente hacia el periodista, que no había hecho ningún gesto de marcharse—. ¡Venga aquí, joven! Voy a proporcionarle su artículo.

Theremon avanzó lentamente hacia él.

Athor hizo un gesto hacia el otro lado de la ventana.

—Sitha está a punto de ponerse…, no, ya lo ha hecho. Onos desaparecerá también, dentro de un momento o dos. De todos los seis soles, sólo Dovim quedará en el cielo. ¿Lo ve?

No era necesario formular la pregunta. La enana roja que era el sol parecía más pequeña que de costumbre esta tarde, más pequeña de lo que había parecido a lo largo de décadas. Pero estaba casi en el cenit, y su rojiza luz caía sobre ellos de una forma pasmosa,

inundando el paisaje con una extraordinaria iluminación rojo sangre a medida que los brillantes rayos del poniente Onos morían.

Athor alzó el rostro teñido de rojo a la luz de Dovim.

—Dentro de tan sólo cuatro horas —dijo—, la civilización, tal como la conocemos, llegará a su fin. Lo hará porque, como usted puede ver, Dovim será el único sol en el cielo. —Entrecerró los ojos, miró hacia el horizonte. El último parpadeo amarillo de Onos desapareció en aquel momento—. ¡Ya lo tenemos! ¡Dovim está solo! Nos quedan cuatro horas hasta el final de todo. ¡Imprima eso! Pero no habrá nadie para leerlo.

—Pero, ¿y si resulta que pasan las cuatro horas…, y otras cuatro horas…, y no ocurre nada? —preguntó Theremon con voz suave.

—No deje que eso le preocupe. Ocurrirán muchas cosas, se lo aseguro.

—Quizá. Pero, ¿y si no ocurren?

Athor luchó contra su creciente ira.

—Si no se marcha usted, señor, y Beenay se niega a conducirle fuera, entonces llamaré a los guardias de la universidad y… No. En la última tarde de la civilización, no permitiré descortesías aquí. Tiene usted cinco minutos, joven, para decir lo que ha venido a decir. Al final de ese tiempo, o bien aceptaré que se quede para presenciar el eclipse, o abandonará usted este lugar por voluntad propia. ¿Ha comprendido?

Theremon vaciló apenas un momento.

—Es justo.

Athor sacó el reloj de su bolsillo.

—Cinco minutos, entonces.

—¡Bien! De acuerdo, primera cosa: ¿Qué diferencia significará el que me permita usted o no ser testigo presencial de lo que ocurra? Si su predicción resulta cierta, mi presencia no importará en absoluto…, el mundo terminará, no habrá periódicos mañana, no seré capaz de dañar su reputación de ninguna manera. Por otra parte, ¿y si no hay ningún eclipse? Su gente se verá sometida a un ridículo *como* el mundo jamás habrá conocido otro. ¿No cree usted que sería juicioso dejar ese ridículo en manos amigas?

Athor bufó.

—¿Se refiere usted a *sus* manos?

—¡Por supuesto! —Theremon se dejó caer casualmente en la más confortable de las sillas de la habitación y cruzó las piernas—. Puede que mis columnas hayan sido un poco rudas a veces, se lo admito, pero he dejado que su gente tuviera el beneficio de la duda siempre que me ha sido posible. Después de todo, Beenay es amigo mío. Él fue quien primero me dio un atisbo de lo que estaba ocurriendo aquí, y puede que recuerde usted que al principio me mostré completamente

favorable a su investigación. Pero…, le pregunto, doctor Athor: ¿Cómo puede usted, uno de los más grandes científicos de toda la historia, volver su espalda al conocimiento de que este siglo es una época de triunfo de la razón sobre la superstición, de los hechos sobre la fantasía, del conocimiento sobre el ciego miedo? Los Apóstoles de la Llama son un anacronismo absurdo. El Libro de las Revelaciones es una enlodada masa de estupideces. Todo el mundo inteligente, todo el mundo *moderno,* sabe eso. Y así la gente se siente irritada, incluso encolerizada, de que los científicos cambien de bando y nos digan que esos cultistas están predicando la verdad. Ellos…

—Nada de eso, joven —interrumpió Athor—. Si bien algunos de nuestros datos nos han sido proporcionados por los Apóstoles, nuestros resultados no contienen nada del misticismo de los Apóstoles. Los hechos son hechos, y no se puede negar que las llamadas «estupideces» de los Apóstoles contienen ciertos hechos tras ellas. Hemos descubierto esto con hondo pesar, puedo asegurárselo. Pero nos hemos burlado de su mitologización y hemos hecho todo lo que hemos podido por separar sus genuinas advertencias del inminente desastre de su absolutamente ridículo e insostenible programa de transformar y «reformar» la sociedad. Le aseguro que los Apóstoles nos odian ahora más que usted.

—Yo no les odio. Simplemente le estoy diciendo que el público está de un humor de mil diablos. Están furiosos.

—Sí, pero, ¿qué hay acerca de mañana?

—¡No habrá mañana!

—Pero, ¿y si lo hay? Digamos que lo hay…, sólo a nivel de discusión. Esa furia puede tomar la forma de algo serio. Después de todo, ¿sabe?, el mundo financiero ha caído en picado durante estos últimos meses. El mercado de valores ha tocado fondo en tres ocasiones distintas, ¿o no se ha dado usted cuenta? Los inversores sensatos no creen en realidad que el mundo vaya a terminar, pero piensan que otros inversores sí pueden empezar a creerlo, de modo que los *listos* venden antes de que se inicie el pánico…, provocando así el pánico ellos mismos. Y luego vuelven a comprar, y venden de nuevo tan pronto como el mercado se recupera, e inician otra vez todo el ciclo hacia abajo. ¿Y qué cree usted que ha ocurrido con los negocios? El Hombre Medio no les cree tampoco, pero no tiene ningún sentido comprar nuevos muebles para el porche en estos momentos, ¿no? Mejor guardar el dinero, sólo por si acaso, o invertirlo en alimentos en conserva y municiones, y dejar el mobiliario para más adelante.

»¿Ve adónde quiero llegar, doctor Athor? Tan pronto como esto termine, los intereses comerciales se lanzarán tras su piel. Todos dirán que si los chiflados, le pido disculpas, si los chiflados disfrazados de científicos serios pueden trastocar toda la economía de un país en

cualquier momento que deseen efectuando simplemente predicciones alarmistas, entonces es asunto del país impedir que tales cosas se produzcan. Volarán las chispas, doctor.

Athor miró indiferente al columnista. Los cinco minutos ya casi habían pasado.

—¿Y qué es lo que propone hacer usted para ayudar en esta situación?

—Bueno —dijo Theremon con una sonrisa—, lo que tengo en mente es esto: Empezando mañana, me pondré a su servicio como representante de relaciones públicas extraoficial. Con lo cual quiero decir que puedo intentar apaciguar las iras a las que va a tener que enfrentarse, de la misma forma que he intentado apaciguar la tensión que la nación ha estado experimentando…, a través del humor, a través del ridículo si es necesario. Lo sé, lo sé…, será difícil de soportar, lo admito, porque voy a tener que presentarles a todos como un puñado de farfullantes idiotas. Pero, si puedo conseguir que la gente se ría de ustedes, es posible que simplemente olviden ponerse furiosos. A cambio de eso, todo lo que pido es la exclusiva de cubrir la escena desde el observatorio esta tarde.

Athor guardó silencio. Beenay intervino:

—Señor, vale la pena tomarlo en consideración. Sé que hemos examinado todas las posibilidades, pero siempre hay una probabilidad de un millón a uno, *mil millones* a uno, de que exista un error en alguna parte en nuestra teoría o en nuestros cálculos. Y, si es así…

Los demás en la habitación estaban murmurando entre sí, y a Athor le sonó como murmullos de asentimiento. Por los dioses, ¿se estaba volviendo contra él todo el departamento? La expresión de Athor se convirtió en la de alguien que de pronto hallaba su boca llena de algo amargo y no sabía cómo librarse de ello.

—¿Permitir que se quede con nosotros a fin de que pueda ridiculizamos mejor mañana? ¿Cree usted que estoy realmente senil, joven?

—Pero ya le he explicado que el hecho de que yo esté aquí no va a significar ninguna diferencia —insistió Theremon—. Si *hay* un eclipse, si llega la Oscuridad, no esperen otra cosa que el tratamiento más reverente de mi parte, y toda la ayuda que pueda proporcionar en cualquier crisis que se presente. Y si después de todo no ocurre nada fuera de lo habitual, estoy dispuesto a ofrecerles mis servicios con la esperanza de protegerles, doctor Athor, contra la ira de los furiosos ciudadanos que…

—Por favor —dijo una nueva voz—. Deje que se quede, doctor Athor.

Athor miró a su alrededor. Siferra había entrado en la habitación sin que nadie se diera cuenta.

—Lamento llegar tarde. Hemos tenido un pequeño problema de último minuto en la oficina de Arqueología que ha alterado un poco las cosas y… —Él y Theremon intercambiaron sendas miradas. Siguió hablando a Athor—: Por favor, no se ofenda. Sé lo cruelmente que se ha burlado de nosotros. Pero le pedí que viniera aquí esta tarde para que pudiera comprobar de primera mano que realmente teníamos razón. Él…, es mi invitado, doctor.

Athor cerró los ojos un momento. ¡El invitado de Siferra! Eso ya era demasiado. ¿Por qué no invitar a Folimun también? ¿Por qué no a Mondior?

Pero había perdido el deseo de seguir discutiendo. El tiempo era cada vez más corto. Y, evidentemente a ninguno de los otros le importaba tener a Theremon allí durante el eclipse.

¿Por qué debería importarle a él?

¿Por qué debería importar nada, en estos momentos?

—De acuerdo —dijo resignadamente—. Quédese, si eso es lo que quiere. Pero le agradeceré que se contenga de interferir de ninguna manera con nuestro trabajo. ¿Ha entendido? Se mantendrá fuera de nuestro camino tanto como le sea posible. Y recuerde también que yo estoy a cargo de todas las actividades aquí, y que, pese a las opiniones que sobre mí ha expresado en su columna, sigo esperando toda la cooperación y todo el respeto…

21

Siferra cruzó la habitación hasta situarse al lado de Theremon y dijo en voz baja:

—No esperaba seriamente que viniera usted aquí esta tarde.

—¿Por qué no? La invitación era seria, ¿no?

—Por supuesto. Pero fue usted tan salvaje en sus burlas en todas esas columnas que escribió sobre nosotros…, tan cruel…

—*Irresponsable* es la palabra que utilizó usted —dijo Theremon. Ella enrojeció.

—Eso también. No imaginé que fuera usted capaz de mirar a Athor a los ojos después de todas esas horribles cosas que…

—Haré más que mirarle a los ojos, si resulta que sus macabras predicciones son exactas. Me pondré de rodillas ante él y le pediré humildemente perdón.

—¿Y si resulta que sus predicciones no son exactas?

—Entonces me necesitará —dijo Theremon—. Todos ustedes me necesitarán. Éste es el lugar donde debo estar esta tarde.

Siferra lanzó al periodista una mirada de sorpresa. Él siempre decía lo inesperado. Todavía no había conseguido comprenderle. Le desagradaba, por supuesto…, no hacía falta decir eso. Todo lo referente a él, su profesión, su forma de hablar, las ropas llamativas que usaba normalmente, le chocaban como cosas ostentosas y vulgares. Toda su personalidad era un símbolo, para ella, del crudo, tosco, deprimente, vulgar, repelente mundo más allá de los muros de la universidad que siempre había detestado.

Y sin embargo, y sin embargo, y sin embargo…

Había aspectos en este Theremon que habían conseguido ganar pese a todo su reacia admiración. Por una parte, era duro: absolutamente inmutable en su persecución de lo que fuera tras lo que iba. Podía apreciar eso. Era directo, incluso brusco: qué contraste con los tipos académicos, resbaladizos, manipulativos y perseguidores del poder, que pululaban a su alrededor en el campus. También era inteligente, no había ninguna duda al respecto, aunque había elegido dedicar su particular tipo de vigorosa e inquisitiva inteligencia a un campo trivial y carente de significado como era el periodismo. Y respetaba su robusto vigor físico: era alto y de aspecto recio y con una evidente buena salud. Siferra nunca había sentido demasiada estima hacia los débiles. Había tenido mucho cuidado de no ser ella uno.

En verdad, se dio cuenta —por improbable que fuera, por incómoda que la hiciera sentirse—, en cierto modo la atraía. ¿Una atracción de polos opuestos?, pensó. Sí, sí, ésa era una forma bastante exacta de decirlo. Pero no enteramente. Debajo de las diferencias

superficiales, sabía Siferra, tenía más cosas en común con Theremon de las que estaba dispuesta a admitir.

Miró intranquila hacia la ventana.

—Se está haciendo oscuro ahí fuera —dijo—. Más oscuro de lo que nunca había visto antes.

—¿Asustada? — preguntó Theremon.

—¿De la Oscuridad? No, realmente no. Pero estoy asustada de lo que va a ocurrir después de ella. Usted también debería de estarlo.

—Lo que va a ocurrir después —dijo él— es la salida de Onos, y supongo que Trey y Patru brillarán también, y todo volverá a ser como era antes.

—Suena usted muy seguro de ello.

Theremon se echó a reír.

—Onos ha salido cada mañana de mi vida. ¿Por qué no debería estar seguro de que lo hará mañana?

Siferra agitó la cabeza. El hombre empezaba a irritarla de nuevo con su testarudez. Resultaba difícil de creer que hacía unos momentos se había estado diciendo a sí misma que lo hallaba atractivo.

—Onos *saldrá* mañana —dijo fríamente—. Y contemplará una escena de devastación que una persona de su limitada imaginación es evidentemente incapaz de anticipar.

—¿Todo presa del fuego, quiere decir? ¿Y todo el mundo vagando de un lado para otro, balbuceando y farfullando mientras la ciudad arde?

—Las pruebas arqueológicas indican…

—Fuegos, sí. Holocaustos repetidos. Pero sólo en un pequeño emplazamiento, a miles de kilómetros de aquí y a miles de años de distancia en el pasado. —Los ojos de Theremon llamearon con repentina vitalidad—. ¿Y dónde están sus pruebas arqueológicas de los estallidos de locura masiva? ¿Extrapola usted a partir de todos esos fuegos? ¿Cómo puede estar segura de que ésos no fueron fuegos puramente rituales, encendidos por hombres y mujeres perfectamente cuerdos con la esperanza de que trajeran a los soles de vuelta y desvanecieran la Oscuridad? ¿Fuegos que se les escaparon cada vez de las manos y causaron unos daños mayores de los calculados, cierto, pero que de ninguna forma pueden relacionarse a un deterioro mental por parte de la población?

Ella le miró llanamente.

—Hay pruebas arqueológicas de eso también. Del extenso deterioro mental, quiero decir.

—¿De veras?

—Los textos de las tablillas. Que hemos terminado de descifrar esta misma mañana de acuerdo con los datos filológicos proporcionados por los Apóstoles de la Llama…

Theremon se echó a reír a carcajadas.

—¡Los Apóstoles de la Llama! ¡Maravilloso! ¡Así que usted es un Apóstol también! Qué vergüenza, Siferra. Una mujer con una figura como la suya, y a partir de ahora tendrá que ocultarse dentro de uno de esos horribles hábitos informes…

—¡Oh! —exclamó ella, refrenando un enrojecido estallido de furia y odio—. ¿No sabe hacer usted ninguna otra cosa excepto burlarse? ¿Tan convencido está de su propia rectitud que incluso cuando está mirando directamente la verdad todo lo que puede hacer es dejar escapar alguna lamentable broma de mal gusto? Oh…, usted…, es imposible…

Giró en redondo y se encaminó rápidamente hacia el otro extremo de la habitación.

—Siferra… Siferra, espere…

Ella le ignoró. Su corazón latía con furia. Se daba cuenta ahora de que había sido un terrible error haber invitado a alguien como Theremon a estar allí la tarde del eclipse. Un error, de hecho, haber tenido incluso nada que ver con él. Era culpa de Beenay, pensó. *Todo* era culpa de Beenay.

Al fin y al cabo, era Beenay quien le había presentado a Theremon, aquel día en el club de la facultad, hacía varios meses. Al parecer el periodista y el joven astrónomo se conocían desde hacía tiempo, y Theremon consultaba regularmente a Beenay sobre asuntos científicos que eran noticia.

Lo que era noticia justo entonces era la predicción de Mondior 71 de que el mundo terminaría el 19 de theptar…, que por aquel entonces estaba aproximadamente a un año en el futuro. Por supuesto, nadie en la universidad tenía a Mondior y a sus Apóstoles en ningún tipo de consideración, pero fue aproximadamente en el mismo momento cuando vino Beenay con sus observaciones de las aparentes irregularidades en la órbita de Kalgash, y Siferra informó de sus hallazgos de incendios a intervalos de 2.000 años en la Colina de Thombo. Ambos descubrimientos, por supuesto, tenían la desalentadora cualidad de reforzar la plausibilidad de las creencias de los Apóstoles.

Theremon había parecido saberlo todo acerca del trabajo de Siferra en Thombo. Cuando el periodista entró en el club de la facultad — Siferra y Beenay estaban ya allí, aunque no a causa de ninguna cita preestablecida—, Beenay simplemente tuvo que decir:

—Theremon, ésta es mi amiga la doctora Siferra, del Departamento de Arqueología.

Y Theremon respondió al instante:

—Oh, sí. Los poblados quemados uno encima del otro en esa antigua colina.

Siferra sonrió fríamente.

—¿Ha oído hablar de eso?

—Beenay me ha contado algo, sí. Por supuesto, me dijo que no podía publicar nada al respecto. ¡Fascinante! ¡Absolutamente fascinante! ¿Cuál es la edad del inferior, diría usted? ¿Cincuenta mil años?

—Más bien doce o catorce —rectificó Siferra—. Lo cual es inmensamente viejo, cuando uno considera que Beklimot…, ¿conoce Beklimot, ¿verdad?…, que Beklimot tiene tan sólo veinte siglos de antigüedad, y hasta ahora se ha pensado que era el asentamiento más antiguo en Kalgash. Tiene intención de escribir algo acerca de mis hallazgos, ¿verdad?

—En realidad, no era ésa mi intención. Le repito, le di a Beenay mi palabra. Además, parecía un poco abstracto para los lectores del *Crónica,* un poco remoto para sus preocupaciones cotidianas. Pero ahora creo que hay una auténtica historia ahí. Si estuviera dispuesta usted a fijar una cita conmigo y proporcionarme los detalles…

—Prefiero que no — dijo Siferra con rapidez.

—¿El qué? ¿Fijar una cita? ¿O proporcionarme los detalles?

Su rápida y descarada respuesta le dio a toda la conversación una nueva luz para ella. Vio, con ligera irritación y leve sorpresa, que el periodista se mostraba de hecho atraído por ella. Entonces se dio cuenta, pensando en los últimos minutos, que Theremon debía de haberse estado preguntando todo el tiempo si había algo romántico entre ella y Beenay, puesto que los había encontrado a los dos sentados juntos en el club. Y al fin había decidido que no había nada, y de este modo se había decidido a ofrecer ese primer avance, ligeramente como un flirteo.

Bueno, ése era su problema, pensó Siferra.

Ella dijo, en un tono deliberadamente neutral:

—Todavía no he publicado mi trabajo en Thombo en las revistas científicas. Sería mejor que no apareciera nada en la Prensa general hasta que haya salido en la especializada.

—Entiendo. Pero, si le prometo que retendré el material hasta que usted lo haya hecho público, ¿estará dispuesta a proporcionarme su material con la anticipación suficiente?

—Bueno, yo…

Miró a Beenay. ¿Qué valía la promesa de un periodista después de todo?

Beenay dijo:

—Puedes confiar en Theremon. Ya te lo he dicho: es tan honorable como el que más, en lo que a su trabajo se refiere.

—Lo cual no es decir mucho —señaló Theremon, y se echó a reír —. Pero soy lo bastante consciente como para no quebrantar mi

palabra en un asunto de prioridad científica de publicación. Si yo lanzara las campanas al vuelo sobre su historia, Beenay se ocuparía inmediatamente de que mi nombre se convirtiera en lodo en toda la universidad. Y dependo de mis contactos en la universidad para algunas de mis más interesantes columnas. Así que, ¿puedo contar con una entrevista con usted? ¿Digamos, pasado mañana?

Así fue como empezó.

Theremon fue muy persuasivo. Finalmente ella aceptó comer con él, y lentamente, arteramente, él le fue sacando todos los detalles de la excavación de Thombo. Después lo lamentó: esperó ver una estúpida y sensacional columna en el *Crónica* al día siguiente…, pero Theremon mantuvo su palabra y no publicó nada acerca de ella. Sin embargo, le pidió ver su laboratorio. De nuevo cedió ella, y él inspeccionó los mapas, las fotografías, las muestras de cenizas. Hizo algunas preguntas inteligentes.

—Ahora va a escribir sobre todo, ¿verdad? —preguntó nerviosamente ella—. Ahora que ya lo ha visto todo.

—Le prometí que no lo haría. Y hablaba en serio. Aunque, en el momento en que usted me diga que ha arreglado las cosas para publicar sus hallazgos en uno de los periódicos científicos, me consideraré libre de contarlo todo apenas aparezcan. ¿Qué diría usted de cenar juntos en el Club de los Seis Soles mañana por la tarde?

—Bueno, yo…

—¿O pasado mañana?

Siferra raras veces iba a lugares como los Seis Soles. Odiaba proporcionar a alguien la falsa impresión de que estaba interesada en los enredos sociales.

Pero no resultaba fácil decirle no a Theremon. Gentilmente, alegremente, hábilmente, él maniobró hasta situarla en una posición en la que no pudo eludir una cita…, para dentro de diez días. Bueno, ¿y qué?, se dijo. Era un hombre atractivo. Podía aprovechar un cambio de ritmo del intenso agobio de su trabajo. Se reunió con él en los Seis Soles, donde todo el mundo parecía conocerle. Tomaron unas copas, cenaron, un espléndido vino de la provincia Thamiana. Él llevó la conversación hacia este lado y aquel otro, muy hábilmente: un poco acerca de la vida de ella, su fascinación por la arqueología, sus excavaciones en Beklimot. Descubrió que ella no se había casado nunca y nunca se había interesado en hacerlo. Hablaron de los Apóstoles, de sus locas profecías, de la sorprendente relación de sus hallazgos en Thombo con las afirmaciones de Mondior. Todo lo que él dijo estuvo lleno de tacto, percepción, interés. Se mostró muy encantador…, y también muy manipulador, pensó.

Al final de la velada le preguntó —gentilmente, alegremente, hábilmente— si podía acompañarla a casa. Pero ella trazó el límite

allí.

Él no pareció turbado. Simplemente le pidió volver a verla.

Salieron dos o tres veces más después de eso, a lo largo de un período de quizá dos meses. El esquema fue el mismo cada vez: cena en algún lugar elegante, una conversación bien llevada, al final una delicadamente construida invitación para que ella pasara con él el período de sueño. Siferra le cortó cada vez con la misma habilidad y delicadeza. Se estaba convirtiendo en un juego agradable, en una alegre y despreocupada persecución. Se preguntó cuánto tiempo duraría. Ella no sentía ningún interés en particular en irse a la cama con él, pero lo extraño era que ya no sentía tampoco ningún interés en particular en *no* irse a la cama con él. Había pasado mucho tiempo desde que se había sentido de aquel modo con relación a un hombre.

Entonces vino la primera de la serie de columnas en el periódico en las cuales él denunció las teorías del observatorio, cuestionó la cordura de Athor, comparó la predicción de los científicos del eclipse con los locos desvaríos de los Apóstoles de la Llama.

Siferra no lo creyó, al principio. ¿Era aquello una especie de broma? ¿El amigo de Beenay —*su* amigo ahora, por cierto—, atacándoles de aquella forma tan inmoral?

Transcurrieron un par de meses. Los ataques continuaron. Ella no supo nada de Theremon.

Finalmente, no pudo seguir en silencio más tiempo. Le llamó a la oficina del periódico.

—¡Siferra! ¡Qué delicia! Lo crea o no, iba a llamarla esta misma tarde, para pedirle si estaba interesada en ir a…

—No lo estoy —dijo ella—. Theremon, ¿qué está *haciendo?*

—¿Haciendo?

—Esas columnas acerca de Athor y el observatorio.

Hubo un silencio durante un largo momento al otro lado de la línea.

Luego él dijo:

—Ah. Está usted trastornada.

—¿Trastornada? ¡Estoy lívida!

—Cree que he sido un poco duro. Mire, Siferra, cuando uno escribe para un público amplio de gente ordinaria, parte de ella *muy* ordinaria, hay que poner las cosas en términos de blanco y negro o correr el riesgo de no ser entendido. No puedo decir simplemente que creo que Athor y Beenay están equivocados. Tengo que decir que están *locos.* ¿Me sigue?

—¿Desde cuándo cree usted que están equivocados? ¿Sabe Beenay eso?

—Bueno…

—Lleva usted cubriendo la historia desde hace meses. Ahora ha

dado de pronto un giro de ciento ochenta grados. Escuchándole, uno pensaría que todo el mundo en el campus es un discípulo de Mondior y que además todos estamos chiflados. Si necesitaba encontrar usted a alguien que fuera el blanco de sus chistes baratos, ¿no podía haber buscado en alguna otra parte que no fuese la universidad?

—No son chistes, Siferra —dijo Theremon en voz baja.

—Entonces, ¿cree realmente en lo que está escribiendo?

—Sí. Honestamente, sí. No va a haber ningún cataclismo, eso es lo que pienso. Y aquí está Athor tirando del timbre de alarma contra incendios en un teatro atestado. Con mis chistes baratos, con mis aguijoneos aquí y allá a base de un poco de humor benévolo, intento decirle a la gente que no tienen que tomarlo necesariamente en serio…, que no deben dejarse llevar por el pánico, que no deben alarmarse…

—¿Qué? —exclamó ella—. ¡Pero *va* a haber fuego, Theremon! Y está jugando usted a un juego peligroso con el bienestar de todo el mundo con sus burlas. Escúcheme: he visto las cenizas de los incendios anteriores, incendios de miles de años de antigüedad. Sé lo que va a ocurrir. Llegarán las Llamas. No tengo la menor duda al respecto. Usted ha visto también las pruebas. Y para usted tomar la posición que está tomando ahora es la cosa más destructiva imaginable que puede hacer, Theremon. Es algo cruel y estúpido y odioso. Y absolutamente irresponsable.

—Siferra…

—Creí que era usted un hombre inteligente. Ahora veo que es exactamente como todos los demás de ahí fuera.

—Sifer…

Cortó la comunicación.

Y la mantuvo cortada, negándose a devolver ninguna de sus llamadas, hasta sólo unas pocas semanas antes del día fatídico.

A principios del mes de theptar, Theremon llamó una vez más, y Siferra se encontró al otro lado de la línea antes de saber quién era.

—No cuelgue —dijo él rápidamente—. Concédame sólo un minuto.

—Prefiero que no.

—Escuche, Siferra. Puede odiarme todo lo que quiera, pero quiero que sepa esto: no soy cruel ni estoy loco.

—¿Quién ha dicho que lo fuera?

—Usted lo dijo, hace meses, la última vez que hablamos. Pero no es así. Todo lo que he escrito en mi columna acerca del eclipse ha figurado allí porque yo creo en ello.

—Entonces *está* usted loco. O es estúpido, al menos. Lo cual puede ser ligeramente distinto, pero en absoluto mejor.

—He examinado las pruebas. Creo que su gente ha estado

saltando precipitadamente a conclusiones.

—Bueno, todos sabremos quién tiene razón el próximo diecinueve, ¿no? —dijo ella con frialdad.

—Desearía *poder* creerla, porque usted y Beenay y el resto de ustedes son unas personas tan espléndidas, tan obviamente dedicadas y brillantes y todo lo demás. Pero no puedo. Soy escéptico por naturaleza. Lo he sido toda mi vida. No puedo aceptar ningún tipo de dogma que otra gente intente venderme. Es un fallo serio de mi carácter, supongo…, me hace parecer frívolo. Quizá *sea* frívolo. Pero al menos soy honesto. Simplemente no creo que haya un eclipse, o locura, o incendios.

—Esto no es un dogma, Theremon. Es una hipótesis.

—Eso es jugar con las palabras. Lamento si lo que he escrito la ha ofendido, pero no puedo evitarlo, Siferra.

Ella guardó silencio unos instantes. Algo en su voz la había emocionado de una forma extraña. Finalmente dijo:

—Dogma, hipótesis, lo que sea, va a ser probado dentro de pocas semanas. Estaré en el observatorio la tarde del diecinueve. Puede venir allí también, y veremos quién de los dos tiene razón.

—Pero, ¿no se lo ha dicho Beenay? ¡Athor me ha declarado *persona non grata* en el observatorio!

—¿Eso le ha detenido alguna vez?

—Se niega incluso a hablar conmigo. ¿Sabe?, tengo una proposición que hacerle, algo que podría serle de gran ayuda después del diecinueve, cuando todo este tremendo montaje falle en un aullante anticlímax y el mundo empiece a gritar pidiendo su piel, pero Beenay dice que no hay ninguna posibilidad en absoluto de que hable conmigo, y menos aún de que me deje estar allí esa tarde.

—Venga como invitado mío. Mi *cita* —dijo ella ácidamente—. Athor estará demasiado ocupado como para que le importe. Quiero que esté usted en la misma habitación que yo cuando el cielo se vuelva negro y empiecen los fuegos. Quiero ver la expresión de su rostro. Quiero ver si tiene usted tanta experiencia en disculparse como la tiene en la seducción, Theremon.

22

Eso había sido hacía tres semanas. Ahora, huyendo furiosa de Theremon, Siferra se apresuró hacia el otro extremo de la habitación y vio a Athor, de pie solo, examinando un conjunto de copias de impresora de ordenador. Estaba girando tristemente las páginas una y otra vez, como si esperara hallar enterrada en algún lugar en medio de las densas columnas una forma de suspender la ejecución del mundo. Entonces alzó la vista y la vio.

El color volvió al rostro de Siferra.

—Doctor Athor, creo que debo pedirle perdón por invitar a ese hombre a que estuviera aquí esta tarde, después de todo lo que ha dicho acerca de nosotros, acerca de usted, acerca de… —Sacudió la cabeza—. Pensé genuinamente que sería instructivo para él hallarse entre nosotros, cuando…, cuando…, bueno, estaba equivocada. Es aún más superficial y estúpido de lo que había imaginado. Nunca hubiera debido decirle que viniera.

Athor dijo débilmente:

—Eso apenas tiene importancia ahora, ¿no? Mientras se mantenga fuera de mi camino, no me importa el que esté aquí o no. Unas cuantas horas más, y luego nada significará ninguna diferencia. —Señaló a través de la ventana, hacia el cielo—. ¡Tan oscuro! ¡Tan tan oscuro! Y, sin embargo, no tan oscuro como será dentro de poco. Me pregunto dónde están Faro y Yimot. No los ha visto usted, ¿verdad? ¿No? Cuando entró, doctora Siferra, dijo que se había producido un problema de último minuto en su oficina. Espero que no fuese nada serio.

—Las tablillas de Thombo han desaparecido —dijo ella.

—*¿Desaparecido?*

—Estaban en la caja fuerte de los artefactos, por supuesto. Justo antes de salir para venir aquí, el doctor Mudrin vino a verme. Iba camino del Refugio, pero deseaba comprobar una última cosa en su traducción, una nueva noción que se le había ocurrido. Así que abrimos la caja fuerte y…, nada. Desaparecidas, las seis. Tenemos copias, naturalmente. Pero de todos modos…, los originales, los auténticos objetos antiguos…

—¿Cómo puede haber ocurrido esto? — preguntó Athor.

Siferra dijo amargamente:

—¿No resulta obvio? Los Apóstoles las han robado. Probablemente para usarlas como alguna especie de talismanes sagrados, después de…, de que la Oscuridad haya caído sobre nosotros y hecho su trabajo.

—¿Hay algún indicio?

—No soy detective, doctor Athor. No hay prueba alguna que signifique nada para mí. Pero han tenido que ser los Apóstoles. Las han deseado desde que supieron que las teníamos. ¡Oh, desearía no haberles dicho nunca ni una palabra sobre ellas! ¡Desearía no haber mencionado esas tablillas a nadie!

Athor la tomó por las manos.

—No debe mostrarse tan trastornada, muchacha.

¡Muchacha! Le miró con ojos llameantes, asombrada. ¡Nadie la había llamado así en veinticinco años! Pero se tragó su furia. Después de todo, él era viejo. Y sólo intentaba ser amable.

—Dejemos que se las queden, Siferra —dijo Athor—. Ahora no significan ninguna diferencia. Gracias a ese hombre de aquí, *nada* significa ninguna diferencia, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Sigo odiando el pensamiento de que algún ladrón con hábitos de Apóstol ha estado husmeando por mi oficina…, forzando mi caja fuerte, cogiendo cosas que yo había puesto al descubierto con mis propias manos. Es casi como una violación de mi cuerpo. ¿Puede comprenderlo, doctor Athor? Haber sido despojada de esas tablillas…, es casi como una violación sexual.

—Sé lo trastornada que se siente —dijo Athor, en un tono que indicaba que en realidad no comprendía nada en absoluto—. Mire…, mire ahí. ¡Qué brillante está Dovim esta tarde! Y, dentro de poco, qué oscuro se volverá todo.

Siferra consiguió esbozar una vaga sonrisa y se alejó de él. La gente iba de un lado para otro a todo su alrededor, comprobando esto, discutiendo aquello, corriendo a la ventana, señalando, murmurando. De tanto en tanto alguien entraba precipitadamente con algún nuevo dato de la cúpula del telescopio.

Se sentía como una completa extraña entre aquellos astrónomos. Y absolutamente débil, absolutamente desamparada. Algo del fatalismo de Athor debe de haberse infiltrado en mí, pensó.

El hombre parecía tan deprimido, tan perdido. No era en absoluto propio de él ser de ese modo.

Deseaba recordarle que no era el mundo lo que terminaría aquella tarde, que era sólo el actual ciclo de civilización. Volverían a reconstruir. Aquellos que se hubieran ocultado seguirían adelante y lo empezarían todo de nuevo, como había ocurrido una docena de veces antes —o veinte, o un centenar— desde el inicio de la civilización en Kalgash.

Pero el que ella le dijera eso a Athor probablemente no le produciría más bien que el que él le dijera que no se preocupara por la pérdida de las tablillas. Él había esperado que todo el mundo se preparara contra la catástrofe. Y en vez de ello sólo una pequeña

fracción había prestado algo de atención a la advertencia. Sólo aquellos pocos que habían ido al Refugio de la universidad, o a cualquier otro refugio que pudiera haberse habilitado en otras partes…

Beenay se acercó a ella.

—¿Qué es eso que he oído de Athor? ¿Las tablillas han desaparecido?

—Desaparecido, sí. Robadas. Sabía que nunca hubiera debido permitirme tener ningún tipo de contacto con los Apóstoles.

—¿Crees que *ellos* las robaron?

—Estoy segura —dijo ella amargamente—. Apenas la existencia de las tablillas de Thombo se convirtió en algo del dominio público me hicieron saber que tenían información que podía serme de utilidad. Lo que deseaban era un acuerdo similar al que había efectuado Athor con ese sumo sacerdote o lo que fuera: Folimun 66. «Hemos conservado nuestro conocimiento del antiguo lenguaje —me dijo Folimun—. El lenguaje hablado en el Año de Gracia anterior.» Y al parecer era cierto…, textos de algún tipo, diccionarios, alfabetos de la antigua escritura, quizá muchas más cosas.

—¿Que Athor consiguió obtener de ellos?

—Parte al menos. Lo suficiente, de todos modos, como para determinar que los Apóstoles poseían genuinos registros astronómicos del anterior eclipse…, lo suficiente, dijo Athor, como para probar que el mundo había pasado por un cataclismo así al menos una vez antes.

Athor, siguió contándole a Beenay, que le había proporcionado copias de los pocos fragmentos de textos astronómicos que había recibido de Folimun, y ella se los había mostrado a Mudrin. El cual, por supuesto, los había hallado valiosísimos para su traducción de las tablillas. Pero Siferra se había negado a compartir sus tablillas con los Apóstoles, al menos no en sus condiciones. Los Apóstoles afirmaban hallarse en posesión de una clave para la escritura de las tablillas más primitivas, y quizá fuera cierto. Folimun había insistido, sin embargo, en que ella le proporcionara las auténticas tablillas para ser copiadas y traducidas, en vez de entregarle él a ella el material descodificador que tenía. No aceptaría copias del texto de las tablillas. Tenían que ser los artefactos originales, o no había trato.

—Pero tú trazaste aquí tu límite —dijo Beenay.

—De una forma absoluta. Las tablillas no debían abandonar la universidad. Denos a nosotros la clave textual, le dije a Folimun, y nosotros le proporcionaremos copias de los textos de las tablillas. Luego cada uno intentará una traducción.

Pero Folimun se había negado. Las copias de los textos no le eran de ninguna utilidad, puesto que podían ser rechazadas con mucha facilidad como falsificaciones. En cuanto a entregarle a ella sus

propios documentos, no, absolutamente no. Lo que ellos poseían, dijo, era material sagrado, que sólo estaba disponible para los Apóstoles. Si se le entregaban a *él* las tablillas, les proporcionaría traducciones de todas ellas. Pero ningún extraño iba a echar una mirada a los textos que ya se hallaban en su posesión.

—En realidad me sentí tentada a unirme a los Apóstoles por un momento —dijo Siferra—, sólo para tener acceso a la clave.

—¿Tú? ¿Una Apóstol?

—Sólo para conseguir su material textual. Pero la idea me repelía. Rechacé a Folimun. —Y Mudrin tuvo que seguir tanteando con sus traducciones sin la ayuda de cuál fuese el material que tenían los Apóstoles. Resultaba claro que las tablillas parecían hablar realmente de alguna terrible condenación que los dioses habían arrojado sobre el mundo…, pero las traducciones de Mudrin era tentativas, vacilantes, escasas.

Bueno, ahora los Apóstoles tenían las tablillas de todos modos, eso era lo más probable. Y resultaba difícil de aceptar. En el caos que se avecinaba, no dejarían de agitar esas tablillas a su alrededor — las tablillas *de ella,* como una prueba más de su sabiduría y santidad.

—Lamento que tus tablillas han desaparecido, Siferra —dijo Beenay—. Pero quizá todavía haya una posibilidad de que los Apóstoles no las hayan robado. Que aparezcan en alguna parte.

—No cuento con eso —dijo Siferra. Y sonrió pesarosa, y se volvió para contemplar el cada vez más oscuro cielo.

Lo mejor que podía hacer para consolarse era adoptar el punto de vista de Athor: que el mundo terminaría dentro de poco de todos modos, y nada importaba ya mucho. Pero era un triste consuelo. Luchó interiormente contra ese abogado de la desesperación. Lo importante era seguir pensando en el día de pasado mañana…, en la supervivencia, la reconstrucción, la lucha y la realización. No servía de nada hundirse en el desaliento como Athor, aceptar la caída de la humanidad, encogerse de hombros y abandonar toda esperanza.

Una aguda voz de tenor interrumpió bruscamente sus sombrías meditaciones.

—¡Hola, todo el mundo! ¡Hola, hola, hola!

—¡Sheerin! —exclamó Beenay—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Las regordetas mejillas del recién llegado se expandieron en una sonrisa complacida.

—¿Qué es esta atmósfera propia de depósito de cadáveres aquí dentro? Supongo que nadie habrá perdido el valor todavía.

Athor se sobresaltó, consternado, y dijo irritadamente:

—Sí, ¿qué *hace* usted aquí, Sheerin? Pensé que iba a quedarse en el Refugio.

Sheerin se echó a reír y dejó caer su rechoncha figura en una silla.

—¡Maldito sea el Refugio! El lugar me aburría. Quería estar aquí, donde las cosas están calientes. ¿Acaso no creen que también siento mi cuota de curiosidad? Después de todo, hice el trayecto del Túnel del Misterio. Puedo sobrevivir a otra dosis de Oscuridad. Y quiero ver esas Estrellas de las que los Apóstoles no han dejado de hablar. —Se frotó las manos y añadió, en un tono más sobrio—: Está helando fuera. Los vientos son suficientes como para que te cuelguen carámbanos de la nariz. Dovim no parece proporcionar ningún calor en absoluto, a la distancia a la que se halla esta tarde.

El director de pelo blanco rechinó los dientes en repentina exasperación.

—¿Por qué se ha salido de su camino para hacer una locura como ésta, Sheerin? ¿Qué tipo de bien puede hacer aquí?

—¿Qué tipo de bien puedo hacer en ninguna otra parte? —Sheerin abrió las manos en un gesto de cómica resignación—. Un psicólogo no vale una maldita mierda en el Santuario. No ahora. No hay nada que pueda hacer por ellos. Están todos cómodos y seguros, encerrados bajo tierra, sin nada de lo que preocuparse.

—¿Y si una multitud lo asalta durante la Oscuridad?

Sheerin se echó a reír.

—Dudo mucho que nadie que no sepa dónde está la entrada sea capaz de hallar el Santuario ni a plena luz del día, y no digamos cuando los soles hayan desaparecido. Pero si lo consiguen, bueno, lo que necesitarán entonces serán hombres de acción para defenderles. ¿Yo? Soy cincuenta kilos demasiado pesado para eso. Así que, ¿por qué debería agazaparme ahí abajo con ellos? Prefiero estar aquí.

Siferra sintió que su espíritu se elevaba al oír las palabras de Sheerin. Ella también había decidido pasar la tarde de Oscuridad en el observatorio antes que en el Refugio. Quizá fuese mera jactancia, tal vez estúpido exceso de confianza, pero estaba segura de que podría resistir las horas del eclipse e incluso la llegada de las Estrellas, si había algo de verdad en esa parte del mito y conservar su cordura. Y, así, había decidido no perderse la experiencia.

Ahora parecía que Sheerin, que no era ningún modelo de valentía, había adoptado el mismo enfoque. Lo cual podía significar que había decidido que el impacto de la Oscuridad no sería tan abrumador después de todo, pese a las hoscas predicciones que había estado haciendo durante meses. Había oído sus historias sobre el Túnel del Misterio y los estragos que había provocado, incluso en el propio Sheerin. Sin embargo, ahí estaba. Debía de haber llegado a la conclusión de que la gente, alguna al menos, demostraría ser en definitiva mucho más resistente de lo que había esperado antes.

O tal vez sólo se estaba volviendo temerario. Quizá prefería perder la razón en un rápido estallido aquella tarde, pensó Siferra, que

seguir cuerdo y tener que enfrentarse con los innumerables y quizás insuperables problemas de los difíciles tiempos que se avecinaban…

No. No. Estaba cayendo de nuevo en un morboso pesimismo. Apartó el pensamiento de su cabeza.

—¡Sheerin! —Era Theremon, que cruzaba la habitación para saludar al psicólogo—. ¿Me recuerda? ¿Theremon 762?

—Por supuesto que le recuerdo, Theremon —dijo Sheerin. Le tendió la mano—. Dios, amigo mío, se ha mostrado usted un tanto rudo con nosotros últimamente, ¿no cree? Pero esta tarde lo pasado, pasado está.

—Desearía que *él* hubiera pasado —murmuró Siferra casi para sí misma. Frunció disgustada el ceño y se apartó unos pasos.

Theremon estrechó la mano de Sheerin.

—¿Qué es ese Refugio en el que se supone que tenía que estar usted? He oído hablar algo sobre él aquí esta tarde, pero no tengo una idea exacta de qué es.

—Bueno —dijo Sheerin—, hemos conseguido convencer al menos a unas cuantas personas de la validez de nuestra profecía sobre, hum…, la condenación de la Humanidad, para ser espectaculares al respecto, y esas pocas personas han tomado algunas medidas. Son principalmente familiares directos del personal del observatorio, algunos miembros de las facultades de la Universidad de Saro, y unos pocos de fuera. Mi compañera Liliath 221 está allí en este momento, de hecho, y supongo que yo debería estar también, si no fuera por mi infernal curiosidad. Contándolos todos, hay allí como unas trescientas personas.

—Entiendo. Se supone que permanecerán ocultos allí donde la Oscuridad y las, esto, las Estrellas, no puedan alcanzarles, y resistirán mientras el resto del mundo hace puf.

—Exacto. Los Apóstoles tienen también algún tipo de escondite propio, ¿sabe? No estamos seguros de cuánta gente hay en él…, sólo unos cuantos, si tenemos suerte, pero lo más probable es que tengan a miles de personas apiñadas allí. Que luego saldrán y heredarán el mundo después de la Oscuridad.

—¿Así que se supone que el grupo de la universidad está calculado para contrarrestar eso?

Sheerin asintió.

—Si es posible. No va a resultar fácil. Con casi toda la Humanidad loca, con las grandes ciudades en llamas, con quizás una gran horda de Apóstoles imponiendo su tipo de orden sobre lo que quede del mundo…, no, va a resultarles difícil sobrevivir. Pero al menos tienen comida, agua, refugio, armas…

—Tienen mucho más —dijo Athor—. Tienen todos nuestros registros, excepto los que recojamos hoy. Esos registros serán de

importancia capital para el próximo ciclo, y *eso* es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon dejó escapar un largo y bajo silbido.

—¡Entonces, están ustedes completamente seguros de que todo lo que han predicho va a producirse precisamente tal como dicen!

—¿Qué otra posición podemos tomar? —preguntó roncamente Siferra—. Una vez vimos que el desastre llegaría de forma inevitable…

—Sí —dijo el periodista—. Tuvieron que hacer preparativos. Porque se hallaban en posesión de la Verdad. Del mismo modo que los Apóstoles de la Llama se hallan en posesión de la Verdad. Desearía poder estar la mitad de seguro de algo de lo que lo están ustedes, poseedores de la Verdad, esta tarde.

Ella le miró con ojos llameantes.

—¡Desearía que usted pudiera estar ahí fuera esta tarde, vagando por las calles en llamas! Pero no…, ¡no, usted estará seguro aquí dentro! ¡Es más de lo que se merece!

—Tranquilo —dijo Sheerin a Theremon. Le tomó del brazo y dijo en voz baja—: No tiene ningún sentido provocar a la gente ahora, amigo mío. Vayamos a alguna parte donde no molestemos a la gente y podamos hablar.

—Buena idea —dijo Theremon.

Pero no hizo ningún movimiento de abandonar la habitación. Alrededor de la mesa se había iniciado una partida de juego estocástico, y Theremon se paró unos instantes a observar, evidentemente sin comprender nada mientras se efectuaban los movimientos, con rapidez y en silencio. Pareció asombrado por la habilidad de los jugadores en concentrarse en un juego, cuando todos ellos creían que el fin del mundo estaba a tan sólo unas pocas horas de distancia.

—Venga — dijo Sheerin de nuevo.

—Sí. Sí — aceptó Theremon.

Salieron los dos al pasillo, seguidos un instante más tarde por Beenay. Qué hombre más enfurecedor, pensó Siferra.

Contempló el brillante orbe de Dovim que ardía ferozmente rojo en el cielo. ¿Se había vuelto todo un poco más oscuro en los últimos minutos? No, no, se dijo a sí mismo, eso era imposible. Dovim estaba todavía allí. Todo no era más que pura imaginación. El cielo parecía extraño, ahora que Dovim era el único sol que quedaba en él. Nunca lo había visto así antes, con una tonalidad púrpura tan profunda.

Pero distaba mucho de ser oscuro ahí fuera: penumbroso, sí, pero había todavía la suficiente luz, y todo era aún claramente visible pese al brillo relativamente apagado del único y pequeño sol.

Pensó de nuevo en las tablillas perdidas. Luego las barrió furiosa de su mente.

Los jugadores de ajedrez habían tenido la idea correcta, se dijo. Siéntate y relájate. Si puedes.

23

Sheerin abrió camino hasta la habitación contigua. Había sillones más cómodos allí. Y gruesas cortinas rojas en las ventanas, y una moqueta marrón en el suelo. Con la extraña luz color ladrillo de Dovim que penetraba en la habitación, el efecto general era por todas partes el de sangre seca.

Se había sorprendido al ver a Theremon en el observatorio aquella tarde, después de las horrendas columnas que había escrito, después de todo lo que había hecho por arrojar jarros de agua fría sobre la campaña de Athor para que la nación se preparara. En las últimas semanas Athor se había vuelto casi loco de furia cada vez que era mencionado el nombre de Theremon; y sin embargo, de alguna forma, había cedido y le había permitido que se quedara allí para el eclipse.

Eso era extraño y un tanto preocupante. Podía significar que la recia tela de la personalidad del viejo astrónomo había empezado a rasgarse…, que no sólo su furia, sino también toda la estructura interna de su carácter, estaba cediendo frente a la inminente catástrofe.

De todos modos, Sheerin estaba también algo más que ligeramente sorprendido de hallarse *él mismo* en el observatorio. Había una decisión de último minuto, un puro impulso de un tipo que raras veces experimentaba. Liliath se había mostrado horrorizada. Incluso él se sentía horrorizado. No había olvidado los terrores que sus pocos minutos en el Túnel del Misterio habían suscitado en él.

Pero al final se había dado cuenta de que *tenía* que estar allí, del mismo modo que había tenido que efectuar aquel trayecto en el Túnel. Para todos los demás tal vez no fuera otra cosa que un despreocupado y mediocre académico con exceso de peso; pero para sí mismo todavía había un científico debajo de toda aquella grasa. El estudio de la Oscuridad le había preocupado durante toda su carrera profesional. ¿Cómo pues podría vivir en paz consigo mismo después, sabiendo que durante el más impresionante episodio de Oscuridad en más de dos mil años había decidido ocultarse en la abrigada seguridad de una cámara subterránea?

No, tenía que estar allí. Ser testigo del eclipse. Sentir cómo la Oscuridad tomaba posesión del mundo.

Theremon dijo con inesperada franqueza, cuando entraron en la habitación contigua:

—Empiezo a preguntarme si tuve razón mostrándome tan escéptico, Sheerin.

—Es lo menos que puede preguntarse.

—Bien, lo hago. Al ver a Dovim solo ahí arriba. Con ese extraño color rojo que se extendía sobre todo. ¿Sabe?, daría diez créditos por una dosis decente de luz blanca en este momento. Un buen Tano Especial bien cargado. Y me gustaría ver también a Tano y Sitha en el cielo. O, mejor aún, a Onos.

—Onos estará ahí por la mañana —indicó Beenay, que acababa de entrar en la habitación.

—Sí, pero, ¿estaremos *nosotros?* —preguntó Sheerin. Y sonrió de inmediato para quitar mordiente a sus palabras. Luego, a Beenay—: Nuestro periodístico amigo está ansioso por un pequeño sorbo de alcohol.

—A Athor le dará un ataque. Ha dado órdenes de que todo el mundo permanezca sobrio aquí esta tarde.

—Así, ¿no hay nada a mano excepto agua? —preguntó Sheerin.

—Bueno…

—Oh, vamos, Beenay. Athor no vendrá aquí.

—No, supongo que no.

Beenay se dirigió de puntillas hasta la ventana más próxima, se acuclilló, y de un macetero bajo junto a ella extrajo una botella de un líquido rojo que gorgoteó sugerentemente cuando la agitó.

—*Pensé* que Athor no sabría nada de esta botella —observó mientras regresaba a la mesa—. Bien. Sólo tenemos un vaso, así que como huésped será para ti, Theremon. Sheerin y yo podemos beber de la botella. —Y llenó el pequeño vaso con juicioso cuidado.

Riendo, Theremon dijo:

—Nunca tocabas el alcohol cuando nos conocimos, Beenay.

—Eso era entonces. Esto es ahora. Corren tensos tiempos, Theremon. Estoy aprendiendo. Un buen trago puede ser muy relajante en momentos como éste.

—Eso he oído —dijo Theremon alegremente. Dio un sorbo. Era alguna especie de vino tinto, fuerte y áspero, probablemente vino barato de alguna de las provincias del sur. Exactamente el tipo de cosa que un ex abstemio como Beenay tendería a comprar, al no conocer nada mejor. Pero era preferible a nada.

Beenay dio un buen sorbo de la botella y pasó ésta a Sheerin. El psicólogo la empinó y se la llevó a los labios para dar un lento y largo trago. Luego la depositó con un gruñido satisfecho y un chasquear de los labios y dijo a Beenay:

—Athor parece extraño esta tarde. Quiero decir, aceptando incluso circunstancias especiales. ¿Qué es lo que ocurre?

—Está preocupado por Faro y Yimot, supongo.

—¿Quiénes?

—Un par de jóvenes estudiantes graduados. Tenían que estar aquí hace horas y todavía no se han presentado. Athor se halla

terriblemente falto de manos, por supuesto, ya que toda la gente menos la realmente esencial ha ido al Refugio.

—No crees que hayan desertado, ¿verdad? —preguntó Theremon.

—¿Quién? ¿Faro y Yimot? Por supuesto que no. No son el tipo. Darían todo y más por estar aquí esta tarde tomando mediciones cuando se produzca el eclipse. Pero, ¿y si se ha producido algún tipo de disturbio en Ciudad de Saro y se han visto atrapados por él? —Beenay se encogió de hombros—. Bueno, aparecerán más pronto o más tarde, imagino. Pero, si no están aquí cuando nos acerquemos a la fase crítica, las cosas pueden volverse un poco difíciles en el momento en que empiece a acumularse el trabajo. Eso debe de ser lo que preocupa a Athor.

—No estoy tan seguro —dijo Sheerin—. La falta de dos hombres debe de preocuparle, sí. Pero hay algo más. Su aspecto se ha vuelto de pronto tan *viejo.* Cansado. Incluso derrotado. La última vez que le vi estaba lleno de lucha, lleno de charla acerca de la reconstrucción de la sociedad después del eclipse…, el auténtico Athor, el hombre de hierro. Ahora todo lo que veo es a un triste, cansado y patético viejo que aguarda simplemente la llegada del fin. El hecho de que ni siquiera se molestara en echar a Theremon fuera…

—Lo intentó —dijo Theremon—. Beenay le convenció de lo contrario. Y Siferra.

—A eso me refiero precisamente. Beenay, ¿has conocido nunca a nadie que haya sido capaz de convencer a Athor de algo? Pásame el vino.

—Puede que sea culpa mía —dijo Theremon—. Todo lo que escribí, atacando su plan de erigir por todo el país Refugios donde la gente pudiera ocultarse. Si cree genuinamente que va a producirse una Oscuridad de alcance mundial dentro de unas pocas horas y que toda la Humanidad se volverá violentamente loca…

—Lo cree genuinamente —dijo Beenay—. Todos nosotros lo creemos.

—Entonces el fracaso del gobierno en tomar en serio las predicciones de Athor debe de haber sido una abrumadora, aplastante derrota para él. Y me siento tan responsable como cualquiera. Si resulta que su gente tenía razón, nunca me lo perdonaré.

—No se halague a sí mismo, Theremon —dijo Sheerin—. Aunque usted hubiera escrito cinco columnas al día exigiendo un colosal movimiento de preparación, el gobierno hubiera seguido *sin hacer nada* al respecto. Es probable que incluso hubiera tomado las advertencias de Athor menos en serio de lo que lo hizo, si es que es posible, con un periodista amante de las cruzadas populares como usted del lado de Athor.

—Gracias — dijo Theremon—. Aprecio realmente eso. ¿Queda

algo de vino? —Miró a Beenay—. Y, por supuesto, tengo problemas con Siferra también. Cree que soy demasiado ruin como para dignarse dirigirme la palabra.

—Hubo un tiempo en el que parecía realmente interesada en ti —dijo Beenay—. De hecho, el asunto me preocupó. Quiero decir, si tú y ella estabais…, esto…

—No —dijo Theremon con una sonrisa—. En absoluto. Y nunca llegará esa posibilidad, ahora. Pero fuimos muy buenos amigos durante un tiempo. Una mujer fascinante, realmente fascinante. ¿Qué hay acerca de esa teoría suya de la prehistoria cíclica? ¿Hay algo ahí?

—No si escucha usted a algunos de los demás miembros de su departamento —dijo Sheerin—. Se muestran más bien burlones al respecto. Por supuesto, todos ellos poseen antiguos intereses en el esquema arqueológico establecido, que dice que Beklimot fue el primer centro urbano y que si retrocedes más de un par de miles de años no puedes hallar ninguna civilización en absoluto, tan sólo primitivos y peludos moradores de la jungla.

—Pero, ¿cómo pueden refutar esas catástrofes recurrentes en la Colina de Thombo? —preguntó Theremon.

—Los científicos que creen conocer la auténtica historia pueden argumentar cualquier cosa en contra de lo que amenace sus creencias —dijo Sheerin—. Rasque a un académico atrincherado y descubrirá que debajo es muy similar en muchos aspectos a un Apóstol de la Llama. Simplemente lleva un tipo distinto de hábito. —Tomó la botella, que Theremon había estado sujetando ociosamente, y echó un nuevo trago—. Al diablo con ellos. Incluso un profano como yo puede ver que los descubrimientos de Siferra en Thombo vuelven completamente del revés la imagen que teníamos de la prehistoria. La cuestión no es si hubo o no incendios recurrentes a lo largo de un período de todos esos miles de años. La cuestión es por qué.

—He visto montones de explicaciones últimamente, todas ellas más o menos fantásticas —indicó Theremon—. Alguien de la universidad de Kitro argumentaba que se producen lluvias periódicas de fuego cada pocos miles de años. Y recibimos una carta en el periódico de alguien que afirmaba ser astrónomo independiente y decía haber «demostrado» que Kalgash pasa a través de uno de los soles a cada uno de esos períodos. Creo que se propusieron incluso cosas más disparatadas.

—Sólo hay una idea que tiene algo de sentido —dijo con voz tranquila Beenay—. Recuerda el concepto de la Espada de Thargola. Tienes que hacer caso omiso de las hipótesis que requieren campanas y silbatos extras a fin de tener sentido. No hay ninguna razón por la que deba caer del cielo sobre nosotros una lluvia de fuego de tanto en tanto, y es una evidente estupidez hablar de pasar a través de soles.

Pero la teoría del eclipse se halla perfectamente respaldada por las matemáticas de la órbita de Kalgash de la forma en que es afectada por la Gravitación Universal.

—La teoría del eclipse puede mantenerse en pie, sí. Por supuesto que sí. Lo descubriremos muy pronto, ¿no? —dijo Theremon—. Pero aplica también la Espada de Thargola a lo que acabas de decir. No hay nada en la teoría del eclipse que nos diga que habrá *necesariamente* tremendos incendios inmediatamente después.

—No —dijo Sheerin—. No hay nada de eso en la teoría. Pero el sentido común lo señala. El eclipse traerá consigo la Oscuridad. La Oscuridad traerá la locura. Y la locura traerá las Llamas. Lo cual iniciará otro ciclo de un par de milenios de doloroso debatirse. Todo se verá reducido a la nada mañana. Mañana no habrá una ciudad que se levante en pie sin daños en todo Kalgash.

—Suena usted exactamente igual que los Apóstoles —señaló Theremon, furioso—. Oí casi exactamente lo mismo de boca de Folimun 66 hace unos meses. Y les hablé a los dos de ello, recuerdo, en el Club de los Seis Soles.

Miró por la ventana, más allá de las boscosas laderas del Monte del Observatorio, hasta donde las torres de Ciudad de Saro resplandecían como ensangrentadas en el horizonte. El periodista sintió la tensión de la incertidumbre crecer dentro de él cuando lanzó una rápida mirada a Dovim. Brillaba rojizo en el cenit, enano y maligno.

Testarudamente, prosiguió:

—No puedo aceptar su cadena de razonamiento. ¿Por qué debería volverme loco sólo porque no hay un sol en el cielo? Y, aunque así fuera…, sí, no he olvidado a esos pobres desgraciados en el Túnel del Misterio…, aunque así fuera, y todo el mundo se volviera loco también, ¿por qué habría de causar eso daño a las ciudades? ¿Vamos a derribarlas hasta la última piedra?

—Al principio yo dije lo mismo —indicó Beenay—. Antes de que me detuviera a pensar detenidamente las cosas. Si estuvieras sumido en la Oscuridad, ¿qué es lo que desearías más que cualquier otra cosa…, qué buscarías instintivamente por encima de todo?

—Bueno, luz, supongo.

—¡Exacto! —exclamó Sheerin, un auténtico grito—. ¡Luz, sí! ¡Luz!

—¿Y cómo conseguirías la luz?

Theremon señaló el interruptor en la pared.

—Simplemente la encendería.

—Correcto —exclamó Sheerin, burlón—. Y los dioses, en su infinita bondad, le proporcionarían toda la corriente necesaria para que obtuviera usted toda la luz que necesitara. Porque la compañía suministradora de electricidad seguro que no podría. No con todos los

generadores chirriando hasta detenerse, y la gente que los maneja tanteando de un lado para otro y balbuceando en la oscuridad, y lo mismo con los controladores de las líneas de transmisión. ¿Me sigue?

Theremon asintió, aturdido.

—¿De dónde procederá la luz, cuando los generadores se detengan? —siguió Sheerin—. De las luces de vela, supongo. Todas ellas tienen buenas baterías. Pero puede que no tenga ninguna luz de vela a mano. Estará usted ahí fuera en la calle en medio de la Oscuridad, y su luz de vela estará en su casa, en la mesilla de noche, justo al lado de su cama. Y usted deseará luz. Así que quemará alguna cosa, ¿eh, señor Theremon? ¿Ha visto alguna vez un incendio en el bosque? ¿Ha ido de acampada alguna vez y asado un bistec encima de un fuego de leña? Proporciona luz, y la gente es muy consciente de ello. Cuando sea oscuro desearán luz, y estarán dispuestos a *obtenerla.*

—Así que quemarán troncos —dijo Theremon sin mucha convicción.

—Quemarán cualquier cosa que puedan conseguir. Necesitarán luz, y la obtendrán. Buscarán algo para quemar, y la madera no estará a mano, no en las calles de la ciudad. Así que quemarán lo que sea que hallen más cerca. ¿Un montón de periódicos? ¿Por qué no? El *Crónica* de Ciudad de Saro proporcionará un poco de luz por un tiempo. ¿Qué hay acerca de los quioscos donde se almacenan y se venden esos periódicos? ¡Quemémoslos también! Quememos ropas. Quememos libros. Quememos las ripias de los tejados. Quemémoslo todo. La gente tendrá su luz…, ¡y cada lugar habitado estallará en llamas! Ahí tiene sus fuegos, señor Periodista. Ahí tiene el fin del mundo en el que estaba acostumbrado a vivir.

—*Si* llega el eclipse —dijo Theremon, con un subtono de testarudez en su voz.

—Si, es cierto —dijo Sheerin—. No soy astrónomo. Y tampoco Apóstol. Pero mis apuestas están con el eclipse.

Miró directamente a Theremon. Los ojos de los dos hombres se cruzaron como si todo aquello fuera un asunto personal de poderes de voluntad, y luego Theremon apartó la vista sin decir nada. Su respiración era ronca y agitada. Se llevó las manos a la frente y apretó con fuerza.

Entonces les llegó un repentino alboroto de la habitación contigua.

—Creo que he oído la voz de Yimot —dijo Beenay—. Él y Faro deben de haber llegado al fin. Vayamos a ver qué les ha retenido.

—Si, será lo mejor —murmuró Theremon. Dejó escapar un largo suspiro y pareció estremecerse. La tensión se había roto…, por el momento.

24

La habitación principal era un auténtico tumulto. Todos estaban reunidos en torno a Faro y Yimot, que intentaban detener una lluvia de ansiosas preguntas mientras que se despojaban de sus prendas de calle.

Athor entró como un ariete en medio del grupo y se enfrentó furioso a los recién llegados.

—¿Os dais cuenta de que prácticamente es la hora-E?¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se frotó las manos. Sus redondas y carnosas mejillas estaban enrojecidas por el frío del exterior. Sonreía de una forma extraña. Y parecía curiosamente relajado, casi como si estuviera drogado.

—Nunca le había visto así antes —susurró Beenay a Sheerin—. Siempre ha sido muy obsequioso, la imagen perfecta del humilde aprendiz de astrónomo sometiéndose a la gente importante a su alrededor. Incluso a mí. Pero ahora…

—Chisss. Escuchemos —indicó Sheerin.

Faro dijo:

—Yimot y yo acabamos de realizar un pequeño y loco experimento propio. Hemos intentado ver si podíamos construir algo mediante lo cual pudiéramos simular la aparición de la Oscuridad y las Estrellas a fin de tener una noción por anticipado de cómo sería.

Hubo un confuso murmullo entre los oyentes.

—¿Estrellas? —exclamó Theremon—. ¿Saben lo que son las Estrellas? ¿Cómo lo han descubierto?

Sonriendo de nuevo, Faro dijo:

—Leyendo el Libro de las Revelaciones. Parece estar muy claro que las Estrellas son algo muy brillante, como soles pero más pequeños, que aparecen en el cielo cuando Kalgash entra en la Cueva de la Oscuridad.

—¡Absurdo! —exclamó alguien.

—¡Imposible!

—¡El Libro de las Revelaciones! ¡Ahí es donde han hecho su investigación! ¿Pueden imaginar…?

—Tranquilos —dijo Athor. Había una repentina expresión de interés en sus ojos, un toque de su antiguo vigor—. Adelante, Faro. ¿Qué fue ese «algo» vuestro? ¿Cómo lo hicisteis?

—Bueno —dijo Faro—, la idea se nos ocurrió hace un par de meses, y hemos estado trabajando en ella en nuestro tiempo libre. Yimot conocía una casa baja de un solo piso abajo en la ciudad con un techo en forma de cúpula…, una especie de almacén, creo. Así que la

compramos…

—¿Con qué? —interrumpió Athor perentoriamente—. ¿Dónde obtuvisteis el dinero?

—Nuestros ahorros en el Banco —gruñó el delgado Yimot 70, y agitó sus miembros como cañerías—. Nos costó dos mil créditos. —Luego, como a la defensiva—: Bueno, ¿y qué? Mañana dos mil créditos serán dos mil trozos de papel y nada más.

—Seguro —dijo Faro—. Así que compramos el lugar, y lo forramos por dentro con terciopelo negro desde el techo hasta el suelo a fin de conseguir una Oscuridad tan perfecta como fuera posible. Entonces practicamos diminutos agujeros en el techo y los cubrimos con pequeñas caperuzas metálicas que podían ser retiradas simultáneamente pulsando un botón. Bueno, esa parte no la hicimos nosotros personalmente; contratamos a un carpintero y un electricista y algunos otros operarios…, el dinero no contaba. Lo importante era que podíamos hacer que la luz brillara a través de esos agujeros en el techo, de modo que podíamos conseguir un efecto como de Estrellas.

—Lo que imaginábamos que podía ser el efecto de Estrellas —rectificó Yimot.

No se oyó ni un aliento en la pausa que siguió. Athor dijo rígidamente:

—No tenéis ningún derecho a efectuar experimentos particulares…

Faro pareció avergonzado.

—Lo sé, señor…, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento era un poco peligroso. Si el efecto funcionaba realmente, casi esperábamos volvernos locos… Por lo que decía el doctor Sheerin respecto a todo el asunto, creíamos que eso sería lo más probable. Así que pensamos que debíamos ser nosotros solos quienes corriéramos el riesgo. Por supuesto, si descubríamos que podíamos retener nuestra cordura, se nos ocurrió que tal vez pudiéramos desarrollar inmunidad al auténtico fenómeno, y luego exponer al resto de nosotros a lo que habíamos experimentado. Pero las cosas no funcionaron…

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

Fue Yimot quien respondió:

—Nos encerramos ahí dentro y permitimos que nuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad. Es una sensación extremadamente insidiosa, porque la total Oscuridad te hace sentir como si las paredes y el techo se derrumbaran sobre ti. Pero lo superamos y pulsamos el interruptor. Las caperuzas se apartaron a un lado, y el techo se llenó de pequeños puntos de luz.

—¿Y?

—Y… nada. Ésa fue la parte más ilógica de todo. Por todo lo que comprendimos del Libro de las Revelaciones, estábamos

experimentando el efecto de ver las Estrellas contra un fondo de Oscuridad. Pero no ocurrió nada. Era sólo un techo con agujeros en él, y puntos brillantes de luz atravesándolos, y eso era exactamente lo que parecía. Lo probamos una y otra vez, eso fue lo que nos retrasó…, pero no se produjo ningún efecto.

Hubo un silencio impresionado. Todos los ojos se volvieron hacia Sheerin, que permanecía inmóvil, con la boca abierta.

Theremon fue el primero en hablar.

—Sabe lo que esto le hace a la teoría que ha construido usted, ¿verdad, Sheerin? —Sonreía con alivio.

Pero Sheerin alzó la mano.

—No tan aprisa, Theremon. Sólo déjeme pensar un poco en esto. Las llamadas «Estrellas» que construyeron los muchachos…, el tiempo total de su exposición a la Oscuridad… —Guardó silencio. Todo el mundo le miraba. Y de pronto hizo chasquear los dedos y, cuando alzó la cabeza, no había ni sorpresa ni incertidumbre en su rostro—. Por supuesto…

No terminó su frase. Thilanda, que había permanecido arriba en la cúpula del observatorio exponiendo placas fotográficas del cielo a intervalos de diez segundos a medida que se acercaba el momento del eclipse, entró a la carrera, agitando los brazos en amplios círculos que no tenían nada que envidiar a los de Yimot en sus momentos de mayor excitación.

—¡Doctor Athor! ¡Doctor Athor!

Athor se volvió.

—¿Qué ocurre?

—Acabamos de descubrir…, simplemente entró andando en la cúpula…, no lo creerá usted, doctor Athor…

—Tranquila, chiquilla. ¿Qué ocurrió? ¿Quién entró andando?

Hubo un sonido de forcejeo en el pasillo, y un seco *clang*. Beenay saltó en pie, corrió hacia la puerta y se detuvo en seco.

—¿Qué demonios…? —exclamó.

Davnit e Hikkinan, que deberían estar arriba en la cúpula con Thilanda, estaban ahí fuera. Los dos astrónomos forcejeaban con una tercera figura, un hombre de aspecto ágil y atlético que rozaba la cuarentena, con un extraño pelo rojo rizado, un rostro de rasgos afilados y ojos azul hielo. Lo arrastraron al interior de la habitación y se detuvieron sosteniéndolo con los brazos firmemente sujetos a la espalda.

El desconocido llevaba el oscuro hábito de los Apóstoles de la Llama.

—¡Folimun 66! —exclamó Athor.

Y, casi simultáneamente, de Theremon:

—¡Folimun! En nombre de la Oscuridad, ¿qué está haciendo usted

aquí?

Tranquilamente, en un frío tono autoritario, el Apóstol dijo:

—No es en nombre de la Oscuridad que he venido aquí esta tarde, sino en nombre de la luz.

Athor miró a Thilanda.

—¿Dónde encontrasteis a este hombre?

—Ya se lo he dicho, doctor. Estábamos atareados con las placas, y entonces le oímos. Había entrado directamente y estaba de pie detrás de nosotros. «¿Dónde está Athor? —preguntó—. Tengo que ver a Athor.»

—Llamad a los guardias de seguridad —dijo Athor, mientras su rostro se iba oscureciendo con la furia—. Se supone que el observatorio está sellado esta tarde. Quiero saber cómo consiguió pasar este hombre.

—Evidentemente tienen ustedes uno o dos Apóstoles en su nómina —dijo Theremon con voz placentera—. Naturalmente, se sintieron encantados cuando el Apóstol Folimun apareció y les pidió que le abrieran la puerta.

Athor le lanzó una mirada ampollante. Pero la expresión de su rostro indicaba que el viejo astrónomo se daba cuenta de la probable exactitud de la suposición de Theremon.

Todo el mundo en la habitación había formado un anillo en torno a Folimun ahora. Todos le miraban sorprendidos: Siferra, Theremon, Beenay, Athor, los demás.

Calmadamente, Folimun dijo:

—Soy Folimun 66, ayudante especial de Su Serenidad Mondior 71. He venido esta tarde no como un criminal, como parecen ustedes pensar, sino como un enviado de Su Serenidad. ¿Cree usted que puede persuadir a esos dos fanáticos suyos de que me suelten, Athor?

Athor hizo un gesto irritado.

—Soltadle.

—Gracias —dijo Folimun. Se frotó los brazos y ajustó la caída de su hábito. Luego hizo una agradecida inclinación de cabeza, ¿o fue sólo burlona gratitud?, a Athor. El aire en torno al Apóstol parecía hormiguear con una clase especial de electricidad.

—Bien, ahora —dijo Athor—, ¿qué está haciendo usted aquí? ¿Qué es lo que quiere?

—Nada, supongo, que usted esté dispuesto a darme por su propia voluntad.

—Probablemente tenga razón acerca de eso.

—Cuando usted y yo nos reunimos hace unos meses, Athor —dijo Folimun—, fue, diría yo, una reunión más bien tensa, una reunión de dos hombres que muy bien podrían considerarse como príncipes de reinos hostiles. Para usted, yo era un peligroso fanático. Para mí, usted

era el líder de una pandilla de pecadores sacrílegos. Y, sin embargo, conseguimos llegar a un cierto campo de entendimiento, que fue, recordará usted, que en la tarde del 19 de theptar la Oscuridad caería sobre Kalgash y permanecería ahí durante varias horas.

Athor frunció el ceño.

—Vaya al grano, si es que ha venido a decir algo, Folimun. La Oscuridad *está* a punto de caer, y no tenemos mucho tiempo.

—Para mí, la llegada de la Oscuridad era contemplada como algo que nos era enviado por la voluntad de los dioses. Para usted, no representaba más que el movimiento sin alma de cuerpos astronómicos. Muy bien: admitimos que estábamos en desacuerdo. Yo le proporcioné algunos datos que habían permanecido en posesión de los Apóstoles desde el anterior Año de Gracia, ciertas tablas de los movimientos de los soles en el cielo, y otros datos aún más abstrusos. A cambio, usted prometió demostrar la verdad esencial del credo de nuestra fe y hacer que esa prueba fuera conocida por la gente de Kalgash.

Athor miró su reloj y dijo:

—Y eso fue exactamente lo que hice. ¿Qué es lo que quiere su amo ahora? He cumplido con mi parte del trato.

Folimun sonrió débilmente pero no dijo nada. Hubo un inquieto agitar en la habitación.

—Le pedí unos datos astronómicos, si —dijo Athor, mirando a su alrededor—. Datos que sólo los Apóstoles poseían. Y me fueron entregados. Le estoy agradecido por ello. A cambio acepté, es un modo de hablar, hacer pública mi confirmación matemática del dogma básico de los Apóstoles de que la Oscuridad descendería sobre nosotros el 19 de theptar.

—En realidad para nosotros no había ninguna necesidad de hacer ese trato —fue la orgullosa respuesta—. Nuestro dogma básico, como usted lo llama, no necesita ninguna prueba. Está demostrado por sí mismo en el Libro de las Revelaciones.

—Para el puñado que forman su culto, sí —restalló Athor—. No pretenda confundir mi significado. Ofrecí presentar un respaldo científico a sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del cultista se entrecerraron amargamente.

—Sí, lo hizo…, con la sutileza de un zorro, porque su pretendida explicación respaldaba nuestras creencias, y al mismo tiempo extirpaba toda necesidad de ellas. Convirtió usted la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural, y retiró de ellas todo su auténtico significado. Eso fue blasfemo.

—Si es así, la culpa no es mía. Los hechos existen. ¿Qué podía hacer yo sino afirmarlos?

—Sus «hechos» son un fraude y una ilusión.

El rostro de Athor se encendió furioso.

—¿Cómo lo sabe *usted?*

Y la respuesta le vino con la seguridad de la absoluta fe:

—Lo *sé.*

El director se empurpuró aún más. Beenay avanzo hacia él, pero Athor le hizo un gesto con la mano de que se quedara atrás.

—¿Y qué desea que hagamos, Mondior 71? Supongo que aún piensa que, en nuestro intento de advertir al mundo para que tome medidas contra la amenaza de la locura, estamos interfiriendo de alguna manera con su intento de hacerse cargo del poder después del eclipse. Bueno, no hemos tenido demasiado éxito. Espero que esto le haga feliz.

—El intento en sí ya ha causado bastante daño. Y lo que pretende conseguir aquí esta tarde hará que las cosas sean aún peores.

—¿Qué sabe usted acerca de lo que pretendemos conseguir aquí esta tarde? —preguntó Athor.

Folimun dijo con voz muy suave:

—Sabemos que no ha abandonado usted nunca su esperanza de influenciar a la población. Después de fracasar en su intento de conseguirlo antes de la Oscuridad y las Llamas, ahora pretende hacerlo después, equipado con fotografías de la transición del día a la Oscuridad. Pretende ofrecer a los supervivientes una explicación racional de lo que ocurrió, y guardar en un lugar seguro las supuestas pruebas de sus creencias, a fin de que al final del *próximo* Año de Gracia sus sucesores en el reino de la ciencia puedan dar un paso adelante y guiar a la Humanidad de tal modo que la Oscuridad pueda ser resistida.

—Alguien ha estado hablando más de la cuenta —susurró Beenay.

Folimun siguió:

—Todo esto va contra los intereses de Mondior 71, por supuesto. Y Mondior 71 es el profeta nombrado por los dioses, el que se supone que debe conducir a la Humanidad a través del período que se abre ante nosotros.

—Creo que ya es hora de que vaya al grano —dijo Athor con tono helado.

Folimun asintió.

—Es muy simple. Su imprudente y blasfemo intento de conseguir información por medio de sus malignos instrumentos debe ser detenido. Lo único que lamento es no poder destruir sus artilugios infernales con mis propias manos.

—¿Es eso lo que pretendía? No le hubiera servido de mucho. Todos nuestros datos, excepto las pruebas directas que pensamos reunir hoy, se hallan ya guardados a salvo y mucho más allá de la posibilidad de cualquier daño.

—Tráigalos. Destrúyalos.

—*¿Qué?*

—Destruya todo su trabajo. Destruya sus instrumentos. A cambio de eso, me ocuparé de que usted y su gente sean protegidos contra el caos que con toda seguridad se desatará cuando llegue el Anochecer.

Ahora hubo risas en la habitación.

—Está loco —dijo alguien—. Totalmente chiflado.

—En absoluto —dijo Folimun—. Devoto, sí. Dedicado a una Causa más allá de su comprensión, sí. Pero no loco. Estoy completamente cuerdo, se lo aseguro. Creo que este hombre de aquí —señaló a Theremon— puede atestiguarlo, y no es conocido precisamente por su credulidad. Pero sitúo mi Causa por encima de todas las demás cosas. Esta noche es crucial en la historia del mundo, y, cuando amanezca mañana, la Gracia triunfará. Le ofrezco un ultimátum. Su gente tiene que terminar con su blasfemo intento de proporcionar explicaciones racionales a la llegada de la Oscuridad esta tarde, y aceptar a Su Serenidad Mondior 71 como la auténtica voz de la voluntad de los dioses. Cuando llegue la mañana, saldrán a colaborar con la obra de Mondior entre la Humanidad, y no se oirá nada más de eclipses, ni de órbitas, ni de la Ley de la Gravitación Universal, ni del resto de sus locuras.

—¿Y si nos negamos? —dijo Athor, con aire casi divertido ante la presunción de Folimun.

—Entonces —dijo Folimun fríamente—, un grupo de gente furiosa encabezada por los Apóstoles de la Llama subirá a esta colina y destruirá su observatorio y todo lo que hay dentro de él.

—Ya basta —dijo Athor—. Llamen a seguridad. Que arrojen a este hombre fuera de aquí.

—Tienen exactamente una hora —dijo Folimun, imperturbable—. Luego, el Ejército de la Santidad atacará.

—Está faroleando —dijo Sheerin de pronto.

Athor, como si no le hubiera oído, dijo de nuevo:

—Llamen a seguridad. ¡Le quiero fuera de aquí!

—Maldita sea, Athor, ¿qué le pasa? —exclamó Sheerin—. Si le suelta, irá ahí fuera a aventar las llamas. ¿No ve que todos esos Apóstoles viven para el caos? ¿Y que esté hombre es un maestro en crearlo?

—¿Qué está sugiriendo?

—Enciérrelo —dijo Sheerin—. Métalo en un cuarto y cierre la puerta con llave, y manténgalo allí durante toda la duración de la Oscuridad. Es la peor cosa que podemos hacerle. Encerrado de ese modo, no verá la Oscuridad, no verá las Estrellas. No se necesita mucho conocimiento del credo de los Apóstoles para darse cuenta de que para él verse privado de las Estrellas, cuando aparezcan,

significará la pérdida de su alma inmortal. Enciérrelo, Athor. No sólo es lo más seguro para nosotros, sino que es lo que se merece.

—Y después —jadeó Folimun ferozmente—, cuando todos hayan perdido la razón, no habrá nadie que pueda soltarme. Esto es una sentencia de muerte. Sé tan bien como ustedes lo que significará la llegada de las Estrellas…, lo sé mucho mejor que ustedes. Con sus mentes eliminadas, ninguno de ustedes pensará en liberarme. La asfixia o la inanición, ¿no es eso? Más o menos lo que cabe esperar de un grupo de… *científicos.* —Hizo que la palabra sonara obscena—. Pero no funcionará. He tomado la precaución de hacer saber a mis seguidores que deben atacar el observatorio exactamente dentro de una hora *a menos* que yo aparezca y les ordene que no lo hagan. Así pues, encerrarme no les será de ninguna utilidad. Dentro de una hora traerá la destrucción sobre ustedes, eso es todo. Y luego mi gente me liberará, y juntos, alegremente, extáticamente, contemplaremos la llegada de las Estrellas. —Una vena pulsó en la sien de Folimun—. Luego, mañana, cuando todos ustedes no sean más que locos farfullantes, condenados para siempre por sus actos, nos dedicaremos a la tarea de crear un maravilloso nuevo mundo.

Sheerin miró dubitativamente a Athor. Pero Athor parecía vacilar también.

Beenay, de pie al lado de Theremon, murmuró:

—¿Qué piensas? ¿Crees que es una bravata?

Pero el periodista no respondió. Incluso sus labios se habían vuelto pálidos.

—¡Miren eso! —exclamó. El dedo con el que señalaba la ventana temblaba, y su voz era seca y quebradiza.

Hubo un jadeo simultáneo cuando todos los ojos siguieron el dedo que señalaba y, por un momento, miraron helados. *¡Dovim tenía un apreciable mordisco en uno de sus lados!*

25

La pequeña indentación de invasora oscuridad tenía quizá la anchura de una uña, pero para los observadores parecía crecer como la cuarteadura del destino.

La vista de aquel pequeño arco de oscuridad golpeó con terrible fuerza a Theremon. Retrocedió, se llevó la mano a la frente y se apartó de la ventana. Se sentía sacudido hasta las raíces del alma por aquel pequeño mordisco en un lado de Dovim. Theremon el escéptico, Theremon el burlón…, Theremon el obstinado analista de la locura de los demás…

¡Dios! ¡Cuán equivocado estaba!

Cuando se volvió, sus ojos se cruzaron con los de Siferra. Estaba al otro lado de la habitación, mirándole, Había desdén en sus ojos…, ¿o era lástima? Se obligó a sostener su mirada y agitó tristemente la cabeza, como si quisiera decirle con toda humildad lo que había en él. *Lié las cosas, y lo siento. Lo siento. Lo siento.*

Tuvo la impresión de que ella sonreía. Quizás había comprendido lo que intentaba decirle.

Entonces la habitación se disolvió por un momento en un chillar de confusión cuando todo el mundo empezó a ir precipitadamente de un lado para otro; y, un momento más tarde, la confusión dejó paso a una rápida y ordenada actividad cuando los astrónomos ocuparon sus puestos prefijados, algunos escaleras arriba en la cúpula del observatorio para observar el eclipse a través de los telescopios, algunos a los ordenadores, algunos activando los instrumentos que registrarían los cambios en el disco de Dovim. En este momento crucial no había tiempo para las emociones. Eran simples científicos con un trabajo que hacer. Theremon, solo en medio de todo aquello, miró a su alrededor en busca de Beenay y le halló al fin sentado ante un teclado, trabajando frenéticamente en algún tipo de problema. De Athor no había el menor rastro.

Sheerin apareció al lado de Theremon y dijo con voz prosaica:

—El primer contacto debe de haberse producido hace cinco o diez minutos. Un poco pronto, pero supongo que había muchas incertidumbres implicadas en los cálculos pese a todos los esfuerzos que se pusieron en ellos. —Sonrió—. Debería apartarse de esta ventana, hombre.

—¿Por qué? —dijo Theremon, que había girado en redondo de nuevo para mirar a Dovim.

—Athor está furioso —susurró el psicólogo—. Se perdió el primer contacto por culpa de esa discusión con Folimun. Se halla usted en una posición vulnerable, de pie aquí donde está. Si Athor pasa por

aquí cerca lo más probable es que lo arroje fuera por la ventana.

Theremon asintió secamente y se sentó. Sheerin le miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Por todos los diablos, hombre! ¡Está usted temblando!

—¿Eh? —Theremon se humedeció los resecos labios e intentó sonreír—. No me siento muy bien, y eso es un hecho.

Los ojos del psicólogo se endurecieron.

—Supongo que no estará perdiendo tos nervios, ¿verdad?

—¡No! —exclamó Theremon en un destello de indignación—. Deme una oportunidad, ¿quiere? ¿Sabe una cosa, Sheerin? Deseaba creer en todo este asunto del eclipse, pero no podía, sinceramente no podía, todo me parecía la más transparente de las fantasías. Quise creerlo en bien de Beenay, en bien de Siferra…, incluso en bien de Athor, en cierto modo. Pero no pude. No hasta este minuto. Deme tiempo para acostumbrarme a la idea, ¿de acuerdo? Usted ha tenido meses. A mí acaba de golpearme en plena frente.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Sheerin, pensativo—. Escuche. ¿Tiene usted familia…, padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—No. Nadie por quien deba preocuparme. Bueno, tengo una hermana, pero está a tres mil kilómetros de distancia. Ni siquiera he hablado con ella en un par de años.

—Bien, entonces, ¿qué hay de usted mismo?

—¿Qué quiere decir?

—Podría intentar ir a nuestro Refugio. Hay sitio para usted ahí. Es probable que aún tenga tiempo…, podría llamarles y decir que va usted para allá, y le abrirán la puerta…

—Así que piensa usted que estoy asustado hasta la médula, ¿verdad?

—Usted mismo dijo que no se sentía bien.

—Quizá no. Pero estoy aquí para cubrir la historia. Y eso es lo que tengo intención de hacer.

Hubo una débil sonrisa en el rostro del psicólogo.

—Entiendo. El honor profesional, ¿verdad?

—Puede llamarlo así —dijo Theremon débilmente—. Además, ayudé en buena parte a minar el programa de preparativos de Athor, ¿o acaso lo ha olvidado? No puede creer usted que ahora voy a tener el valor de ir corriendo a ocultarme en el mismo Refugio del que me estuve burlando, Sheerin.

—No lo había visto desde este ángulo.

—Me pregunto si aún quedará un poco de ese vino miserable oculto por ahí. Si hubo alguna vez un momento en el que necesité un trago…

—¡Chissst —dijo Sheerin. Dio un fuerte codazo a Theremon—.

¿Oye eso? ¡Escuche!

Theremon miró en la dirección que indicaba Sheerin. Folimun 66 estaba de pie junto a la ventana, con una expresión de salvaje excitación en su rostro. El apóstol murmuraba algo para sí mismo en un tono bajo, como un sonsonete. Hizo que al periodista se le pusiera la piel de gallina.

—¿Qué es lo que dice? —susurró—. ¿Puede captar algo?

—Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo primero —respondió Sheerin. Luego, con urgencia—: Calle y escuche, ¿quiere?

La voz del Apóstol se alzó bruscamente en un incremento de fervor:

—Y llegó a ocurrir en esos días que el sol, Dovim, montó su vigilia en solitario en el cielo durante períodos más largos que en las revoluciones pasadas; hasta que llegó el momento en el que brilló durante toda una media revolución, solitario, encogido y frío, en el cielo sobre Kalgash.

»Y los hombres se reunieron en las plazas públicas y en los caminos, para discutir sobre la maravilla que se ofrecía a sus vistas, porque un extraño miedo y miseria se había apoderado de sus espíritus. Sus mentes estaban turbadas y su habla era confusa, porque las almas de los hombres aguardaban la llegada de las Estrellas.

» Y en la ciudad de Trigón, al mediodía, Vendret 2 se adelantó y dijo a los hombres de Trigón: "¡Escuchad, pecadores! Os burlasteis de los caminos de la rectitud, pero ahora vendrá el tiempo de pasar cuentas. En estos momentos la Cueva se acerca para engullir Kalgash, sí, y todo lo que contiene."

»Y en ese momento, mientras hablaba, el labio de la Cueva de la Oscuridad rebasó el borde de Dovim, de tal modo que todo Kalgash quedó oculto de su vista. Fuertes fueron los gritos y las lamentaciones de los hombres a medida que se desvanecía, y grande fue el miedo del alma con que se vieron afligidos.

»Y entonces ocurrió que la Oscuridad de la Cueva cayó por completo sobre Kalgash con todo su terrible peso, de tal modo que no hubo luz con la que ver en toda la superficie del mundo. Los hombres quedaron como si estuvieran ciegos, nadie podía ver a su vecino, aunque sintiera su aliento sobre su rostro.

»Y en medio de esta oscuridad aparecieron las Estrellas en número incontable, y su brillo fue como el brillo de todos los dioses reunidos en cónclave. Y con la llegada de las Estrellas llegó también la música, que tenía una belleza tan prodigiosa que las propias hojas de los árboles se convirtieron en lenguas para exclamar maravilladas.

»Y en ese momento las almas de los hombres escaparon de ellos y volaron hacia arriba en dirección a las Estrellas, y sus cuerpos abandonados se convirtieron en igual que bestias; sí, en igual que los torpes brutos salvajes; de tal modo que merodearon por las oscuras calles de las

ciudades de Kalgash emitiendo gritos salvajes, como los gritos de las bestias.

»Y entonces de las Estrellas cayeron las Llamas Celestiales, que eran las portadoras de la voluntad de los dioses; y allá donde tocaban las Llamas, las ciudades de Kalgash se vieron consumidas hasta su total destrucción, de tal modo que en ninguna parte quedó nada del hombre o de las obras del hombre.

»E incluso entonces…

Hubo un cambio sutil en el tono de Folimun. Sus ojos no se habían movido, pero de alguna forma pareció darse cuenta de la absorta atención de los otros dos. Con toda facilidad, sin siquiera hacer una pausa para respirar, alteró el timbre de su voz, de modo que ésta ascendió de tono y las sílabas se hicieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, frunció el ceño. Las palabras parecían hallarse al borde de la familiaridad. No había habido más que un elusivo cambio en el acento, un diminuto cambio en la fuerza puesta en las vocales…, y sin embargo Theremon ya no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo Folimun.

—Quizá Siferra pudiera entenderle ahora —dijo Sheerin—. Es probable que esté hablando en lengua litúrgica, el antiguo lenguaje del anterior Año de Gracia del que se supone está traducido el Libro de las Revelaciones.

Theremon lanzó al psicólogo una mirada peculiar.

—Sabe usted mucho sobre esto, ¿verdad? ¿Qué es lo que está diciendo?

—¿Cree que puedo decírselo? He efectuado algunos estudios últimamente, sí. Pero no tanto como eso. Sólo estoy suponiendo en qué habla. ¿No íbamos a encerrarle en alguna parte?

—Dejémosle —murmuró Theremon—. ¿Qué diferencia significa ahora? Es su gran momento. Permitamos que goce con él.

—Empujó su silla hacia atrás y se pasó los dedos por el pelo. Sus manos ya no temblaban—. Es curioso —dijo—. Ahora que ha empezado realmente, ya no me siento nervioso.

—¿No?

—¿Por qué debería? —dijo Theremon. Una nota de agitada alegría se infiltró en su voz—. No hay nada de lo que yo pueda hacer que impida que esto ocurra, ¿no? Así que simplemente intentaré cabalgar sobre las olas. ¿Cree usted que las Estrellas aparecerán realmente?

—No tengo la menor idea —admitió Sheerin—. Quizá Beenay sepa algo.

—O Athor.

—Deje a Athor tranquilo —indicó el psicólogo, y se echó a reír—. Acaba de cruzar la habitación y le ha lanzado una mirada que podría

haberle matado.

Theremon hizo una mueca.

—Voy a tener mucha mierda que tragar cuando todo esto acabe, lo sé. ¿Qué cree usted, Sheerin? ¿Es seguro contemplar el espectáculo de ahí fuera?

—Cuando la Oscuridad sea total…

—No me refiero a la Oscuridad. Creo que puedo ocuparme de la Oscuridad. Me refiero a las Estrellas.

—¿Las Estrellas? —repitió Sheerin, impaciente—. Se lo dije, no sé nada respecto a ellas.

—Probablemente no sean tan terribles como el Libro de las Revelaciones quiere que creamos. Si ese experimento de las cabezas de alfiler en el techo de esos dos estudiantes significa algo… —Alzó las manos, con las palmas hacia arriba, como si ellas pudieran dar la respuesta—. Dígame, Sheerin, ¿qué piensa usted? ¿No serán algunas personas inmunes a los efectos de la Oscuridad y las Estrellas?

Sheerin se encogió de hombros. Señaló el suelo frente a ellos. Dovim había pasado ya su cenit, y el cuadrado de ensangrentada luz solar que había silueteado la ventana en el suelo se había movido unos palmos hacia el centro de la habitación, donde parecía ahora la terrible mancha de algún crimen sangriento. Theremon contempló pensativo su oscuro color. Luego se dio la vuelta y miró de nuevo directamente al sol con los ojos entrecerrados.

El mordisco en su lado había crecido a una negra y profunda indentación que cubría un tercio de su disco visible. Theremon se estremeció. En una ocasión, burlonamente, le había hablado a Beenay de dragones en el cielo. Ahora tenía la impresión de que el dragón se había presentado al fin, y ya había devorado cinco de los soles, y que estaba mordisqueando entusiásticamente el único que quedaba.

—Probablemente hay dos millones de personas en Ciudad de Saro que en estos momentos intentan unirse todos a la vez a los Apóstoles —dijo Sheerin—. Apostaría a que celebrarán una gran reunión evangélica en el cuartel general de Mondior. ¿Que si creo que existe alguna inmunidad a los efectos de la Oscuridad? Bueno, dentro de poco vamos a descubrirlo, ¿no?

—Tiene que existir. ¿De qué otro modo mantendrían los Apóstoles el Libro de las Revelaciones de ciclo en ciclo, y cómo fue escrito en Kalgash en primer lugar? *Tiene* que haber alguna especie de inmunidad. Si todo el mundo se volviera loco, ¿quién habría quedado para escribir el libro?

—Muy probablemente los miembros del culto secreto se ocultaron en refugios hasta que todo hubo terminado, del mismo modo que algunos de nosotros lo están haciendo hoy —dijo Sheerin.

—No es suficiente. El Libro de las Revelaciones es presentado

como el relato de un testigo ocular. Eso parece indicar que tuvieron experiencias de primera mano de la locura…, y sobrevivieron.

—Bien —dijo el psicólogo—, hay tres clases de personas que pudieron permanecer relativamente poco afectadas. En primer lugar, los muy pocos que no llegaron a ver en absoluto las Estrellas…, los ciegos, digamos, o aquellos que se emborracharon hasta sumirse en el estupor al principio del eclipse y permanecieron en ese estado hasta el final.

—Ésos no cuentan. No son testigos.

—Supongo que no. El segundo grupo, sin embargo…, niños pequeños, para quienes el mundo en su conjunto es demasiado nuevo y extraño como para que algo parezca más extraño que todo lo demás. Supongo que ellos no se sentirán asustados por la Oscuridad, ni siquiera por las Estrellas. Para ellos no serán más que otros dos acontecimientos curiosos en un mundo interminablemente sorprendente. Supongo que puede ver usted esto.

Theremon asintió, dubitativo.

—Supongo que sí.

—Finalmente están aquellos cuyas mentes se hallan ya demasiado encallecidas como para que algo pueda derribarlas. Los muy insensibles apenas se sentirán afectados…, los auténticos zoquetes. Supongo que éstos simplemente se encogerán de hombros y aguardarán a que vuelva a salir Onos.

—¿Así que el Libro de las Revelaciones fue escrito por zoquetes insensibles? —preguntó Theremon con una sonrisa.

—Es difícil. Más bien fue escrito por algunas de las mentes más listas del nuevo ciclo…, basándose en los fugitivos recuerdos de los niños, combinados con los confusos e incoherentes balbuceos de los idiotas medio locos, y sí, quizás algunos de los relatos contados por los zoquetes.

—Será mejor que Folimun no oiga esto.

—Por supuesto, el texto debe de haber sido extensamente elaborado y reelaborado a lo largo de los años. E incluso pasado, quizá, de ciclo en ciclo, del mismo modo que Athor y su gente esperan pasar el secreto de la gravitación. Pero mi punto crucial es éste: que pese a todo no puede ser más que una masa de distorsiones, aunque esté basado en hechos reales. Por ejemplo, considere ese experimento con los agujeros en el techo del que Faro y Yimot nos hablaron…, el que no funcionó.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, la razón por la que no fun… —Sheerin se detuvo de pronto y se levantó, alarmado—. Oh… oh.

—¿Ocurre algo? —preguntó Theremon.

—Athor viene para acá. ¡Y mire su rostro!

Theremon se volvió. El viejo astrónomo avanzaba hacia ellos como un espíritu vengativo surgido de un mito medieval. Su piel era blanca como el papel, sus ojos llameaban, sus rasgos eran una retorcida masa de consternación. Lanzó una venenosa mirada hacia Folimun, que permanecía aún de pie solo en la esquina más alejada de la ventana, y otra a Theremon.

Se dirigió a Sheerin:

—He estado en el comunicador durante los últimos quince minutos. He hablado con el Refugio, y con la gente de seguridad, y con el centro de Ciudad de Saro.

—¿Y?

—El periodista de aquí se sentirá muy complacido de su trabajo. He sabido que la ciudad es un caos. Hay tumultos por todos lados, saqueos, multitudes presas del pánico…

—¿Qué pasa en el Refugio? —preguntó ansiosamente Sheerin.

—Están seguros. Han sellado los accesos de acuerdo con el plan, y permanecerán ocultos hasta que despunte de nuevo el día, como mínimo. Estarán bien. Pero la *ciudad,* Sheerin: no tiene ni idea… — Tenía dificultad en hablar.

—Señor —dijo Theremon—, si tan sólo pudiera creerme cuando le digo lo profundamente que lamento…

—No hay tiempo para eso ahora —restalló Sheerin, impaciente. Apoyó una mano en el brazo de Athor—. ¿Y usted? ¿Se encuentra bien, doctor Athor?

—¿Importa eso? —Athor se inclinó hacia la ventana, como si intentara ver los tumultos desde allí. Dijo con voz apagada—: En el momento en que empezó el eclipse, todo el mundo ahí fuera se dio cuenta de que todo lo demás iba a ocurrir tal como nosotros habíamos predicho…, nosotros y los Apóstoles. Y se asentó la histeria. Los fuegos empezarán pronto. Y supongo que las turbas de Folimun estarán ahí también de un momento a otro. ¿Qué vamos a hacer, Sheerin? ¡Deme alguna sugerencia!

Sheerin inclinó la cabeza y se contempló abstraído las puntas de los pies. Durante un momento tamborileó con un nudillo contra su barbilla. Luego alzó la vista y dijo crispadamente:

—¿Hacer? ¿Qué es lo que hay que hacer? Cerrar las puertas, esperar lo mejor.

—¿Y si les decimos que mataremos a Folimun si intentan entrar por la fuerza?

—¿Lo haría realmente? —preguntó Sheerin.

Los ojos de Athor destellaron sorprendidos.

—Bueno…, supongo…

—No —dijo Sheerin—. No lo haría.

—Pero si le amenazáramos con…

—No. No. Son fanáticos, Athor. Ya saben que lo retenemos como rehén. Probablemente *esperan* que lo matemos en el momento en que entren violentamente en el observatorio, y eso no les preocupa en absoluto. Y usted sabe que no lo haría de todos modos.

—Por supuesto que no.

—Así pues: ¿cuánto tiempo falta para que el eclipse sea total?

—Menos de una hora.

—Tendremos que correr el riesgo. Les tomará tiempo a los Apóstoles reunir a sus turbas…, no van a ser un puñado de Apóstoles, apuesto a que no, será una enorme masa de gente normal de la ciudad agitada hasta el pánico por unos cuantos Apóstoles que les prometerán la entrada inmediata en la gracia, les prometerán la salvación, se lo prometerán todo…, y necesitarán más tiempo aún para traerlos hasta aquí. El Monte del Observatorio se halla a unos buenos ocho kilómetros de la ciudad…

Sheerin miró por la ventana. Theremon, a su lado, miró también, y su vista resbaló colina abajo. Allá al fondo, las cuadrículas de las granjas dejaban paso a grupos de casas blancas en los suburbios. La metrópolis más allá era una mancha imprecisa en la distancia…, una bruma en el desvaneciente brillo de Dovim. Una pesadillesca luz sobrenatural bañaba el paisaje.

Sin volverse, Sheerin dijo:

—Sí, les tomará tiempo llegar hasta aquí. Hay que mantener las puertas cerradas, seguir trabajando, rezar para que el eclipse total llegue antes. Una vez empiecen a brillar las Estrellas, creo que ni siquiera los Apóstoles podrán mantener a la turba centrada en el trabajo de abrirse paso hasta aquí.

Dovim estaba cortado ya por la mitad. La línea divisoria creaba una ligera concavidad en el centro de la aún brillante porción del sol rojo. Era como un gigantesco párpado cerrándose inexorablemente sobre la luz de un mundo.

Theremon permanecía inmóvil, mirando. Los débiles sonidos de la habitación a sus espaldas se desvanecieron en el olvido, y sólo captó el denso silencio de los campos de allá fuera. Los propios insectos parecían temerosamente mudos. Y las cosas eran cada vez más y más oscuras. Aquel extraño tono sangriento lo teñía todo.

—No mire durante tanto rato seguido —murmuró Sheerin en su oído.

—¿Al sol, quiere decir?

—A la ciudad. Al cielo. No me preocupa que pueda hacerse daño en los ojos. Es su mente, Theremon.

—Mi mente está bien.

—Deseará que siga así. ¿Cómo se siente?

—Bueno… —Theremon entrecerró los ojos. Su garganta estaba un

poco seca. Pasó el dedo a lo largo de la parte interior del cuello de su camisa. Le apretaba demasiado. Demasiado. Parecía como si una mano se cerrara sobre su garganta. Giró el cuello hacia uno y otro lado pero no halló ningún alivio.

—Algún problema al respirar, quizá.

—La dificultad en respirar es uno de los primeros síntomas de un ataque de claustrofobia —dijo Sheerin. Cuando sienta que su pecho se constriñe, será mejor que se aparte de la ventana.

—Quiero ver lo que ocurre.

—Está bien. Está bien. Lo que usted diga.

Theremon abrió mucho los ojos e inspiró profundamente dos o tres veces.

—No cree que pueda resistirlo, ¿verdad?

—No sé nada acerca de nada, Theremon —dijo con voz cansada Sheerin—. Las cosas cambian de un momento a otro, ¿no? Oh. Aquí está Beenay.

26

El astrónomo se había interpuesto entre la luz y la pareja en el rincón. Sheerin le miró intranquilo, con los ojos entrecerrados.

—Hola, Beenay.

—¿Os importa si me uno a vosotros? —preguntó—. Ya he terminado mis cálculos, y no puedo hacer nada hasta el eclipse total. —Beenay hizo una pausa y miró al Apóstol, que estaba hojeando intensamente un pequeño libro encuadernado en piel que había extraído de la manga de su hábito—. Eh, ¿no íbamos a echarlo de aquí?

—Decidimos que no —respondió Theremon—. ¿Sabes dónde está Siferra, Beenay? La vi hace un momento, pero no parece estar aquí ahora.

—Está arriba, en la cúpula. Deseaba echar un vistazo a través del telescopio grande. No es que haya mucho que ver que no podamos contemplar a simple vista.

—¿Qué hay de Kalgash Dos? —preguntó Theremon.

—¿Qué hay que ver? Oscuridad en Oscuridad. Podemos ver los efectos de su presencia a medida que se mueve delante de Dovim. El propio Kalgash Dos, sin embargo…, es sólo un pedazo de noche contra el cielo nocturno.

—*Noche* —murmuró Sheerin—. Qué extraña palabra.

—Ya no —dijo Theremon—. ¿Así que en realidad el satélite errante en sí no puede verse, ni siquiera con el telescopio grande?

Beenay pareció avergonzado.

—En realidad nuestros telescopios no son muy buenos, ¿sabes? Son estupendos para observaciones solares, pero, si hay un poco de oscuridad, entonces… —Agitó la cabeza. Echó hacia atrás los hombros y pareció luchar por introducir aire en sus pulmones—. Pero Kalgash Dos es real, eso ha quedado demostrado. La extraña zona de Oscuridad que está cruzando entre nosotros y Dovim…, eso es Kalgash Dos.

—¿Tienes problemas para respirar, Beenay? —preguntó Sheerin.

—Un poco, sí. —Resopló ligeramente—. Un resfriado, supongo.

—Más bien un conato de claustrofobia.

—¿Tú crees?

—Estoy casi seguro. ¿Te sientes extraño de alguna otra manera?

—Bueno —dijo Beenay—, tengo la impresión de que les pasa algo a mis ojos. Las cosas parecen volverse confusas en algunos momentos y… La verdad es que nada es tan claro como debería. Y tengo frío también.

—Oh, eso no es ninguna ilusión. Hace frío, sí —dijo Theremon

con una mueca—. Noto los dedos de los pies como si hubiera hecho un viaje de extremo a extremo del país metido en una nevera.

—Lo que necesitamos en estos momentos —dijo Sheerin con voz intensa— es alejar nuestras mentes de los efectos que estamos experimentando. Mantenerlas ocupadas, eso es lo importante. Le estaba diciendo hace un momento, Theremon, por qué los experimentos de Faro con los agujeros en el techo no dieron ningún resultado.

—Tan sólo empezó a decirlo —respondió Theremon, siguiéndole la corriente. Se acurrucó en su silla, rodeó una rodilla con ambos brazos y apoyó la barbilla contra ella. Lo que tendría que hacer, pensó, es disculparme y subir la escalera en busca de Siferra, ahora que el tiempo antes del eclipse total se está agotando. Pero se sentía curiosamente pasivo, incapaz de moverse. ¿O, pensó, tan sólo tengo miedo de enfrentarme a ella?

Sheerin dijo:

—Lo que iba a explicar era que ellos se equivocaron al tomar el Libro de las Revelaciones de una forma literal. Probablemente no tenía ningún sentido el darle un significado físico al concepto de Estrellas. ¿Sabe?, es posible que, en presencia de una Oscuridad total y sostenida, la mente halle absolutamente necesario crear luz. Esta ilusión de luz puede ser todo lo que sean en realidad las Estrellas.

—En otras palabras —dijo Theremon, y se dio cuenta de que se sentía interesado—, ¿quiere decir que las Estrellas son el resultado de la locura y no una de las causas? Entonces, ¿para qué servirán las fotografías que los astrónomos van a tomar?

—Para probar que las Estrellas son una ilusión, quizás. O para demostrar lo contrario, por todo lo que sé. Luego, además…

Beenay había acercado su silla, y había una expresión de repentino entusiasmo en su rostro.

—Ahora que tocamos el tema de las Estrellas… —empezó—. He estado pensando yo también en ellas, y realmente interesante. Por supuesto, es sólo una especulación loca, y no intento proseguirla de una manera seria hasta su final. Pero creo que vale la pena pensar en ella. ¿Queréis oírla?

—¿Por qué no? —dijo Sheerin, y se reclinó en su asiento. Beenay pareció reluctante. Sonrió con timidez y dijo:

—Muy bien. Supongamos que hay otros soles en el universo.

Theremon reprimió una carcajada.

—Dijiste que era una especulación loca, pero no esperaba…

—No, no es tan loca como eso. No quiero decir otros soles aquí al lado, a mano, que de alguna forma misteriosa no somos capaces de ver. Hablo de soles que se hallen tan lejanos que su luz no sea lo bastante fuerte como para que podamos distinguirlos. Si estuvieran

cerca, serían tan brillantes como Onos quizá, o como Tano y Sitha. Pero si están muy lejos, la luz que nos llega de ellos no es más que un pequeño punto, y queda ahogado por el constante resplandor de nuestros seis soles.

—Pero, ¿qué hay de la Ley de la Gravitación Universal? —señaló Sheerin—. ¿No la estás olvidando? Si esos otros soles están ahí, ¿no alterarían también la órbita de nuestro mundo de la misma forma que lo hace Kalgash Dos, y por qué, entonces, no lo hemos observado?

—Un buen punto —dijo Beenay—. Pero esos soles, déjame decir, se hallan realmente muy lejos…, quizá tanto como a cuatro años luz de distancia, o incluso más.

—¿Cuántos años es un año luz? —preguntó Theremon.

—No cuántos. Cuán *lejos.* Un año luz es una medida de distancia…, la distancia que la luz recorre en un año. Lo cual es un número inmenso de kilómetros, porque la luz viaja muy rápido. La hemos medido, y el resultado es algo así como 300.000 kilómetros por hora, y mis sospechas son que ésta no es en realidad una cifra exacta, que si dispusiéramos de mejores instrumentos descubriríamos que la velocidad de la luz es incluso un poco más rápida que eso. Pero aún imaginándola a 300.000 kilómetros por hora, podemos calcular que Onos está a unos diez *minutos* luz de aquí, y Tano y Sitha unas once veces más lejos que eso, y así sucesivamente. De modo que un sol que se halle a unos cuantos *años* luz de distancia, bueno, eso sería realmente lejos. Nunca seríamos capaces de detectar ninguna perturbación que pudieran causar en la órbita de Kalgash, porque serían tan pequeñas. Bien: digamos que hay un puñado de soles ahí fuera, por todas partes en el cielo a nuestro alrededor, a una distancia entre cuatro a ocho años luz de nosotros…, digamos una docena o dos de ellos, quizá.

Theremon silbó suavemente.

¡Qué idea para un artículo para el suplemento de fin de semana! ¡Dos docenas de soles en un universo de ocho años luz de diámetro! ¡Dioses! ¡Eso encogería *nuestro* universo a la insignificancia! Hay que imaginarlo…, ¡Kalgash y sus soles convertidos en tan sólo un pequeño suburbio trivial del auténtico universo, y aquí estamos nosotros pensando que somos la totalidad, sólo nosotros y nuestros seis soles, completamente únicos en el cosmos!

—Es sólo una idea loca —dijo Beenay con una sonrisa—, pero espero que veas a dónde quiero ir a parar. Durante el eclipse, esa docena de soles se harán bruscamente visibles, porque durante un corto tiempo no habrá ninguna *auténtica* luz solar que ahogue su brillo. Puesto que se hallan tan lejos, aparecerán muy pequeños, como meras canicas. Pero ahí los tendremos: las Estrellas. Los repentinos puntos emergentes de luz que los Apóstoles nos han estado

prometiendo.

—Los Apóstoles hablan de un «número incontable» de Estrellas —observó Sheerin—. Eso no me parecen una o dos docenas. Más bien unos cuantos millones, ¿no crees?

—Una exageración poética —dijo Beenay—. No hay espacio suficiente en el universo para un millón de soles…, ni aunque estuvieran apelotonados el uno contra el otro de modo que se tocaran.

—Además —ofreció Theremon—, una vez tenemos una o dos docenas, ¿podemos realmente hacer distinción en el número? Apuesto a que dos docenas de Estrellas pueden parecer un «número incontable»…, sobre todo si resulta que nos hallamos en medio de un eclipse y todo el mundo está ya loco a causa de contemplar la Oscuridad. Hay tribus en las tierras interiores que sólo tienen tres números en su lenguaje: «uno», «dos», «muchos». Nosotros somos un poco más sofisticados que eso, supongo. Así que para nosotros una o dos docenas son algo comprensible, y luego, simplemente, nos parecen «incontables». —Se estremeció de excitación—. ¡Una docena de soles, de pronto! ¡Resulta difícil imaginarlo!

—Hay más —dijo Beenay—. Otra idea extravagante. ¿Habéis pensado en el sencillo problema que sería la gravitación si tan sólo dispusiéramos de un sistema lo suficientemente simple? Supongamos que tenemos un universo en el que sólo hay un planeta y un único sol. El planeta viajaría en una elipse perfecta, y la naturaleza exacta de la fuerza gravitatoria sería tan evidente que podría ser aceptada como un axioma. En un mundo así, los astrónomos habían establecido la gravedad probablemente antes incluso de inventar el telescopio. Las observaciones a simple vista hubieran sido suficientes para deducirlo todo.

Sheerin pareció dubitativo.

—Pero, un sistema así, ¿sería dinámicamente estable? —preguntó.

—¡Por supuesto! Lo llaman un caso «uno y uno». Ha sido elaborado matemáticamente, pero son las implicaciones filosóficas las que me interesan.

—Es agradable pensar en ello como en una hermosa abstracción…, como un gas perfecto o el cero absoluto —admitió Sheerin.

—Por supuesto —siguió Beenay—, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No recibiría suficiente luz y calor, y si girara sobre sí mismo habría una Oscuridad total durante la mitad de cada día. Ese fue el planeta que me pediste en una ocasión que imaginara, ¿recuerdas, Sheerin? Donde los habitantes nativos estarían completamente adaptados a una alternancia de día y noche. Pero he estado pensando en ello. No podría *haber* habitantes nativos.

No se puede esperar que la vida, que depende fundamentalmente de la luz, se desarrolle bajo unas condiciones tan extremas de ausencia de luz. ¡La mitad de cada rotación axial se produciría en la Oscuridad! No, nada podría existir bajo condiciones como ésas. Pero, para continuar: hablando hipotéticamente, el sistema «uno y uno» tendría…

—Espera un momento —dijo Sheerin—. Es muy precipitado por tu parte decir que la vida no se podría haber desarrollado allí. ¿Cómo lo *sabes?* ¿Qué es tan fundamentalmente imposible respecto a que la vida evolucione en un lugar que tiene Oscuridad la mitad de su tiempo?

—Ya te lo he dicho, Sheerin, la vida depende fundamentalmente de la luz. Y, en consecuencia, en un mundo donde…

—La vida *aquí* depende fundamentalmente de la luz. Pero eso no tiene nada que ver con un planeta que…

—¡Eso es pura lógica, Sheerin!

—¡Eso es pura lógica *circular!* —cortó Sheerin—. Tú defines la vida como un tipo de fenómeno así y así que se produce en Kalgash, y luego intentas dogmatizar que en un mundo que sea totalmente distinto de Kalgash la vida deberá ser…

Theremon estalló de pronto en una seca sucesión de carcajadas.

Sheerin y Beenay le miraron indignados.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Beenay.

—Vosotros lo sois. Ambos. Un astrónomo y un psicólogo discutiendo furiosamente de biología. Esto debe ser el tan famoso diálogo interdisciplinario del que he oído hablar tanto, el gran fermento intelectual por el que es famosa esta universidad. —El periodista se puso en pie. Se estaba poniendo nervioso, y la larga disquisición de Beenay sobre asuntos abstractos aún le ponía más—. Discúlpame, ¿quieres? Necesito estirar las piernas.

—El eclipse total ya casi está aquí. —Beenay señaló hacia fuera—. No querrás estar fuera cuando se produzca.

—Sólo un corto paseo, luego volveré —dijo Theremon.

Antes de que hubiera dado cinco pasos, Beenay y Sheerin habían reanudado su discusión. Theremon sonrió. Era una forma de aliviar la tensión, se dijo. Todo el mundo estaba bajo tremendas presiones. Después de todo, cada tictac del reloj acercaba un poco más al mundo a la Oscuridad, un poco más a…

¿A las Estrellas?

¿A la locura?

¿Al Tiempo de las Llamas Celestiales? Theremon se encogió de hombros. En las últimas horas había atravesado un centenar de cambios de humor, pero ahora se sentía extrañamente tranquilo, casi fatalista. Siempre había creído que era el dueño de su propio destino,

que era capaz de modelar el curso de su vida: así era como había tenido éxito en llegar a lugares donde otros periodistas jamás habían tenido ni remotamente la menor oportunidad. Pero ahora todo estaba más allá de su control, y él lo sabía. La llegada de la Oscuridad, de las Estrellas, de las Llamas…, todo ocurriría sin *su* permiso.

Así que no tenía sentido consumirse en inquieta anticipación.

Simplemente relájate, siéntate, aguarda, observa lo que ocurra.

Y luego, se dijo a sí mismo…, luego asegúrate de que sobrevives a cualquier torbellino que se produzca.

—¿Sube a la cúpula? —preguntó una voz.

Parpadeó en la semioscuridad. Era el bajo y regordete estudiante graduado de astronomía…, ¿Faro, se llamaba?

—Sí, de hecho sí —dijo, aunque la verdad era que no había tenido en mente ningún destino en particular.

—Yo también. Venga: le llevaré.

Una escalera metálica en espiral trepaba al piso superior de alta bóveda del gran edificio. Faro subió traqueteando la escalera al resonante ritmo de sus cortas piernas, y Theremon fue tras él. Había estado en la cúpula del observatorio en otra ocasión, hacía años, cuando Beenay quiso mostrarle algo. Pero recordaba muy poco del lugar.

Faro empujó hacia un lado una pesada puerta deslizante y entraron.

—¿Ha venido a echar una mirada de cerca a las Estrellas? —preguntó Siferra.

La alta arqueóloga estaba de pie justo al lado de la puerta, observando trabajar a los astrónomos. Theremon enrojeció. Siferra no era precisamente la persona con la que deseaba tropezar en aquel momento. Demasiado tarde, recordó que Beenay había dicho que había ido allí. Pese a la ambigua sonrisa que había parecido dirigirle en el momento del inicio del eclipse, todavía temía el escozor de su desdén hacia él, su furia por lo que consideraba como una traición de él hacia el grupo del observatorio.

Pero ahora no mostraba ningún signo de inquina. Quizás, ahora que el mundo se estaba sumiendo de cabeza en la Cueva de la Oscuridad, sentía que todo lo que había ocurrido antes del eclipse era irrelevante, que la inminente catástrofe cancelaba todos los errores, todas las peleas, todos los pecados.

—¡Vaya lugar! — exclamó Theremon.

—¿No es sorprendente? No es que sepa realmente mucho de lo que ocurre aquí. Tienen el gran solarscopio apuntado a Dovim…, en realidad es más una cámara que un telescopio, me han dicho; no puedes mirar a través de él y ver el cielo…, y luego esos telescopios más pequeños están enfocados más hacia fuera, buscando algún signo

de la aparición de las Estrellas…

—¿Las han divisado ya?

—Hasta ahora nadie me ha dicho nada —respondió Siferra.

Theremon asintió. Miró a su alrededor. Aquél era el corazón del observatorio, la habitación donde tenía lugar la auténtica observación del cielo. Era la estancia más oscura en la que jamás hubiera estado…, no totalmente oscura, por supuesto; había candelabros de bronce dispuestos en una doble hilera en torno a toda la curvada pared, pero el brillo que emitían las luces que contenían era débil y superficial. En la penumbra vio un gran tubo de metal que se alzaba hacia las alturas y desaparecía a través de un panel abierto en el techo del edificio. Pudo divisar el cielo a través de aquel panel. Ahora tenía un aterrador tono púrpura denso. El cada vez menos orbe de Dovim era aún visible, pero el pequeño sol parecía haberse retirado a una enorme distancia.

—Qué extraño parece todo esto —murmuró—. El cielo posee una textura que nunca antes había visto. Es denso…, es como alguna especie de manto, casi.

—Un manto que nos envolverá a todos.

—¿Asustada? —preguntó él.

—Por supuesto. ¿Usted no?

—Sí y no —dijo Theremon—. Quiero decir, no estoy intentando sonar particularmente heroico, créame. Pero no estoy ni con mucho tan nervioso como lo estaba hará una o dos horas. Más bien aturdido.

—Creo que sé lo que quiere decir.

—Athor afirma que ya se han producido algunos tumultos en la ciudad.

—Es sólo el principio —respondió Siferra—. Theremon, no puedo apartar esas cenizas de mi mente. Las cenizas de la Colina de Thombo. Esos grandes bloques de piedra, los cimientos de la ciudad ciclópea…, y cenizas por todas partes en su base.

—Con cenizas más antiguas debajo, y otras más debajo, y debajo, y debajo.

—Sí —dijo ella.

Theremon se dio cuenta de que ella se había acercado un poco más a él. Se dio cuenta también de que la animosidad que había mostrado hacia él durante los últimos meses parecía haber desaparecido por completo, y, ¿era posible?, parecía estar respondiendo a algún fantasma de la atracción que él había sentido en su tiempo por ella. Reconocía los síntomas. Era un hombre demasiado experimentado para no reconocerlos.

Espléndido, pensó. El mundo está llegando a su término, y ahora, de pronto, Siferra se muestra al fin dispuesta a echar a un lado su traje de Reina de Hielo.

Una extraña y desmañada figura, inmensamente alta, avanzó

deslizándose hacia ellos de una forma torpemente sincopada. Les ofreció un saludo acompañado de una pequeña risita.

—Todavía no hay ningún signo de las Estrellas —dijo. Era Yimot, el otro joven estudiante graduado—. Quizá no consigamos verlas. Quizá todo resulte al fin un fracaso, como el experimento que llevamos a cabo Faro y yo en ese edificio a oscuras.

—Todavía se ve mucha parte de Dovim —señaló Theremon—. Aún no nos hemos acercado lo suficiente a la Oscuridad total.

—Parece casi ansioso de que llegue —observó Siferra.

Él se volvió hacia ella.

—Me gustaría que hubiera pasado.

—¡Eh! —exclamó alguien—. ¡Mi ordenador falla!

—¡Las luces…! —exclamó otra voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Siferra.

—Un fallo eléctrico —dijo Theremon—. Tal como Sheerin predijo. La estación generadora debe de tener problemas. La primera oleada de locos, corriendo furiosos por la ciudad.

De hecho, las débiles luces en los candelabros de la pared parecían a punto de apagarse. Primero se volvieron mucho más brillantes, como si una rápida oleada final de energía hubiera pasado a través de ellos; luego disminuyeron; luego brillaron de nuevo, pero no tanto como un momento antes; y al fin descendieron hasta sólo una fracción de su luminosidad normal. Theremon sintió que la mano de Siferra se aferraba fuertemente a su antebrazo.

—Se han apagado —dijo alguien.

—Y lo mismo los ordenadores…, ¡que alguien conecte la energía de emergencia! ¡Eh! ¡La energía de emergencia!

—¡Rápido! ¡El solarscopio no está rastreando! ¡El obturador de la cámara no funciona!

—¿Por qué no estaban preparados para algo así? —preguntó Theremon.

Pero al parecer sí lo estaban. Hubo un vibrar en alguna parte en las profundidades del edificio; y luego las pantallas de los ordenadores dispersos por toda la habitación parpadearon de nuevo a la vida. Las lámparas en sus candelabros, sin embargo, no lo hicieron. Evidentemente estaban conectadas a otro circuito, y el generador de emergencia en el sótano no restablecería su funcionamiento.

El observatorio estaba prácticamente en una Oscuridad absoluta.

La mano de Siferra descansaba todavía en la muñeca de Theremon. Dudó de si deslizar un reconfortante brazo en torno a sus hombros.

Entonces pudo oír la voz de Athor:

—¡De acuerdo, echadme una mano aquí! ¡Estaremos bien de nuevo en un minuto!

—¿Qué ha hecho? —preguntó Theremon.

—Athor apagó las luces —le llegó la voz de Yimot.

Theremon se volvió para mirar. No era fácil ver nada, con un nivel de iluminación tan bajo, pero al cabo de un momento sus ojos empezaron a acostumbrarse. Athor llevaba como media docena de cilindros de treinta centímetros de largo por tres de diámetro bajo los brazos. Miró por encima de ellos a los miembros del personal.

—¡Faro! ¡Yimot! Venid aquí y ayudadme.

Los dos jóvenes trataron hasta el lado del director del observatorio y tomaron los cilindros. Yimot los alzó uno a uno, mientras Faro, en un absoluto silencio, rascaba una larga cerilla hasta encenderla con el aire de alguien que está realizando el más sagrado de los rituales. Cuando tocó con la llama el extremo superior de cada uno de los cilindros, el pequeño resplandor vaciló un instante y se agitó fútilmente, hasta que un repentino y crepitante resplandor llenó el arrugado rostro de Athor con un brillo amarillento. Unos aplausos espontáneos resonaron por toda la habitación.

¡El cilindro estaba rematado por quince centímetros de oscilante llama!

—¿Fuego? —se maravilló Theremon—, ¿Aquí dentro? ¿Por qué no usar luces de vela o algo parecido?

—Lo discutimos —dijo Siferra—. Pero las luces de vela son demasiado débiles. Van muy bien para un dormitorio, una presencia testimonial de que la luz sigue mientras uno duerme, pero para un lugar de estas dimensiones…

—¿Y abajo? ¿También hay antorchas ahí?

—Creo que sí.

Theremon agitó la cabeza.

—No me sorprende que la ciudad vaya a arder esta tarde. Si incluso ustedes recurren a algo tan primitivo como el fuego para echar atrás la Oscuridad…

La luz era débil, más débil aún que la más tenue luz solar. Las llamas se agitaban alocadamente, dando nacimiento a ebrias sombras vacilantes. Las antorchas humeaban de una forma diabólica y olían como un mal día en la cocina. Pero emitían una luz amarilla.

Había algo alegre en la luz amarilla, pensó Theremon. En especial después de casi cuatro horas de sombrío y menguante Dovim. Siferra se calentó las manos en la más cercana, sin importarle el tizne que se posaba sobre ellas en un fino polvo gris y murmurando extáticamente para sí misma:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había dado cuenta de lo maravilloso que es el color amarillo.

Pero Theremon siguió mirando suspicazmente las antorchas. Frunció la nariz ante su olor rancio y dijo:

—¿De qué están hechas estas cosas?

—De madera —respondió ella.

—Oh, no, no lo están. No arden. El par de centímetros superiores están carbonizados, y la llama simplemente sigue brotando de la nada.

—Eso es lo más hermoso. En realidad se trata de un eficiente mecanismo de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos cientos de ellos, pero la mayoría fueron al Refugio, por supuesto. ¿Ve? —se volvió y se sacudió el polvo de sus ennegrecidas manos—, toma usted el núcleo medular de unas recias cañas de agua, lo seca cuidadosamente, y lo empapa con grasa animal. Luego lo enciende, y la grasa arde, poco a poco. Estas antorchas arderán al menos durante media hora sin parar. Ingenioso, ¿no?

—Maravilloso —dijo Theremon con voz hosca—. Muy moderno. Muy impresionante.

Pero fue incapaz de permanecer más tiempo en aquella estancia. La misma inquietud que le había conducido a subir allí le afligía ahora. El hedor de las antorchas ya era bastante malo; pero también estaba el frío soplo del aire que penetraba por el panel abierto de la cúpula, un seco flujo ventoso, el helado dedo de la noche. Se estremeció. Deseó que él y Sheerin y Beenay no hubieran terminado tan rápidamente aquella botella de miserable vino.

—Vuelvo abajo —dijo a Siferra—. No hay nada que ver aquí arriba si no eres astrónomo.

—Está bien. Iré con usted.

A la parpadeante luz amarilla vio una sonrisa asomada al rostro de ella, inconfundible esta vez, en absoluto ambigua.

27

Descendieron por la resonante escalera en espiral hasta la habitación inferior. No mucho había cambiado ahí abajo. La gente del nivel inferior había encendido antorchas también. Beenay estaba atareado en tres ordenadores a la vez, procesando datos de los telescopios de arriba. Otros astrónomos hacían otras cosas, todas ellas incomprensibles para Theremon. Sheerin iba de un lado para otro, solo, un alma perdida. Folimun había situado su silla directamente debajo de una antorcha y seguía leyendo, sus labios se movían en un monótono recital de invocaciones a las Estrellas.

Por la mente de Theremon pasaron frases descriptivas, fragmentos y detalles del artículo que había planeado escribir para el *Crónica* de Ciudad de Saro. Varias veces antes, aquella misma tarde, la máquina de escribir de su cerebro había tecleado del mismo modo…, un proceso perfectamente metódico, perfectamente deliberado y, era muy consciente ahora, perfectamente sin significado. Era absolutamente ridículo imaginar que iba a haber un número del *Crónica* mañana. Intercambió una mirada con Siferra.

—El cielo —murmuró ella.

—Lo veo, sí.

Había cambiado nuevamente de tono. Ahora era aún más oscuro, un horrible rojo púrpura profundo, un color monstruoso, como si alguna enorme herida en la tela del cielo estuviera derramando fuentes de sangre.

El aire se había vuelto, de algún modo, más denso. El ocaso, como una entidad, penetraba en la habitación, y el danzante círculo de luz amarilla en torno a las antorchas formaba una distinción más nítida aún contra el creciente gris de más allá. El olor a humo de este lugar era tan penetrante como lo había sido arriba. Theremon se dio cuenta de que le preocupaban incluso los pequeños sonidos cloqueantes que hacían las antorchas mientras ardían, el blando resonar de los pasos de Sheerin mientras el grueso psicólogo daba vueltas y vueltas en torno a la mesa del centro de la habitación.

Cada vez resultaba más difícil ver, con o sin antorchas.

De modo que así empieza, pensó Theremon. El tiempo de la Oscuridad total…, y la llegada de las Estrellas.

Por un instante pensó que tal vez fuera más juicioso buscar algún lugar tranquilo y abrigado donde encerrarse hasta que todo hubiera terminado. Apartarse del camino, eludir la visión de las Estrellas, acurrucarse y aguardar a que las cosas volvieran a ser normales. Pero un momento de contemplación le dijo que era una mala idea. Cualquier lugar tranquilo y abrigado —cualquier lugar cerrado—

estaría oscuro también. En vez de ser un refugio tranquilo y seguro, podía convertirse en una cámara de los horrores mucho más aterradora que las habitaciones del observatorio.

Y luego, además, si algo grande iba a ocurrir, algo que pudiera remodelar la historia del mundo, Theremon no deseaba hallarse con la cabeza metida bajo el brazo mientras ocurría. Eso sería cobarde y estúpido; y podía ser algo que lamentara todo el resto de su vida. Nunca había pertenecido al tipo de hombre que se oculta del peligro, si creía que podía haber una buena historia allí. Además, sentía la suficiente confianza en sí mismo como para ser capaz de resistir todo lo que pudiera ocurrir…, y todavía le quedaba el suficiente escepticismo como para que al menos parte de él se preguntara si realmente iba a ocurrir algo significativo después de todo.

Permaneció inmóvil, escuchando las ocasionales inspiraciones del aliento de Siferra, la rápida y superficial respiración de alguien que intentaba mantener la compostura en un mundo que se estaba retirando con demasiada rapidez hacia las sombras.

Entonces le llegó otro sonido, uno nuevo, una vaga y desorganizada *impresión* de sonido que hubiera podido pasar muy bien inadvertida excepto por el silencio absoluto que reinaba en la habitación y por el innatural enfoque de la atención de Theremon a medida que el momento del eclipse total se acercaba.

El periodista escuchó atentamente mientras contenía la respiración. Al cabo de un momento se movió cuidadosamente hacia la ventana y miró fuera. El silencio se hizo pedazos ante su sorprendido grito:

—*¡Sheerin!*

Hubo un rugir generalizado en la habitación. Todos le miraban, señalaban, preguntaban. El psicólogo estuvo a su lado en un momento. Siferra le siguió. Incluso Beenay, inclinado frente a su ordenador, se volvió en redondo para mirar.

Fuera, Dovim era una mera astilla menguante que lanzaba una última y desesperada mirada a Kalgash. El horizonte oriental, en dirección a la ciudad, estaba ya perdido en la Oscuridad, y la carretera de Ciudad de Saro al observatorio era una apagada línea roja. Los árboles que bordeaban la autopista por ambos lados habían perdido toda individualidad y se fundían en una única masa sombría.

Pero era la carretera en sí la que atraía su atención, porque a lo largo de ella se divisaba otra masa sombría, infinitamente más amenazadora, que avanzaba como una extraña bestia bamboleante por la ladera que conducía al observatorio.

—¡Miren! —exclamó Theremon, roncamente—. ¡Que alguien se lo diga a Athor! ¡Los locos de la ciudad! ¡La gente de Folimun! ¡Vienen hacia aquí!

—¿Cuánto falta para que se consume el eclipse? —preguntó Sheerin.

—Quince minutos —jadeó Beenay—. Pero estarán aquí en cinco.

—No importa, que todo el mundo siga trabajando —dijo Sheerin. Su voz era firme, controlada, inesperadamente autoritaria, como si hubiera conseguido recurrir a algún depósito interior de fortaleza profundamente enterrado en aquel momento climático—. Los mantendremos a raya. Este lugar está construido como una fortaleza. Usted, Siferra, vaya arriba y hágale saber a Athor lo que está ocurriendo. Tú, Beenay, mantén vigilado a Folimun. Derríbalo y siéntate sobre él si es necesario, pero no le dejes que se aparte de tu vista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin estaba ya fuera de la puerta, y Theremon le siguió a sus talones. La escalera se extendía bajo ellos en tensos bucles circulares en torno al eje central y desaparecía en un húmedo y deprimente gris.

El primer impulso de su salida les llevó quince metros hacia abajo, de modo que el tenue y parpadeante resplandor amarillo de la puerta abierta de la habitación tras ellos había desaparecido ya, y tanto arriba como abajo la misma semioscuridad se aplastó contra ellos.

Sheerin hizo una pausa y se llevó una gordezuela mano al pecho. Sus ojos se abrieron mucho y su voz se convirtió en una tos seca. Todo su cuerpo se estremecía de miedo. Fuera cual fuese la fuente de resolución que había hallado hacía un momento, ahora parecía agotada.

—No puedo… respirar…, baje usted… solo. Asegúrese de que todas las puertas… están cerradas…

Theremon dio unos cuantos pasos más hacia abajo. Luego se volvió.

—¡Espere! ¿Puede resistir un minuto? —Él también jadeaba.

El aire entraba y salía de sus pulmones como melaza, y había un pequeño germen de chillante pánico en su mente ante el pensamiento de seguir bajando solo.

¿Y si los guardias, por alguna razón, habían dejado la puerta principal abierta?

No era de la multitud de lo que tenía miedo. Era… La Oscuridad.

¡Theremon se dio cuenta de que, después de todo, le tenía miedo a la Oscuridad!

—Espere aquí —dijo innecesariamente a Sheerin, que estaba acurrucado desmañadamente en la escalera allá donde Theremon le había dejado—. Volveré en un segundo.

Subió de nuevo de dos en dos peldaños, con el corazón martilleando, en absoluto por el ejercicio…, penetró tambaleante en la habitación principal y arrancó una antorcha de su sujeción. Siferra le

miró, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Voy con usted? —preguntó.

—Sí. No. ¡No!

Corrió fuera de nuevo. La antorcha olía horriblemente y el humo hacía que le lagrimearan los ojos hasta casi cegarlos, pero la aferró como si deseara besarla de pura alegría. Su llama se inclinó hacia atrás cuando bajó de nuevo a toda prisa la escalera.

Sheerin no se había movido. Abrió los ojos y gimió cuando Theremon se inclinó sobre él. El periodista lo sacudió bruscamente.

—Está bien, recompóngase. Tenemos una luz.

Alzó la antorcha por encima de sus cabezas y, empujando al tambaleante psicólogo por un codo, siguió bajando, protegido ahora por el chisporroteante círculo de iluminación.

En la planta baja todo estaba oscuro. Theremon notó que el horror ascendía de nuevo en su interior. Pero la antorcha hendió un camino a través de la Oscuridad para él.

—Los hombres de seguridad… —dijo Sheerin.

¿Dónde estaban? ¿Habían huido? Eso parecía. No, ahí estaba un par de los guardias que Athor había apostado, acurrucados contra un rincón del vestíbulo, temblando como jalea. Sus ojos estaban en blanco, sus lenguas colgaban. De los otros no había ningún signo.

—Tome —dijo Theremon bruscamente, y le pasó la antorcha a Sheerin—. Puede *oírles* fuera.

Y podían. Pequeños retazos de roncos e indistintos gritos.

Pero Sheerin había tenido razón: el observatorio estaba construido como una fortaleza. Erigido el siglo pasado, cuando el estilo arquitectónico neogavottiano estaba en su fea cúspide, había sido diseñado pensando en la estabilidad y la duración antes que en la belleza.

Las ventanas estaban protegidas por un entramado de barras de acero de un par de centímetros de grosor profundamente clavadas en el cemento. Las paredes eran de sólida mampostería que un terremoto no podría derribar, y la puerta principal era una enorme losa de roble reforzada con hierro en los puntos estratégicos. Theremon comprobó los cerrojos. Estaban aún en su lugar.

—Al menos no podrán entrar de la forma que dijo Folimun —murmuró, jadeante—. ¡Pero escúcheles! ¡Están ahí mismo, fuera!

—Tenemos que hacer algo.

—Tiene malditamente razón —dijo Theremon—. ¡No se quede simplemente aquí! Ayúdeme a arrastrar estas vitrinas contra la puerta…, y mantenga esa antorcha lejos de mis ojos. El humo me está matando.

Las vitrinas estaban llenas de libros, instrumentos científicos, todo tipo de cosas, un auténtico museo de la astronomía.

Sólo los dioses sabían lo que pesaban, pero alguna fuerza sobrenatural se había apoderado de Theremon en aquel momento de crisis, y empujó y tiró y las colocó en su lugar —ayudado, más o menos, por Sheerin—, como si fueran almohadones. Los pequeños telescopios y otros artilugios dentro de ellas cayeron hacia todos lados cuando encajó las pesadas vitrinas en posición. Oyó el sonido de cristal al romperse.

Beenay me matará, pensó. Adora todo esto. Pero éste no era el momento de ser delicado. Clavó vitrina tras vitrina contra la puerta, y en unos pocos minutos había construido una barricada que podía, esperaba, servir para retener a la turba si conseguía forzar la puerta. De algún modo, débil, lejano, pudo oír el golpear de puños contra la puerta. Gritos…, aullidos… Era como un horrible sueño.

La turba había salido de Ciudad de Saro empujada por el ansia de salvación, la salvación prometida por los Apóstoles de la Llama, que podían alcanzar ahora, les habían dicho, sólo con la destrucción del observatorio. Pero, a medida que se acercaba el momento de la Oscuridad, un miedo enloquecedor había despojado sus mentes de toda habilidad de funcionar. No había tiempo para pensar en coches de superficie, o en armas, o en líderes, o siquiera en organización. Habían corrido al observatorio a pie, y lo estaban asaltando con las manos desnudas.

Y, ahora que estaban allí, el último destello de Dovim, la última gota rojo rubí de luz solar, parpadeó débilmente sobre una Humanidad a la que no le quedaba nada excepto un absoluto miedo universal.

—¡Volvamos arriba! —gruñó Theremon.

No había nadie ahora en la habitación donde habían permanecido reunidos. Todos habían ido al piso superior, a la cúpula del observatorio. Cuando entró allí a toda prisa, Theremon se sintió golpeado casi físicamente por la calma sobrenatural que parecía prevalecer allí. Era como un cuadro. Yimot estaba sentado en la pequeña silla reclinable ante el panel de control del gigantesco solarscopio, como si aquella fuera simplemente una tarde normal de investigación astronómica. El resto estaban agrupados en torno a los telescopios más pequeños, y Beenay estaba dando instrucciones con voz tensa y quebrada.

—Atentos, todos. Es vital disparar a Dovim justo antes de la consumación del eclipse y cambiar de placa. Tú, tú…, uno en cada cámara. Necesitamos toda la redundancia que podamos conseguir. Ya lo sabéis todo…, los tiempos de exposición…

Hubo un murmullo de conformidad, casi sin aliento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Siguen ardiendo las antorchas? No importa. ¡Las veo! —Estaba

pesadamente reclinado contra el respaldo de su silla—. Ahora recordad…, no intentéis buscar fotos artísticas. Cuando aparezcan las Estrellas, no perdáis el tiempo intentando captar dos de ellas en el campo al mismo tiempo. Una es suficiente. Y…, y si sentís que no podéis dominaras, *apartaos de la cámara.*

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Lléveme a Athor. No le veo.

El periodista no respondió de inmediato. Las vagas siluetas de los astrónomos se agitaban de una forma borrosa, y las antorchas sobre sus cabezas se habían convertido en meras manchas amarillas. La habitación estaba tan fría como la muerte.

Theremon sintió la mano de Siferra rozarle por un momento —sólo un momento—, y luego fue incapaz de verla.

—Está oscuro —murmuró ella, casi un lloriqueo.

Sheerin adelantó las manos.

—Athor. —Dio unos pasos tambaleantes—. ¡Athor!

Theremon avanzó tras él y sujetó su brazo.

—Espere. Le llevaré. —De alguna forma, se abrió camino por la estancia. Cerró los ojos contra la Oscuridad y la mente contra el pulsante caos que estaba creciendo dentro de él.

Nadie les oyó ni les prestó atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Athor!

—¿Es usted, Sheerin?

—Sí. Sí. ¿Athor?

—¿Qué ocurre, Sheerin? —Era la voz de Athor, inconfundible.

—Sólo quería decirle… que no se preocupe por la turba…, las puertas están aseguradas lo suficiente como para retenerles fuera…

—Sí. Por supuesto —murmuró Athor. Sonaba, pensó Theremon, como si se hallara a muchos kilómetros de distancia.

A *años luz* de distancia.

De pronto otra figura estuvo entre ellos, avanzando rápidamente, agitando los brazos. Theremon pensó que debía de ser Yimot, o quizás incluso Beenay, pero luego palpó la áspera tela del hábito de un cultista y supo que tenía que ser Folimun.

—¡Las Estrellas! —exclamó Folimun—. ¡Ahí están las Estrellas! ¡Salgan de mi camino!

Está intentando llegar a Beenay, se dio cuenta Theremon. Destruir las blasfemas cámaras.

—Cuidado… —avisó Theremon. Pero Beenay aún seguía sentado frente a los ordenadores que activaban las cámaras, atento, mientras la Oscuridad total caía sobre ellos.

Theremon adelantó una mano. Aferró el hábito de Folimun, tiró, retorció. De pronto unos dedos aferrantes se cerraron sobre su

garganta. Se tambaleó alocadamente. No había nada ante él excepto sombras; el propio suelo bajo sus pies carecía de sustancia. Una rodilla se clavó duramente en su entrepierna, y gruñó en medio de un cegador estallido de dolor y estuvo a punto de caer.

Pero, después del primer jadeante momento de agonía, sus fuerzas volvieron. Agarró a Folimun por los hombros, de alguna forma le hizo girar en redondo, clavó su brazo en una presa en torno a la garganta del Apóstol. Al mismo momento oyó a Beenay croar:

—¡Lo tengo! ¡A vuestras cámaras, todos!

Theremon parecía consciente de todo a la vez. El mundo entero fluía a través de su pulsante mente…, y todo era un caos, todo gritaba aterrado.

Primero le llegó la extraña seguridad de que el último hilo de luz solar se había adelgazado imposiblemente y se había roto con un restallar.

Simultáneamente oyó un último jadeo estrangulado de Folimun y un fuerte aullido de sorpresa de Beenay, y un extraño gritito de Sheerin, una especie de risita histérica que se cortó para convertirse en un jadeo…

Y un repentino silencio, un extraño, mortal silencio, procedente de fuera.

Folimun se había vuelto repentinamente fláccido en su ahora floja presa. Theremon miró a los ojos del Apóstol y vio su vacío mirando hacia arriba, reflejando como un espejo el débil amarillo de las antorchas. Vio la burbuja de espuma en los labios de Folimun y oyó el bajo lloriqueo animal de su garganta.

Con la lenta fascinación del miedo, se alzó sobre un brazo y volvió sus ojos hacia la espeluznante negrura del cielo.

¡A través de él brillaban las Estrellas!

No la una o dos docenas de la lamentable teoría de Beenay. Había miles de ellas, llameando con increíble poder, una al lado de la otra, un interminable muro de ellas, formando un deslumbrante escudo de aterradora luz que llenaba todo el cielo. Miles de poderosos soles brillaban sobre ellos en un esplendor que hacía arder el alma y que era más aterradoramente frío en su horrible indiferencia que el áspero viento que soplaba a través del helado y horriblemente desolado mundo.

Martillearon contra las raíces mismas de su ser. Golpearon como puños contra su cerebro. Su helada y monstruosa luz era como un millón de grandes gongs resonando a la vez.

Dios mío, pensó. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Pero no podía arrancar los ojos de la infernal visión que le ofrecían. Miró a través de la abertura de la cúpula, con todos los músculos rígidos, helados, y contempló con abrumada maravilla y

horror aquel escudo de furia que llenaba el cielo. Sintió que su mente se encogía hasta reducirse a un pequeño punto bajo aquel incesante asalto. Su cerebro no era más grande que una canica y resonaba de un lado para otro contra la calabaza vacía que era su cráneo. Sus pulmones no funcionaban. Su sangre corría hacia atrás en sus venas.

Al menos era capaz de cerrar los ojos. Permaneció arrodillado por un tiempo, jadeando, murmurando para sí mismo, luchando por recobrar el control.

Luego se puso en pie, con la garganta constreñida hasta serle imposible respirar, con todos los músculos de su cuerpo estremecidos en un acceso de terror y absoluto miedo más allá de todo lo soportable. Confusamente se dio cuenta de que Siferra estaba en alguna parte cerca de él, pero tuvo que luchar para recordar quién *era.* De abajo le llegaron los sonidos de un terrible y firme golpetear de puños, un aterrado martilleo contra la puerta…, alguna bestia extraña con mil cabezas, luchando por entrar…

No importaba.

Nada importaba.

Se estaba volviendo loco, y lo sabía, y en alguna parte muy dentro de él una pizca de sanidad estaba gritando, luchando por arrojar fuera el dominante flujo del negro terror. Era muy horrible volverse loco y saber que uno se estaba volviendo loco…, saber que dentro de pocos minutos estarías allí físicamente y sin embargo la auténtica esencia que eras *tú* estaría muerta y ahogada en la negra locura. Para eso estaba la Oscuridad…, la Oscuridad y el Frío y la Condenación. Las brillantes paredes del universo se habían roto y sus horribles fragmentos negros caían para aplastarle y estrujarle y reducirle a la nada.

Alguien avanzó arrastrándose hasta él sobre manos y rodillas y le empujó. Theremon se apartó a un lado. Se llevó las manos a su torturada garganta y cojeó hacia las llamas de las antorchas que llenaban toda su loca visión.

—¡Luz! —gritó.

Athor, en alguna parte, estaba gritando también, lloriqueando de una forma horrible, como un niño terriblemente asustado.

—Estrellas…, todas las Estrellas…, no lo sabíamos. No sabíamos nada. Pensamos que seis estrellas es un universo es algo en lo que las Estrellas no reparan es la Oscuridad para siempre y las paredes se están rompiendo y nosotros no lo sabíamos no podíamos saberlo y nada…

Alguien agarró la antorcha, y cayó al suelo y se apagó. En ese instante el horrible esplendor de las indiferentes Estrellas saltó un poco más cerca de ellos.

Desde abajo les llegó el sonido de gritos y aullidos y el ruido de

cristales rotos. La turba, enloquecida e incontrolable, había entrado en el observatorio.

Theremon miró a su alrededor. A la horrible luz de las Estrellas vio las atónitas figuras de los científicos tambaleándose horrorizadas. Se abrió camino hacia el pasillo. Un feroz restallido de helado aire procedente de una ventana abierta le golpeó, y se detuvo allí, dejando que abofeteara su rostro, riendo un poco ante su intensidad ártica.

—¿Theremon? —llamó una voz a sus espaldas—. ¿Theremon?

Siguió riendo.

—Mirad —dijo, al cabo de un tiempo—. Eso son las Estrellas. Eso es la Llama.

En el horizonte, al otro lado de la ventana, en dirección a Ciudad de Saro, un resplandor carmesí empezaba a crecer, fortaleciendo su brillar, que no era el resplandor del sol.

La larga noche había vuelto de nuevo.

TRES — AMANECER

28

Lo primero de lo que fue consciente Theremon, después de un largo período de un ser consciente de nada en absoluto, fue de que algo enorme y amarillo colgaba encima de él en el cielo.

Era una inmensa y resplandeciente bola dorada. No había forma de que pudiera mirarla de una forma directa durante más de una fracción de segundo debido a su resplandor. Un calor que abrasaba brotaba de ella en pulsantes oleadas.

Se encogió en una posición acurrucada, con la cabeza baja, y cruzó las muñecas frente a sus ojos para protegerse de aquel enorme brotar de calor y luz encima de su cabeza. ¿Qué lo mantenía allá arriba? ¿Por qué simplemente no caía?

Si cae, pensó, caerá sobre mí.

¿Dónde puedo ocultarme? ¿Cómo puedo protegerme?

Durante un largo momento permaneció acurrucado allá donde estaba, sin apenas atreverse a pensar. Luego, con cautela, abrió los ojos sólo una rendija. La gigantesca cosa llameante estaba aún allá arriba en el cielo. No se había movido ni un centímetro. No iba a caerle encima.

Empezó a temblar pese al calor.

El seco y asfixiante olor a humo llegó hasta él. Algo ardía, no muy lejos.

Era el cielo, pensó. El cielo estaba ardiendo.

Esa cosa dorada esta prendiendo fuego al mundo.

No. No. Había otra razón para el humo. La recordaría dentro de un momento, si tan solo podía eliminar la bruma de su mente. La cosa dorada no había causado los fuegos. Ni siquiera había estado ahí cuando los fuegos empezaron. Eran esas otras cosas, esas cosas brillantes, frías y blancas, que llenaban el cielo de extremo a extremo…, ellas lo habían hecho, ellas habían iniciado las Llamas…

¿Cómo se llamaban? Las Estrellas. Sí, pensó.

Las Estrellas.

Y empezó a recordar, sólo un poco, y se estremeció de nuevo, un profundo temblor convulsivo. Recordó cómo había sido cuando aparecieron las Estrellas, y su cerebro se convirtió en una canica y sus pulmones se negaron a bombear aire y su alma gritó sumida en el más profundo de los horrores.

Pero ahora las Estrellas habían desaparecido. Aquella brillante cosa dorada estaba en el cielo en su lugar.

¿Aquella brillante cosa dorada?

Onos. Ése era su nombre. Onos, el sol. El sol principal. Uno de…, uno de los seis soles. Sí. Theremon sonrió. Las cosas empezaban a

regresar a él. Onos pertenecía al cielo. Las Estrellas no. El sol, el generoso sol, el buen y cálido Onos. Y Onos había regresado. En consecuencia, todo estaba bien en el mundo, aunque parte del mundo pareciera estar sumido en el fuego.

¿Seis soles? ¿Dónde estaban entonces los otros cinco?

Incluso recordaba sus nombres. Dovim, Trey, Patru, Tano, Sitha. Y Onos hacía el sexto. Veía a Onos, de acuerdo…, estaba inmediatamente encima de él, parecía llenar la mitad del cielo. ¿Qué pasaba con el resto? Se puso en pie, temblando un poco, aún medio temeroso de la ardiente cosa dorada sobre su cabeza, preguntándose si tal vez, por el hecho de ponerse en pie, no lo tocaría y se quemaría. No, no, eso no tenía sentido. Onos era bueno, Onos era compasivo. Sonrió.

Miró a su alrededor. ¿Había más soles ahí arriba?

Había uno. Muy lejano, muy pequeño. Pero éste no producía miedo…, como lo habían producido las Estrellas, como lo producía este llameante globo que ardía sobre su cabeza. No era más que un alegre punto blanco en el cielo, sólo eso. Lo bastante pequeño como para metérselo en su bolsillo, casi, si pudiera alcanzarlo.

Trey, pensó. Ese es Trey. Así que su hermano Patru tendría que estar por alguna parte cerca…

Sí. Sí, eso era. Ahí abajo, en una esquina del cielo, justo a la izquierda de Trey. Excepto que ése es Trey, y el otro es Patru.

Bueno, se dijo, los nombres no importan. Cuál es cuál no tiene importancia. Juntos son Trey y Patru. Y el grande es Onos. Y los otros tres soles deben de estar en alguna otra parte en este momento, porque no los veo. Y mi nombre es…

Theremon.

Sí. Eso es cierto. Me llamo Theremon.

Pero hay un número también. Permaneció de pie con el ceño fruncido, pensando en ello; su código de familia, eso era, un número que había conocido toda su vida, pero, ¿cuál era? ¿Cuál… era?

762.

Sí.

Soy Theremon 762.

Y luego otro pensamiento, más complejo, siguió suavemente al anterior: soy Theremon 762 del *Crónica* de Ciudad de Saro.

De alguna forma esa afirmación le hizo sentir un poco mejor, aunque estaba llena de misterios para él.

¿Ciudad de Saro? ¿El *Crónica?*

Casi sabía lo que significaban esas palabras. Casi. Las cantó para sí mismo. *Crónica crónica crónica. Ciudad ciudad ciudad. Saro saro saro. El Crónica de Ciudad de Saro.*

Quizá si camino un poco, decidió. Dio un paso vacilante, otro,

otro. Sus piernas estaban rígidas todavía. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en la ladera de una colina en el campo, en alguna parte. Vio una carretera, arbustos, árboles, un lago a la izquierda. Algunos de los arbustos y árboles parecían haber sido arrancados y rotos, con ramas que colgaban en extraños ángulos o estaban tiradas en el suelo debajo de ellos, como si unos gigantes hubieran pasado recientemente por allí pisoteándolo todo.

Detrás de él había un enorme edificio rematado por una cúpula, y de un agujero en su techo brotaba humo. La parte exterior del edificio estaba ennegrecida, como si se hubieran encendido fuegos a todo su alrededor, aunque sus paredes de piedra parecían haber resistido las llamas bastante bien. Vio a unas cuantas personas tendidas dispersas en los escalones del edificio, despatarradas como muñecos tirados. Había otras tendidas entre los arbustos, y otras aún a lo largo del sendero que descendía por la colina. Algunas de ellas se movían débilmente. La mayoría no.

Miró hacia el otro lado. Vio en el horizonte las torres de una gran ciudad. Un enorme manto de humo colgaba sobre ellas, y cuando frunció los ojos imaginó que podía ver lenguas de llamas brotar de las ventanas de los edificios más altos, aunque algo racional dentro de su mente le decía que era imposible distinguir tanto detalle a una distancia tan grande. Esa ciudad tenía que hallarse a kilómetros de donde él estaba.

Ciudad de Saro, pensó de pronto.

Donde se publica el *Crónica*.

Donde trabajo. Donde vivo.

Y soy Theremon. Sí. Theremon 762. Del *Crónica* de Ciudad de Saro.

Agitó lentamente la cabeza de un lado a otro, como habría hecho algún animal herido, intentando aclarar las brumas y el torpor que la infestaban. Era enloquecedor no ser capaz de pensar adecuadamente, no ser capaz de ir con libertad de un lado para otro en el almacén de sus propios recuerdos. La brillante luz de las Estrellas cruzaba su mente como un muro, separándole de sus propios recuerdos.

Pero algunas cosas empezaban a infiltrarse. Coloreados fragmentos del pasado, afilados, brillantes con una energía maníaca, danzaban girando y girando en su cerebro. Luchó por inmovilizarlos el tiempo suficiente como para comprenderlos.

Entonces la imagen de una habitación llegó hasta él. *Su* habitación, llena de papeles amontonados, revistas, un par de terminales de ordenador, una caja de correo por contestar. Otra habitación: una cama. La pequeña cocina que casi nunca utilizaba. Esto, pensó, es el apartamento de Theremon 762, el conocido columnista del *Crónica* de Ciudad de Saro. Theremon no está en casa

en este momento, damas y caballeros. En este momento Theremon está de pie frente a las ruinas del observatorio de la Universidad de Saro, intentando comprender…

Las ruinas…

El observatorio de la Universidad de Saro…

—¿Siferra? —llamó—. Siferra, ¿dónde está usted?

Ninguna respuesta. Se preguntó quién era Siferra. Alguien que conoció antes de que las ruinas se convirtieran en unas ruinas, probablemente. El nombre había surgido burbujeando de las profundidades de su trastornada mente.

Dio unos cuantos pasos inseguros más. Había un hombre tendido debajo de un arbusto, a poca distancia colina abajo. Theremon fue hacia él. Tenía los ojos cerrados. Sujetaba fuertemente una antorcha consumida en su mano. Sus ropas estaban desgarradas.

¿Dormía? ¿O estaba muerto? Theremon lo agitó con cuidado con el pie. Sí, muerto. Era extraño, toda aquella gente muerta tendida a su alrededor. Normalmente uno no veía gente muerta por todos lados, ¿verdad? Y un coche volcado allá delante… Parecía muerto también, con su bastidor vuelto patéticamente hacia el cielo y volutas de humo brotando perezosamente de su interior.

—¿Siferra? —llamó de nuevo.

Algo terrible había ocurrido. Eso le resultaba muy claro, aunque muy poca cosa más lo era. Se acuclilló de nuevo y apretó las manos contra sus sienes. Los fragmentos de memoria al azar que habían estado revoloteando por su cabeza se movían más lentamente ahora, ya no se dedicaban a una frenética danza: habían empezado a flotar de una forma más reposada, como icebergs a la deriva en el Gran Océano del Sur. Si tan sólo pudiera conseguir que algunos de esos derivantes fragmentos se unieran…, obligarles a formar un esquema que tuviera un poco de sentido…

Revisó lo que ya había conseguido reconstruir. Su nombre. El nombre de la ciudad. Los nombres de los seis soles. El periódico. Su apartamento.

La última tarde…

Las Estrellas…

Siferra… Beenay… Sheerin… Athor… Nombres…

Bruscamente, las cosas empezaron a formar conexiones en su mente.

Los fragmentos de recuerdos de su pasado inmediato empezaron al fin a reagruparse. Pero al principio nada tuvo todavía ningún sentido real, porque cada pequeño racimo de recuerdos era algo independiente en sí mismo, y él era incapaz de ponerlos en ningún tipo de orden coherente. Cuanto más lo intentaba, más confuso se volvía todo de nuevo. Una vez comprendió eso, abandonó la idea de

intentar forzar nada.

Simplemente relájate, se dijo a sí mismo. Deja que todo ocurra de una forma natural.

Se dio cuenta de que había sufrido algún tipo de gran herida en su mente. Aunque no notaba hematomas, ningún bulto en la parte de atrás de su cabeza, sabía que tenía que estar herido de alguna forma. Todos sus recuerdos se habían visto cortados en un millar de fragmentos como por una espada vengativa, y los fragmentos habían sido mezclados y dispersados como las piezas de algún desconcertante rompecabezas. Pero parecía estar sanando de un momento a otro. De un momento a otro la fortaleza de su mente, la fortaleza de la entidad que era Theremon 762 del *Crónica* de Ciudad de Saro, se estaba fortaleciendo, recomponiéndose.

Permanece tranquilo. Aguarda. Deja que todo ocurra de una forma natural.

Efectuó una profunda inspiración, retuvo el aliento, luego lo expelió poco a poco. Inspiró de nuevo. Retén, suelta. Inspira, retén, suelta. Inspira, retén, suelta.

Vio con el ojo de su mente el interior del observatorio. Ahora recordaba. Era por la tarde. En el cielo sólo había el pequeño sol rojo…, Dovim, ése era su nombre. Aquella mujer alta: Siferra. Y el hombre gordo era Sheerin, y el joven delgado y ansioso era Beenay, y el furioso viejo con la melena patriarcal de pelo blanco era el gran y famoso astrónomo, el jefe del observatorio… ¿Ithor? ¿Uthor? *Athor,* sí. Athor.

Y el eclipse se acercaba. La Oscuridad. Las Estrellas.

Oh, sí. Sí. Todo fluía junto ahora. Los recuerdos regresaban. La turba fuera del observatorio, conducida por fanáticos con hábitos negros: los Apóstoles de la Llama, así se hacían llamar. Y uno de los fanáticos había estado dentro del observatorio. Folimun se llamaba. Folimun 66.

Recordaba.

El momento de la consumación del eclipse. El repentino y completo descenso de la noche. El mundo entrando en la Cueva de la Oscuridad.

Las Estrellas…

La locura…, los gritos…, la turba…

Theremon se encogió ante el recuerdo. Las hordas de enloquecida y aterrada gente de Ciudad de Saro derribando las pesadas puertas, penetrando en el observatorio, pisoteándose entre sí en su precipitación por destruir los blasfemos instrumentos científicos y los blasfemos científicos que negaban la realidad de los dioses…

Ahora que los recuerdos acudían fluyendo de vuelta, casi deseó no haberlos recapturado. El shock que había sentido en el primer

momento al ver la brillante luz de las Estrellas…, el dolor que había entrado en erupción dentro de su cráneo…, los extraños y horribles estallidos de fría energía que recorrieron su campo de visión. Y luego la llegada de la turba…, aquel momento de frenesí…, la lucha por escapar…, Siferra a su lado, y Beenay muy cerca, y luego la turba rodeándoles como un río salido de cauce, separándoles, empujándoles en direcciones opuestas…

Por su mente cruzó un último atisbo del viejo Athor, con los ojos brillantes y velados por el salvajismo de la completa locura, de pie mayestático sobre una silla, ordenando furioso a los intrusos que salieran del edificio, como si él fuera no simplemente el director del observatorio sino su rey. Y Beenay de pie a su lado, tirando del brazo de Athor, urgiendo al hombre para que huyera. Luego la escena se disolvió. Ya no estaba en la gran estancia. Theremon se vio a sí mismo barrido por el pasillo, arrastrándose por la escalera, buscando a Siferra a su alrededor, buscando a alguien a quien conociera…

El Apóstol, el fanático, Folimun 66, apareciendo de pronto ante él, bloqueando su camino en medio del caos. Riendo, tendiéndole una mano en un gesto burlón de falsa amistad. Luego Folimun había desaparecido también de su vista, y Theremon siguió frenético hacia delante, descendiendo por la escalera de caracol, tropezando y tambaleándose, trepando sobre gente de la ciudad tan apiñada en la planta baja que era incapaz de moverse. Y fuera del edificio, de algún modo. Una Oscuridad que ya no era Oscuridad, porque todo estaba iluminado ahora por el terrible, aborrecido, impensable resplandor frío de aquellos miles de despiadadas Estrellas que llenaban el cielo.

No había forma de ocultarse de ellas. Aunque cerraras los ojos veías su aterradora luz. La simple Oscuridad no era nada comparada con la implacable presión de esa bóveda de increíble resplandor que ocupaba todo el cielo, una luz tan brillante que resonaba en el cielo como un trueno.

Theremon recordó haber tenido la sensación como si el cielo, Estrellas incluidas, estuviera a punto de desplomarse sobre él. Se había arrodillado y cubierto la cabeza con las manos, pese a lo fútil que sabía que era aquel gesto. Recordaba también el terror a todo su alrededor, la gente corriendo de un lado para otro, los gritos, los llantos. Los fuegos de la resplandeciente ciudad se elevaban altos sobre el horizonte. Y, por encima de todo ello, aquellas martilleantes oleadas de miedo que descendían del cielo, de las implacables Estrellas que habían invadido el mundo.

Eso era todo. Después sólo había vacío, un completo vacío, hasta el momento de su despertar, cuando había alzado la vista para hallar a Onos en el cielo de nuevo, y había empezado a recomponer los fragmentos y jirones de su mente.

Soy Theremon 762, se dijo de nuevo. *Vivía en Ciudad de Saro y escribía una columna para el periódico.*

Ahora ya no había Ciudad de Saro. Ya no había periódico.

El mundo había llegado a su final. Pero él seguía con vida, y su cordura, esperaba, estaba regresando.

¿Y ahora qué? ¿Adónde ir?

—¿Siferra? —llamó.

Nadie respondió. Echó a andar de nuevo colina abajo, arrastrando los pies, más allá de los árboles rotos, más allá de los coches volcados y quemados, más allá de los dispersos cuerpos. Si éste es el aspecto aquí en el campo, se dijo, ¿cómo será en la ciudad?

Dios mío —pensó de nuevo—. ¡Todos vosotros, dioses! ¿Qué nos habéis hecho?

29

A veces la cobardía tiene sus ventajas, se dijo Sheerin mientras descorría el cerrojo de la puerta del almacén en el sótano del observatorio donde había pasado el tiempo de Oscuridad. Todavía se sentía tembloroso, pero no había la menor duda de que seguía cuerdo. Tan cuerdo como había estado antes, al menos.

Todo parecía tranquilo ahí fuera. Y, aunque el almacén no tenía ventanas, había conseguido filtrarse la suficiente luz a través de un pequeño enrejado muy arriba en una de las paredes como para sentirse bastante confiado de que había llegado la mañana, de que los soles estaban de nuevo en el cielo. Quizá la locura había pasado ya. Quizá fuera seguro salir.

Asomó la nariz al pasillo. Miró cautelosamente a su alrededor.

El olor a humo fue lo primero que percibió. Pero era un tipo de olor a humo rancio, mohoso, desagradable, húmedo, acre, el olor de un fuego que ha sido extinguido… El observatorio no sólo era un edificio de piedra, sino que poseía un eficiente sistema antiincendios, que debía haberse puesto en funcionamiento de forma automática tan pronto como la turba empezó a encender fuegos.

¡La turba! Sheerin se estremeció ante el recuerdo.

El rechoncho psicólogo sabía que nunca podría olvidar el momento en el que la turba entró en tromba en el observatorio. El recuerdo le perseguiría durante tanto tiempo como viviera…, aquellos rostros retorcidos, distorsionados, aquellos furiosos ojos asesinos, aquellos aullantes gritos de rabia. Eran gente que había perdido su frágil asidero a la cordura incluso antes de que el eclipse se hiciera total. La creciente Oscuridad había sido suficiente para empujarles más allá del borde…, eso, y la habilidad soliviantadora de los Apóstoles de la Llama, triunfantes ahora en su momento de profecía cumplida. Así había llegado la turba, a miles, para arrancar a los despreciables científicos de su madriguera; y ahí fueron en tromba, agitando antorchas, palos, escobas, cualquier cosa con la que pudieran golpear, romper, aplastar.

Paradójicamente, fue la llegada de la turba lo que dio a Sheerin el último empujón que le permitió recobrar el dominio de sí mismo. Había sido un mal momento, cuando él y Theremon bajaron por primera vez a la planta baja para barricar la puerta. Se había sentido bien, casi extrañamente animado, mientras bajaban; pero entonces la primera realidad de la Oscuridad le golpeó, como un soplo de gas venenoso, y se desmoronó por completo. Sentado acurrucado allí en la escalera, helado por el pánico, no pudo evitar el recordar su trayecto a través del Túnel del Misterio y darse cuenta de que esta vez el trayecto

duraría no sólo unos cuantos minutos sino hora tras intolerable hora.

Bueno, Theremon le había sacado de aquello, y Sheerin había recobrado parte de su autocontrol cuando regresaron al nivel superior del observatorio. Pero luego llegó la totalidad del eclipse…, y las Estrellas. Aunque Sheerin había girado la cabeza cuando aquel impío estallido de luz penetró por la abertura en el techo del observatorio, no pudo evitar por completo su despedazadora visión. Y, por un instante, pudo sentir que su dominio sobre su mente cedía, pudo sentir los delicados hilos de la cordura empezar a romperse…

Pero entonces había llegado la turba, y Sheerin supo que su principal preocupación ya no era simplemente conservar su cordura. Ahora se trataba de salvar su vida. Si deseaba sobrevivir a esta noche no tenía más elección que recomponerse y hallar un lugar seguro. Su ingenuo plan de observar el fenómeno de la Oscuridad como un distante y desapasionado científico desapareció en un momento. Dejemos que alguien distinto observe el fenómeno de la Oscuridad. Él iba a ocultarse.

Y así, de algún modo, se había abierto camino hasta el nivel del sótano, hasta aquel pequeño y alegre almacén con su pequeña y alegre luz de vela arrojando un débil pero muy reconfortante resplandor. Y cerró la puerta por dentro, y aguardó a que hubiera pasado todo.

Incluso había dormido, un poco.

Y ahora era ya la mañana. O quizá la tarde, por todo lo que sabía. Una cosa era segura: la terrible noche había pasado, y todo estaba tranquilo, al menos en las inmediaciones del observatorio. Sheerin se metió de puntillas en el pasillo, se detuvo, escuchó, empezó a subir lentamente las escaleras.

Silencio por todas partes. Charcos de sucia agua de los aspersores antiincendios. El horrible hedor de humo viejo.

Se detuvo en la escalera y retiró pensativo un hacha del armarito antiincendios clavado a la pared. Dudaba mucho de que jamás fuera capaz de usarla contra alguna cosa viva; pero podía resultar útil llevarla consigo, si las condiciones afuera eran tan anárquicas como esperaba encontrarlas.

Arriba, a la planta baja. Sheerin abrió la puerta del sótano —la misma puerta que había cerrado violentamente tras él en su frenética huida hacia abajo la tarde antes— y miró fuera.

La visión que le recibió fue horripilante.

El gran vestíbulo del observatorio estaba lleno de gente, toda tirada por el suelo, desparramada por todos lados, como si se hubiera celebrado alguna colosal orgía alcohólica a lo largo de toda la noche. Pero aquella gente no estaba ebria. Muchos de ellos yacían retorcidos en ángulos horriblemente imposibles que sólo un cadáver podía adoptar. Otros yacían de bruces, apilados como alfombras desechadas

en montones de dos o tres de alto. Éstos también parecían muertos, o perdidos en la última inconsciencia de la vida. Otros más estaban a todas luces vivos, sentados, lloriqueando y gimiendo como cosas rotas.

Todo lo que antes había formado la exposición en el gran vestíbulo, los instrumentos científicos, los retratos de los grandes astrónomos primitivos, los elaborados mapas astronómicos, habían sido arrancados y quemados o simplemente arrancados y pisoteados. Sheerin pudo ver restos informes y calcinados asomándose aquí y allá entre los montones de cuerpos.

La puerta principal estaba abierta. El cálido y reconfortante brillo de la luz del sol era visible al otro lado.

Sheerin se abrió camino con cautela por entre el caos en dirección a la salida.

—¿Doctor Sheerin? —dijo de pronto una voz inesperada.

Giró en redondo y blandió el hacha tan ferozmente que estuvo a punto de echarse a reír de su propia fingida beligerancia.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo. Yimot.

—¿Quién?

—Yimot. Me recuerda, ¿no?

—Yimot, sí. —El alto y desgarbado joven estudiante graduado de astronomía de alguna provincia del interior. Sheerin vio ahora al muchacho, medio oculto en una especie de nicho. Su rostro estaba ennegrecido por las cenizas y el hollín, sus ropas desgarradas, y su aspecto era estremecido y abrumado, pero por lo demás parecía estar bien. De hecho, cuando avanzó lo hizo de una forma mucho menos cárnica que de costumbre, sin ninguno de sus bruscos amaneramientos, sin agitar de brazos o giros de la cabeza. El terror hace cosas extrañas a la gente, se dijo Sheerin.

—¿Has permanecido oculto aquí toda la noche?

—Intenté salir del edificio cuando llegaron las Estrellas, pero me vi aprisionado aquí dentro por la gente. ¿Ha visto a Faro, doctor Sheerin?

—¿Tu amigo? No, no he visto a nadie.

—Estuvimos juntos durante un tiempo. Pero luego, con todo esto, las cosas se volvieron tan confusas… —Yimot consiguió esbozar una extraña sonrisa—. Pensé que iban a quemar el edificio hasta los cimientos. Pero entonces los aspersores se pusieron en funcionamiento. —Señaló hacia la gente de la ciudad esparcida por todo su alrededor—. ¿Cree que están todos muertos?

—Algunos de ellos simplemente están locos. Vieron las Estrellas.

—Yo también las vi, sólo por un momento —dijo Yimot—. Sólo por un momento.

—¿Cómo son? —preguntó Sheerin.

—¿No las vio usted, doctor? ¿O es que simplemente no lo recuerda?

—Estaba en el sótano. Seguro y protegido.

Yimot inclinó su largo cuello hacia arriba, como si las Estrellas brillaran todavía en el techo del pasillo.

—Eran… abrumadoras —susurró—. Sé que eso no le dice a usted nada, pero es la única palabra que puedo usar. Las vi sólo durante un par de segundos, quizá tres, y pude sentir que mi mente giraba, pude sentir que la tapa de mis sesos empezaba a saltar, así que desvié la vista. Porque no soy muy valiente, doctor Sheerin.

—No. Yo tampoco.

—Pero me alegra haber tenido esos dos o tres segundos. Las Estrellas son algo aterrador, pero también son muy hermosas. Al menos lo son para un astrónomo. No se parecen en nada a esos estúpidos puntos de luz que Faro y yo creamos en aquel alocado experimento nuestro. Debemos estar justo en medio de un inmenso racimo de ellas, ¿sabe? Tenemos seis soles en un apretado grupo muy cerca de nosotros, algunos más cerca que otros, quiero decir, y luego, mucho más lejos, a cinco o diez años luz de distancia, o más, hay toda una gigantesca esfera de Estrellas, que son soles, miles de soles, un tremendo globo de soles que nos envuelven por completo, pero invisibles normalmente para nosotros a causa de que la luz de nuestros propios soles brilla todo el tiempo. Exactamente como dijo Beenay. Beenay es un astrónomo maravilloso, ¿sabe? Algún día será más grande que el propio doctor Athor. ¿De veras que no vio usted las Estrellas?

—Sólo el más rápido de los atisbos —dijo Sheerin, un poco tristemente—. Luego fui a ocultarme… Mira, muchacho, tenemos que salir de este lugar.

—Me gustaría intentar hallar a Faro primero.

—Si está bien, estará fuera. Si no está, no hay nada que puedas hacer por él.

—Pero si está debajo de uno de esos montones…

—No —dijo Sheerin—. No puedes estar hurgando entre toda esa gente. Todavía están aturdidos, pero si les provocas no hay forma de decir lo que pueden hacer. Lo más seguro es salir de aquí. Voy a intentar llegar al Refugio. Si eres listo, vendrás conmigo.

—Pero Faro…

—Muy bien —dijo Sheerin con un suspiro—. Busquemos a Faro. O a Beenay, o a Athor, o a Theremon, a todos los demás.

Pero fue inútil. Durante quizá diez minutos rebuscaron entre los montones de gente muerta, inconsciente y semiinconsciente del vestíbulo; pero ninguno de ellos era de la universidad. Sus rostros eran impresionantes, horriblemente distorsionados por el miedo y la locura.

Algunos se agitaban cuando eran importunados, o empezaban a echar espuma por la boca y a murmurar de una forma horrible. Uno agarró el hacha de Sheerin e intentó arrebatársela, y Sheerin tuvo que utilizar el mango para apartarlo. Era imposible subir la escalera a los niveles superiores del edificio; estaba bloqueada por los cuerpos, y había yeso roto por todas partes. Lagunas de lodosa agua se habían acumulado en el suelo. El duro y penetrante olor del humo era intolerable.

—Tiene razón —dijo finalmente Yimot—. Será mejor que nos vayamos.

Sheerin abrió camino y salió a la luz del sol. Tras las horas que acababan de transcurrir, el dorado Onos era la visión más bienvenida de todo el universo, aunque el psicólogo descubrió que sus ojos no estaban acostumbrados a tanta luz después de las largas horas de Oscuridad. La sensación le golpeó con una fuerza casi tangible. Durante unos breves momentos después de salir permaneció de pie parpadeando, aguardando a que sus ojos se readaptaran. Al cabo de un tiempo fue capaz de ver, y jadeó ante lo que vio.

—Es horrible —murmuró Yimot.

Más cuerpos. Locos vagando en círculos, cantando para sí mismos. Vehículos quemados al lado de la carretera. Arbustos y árboles arrancados y hechos pedazos como por ciegas fuerzas monstruosas. Y, allá en la distancia, un sobrecogedor manto de humo amarronado que se alzaba por encima de las torres de Ciudad de Saro.

Caos, caos, caos.

—Así que éste es el aspecto del fin del mundo —dijo Sheerin en voz baja—. Y aquí estamos nosotros, tú y yo. Supervivientes.—Se echó a reír con amargura—. Vaya pareja formamos. Yo llevo encima cincuenta kilos de más en torno a la cintura y a ti te faltan cincuenta kilos. Pero aquí estamos. Me pregunto si Theremon consiguió salir de aquí vivo. Si alguien lo hizo, tiene que ser *él.* Pero no hubiera apostado mucho sobre tú o yo. El Refugio está a medio camino entre Ciudad de Saro y el observatorio. Deberíamos llegar allí en media hora o así, si no nos encontramos con ningún problema. Toma esto.

Recogió un grueso palo gris que había en el suelo al lado de uno de los amotinados caídos y se lo lanzó a Yimot, que lo cogió torpemente en el aire y lo miró como si no tuviera la menor idea de lo que podía ser.

—¿Qué he de hacer con él? —preguntó al fin.

—Finge que lo usarás para hundir el cráneo de cualquiera que nos moleste —dijo Sheerin—. Del mismo modo que yo finjo que usaré esa hacha si es necesario para defenderme. Y, si es necesario, lo haré. Es un nuevo mundo éste que hay ahí fuera, Yimot. Vamos. Y mantente alerta mientras avanzamos.

30

La Oscuridad estaba aún sobre el mundo, las estrellas seguían bañando Kalgash con sus diabólicos ríos de luz, cuando Siferra 89 salió tambaleante del destripado edificio del observatorio. Pero el débil resplandor rosado del amanecer estaba asomando ya por el horizonte oriental, el primer signo de esperanza de que los soles podían regresar al cielo.

Se detuvo de pie en el césped del observatorio, con las piernas ligeramente abiertas, la cabeza echada hacia atrás, y llenó profundamente de aire sus pulmones.

Su mente estaba entumecida. No tenía la menor idea de cuántas horas habían transcurrido desde que el cielo se había vuelto oscuro y las Estrellas habían entrado en erupción ofreciéndose a la vista de todos como un millón de trompetas. Durante toda la noche había vagado por los pasillos del observatorio en medio de una bruma, incapaz de hallar la salida, luchando con los locos que hormigueaban por todos lados a su alrededor. Que ella se hubiera vuelto loca también no era algo que se hubiera parado a pensar. Lo único que ocupaba su mente era la supervivencia: apartar las manos que se aferraban a ella; parar los oscilantes palos dirigidos a ella con golpes del palo que había recogido de un hombre caído; evitar las repentinas y chillantes estampidas de los maníacos que recorrían los pasillos cogidos del brazo en grupos de seis u ocho, pisoteándolo todo en su camino.

Tenía la impresión de que había un millón de habitantes de la ciudad sueltos por el observatorio. Se volviera hacia donde se volviera sólo veía rostros distendidos, ojos desorbitados, bocas abiertas, lenguas colgantes, dedos engarfiados en monstruosas garras.

Lo estaban destruyendo todo. No tenía la menor idea de dónde estaba Beenay, o Theremon. Recordaba vagamente haber visto a Athor en medio de diez o veinte aullantes rufianes, con su densa melena de blanco pelo alzándose sobre ellos…, y luego haberle visto desaparecer, barrido hacia abajo por el tumulto.

Más allá de eso Siferra no recordaba nada muy claramente. Durante todo el eclipse había vagado de un lado para otro, subiendo por un pasillo y bajando por el siguiente, como una rata atrapada en un laberinto. Nunca se había familiarizado realmente con la disposición del observatorio, pero salir del edificio no hubiera debido resultar difícil para ella…, si hubiera estado cuerda. Ahora, sin embargo, con las Estrellas llameándole ferozmente desde cada ventana, era como si le hubieran clavado un punzón para el hielo directamente a través del cerebro. No podía pensar. No podía pensar.

No podía pensar. Todo lo que podía hacer era correr de un lado para otro, apartando babeantes y tambaleantes locos, abriéndose paso a codazos por entre apiñamientos de harapientos desconocidos, buscando desesperada, ineficaz y fútilmente alguna de las salidas principales. Y así siguió, hora tras hora, como si estuviera atrapada en un sueño que nunca iba a terminar.

Ahora, al fin, estaba fuera. No sabía cómo había llegado allí. De pronto había hallado una puerta frente a ella, al extremo de un pasillo que estaba segura de haber cruzado un millar de veces antes. La empujó, y se abrió, y un frío chorro de aire fresco la golpeó, y la cruzó tambaleante.

La ciudad ardía. Vio las llamas muy lejos, una brillante mancha roja y furiosa contra el fondo negro del cielo.

Oyó gritos, sollozos, locas risas por todos lados.

Allá delante, un poco más abajo en la ladera de la colina, algunos hombres estaban derribando ciegamente un árbol…, tirando de sus ramas, tensándose ferozmente, arrancando sus raíces del suelo a pura fuerza. No pudo adivinar por qué. Probablemente ellos tampoco.

En el aparcamiento del observatorio, otros hombres estaban volcando coches. Siferra se preguntó si uno de aquellos coches podía ser el suyo. No podía recordarlo. No podía recordar mucho de nada. Recordar su nombre le obligaba a efectuar un esfuerzo.

—Siferra —dijo en voz alta—. Siferra 89. Siferra 89.

Le gustó su sonido. Era un buen nombre. Había sido el nombre de su madre…, o de su abuela, quizá. En realidad no estaba segura.

—Siferra 89 —dijo de nuevo—. Soy Siferra 89.

Intentó recordar su domicilio. No. Un conjunto de números sin significado.

—¡Mira las Estrellas! —gritó una mujer al pasar corriendo por su lado—. ¡Mira las Estrellas y muere!

—No —respondió Siferra con voz tranquila—. ¿Por qué debería desear morir?

Pero miró las Estrellas de todos modos. Ya casi se había acostumbrado a ellas ahora. Eran como luces muy brillantes *muy* brillantes, tan juntas unas de otras en el cielo que parecían fundirse, formar una sola masa de resplandor, como una especie de brillante capa que hubiera sido echada encima del cielo. Después de mirar durante más de uno o dos segundos seguidos creyó que podía individualizar puntos de luz, más brillantes que los de su alrededor, pulsando con un extraño vigor. Pero todo lo más que pudo conseguir fue mirar durante cinco o seis segundos, luego la fuerza de toda aquella pulsante luz la abrumó e hizo que le hormigueara el cuero cabelludo y le ardiera el rostro, y tuvo que bajar la cabeza y restregarse con los dedos el ardiente lugar de intenso y pulsante dolor

entre sus ojos.

Atravesó el apareamiento, ignorando el frenesí a todo su alrededor, y emergió en el otro lado, donde una carretera pavimentada recorría un saliente en el flanco del Monte del Observatorio. Desde alguna región que aún funcionaba de su mente le llegó la información de que ésta era la carretera que conducía del observatorio a la parte principal del campus de la universidad. Allá arriba, Siferra podía ver ahora algunos de los edificios más altos de la universidad.

Las llamas danzaban en los tejados de algunos de ellos. El campanario ardía, y el teatro, y el Salón de Archivo de Investigaciones.

Hubieras debido salvar las tablillas, dijo una voz dentro de su mente que reconoció como la suya.

¿Tablillas? ¿Qué tablillas?

Las tablillas de Thombo.

Oh. Sí, por supuesto. Ella era arqueóloga, ¿no? Sí. Sí. Y lo que hacían los arqueólogos era excavar en busca de cosas antiguas. Ella había estado excavando en un lugar muy lejano. ¿Sagimot? ¿Beklikan? Algo así. Y había encontrado unas tablillas, textos prehistóricos. Cosas antiguas, cosas arqueológicas. Cosas muy importantes. En un lugar llamado Thombo.

¿Cómo lo estoy haciendo?, se preguntó.

Y ella misma se dio la respuesta: Lo estas haciendo muy bien.

Sonrió. Se sentía mejor a cada momento. Era la rosada luz del amanecer sobre el horizonte la que la estaba sanando, pensó. Se acercaba la mañana: el sol, Onos, entraba en el cielo. A medida que Onos se alzaba las Estrellas se fueron haciendo menos brillantes, menos aterradoras. Se estaban desvaneciendo aprisa. Las del este apenas podían verse ante la creciente fuerza de Onos. Incluso en el lado opuesto del cielo, donde la Oscuridad reinaba todavía y las Estrellas se arracimaban como peces en un estanque, parte de la intensidad de su formidable fulgor empezaba a ceder. Ahora podía mirar al cielo durante varios momentos consecutivos sin que su cabeza empezara a pulsar dolorosamente. Y se sentía menos confusa. Ahora recordaba con claridad dónde vivía, y dónde trabajaba, y qué había estado haciendo la tarde antes.

En el observatorio…, con sus amigos los astrónomos que habían predicho el eclipse…

El eclipse…

Eso era lo que había estado haciendo, se dio cuenta. Aguardar el eclipse. La Oscuridad. Las Estrellas.

Sí. Las Llamas, pensó Siferra. Y allí estaban. Todo había ocurrido según lo previsto. El mundo estaba ardiendo, como había ardido

tantas veces antes…, puesto en llamas no por la mano de los dioses, no por el poder de las Estrellas, sino por hombres y mujeres ordinarios, enloquecidos por las Estrellas, lanzados a un pánico desesperado que les urgía a restablecer la luz del día normal por cualquier medio que pudieran encontrar.

Pese al caos a todo su alrededor, sin embargo, permaneció tranquila. Su dañada mente, entumecida, estupefacta, era incapaz de responder por completo al cataclismo que había traído consigo la Oscuridad. Siguió caminando y caminando, carretera abajo, hasta el cuadrángulo principal del campus, pasando escenas de horripilante devastación y destrucción, y no sintió ningún shock, ningún pesar por lo que se había perdido, ningún temor ante los tiempos difíciles que se abrían allá delante. Su mente todavía no estaba restablecida lo suficiente para tales sentimientos. Era una observadora pura, tranquila, desprendida. El llameante edificio de allá delante, sabía, era la nueva biblioteca de la universidad que ella había ayudado a planificar. Pero su visión no agitó ninguna emoción en ella. Igual hubiera podido estar cruzando algún emplazamiento de dos mil años de antigüedad cuyo destino no era más que un estrato de materia cortada y seca sin más finalidad que el registro histórico. Nunca se le hubiera ocurrido llorar encima de unas ruinas de dos mil años. Como tampoco se le ocurría llorar ahora, mientras la universidad ardía a todo su alrededor.

Estaba en el centro del campus ahora, siguiendo senderos familiares. Algunos de los edificios estaban en llamas, otros no. Giró a la izquierda, como una sonámbula, más allá del edificio administrativo, a la derecha en el gimnasio, a la izquierda de nuevo en Matemáticas, y zigzagueó más allá de Geología y Antropología hasta su propio cuartel general, Arqueología. La puerta delantera estaba abierta. Entró.

El edificio parecía casi intacto. Algunas de las vitrinas de exposición en el vestíbulo estaban rotas, pero no por saqueadores, puesto que todos los artefactos parecían estar todavía allí. La puerta del ascensor había sido arrancada de sus goznes. El tablero de avisos al lado de la escalera estaba en el suelo. Por lo demás, todo parecía intacto. No oyó ningún sonido. El lugar estaba vacío.

Su oficina estaba en el segundo piso. En su camino escaleras arriba tropezó con el cuerpo de un viejo tendido boca arriba en el descansillo del primer piso.

—Creo que le conozco —dijo Siferra—. ¿Cómo se llama? —Él no respondió—. ¿Está usted muerto? Dígame: sí o no. —Los ojos del hombre estaban abiertos, pero no había ninguna luz en ellos. Siferra apretó un dedo contra su mejilla—. Mudrin, ése es su nombre. O lo era. Bueno, de todos modos, ya era muy viejo. —Se encogió de

hombros y siguió subiendo.

La puerta de su oficina no estaba cerrada con llave. Había un hombre dentro.

También le pareció familiar; pero éste estaba vivo, acuclillado delante de los archivadores de una forma peculiarmente agazapada. Era un hombre corpulento, de pecho profundo, con unos poderosos antebrazos y unos pómulos anchos y recios. Su rostro brillaba con el sudor y sus ojos tenían un destello febril.

—¿Siferra? ¿Estás aquí?

—Vine a buscar las tablillas —dijo ella—. Las tablillas son muy importantes. Tienen que ser protegidas.

El hombre se levantó de su postura agachada y dio un par de pasos inseguros hacia ella.

—¿Las tablillas? ¡Las tablillas han desaparecido, Siferra! Los Apóstoles las robaron, ¿recuerdas?

—¿Desaparecido?

—Exacto, desaparecido. Como tu mente. Tu mente también ha desaparecido, ¿verdad? Tu rostro está vacío. No hay nadie en casa detrás de tus ojos. Puedo ver eso. Ni siquiera sabes quién soy.

—Eres Balik —dijo ella, y el nombre brotó en sus labios sin buscarlo.

—Así que recuerdas.

—Balik. Sí. Y Mudrin está en las escaleras. Mudrin está muerto, ¿lo sabías?

Balik se encogió de hombros.

—Supongo. Todos estaremos muertos dentro de muy poco. A estas alturas todo el mundo ya se ha vuelto loco. Pero, ¿por qué me molesto en decirte esto? Tú también estás loca. —Sus labios temblaron. Sus manos se agitaron. Una extraña risita brotó de su boca, y encajó las mandíbulas como para reprimirla—. He permanecido aquí durante toda la Oscuridad. Estuve trabajando hasta tarde, y cuando las luces empezaron a fallar… Dios mío —dijo—, las Estrellas. Las Estrellas. Sólo les eché una rápida mirada. Y luego me metí debajo del escritorio y permanecí ahí todo el tiempo. —Se dirigió a la ventana—. Pero Onos está saliendo de nuevo. Lo peor tiene que haber pasado. ¿Está todo en llamas ahí fuera, Siferra?

—He venido a por las tablillas —dijo ella de nuevo.

—Han desaparecido. —Deletreó la palabra para ella—. ¿Me comprendes? Desaparecido. No están aquí. Fueron robadas.

—Entonces me llevaré los mapas que hicimos —dijo ella—. Debo proteger el conocimiento.

—Estás completamente loca, ¿verdad? ¿Dónde estuviste, en el observatorio? Tuviste una buena vista de las Estrellas, ¿verdad? —Rió de nuevo, con aquella risita suya, y empezó a cruzar en diagonal la

habitación y se acercó a ella. El rostro de Siferra se crispó con desagrado. Ahora podía oler su sudor, acre y fuerte y desagradable. Olía como si no se hubiera bañado en una semana. Parecía como si no hubiera dormido en un mes—. Ven aquí —dijo, mientras ella retrocedía ante él —. No te haré ningún daño.

—Quiero los mapas, Balik.

—Por supuesto. Te daré los mapas. Y las fotografías, y todo. Pero primero voy a darte otra cosa. Ven aquí, Siferra.

Adelantó una mano y tiró de ella hacia sí. Siferra sintió las manos del hombre en sus pechos y la aspereza de su mejilla contra la de ella. Su olor era insoportable. La furia creció en su interior. ¿Cómo se atreve a tocarme de este modo? Le empujó con brusquedad.

—¡Eh, no hagas eso, Siferra! Vamos. Sé agradable. Por todo lo que sabemos, podríamos ser los únicos que quedamos en el mundo. Tú y yo. Viviremos en el bosque y cazaremos pequeños animales y recogeremos nueces y bayas. Cazadores y recolectores, sí, y más tarde inventaremos la agricultura. —Se echó a reír.

Sus ojos parecían amarillos a la extraña luz. Su piel parecía amarilla también. Tendió de nuevo las manos hacia ella, ansioso, una se cerró sobre su pecho, la otra se deslizó hacia abajo por su espalda en busca de la base de su espina dorsal. Inclinó la cabeza contra el hueco de su garganta y hociqueó ruidosamente, como un animal. Sus caderas se agitaron y empujaron contra ella de una forma revulsiva. Al mismo tiempo empezó a forzarla hacia atrás en dirección a una esquina de la habitación.

De pronto Siferra recordó el palo que había recogido en alguna parte durante la noche en el edificio del observatorio. Todavía lo sujetaba, colgado blandamente de su mano. Lo alzó con rapidez y estrelló la punta contra la barbilla de Balik, con fuerza. La cabeza del hombre se sacudió hacia arriba y hacia atrás, sus dientes chasquearon.

La soltó y retrocedió unos tambaleantes pasos. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa y el dolor. Su labio estaba partido allá donde se lo había mordido, y la sangre resbalaba por una comisura de su boca.

—¡Eh, puta! ¿Por qué me has pegado?

—Me tocaste.

—Malditamente cierto. ¡Te toqué! Y ya era hora de que lo hiciera. —Se frotó la mandíbula—. Escucha, Siferra, tira ese palo y deja de mirarme de este modo. Soy tu amigo. Tu aliado. El mundo se ha convertido en una jungla ahora, y sólo estamos nosotros dos. Nos necesitamos el uno al otro. No es seguro intentar ir solos ahora. No puedes permitirte correr ese riesgo.

Avanzó de nuevo hacia ella, las manos alzadas, buscándola.

Le golpeó de nuevo.

Esta vez hizo girar el palo en un arco y lo estrelló contra un lado de su rostro, conectando con hueso. Hubo el audible restallar del impacto, y Balik se tambaleó hacia un lado por la fuerza del golpe. Con la cabeza vuelta a medias, la miró absolutamente asombrado y trastabilló hacia atrás. Pero mantuvo aún el equilibrio. Siferra le golpeó una tercera vez, por encima de la oreja, haciendo girar el palo en un largo arco con todas sus fuerzas. Cuando cayó, Siferra le golpeó una vez más, en el mismo lugar, y notó que todo cedía bajo el golpe. Los ojos del hombre se cerraron y emitió un sonido extrañamente blando, como un globo hinchado soltando el aire, y se derrumbó en la esquina contra la pared, con la cabeza hacia un lado y los hombros hacia el otro.

—No vuelvas a tocarme nunca más de esa forma —dijo Siferra, pinchándole con la punta del palo. Balik no respondió. Tampoco se movió.

Balik dejó de preocuparla.

Ahora a por las tablillas, pensó, sintiéndose maravillosamente tranquila.

No. Las tablillas habían desaparecido, había dicho Balik. Robadas. Y ahora recordó: lo habían sido realmente. Habían desaparecido justo antes del eclipse. Muy bien, los mapas entonces. Todos esos espléndidos dibujos que habían hecho de la Colina de Thombo. Las paredes de piedra, las cenizas en las líneas de los cimientos. Esos antiguos incendios, exactamente iguales que el fuego que estaba asolando Ciudad de Saro en este mismo momento.

¿Dónde estaban?

Oh. Aquí. En el archivador de los mapas, donde correspondía.

Rebuscó en él, extrajo un puñado de papeles como pergamino, los enrolló, se los metió bajo el brazo. Entonces recordó al hombre caído y lo miró. Pero Balik no se había movido. Ni parecía que volviera a hacerlo nunca, tampoco.

Fuera de la oficina, escaleras abajo. Mudrin permanecía allá donde lo había visto antes, tendido inmóvil y rígido en el descansillo. Siferra lo rodeó y siguió hacia la planta baja.

Fuera ya era bien entrada la mañana. Onos trepaba firmemente en el cielo, y las Estrellas eran pálidas ahora contra su brillo. El aire parecía más fresco y claro, aunque el olor del humo era denso todavía en la brisa. Allá junto al edificio de matemáticas vio a un grupo de hombres rompiendo ventanas. Un momento más tarde la vieron y le gritaron roncas e incoherentes palabras. Un par echaron a correr hacia ella.

Le dolía el pecho allá donde Balik había apretado. No deseaba que más manos la tocaran ahora. Se volvió y echó a correr detrás del edificio de arqueología, se abrió camino por entre los arbustos en el

extremo más alejado del sendero de atrás, cruzó diagonalmente un prado a la carrera, y se halló frente a un recio edificio gris que reconoció como el de Botánica. Había un pequeño jardín botánico detrás, y un vivero experimental en la colina más allá, al borde del bosque que rodeaba el campus.

Siferra miró hacia atrás y creyó ver a los hombres que aún la perseguían, aunque no podía estar segura. Corrió más allá de Botánica y saltó con facilidad la baja verja en torno al jardín botánico.

Un hombre que manejaba una máquina de segar la saludó con la mano. Llevaba el uniforme verde oliva de los jardineros de la universidad; y estaba segando metódicamente los arbustos, abriendo un amplio sendero de destrucción a un lado y a otro en el centro del jardín. Reía quedamente para sí mismo mientras trabajaba.

Siferra lo rodeó. Desde allí era una corta carrera hasta el vivero. ¿Todavía la estaban siguiendo? No deseaba tomarse el tiempo de mirar a sus espaldas. Sólo correr, correr, correr, ésa era la mejor idea. Sus largas y poderosas piernas la llevaron con facilidad entre las hileras de cuidadosamente plantados árboles. Avanzaba a zancadas regulares. Era bueno correr así. Correr. Correr.

Entonces llegó a una zona más silvestre del vivero, toda zarzas y espinas, todo fuertemente entrelazado. Siferra se hundió en ella sin vacilar, segura de que nadie iba a ir tras ella allí. Las ramas arañaron su rostro, rasgaron sus ropas. Mientras se abría camino por un denso grupo de vegetación perdió su presa sobre el rollo de mapas, y emergió al otro lado sin ellos.

Que se queden aquí, pensó. De todos modos ya no significan nada.

Pero ahora tenía que descansar. Jadeante, agotada, cruzó un pequeño arroyo en el extremo del vivero y se dejó caer sobre una extensión de frío musgo verde. Nadie la había seguido. Estaba sola.

Alzó la vista más allá de las copas de los árboles. La dorada luz de Onos inundaba el cielo. Las Estrellas ya no se veían por ninguna parte. La noche había terminado al fin, y la pesadilla también.

No, pensó. La pesadilla sólo acababa de empezar.

Oleadas de shock y náusea la atravesaron. El extraño aturdimiento que se había apoderado de su mente a lo largo de toda la noche empezaba a desaparecer. Al cabo de horas de disociación mental, empezaba a comprender de nuevo los esquemas de las cosas, juntar un acontecimiento más otro más otro y comprender su significado. Pensó en el campus en ruinas, y en las llamas que se elevaban por encima de la distante ciudad. En los locos que vagaban por todas partes, en el caos, en la devastación.

Balik. La fea sonrisa en su rostro cuando intentaba manosearla. Y la expresión de desconcierto cuando ella le golpeó.

Hoy he matado a un hombre, pensó Siferra, entre el asombro y el desánimo. *Yo. ¿Cómo puedo haber hecho una cosa así?*

Empezó a temblar. El horrible recuerdo marchitó su mente: el sonido que había hecho el palo cuando le golpeó, la forma en que Balik trastabilló hacia atrás, los otros golpes, la sangre, el retorcido ángulo de su cabeza. El hombre con el cual había trabajado durante año y medio, cavando pacientemente en las ruinas de Beklimot, caído como un animal en el matadero bajo sus mortíferos golpes. Y su absoluta calma mientras permanecía de pie sobre él después…, su satisfacción por el hecho de haber impedido que la siguiera molestando. Ésa era quizá la parte más horrible de todo.

Entonces Siferra se dijo que el hombre al que había matado no era Balik, sino sólo un loco que se había alojado dentro del cuerpo de Balik, con los ojos salvajes y la boca babeante mientras tendía sus garras hacia ella y la manoseaba. Como tampoco ella había sido realmente Siferra cuando dejó caer aquel palo, sino una Siferra fantasma, una Siferra onírica, caminando sonámbula por entre los horrores del amanecer.

Ahora, pensó, la cordura regresaba. Ahora todo el impacto de los acontecimientos de la noche estaba asentándose en ella. No sólo la muerte de Balik —no permitiría sentirse culpable por ello—, sino la muerte de toda una civilización.

Oyó voces en la distancia, en la dirección del campus. Voces densas, bestiales, las voces de aquellos cuyas mentes habían sido destruidas por las Estrellas y nunca volverían a ser completos. Buscó su palo. ¿También lo había perdido, en su frenética huida a través del vivero? No. No, ahí estaba. Siferra lo aferró y se puso en pie.

El bosque pareció hacerle señas. Se volvió y echó a correr hacia sus frías y oscuras frondas.

Y siguió corriendo mientras tuvo fuerzas.

¿Qué otra cosa podía hacer excepto seguir corriendo? Corriendo. Corriendo.

31

Era última hora de la tarde del tercer día desde el eclipse. Beenay caminaba cojeando por la tranquila carretera comarcal que conducía al Refugio, avanzando lenta y cuidadosamente, mirando a su alrededor en todas direcciones. Había tres soles brillando en el cielo, y las Estrellas habían regresado hacía tiempo a su ancestral oscuridad. Pero el mundo había cambiado irrevocablemente en esos tres días. Y también Beenay.

Éste era el primer día completo de poder de razonamiento restablecido del joven astrónomo. No tenía una idea clara de lo que había estado haciendo los dos días anteriores. Todo el período era una simple bruma, puntuada por los amaneceres y los ocasos de Onos, con otros soles vagando a través del cielo de tanto en tanto. Si alguien le hubiera dicho que éste era el cuarto día desde la catástrofe, o el quinto, o el sexto, Beenay no hubiera sido capaz de mostrarse en desacuerdo.

Le dolía la espalda, su pierna izquierda era una masa de magulladuras, y había arañazos incrustados en sangre a lo largo de todo un lado de su cara. Sentía dolores por todo el cuerpo, aunque el dolor de las primeras horas había cedido paso ahora a otros dolores más sordos de media docena de clases distintas que irradiaban desde diferentes partes de él.

¿Qué le había ocurrido? ¿Dónde había estado?

Recordaba la batalla en el observatorio. Deseaba poder olvidarla. Aquella aullante horda de loca gente de la ciudad derribando la puerta… Un puñado de Apóstoles con sus hábitos iban con ellos, pero principalmente eran tan sólo gente ordinaria, probablemente gente buena, simple, aburrida, que había pasado toda su vida haciendo las cosas buenas, simples y aburridas que mantienen en funcionamiento una civilización. Ahora, de pronto, la civilización había dejado de funcionar, y toda aquella agradable gente ordinaria se había visto transformada en un parpadeo en bestias furiosas.

El momento en que entraron…, qué terrible había sido. Aplastando las cámaras que acababan de registrar los inapreciables datos del eclipse, arrancando el tubo del gran solarscopio del techo del observatorio, alzando los terminales de ordenador por encima de sus cabezas y estrellándolos contra el suelo…

¡Y Athor alzándose como un semidiós por encima de ellos, ordenándoles que se marcharan…! Había sido lo mismo que ordenarles a las mareas del océano que dieran la vuelta y se alejaran.

Beenay recordaba haberle implorado a Athor que se fuera con él, que huyera mientras aún había una posibilidad.

—¡Suéltame, joven! —había rugido Athor, casi como si no le reconociera—. ¡Quite sus manos de mí, señor! —Y entonces Beenay se había dado cuenta de lo que hubiera debido ver antes: que Athor se había vuelto loco, y que la pequeña parte de la mente de Athor que aún era capaz de funcionar racionalmente ansiaba la muerte. Lo que quedaba de Athor había perdido toda voluntad de vivir…, de seguir adelante en el terrible nuevo mundo de barbarie poscataclismo. Eso era lo más trágico de todo, pensó Beenay: la destrucción de la voluntad de vivir de Athor, la impotente rendición del gran astrónomo frente al holocausto de la civilización.

Y luego…, la huida del observatorio. Eso era lo último que recordaba Beenay con un cierto grado de confianza: mirar hacia atrás, a la sala principal del observatorio, mientras Athor desaparecía bajo un grupo de amotinados, luego volverse y cruzar a toda prisa una puerta lateral, bajar por la escalera de incendios, ir por la parte de atrás hasta el apareamiento…

Donde las Estrellas le aguardaban en toda su terrible majestad.

Con lo que más tarde se había dado cuenta de que era una sublime inocencia, o una absoluta confianza en sí mismo que rozaba la arrogancia, Beenay había subestimado totalmente su poder. En el observatorio, en el momento de su aparición, había estado demasiado preocupado con su trabajo para ser vulnerable a su fuerza: simplemente las había anotado como un suceso notable, para ser examinado con detalle cuando tuviera un momento libre, y luego había seguido con lo que estaba haciendo. Pero ahí fuera, bajo la despiadada bóveda del cielo abierto, las Estrellas le habían golpeado con todo su poder.

Se sintió abrumado por su visión. La implacable y fría luz de aquellos miles de soles descendió sobre él y le derribó abyectamente de rodillas. Se arrastró por el suelo, ahogado por el miedo, inspirando el aire en grandes y temblorosos jadeos. Sus manos se estremecían febrilmente, su corazón palpitaba, ríos de sudor corrían por su ardiente rostro. Cuando algún jirón del científico que había sido le motivaba lo suficiente como para volver su rostro hacia el colosal resplandor encima de su cabeza, a fin de poder examinar y analizar y registrar, se veía impulsado a ocultar los ojos tras sólo uno o dos segundos de contemplación.

Eso podía recordarlo: la lucha para mirar las Estrellas, su fracaso, su derrota.

Después de eso, todo era impreciso. Un día o dos, suponía, de vagar por el bosque. Voces en la distancia, risas cacareantes, secos y discordantes cantos. Crepitantes fuegos en el horizonte; el amargo olor del humo por todas partes. Arrodillarse para hundir el rostro en un arroyo, fría y rápida agua deslizándose por su mejilla. Verse rodeado

por un pequeño núcleo de animales —no salvajes, decidió más tarde Beenay, sino animales de compañía que habían escapado de sus hogares— y gritarles aterrado como si tuvieran intención de hacerle pedazos.

Recoger bayas de unos matorrales espinosos. Trepar a un árbol para arrancar tiernos frutos dorados, y caer, y aterrizar con un desastroso y sordo golpe. Las largas horas de dolor antes de poder ponerse de nuevo en pie y seguir caminando.

Una repentina y furiosa lucha en la parte más profunda y oscura del bosque: puños agitados, codos clavados en costillas, arteras patadas, luego arrojar de piedras, gritos bestiales, el rostro de un hombre muy cerca del suyo, ojos tan rojos como llamas, un feroz forcejeo, los dos rodando una y otra vez…, las manos tendidas hacia una enorme roca, el acto de bajarla brutalmente en un solo y decisivo movimiento…

Horas. Días. Una bruma febril.

Luego, en la mañana del tercer día, recordar finalmente quién era, lo que había ocurrido. Pensar en Raissta, su compañera contractual. Recordar que le había prometido que iría a buscarla al Refugio cuando hubiera terminado su trabajo en el laboratorio.

El Refugio…, ¿dónde estaba eso?

La mente de Beenay había sanado lo suficiente como para recordar que el lugar que había establecido la gente de la universidad para refugiarse estaba a medio camino entre el campus y Ciudad de Saro, en una zona despejada y rural de ondulantes llanuras y herbosos prados. El viejo acelerador de partículas del Departamento de Física estaba allí, una enorme cámara subterránea, abandonada hacía unos pocos años cuando habían construido el nuevo centro de investigación en las Alturas de Saro. No había resultado difícil equipar las resonantes salas de cemento para una ocupación a corto plazo de varios centenares de personas y, puesto que el emplazamiento del acelerador siempre había estado protegido de un fácil acceso por razones de seguridad, no fue ningún problema convertir el lugar a prueba contra todo tipo de invasión de gente de la ciudad que pudiera volverse loca durante el eclipse.

Pero, para encontrar el Refugio, primero Beenay tenía que averiguar dónde estaba él ahora. Había estado vagando al azar en un deprimente estupor durante al menos dos días, quizá más. Podía estar en cualquier parte.

En las primeras horas de la mañana halló su camino fuera del bosque, casi por accidente, y salió de forma inesperada en lo que en su tiempo había sido un elegante distrito residencial. Ahora estaba desierto y en un terrible desorden, con coches amontonados de cualquier modo en las calles allá donde sus propietarios los habían

abandonado cuando habían dejado de ser capaces de seguir conduciendo, y algún que otro cuerpo ocasional tendido en la calzada bajo una negra nube de moscas. No había ninguna señal de que hubiera alguien vivo allí.

Pasó una larga mañana avanzando por una carretera suburbana flanqueada por ennegrecidas casas abandonadas, sin reconocer un solo rasgo familiar. A mediodía, cuando Trey y Patru se alzaron en el cielo, entró en una casa por la abierta puerta y comió todo lo que pudo encontrar que no estuviera estropeado. No manó agua por el grifo de la cocina; pero encontró agua embotellada en un rincón del sótano y bebió tanta como pudo. Se lavó con el resto.

Después echó a andar por una serpenteante carretera hasta su final sin salida, rodeado de imponentes moradas, todas ellas quemadas hasta los cimientos. No quedaba nada de la casa más superior excepto un patio en la ladera de la colina decorado con azulejos rosas y azules, sin duda muy hermosos en su tiempo, pero estropeados ahora por densos montones ennegrecidos de restos apilados dispersos por toda su brillante superficie. Se abrió camino con dificultad hasta allá y observó el valle al otro lado.

El aire estaba muy quieto. No se veían aviones, no había ningún sonido de tráfico terrestre, un extraño silencio resonaba en todas direcciones.

De pronto, Beenay supo dónde estaba, y todo encajó en su lugar.

La universidad era visible a su izquierda, un hermoso agrupamiento de edificios de ladrillo, muchos de ellos estriados ahora de negro y algunos al parecer totalmente destruidos. Más allá, en su alto promontorio, estaba el observatorio. Beenay lo miró rápidamente y desvió la vista, feliz de que a aquella distancia no fuera capaz de distinguir claramente sus condiciones.

Más lejos a su derecha estaba Ciudad de Saro, resplandeciendo a la brillante luz del sol. A sus ojos parecía casi intocada. Pero sabía que, si tuviera unos gemelos de campaña, seguramente vería ventanas rotas, edificios derrumbados, rescoldos aún brillantes, volutas de humo alzándose en el cielo, todas las cicatrices de la conflagración que había estallado en el Anochecer.

Inmediatamente debajo de él, entre la ciudad y el campus, estaba el bosque por el que había estado vagando durante el período de su delirio. El Refugio tenía que estar justo al otro lado de éste; era muy probable que hubiera pasado a unos pocos cientos de metros de su entrada hacía un día o así, sin saberlo.

El pensamiento de cruzar ese bosque de nuevo no le atraía en absoluto. Seguro que todavía estaba lleno de locos, degolladores, animales de compañía escapados de sus casas y furiosos, todo tipo de cosas susceptibles de crear problemas. Pero, desde este punto

ventajoso en la cima de la colina, podía ver la carretera que cruzaba el bosque, y la disposición de las calles que conducían a esa carretera. Mantente en los caminos pavimentados, se dijo, y estarás bien.

Y así fue. Onos estaba todavía en el cielo cuando completó la travesía del bosque por la carretera y enfiló el pequeño camino rural que sabía que conducía al Refugio. Las sombras de la tarde apenas habían empezado a alargarse cuando llegó a la puerta exterior. Una vez pasada ésta, sabía Beenay, tendría que descender por un largo camino sin pavimentar que le llevaría a la segunda puerta, y luego, rodeando un par de edificios exteriores, hasta la hundida entrada al Refugio propiamente dicho.

La puerta exterior, una alta verja de malla metálica, estaba abierta cuando la alcanzó. Eso era un signo ominoso. ¿Había entrado la turba ahí dentro también?

Pero no había ningún signo de destrucción. Todo estaba tal como debería de estar, excepto que la puerta estaba abierta. Entró, desconcertado, y echó a andar por el camino sin pavimentar.

La puerta interior, al menos, estaba cerrada.

—Soy Beenay 25 —le dijo a la puerta, y dio su número de código de identificación universitaria. Transcurrieron unos momentos, que se prolongaron a minutos, y no ocurrió nada. El verde ojo del escáner sobre su cabeza parecía funcionar —vio sus lentes girar de lado a lado —, pero quizá los ordenadores que lo operaban habían perdido su energía o simplemente se habían averiado. Aguardó. Aguardó un poco más—. Soy Beenay 25 —repitió al fin, y dio su número una segunda vez—. Estoy autorizado para entrar aquí. —Entonces recordó que el simple nombre y número no eran suficientes: había también un santo y seña.

Pero, ¿cuál era? El pánico ardió en su alma. No podía recordar. No podía recordar. ¡Qué absurdo, haber hallado finalmente su camino hasta allí y luego verse encallado en la puerta de fuera por su propia estupidez!

El santo y seña…, el santo y seña…

Tenía algo que ver con la catástrofe, seguro. «¿Eclipse?» No, no era eso. Estrujó su dolorido cerebro. «¿Kalgash Dos?» No parecía correcto. «¿Dovim?» «¿Onos?» «¿Estrellas?»

Eso se acercaba un poco más.

Entonces le llegó.

—*Anochecer* —dijo, triunfante.

Siguió sin ocurrir nada, al menos durante un largo rato.

Pero entonces, tras lo que pareció un millar de años, la puerta se abrió y le dejó pasar.

Zigzagueó más allá de los edificios y se enfrentó a la ovalada puerta metálica del Refugio en sí, clavada en el suelo en un ángulo de

cuarenta y cinco grados. Otro ojo verde le estudió allí. ¿Tenía que identificarse de nuevo? Evidentemente sí.

—Soy Beenay 25 —dijo, y se preparó para otra larga espera.

Pero la puerta empezó a girar sobre sus goznes casi de inmediato. Bajó la vista hacía el vestíbulo de suelo de cemento del Refugio.

Raissta 717 le aguardaba allí, apenas a diez metros de distancia.

—¡Beenay! —exclamó, y avanzó corriendo hacia él—. Oh, Beenay, Beenay…

Desde que habían formado pareja contractual, hacía dos años, nunca habían estado separados más allá de dieciocho horas. Ahora llevaban días sin verse. Atrajo su esbelto cuerpo contra el de él y la mantuvo fuertemente abrazada, y pasó mucho tiempo antes de que la soltara.

Entonces se dio cuenta de que estaban todavía de pie en la puerta abierta del Refugio.

—¿No deberíamos entrar y cerrar la puerta tras nosotros? —preguntó—. ¿Y si he sido seguido? No lo creo, pero…

—No importa. No hay nadie más aquí.

—¿Qué?

—Todos se fueron ayer —dijo ella—. Tan pronto como Onos se alzó. Deseaban que yo fuera con ellos, pero les dije que tenía que esperarte, así que me quedé.

Él la miró con la boca abierta, sin comprender.

Ahora vio lo cansada y pálida que estaba, lo delgada y consumida. Su pelo, en su tiempo lustroso, colgaba en descuidados mechones, y su rostro tenía el color de la tiza. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos. Parecía haber envejecido entre cinco y diez años.

—Raissta, ¿cuánto tiempo ha pasado desde el eclipse?

—Éste es el tercer día.

—Tres días. Eso es más o menos lo que había imaginado. —Su voz resonó de una forma extraña. Miró más allá de ella, al vacío Refugio. La desnuda cámara subterránea se extendía hasta casi perderse de vista, iluminada por una hilera de bombillas en el techo. No vio a nadie hasta donde sus ojos podían alcanzar. No había esperado aquello, en absoluto. Los planes habían sido que todo el mundo permaneciera oculto ahí abajo hasta que fuera seguro salir—. ¿Adónde han ido? —preguntó.

—A Amgando —respondió Raissta.

—¿El parque nacional de Amgando? ¡Pero eso está a cientos de kilómetros de aquí! ¿Están locos, saliendo de este escondite tan sólo al segundo día para dirigirse a un lugar medio al otro lado del país? ¿Tienes alguna idea de lo que ocurre ahí fuera, Raissta?

El parque de Amgando era una reserva natural, lejos al Sur, un

lugar poblado por animales salvajes, donde las plantas nativas de la provincia eran celosamente protegidas. Beenay había estado allí antes, cuando era un muchacho, con su padre. Era casi pura naturaleza salvaje, con unos cuantos senderos para excursiones a pie abiertos en ella.

—Pensaron que sería más seguro ir allí.

—*¿Seguro?*

—Llegó la noticia de que todo el mundo que aún estuviera cuerdo, todo el mundo que deseara tomar parte en la reconstrucción de la sociedad, debía reunirse en Amgando. Al parecer la gente está convergiendo allá desde todos lados, miles de ellos. De otras universidades principalmente. Y alguna gente del Gobierno.

—Estupendo. Toda una horda de profesores y políticos pisoteando el parque. Con todo lo demás arruinado, ¿por qué no arruinar también ese último rincón de territorio no estropeado que tenemos?

—Eso no es importante, Beenay. Lo importante es que el parque de Amgando se halla en manos de gente cuerda, es un enclave de civilización en la locura general. Y saben de nosotros, nos han pedido que nos reunamos con ellos. Votamos, y fue dos a uno a favor de ir.

—Dos a uno —dijo Beenay sombríamente—. Aunque tu gente no vio las Estrellas, ¡consiguió chiflarse de todos modos! Imagina abandonar el Refugio para emprender una caminata de quinientos kilómetros, ¿o son ochocientos?, a través del caos absoluto que se está produciendo por todas partes. ¿Por qué no aguardar un mes, o seis meses, o lo que sea? Teníais suficiente comida y agua para resistir aquí todo un año.

—Nosotros dijimos lo mismo —respondió Raissta—. Pero lo que ellos nos dijeron, la gente de Amgando, fue que el momento de ir era ahora. Si aguardábamos algunas semanas, las bandas de locos que merodearan por aquí se habrían unido y organizado ejércitos bajo señores de la guerra locales, y tendríamos que enfrentamos a ellos cuando saliéramos. Y si aguardábamos más de unas pocas semanas, los Apóstoles de la Llama probablemente habrían establecido un nuevo gobierno represivo, con su propia fuerza de Policía y Ejército, y seríamos interceptados en el momento mismo en que saliéramos del Refugio. Es ahora o nunca, dijo la gente de Amgando. Mejor tener que enfrentarse a dispersos bandidos independientes medio locos que a ejércitos organizados. Así que decidimos ir.

—Todo el mundo menos tú.

—Quería esperarte.

Él tomó su mano.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Dijiste que lo harías. Tan pronto como terminaras de fotografiar el eclipse. Siempre has mantenido tus problemas, Beenay.

—Sí —dijo Beenay, con un tono de voz remoto. Todavía no se había recobrado del shock de encontrar el Refugio vacío. Había esperado descansar allí, curar su magullado cuerpo completar el trabajo de restablecer su mente destrozada por las Estrellas. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora, instalarse allí ellos dos solos en aquella bóveda de cemento llena de ecos? ¿O intentar ir ellos también a Amgando? —La decisión de marcharse del Refugio tenía una especie de loco sentido, se dijo Beenay: suponiendo que tuviera algún sentido el que todo el mundo se reuniera en Amgando, era probablemente mejor hacer el viaje ahora, mientras el campo se hallaba en aquel alto grado de desorden, que aguardar a que nuevas entidades políticas, ya fueran los Apóstoles o bucaneros regionales privados, ahogaran toda posibilidad de viajes entre distritos, Pero había deseado encontrar sus amigos aquí…, sumergirse en una comunidad de gente con la que estaba familiarizada hasta haberse recobrado del shock de los últimos días. Dijo con voz apagada—: ¿Tienes alguna idea de lo que está ocurriendo ahí fuera, Raissta?

—Recibimos informes por comunicador, hasta que los canales de comunicación dejaron de emitir. Al parecer la ciudad resultó casi completamente destruida por el fuego, y la universidad fue muy dañada también… Es todo cierto, ¿verdad?

Beenay asintió.

—Por todo lo que sé, sí. Escapé del observatorio justo en el momento en que la turba entraba por la fuerza. Athor resultó muerto. Estoy completamente seguro. Todo el equipo fue destruido…, todas nuestras observaciones del eclipse arruinadas…

—Oh, Beenay. Lo lamento tanto.

—Conseguí salir por la parte de atrás. En el momento en que estuve fuera, las Estrellas me golpearon como una tonelada de ladrillos. Como dos toneladas. No puedes imaginar cómo fue, Raissta. Me alegra que no puedas imaginarlo. Estuve completamente fuera de mí durante un par de días, vagando por los bosques. No hay ley. Todo el mundo se halla a sus propios medios. Puede que haya matado a alguien en alguna pelea. Los animales de compañía de la gente corren salvajes, las Estrellas deben de haberlos vuelto locos también…, y son aterradores.

—Beenay, Beenay…

—Todas las casas han ardido. Esta mañana pasé por ese vecindario elegante que hay en la colina justo al sur del bosque, ¿Punta Onos, se llama…?, y la destrucción era increíble. No se veía ni un alma. Coches destrozados, cuerpos en las calles, las casas en ruinas… ¡Dios mío, Raissta, qué noche de locura! ¡Y la locura sigue todavía!

—Tú pareces estar bien —dijo ella—. Impresionado, pero no…

—¿Loco? Pero lo estuve. Desde el momento en que salí fuera bajo las Estrellas hasta que desperté hoy. Luego las cosas empezaron al fin a anudarse de nuevo en mi cabeza. Pero creo que es mucho peor para otra gente. Los que no tienen el menor grado de preparación emocional, los que simplemente alzaron la vista y…, ¡bam!, los soles habían desaparecido, las Estrellas brillaban en su lugar. Como dijo tu tío Sheerin, habrá todo un abanico de respuestas, desde la desorientación a corto plazo hasta la locura total y permanente.

Tranquilamente, Raissta dijo:

—Sheerin estuvo contigo en el observatorio durante el eclipse, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y luego?

—No lo sé. Yo estaba ocupado controlando las fotografías del eclipse. No tengo la menor idea de lo que fue de él. No parecía estar a la vista cuando entró la turba.

—Quizá se deslizó fuera en la confusión —dijo Raissta con una débil sonrisa—. Mi tío es así…, muy rápido con sus pies a veces, cuando hay problemas. No me gustaría que le hubiera ocurrido algo malo.

—Raissta, algo malo le ha ocurrido a todo el mundo. Puede que Athor tuviera la mejor idea: es preferible dejarse arrastrar y que ocurra lo deba ocurrir. De esa forma no tendrás que enfrentarse con la locura y el caos a nivel mundial.

—No debes decir eso, Beenay.

—No. No, no debo. —Se situó detrás de ella y masajeó suavemente sus hombros. Se inclinó hacia delante y le besó suavemente detrás de la oreja—. Raissta, ¿qué vamos a hacer?

—Creo que puedo adivinarlo —dijo ella.

Pese a todo, él se echó a reír.

—Me refiero a luego.

—Ya nos preocuparemos de eso entonces —respondió Raissta.

32

Theremon nunca había sido un hombre de aire libre. Se consideraba a sí mismo un muchacho urbano de la cabeza a los pies. Hierba, árboles, viento, cielo abierto…, en realidad no le *molestaban,* pero tampoco le ofrecían ningún atractivo especial. Durante años su vida se había movido dentro de una órbita triangular fija basada en el mundo urbano, que seguía rígidamente un esquema familiar limitado en una esquina por su pequeño apartamento, en otra por la oficina del *Crónica,* y por el Club de los Seis Soles en la tercera.

Ahora, de pronto, se había convertido en un morador de los bosques.

Lo más extraño era que casi le gustaba.

Lo que los ciudadanos de Ciudad de Saro llamaban «el bosque» era en realidad una franja boscosa de buen tamaño que empezaba justo al sudeste de la propia ciudad y se extendía a lo largo de una veintena de kilómetros o así por la orilla sur del río Seppitano. En su tiempo el bosque había sido mucho más extenso, una enorme selva que ocupaba una gran diagonal que cruzaba la sección media de la provincia hasta casi el mar, pero la mayor parte de él había cedido paso a la agricultura, y mucho de lo que quedaba había sido talado para dejar lugar a barrios suburbanos residenciales, y la universidad había dado otro buen mordisco hacía unos cincuenta años para lo que era el nuevo campus. No deseosa de verse engullida por el desarrollo urbano, la universidad se había movido entonces para conseguir que lo que quedaba fuese declarado parque protegido. Y, puesto que la regla desde hacía muchos años en Ciudad de Saro era que lo que la universidad quería, generalmente lo conseguía, la última franja de la antigua selva fue dejada tranquila.

Allá fue donde Theremon se encontró viviendo ahora.

Los primeros dos días fueron muy malos. Su mente estaba aún medio embrumada por los efectos de ver las Estrellas, y era incapaz de establecer ningún plan coherente. Lo principal era seguir vivo.

La ciudad ardía: había humo por todas partes, el aire era abrasador, desde algunos puntos ventajosos podían incluso verse las llamas danzar en los tejados…, todo tan obvio que no resultaba una buena idea intentar volver allí. En las secuelas del eclipse, una vez el caos dentro de su mente empezó a aclararse un poco, se limitó a seguir andando colina abajo desde el campus hasta que se dio cuenta de que entraba en el bosque.

Muchos otros habían hecho evidentemente lo mismo. Algunos parecían gente universitaria, otros eran probablemente restos de la turba que se había lanzado a asaltar el observatorio la noche del

eclipse, y el resto, supuso Theremon, eran suburbanitas arrojados de sus casas cuando se iniciaron los fuegos.

Todos los que veía parecían estar al menos tan trastornados mentalmente como él. Un buen número parecían estar mucho peor…, algunos de ellos completamente fuera de sus cabales, totalmente incapaces de controlarse.

No habían formado ningún tipo de bandas coherentes. Casi todos eran solitarios, que se movían a lo largo de misteriosos senderos privados por el bosque, o bien grupos de dos o tres; la mayor congregación que vio Theremon fue de ocho personas, que por su apariencia y forma de vestir parecían ser todos miembros de una misma familia.

Era horrible encontrarse con los auténticos locos: los ojos vacíos, los labios babeantes, las mandíbulas colgando, las ropas manchadas y hechas jirones. Recorrían los claros del bosque como muertos vivientes, hablando consigo mismos, cantando, dejándose caer ocasionalmente sobre manos y rodillas para 'arrancar puñados de hierba y masticarlos. Estaban por todas partes. El lugar era como un enorme asilo de locos, pensó Theremon. Probablemente todo el mundo era así.

Los de este tipo, los que se habían visto más afectados por la llegada de las Estrellas, eran generalmente inofensivos, al menos para los demás. Sus mentes estaban demasiado extraviadas para mostrar ningún interés en ser violentos, y su coordinación corporal estaba tan seriamente alterada que la violencia efectiva era de todos modos imposible para ellos.

Pero había otros que no estaban en absoluto tan locos, que a primera vista podían parecer casi normales, y esos planteaban realmente serios problemas.

Ésos, se dio cuenta rápidamente Theremon, encajaban en dos categorías. La primera consistía en gente que no sentía ninguna animosidad hacia nada pero que estaba histéricamente obsesionada por la posibilidad de que la Oscuridad y las Estrellas pudieran volver. Éstos eran los que encendían los fuegos.

Muy probablemente eran gente que había llevado una vida monótona y ordenada antes de la catástrofe: de índole familiar, trabajadora, esos vecinos agradables que tenemos todos. Mientras Onos estuvo en el cielo se mantuvieron perfectamente tranquilos; pero al momento mismo en que el sol primario empezó a hundirse en el Oeste y la tarde fue avanzando, el miedo a la Oscuridad les dominó, y miraron desesperados a su alrededor en busca de algo que quemar. Lo que fuera. Cualquier cosa. Dos o tres de los otros soles podían estar todavía sobre sus cabezas cuando Onos se puso, pero la luz de los soles menores no les pareció suficiente para calmar el ardiente miedo

a la Oscuridad que sentía esa gente.

Ésos eran los que habían quemado su propia ciudad a su alrededor. Los que, en su desesperación, habían prendido fuego a libros, papeles, muebles, los techos de las casas. Ahora, empujados al bosque por el holocausto en la ciudad, intentaban quemarlo también. Pero esto resultaba mucho más difícil. El bosque estaba densamente poblado, era lujurioso, su masa de árboles estaba bien provista de una miríada de arroyos que fluían al gran río que discurría por su linde. Reunir ramas verdes e intentar encenderlas no proporcionaba satisfactorias hogueras. En cuanto a la alfombra de madera muerta y hojas secas que cubría el suelo del bosque, estaba empapada por las recientes lluvias. La poca que aún era capaz de arder era hallada rápidamente y utilizada para encender fuegos de campamento, sin producir ningún tipo de conflagración general; y al segundo día las provisiones de este tipo de madera eran ya muy escasas.

Así que la gente incendiaria, impedida como estaba por las condiciones del bosque y por sus propias mentes embotadas por el shock, estaban teniendo muy poco éxito hasta el momento. Pero habían conseguido iniciar un par de fuegos de buen tamaño en el bosque de todos modos, que afortunadamente se consumieron a sí mismos en unas pocas horas porque habían agotado todo el combustible de las inmediaciones. Unos pocos días de clima cálido y seco, sin embargo, y esa gente podría ser capaz de incendiar todo el lugar, como habían hecho ya con Ciudad de Saro.

El segundo grupo de gente no enteramente estable que vagaba por el bosque le pareció a Theremon una amenaza más inmediata. Eran los que habían echado a un lado todos los frenos sociales. Eran los bandidos, los matones, los degolladores, los psicópatas, los maníacos homicidas; los que avanzaban como hojas desenfundadas por los tranquilos senderos del bosque, atacado a quienes les complacía, tomando todo lo que deseaban, matando a cualquiera lo bastante desafortunado como para suscitar su irritación.

Puesto que *todo el mundo* tenía una cierta expresión velada en sus ojos, algunos simplemente por cansancio, otros por desaliento, y otros por locura, uno nunca podía estar seguro, cuando se encontraba con alguien en el bosque, de su grado de peligrosidad. No había ninguna forma de decir a la primera ojeada si la persona que se te acercaba pertenecía al grupo de los perturbados o locos alucinados, y en consecuencia básicamente inofensivos, o era del tipo lleno de furia letal que atacaba a cualquiera que encontrara, sin ninguna razón detrás de sus acciones.

Así que rápidamente aprendías a ponerte en guardia contra cualquiera que apareciese andando y fanfarroneando por entre los árboles. Cualquier desconocido podía ser una amenaza. Podías estar

hablando muy amigablemente con alguien, comparando notas sobre vuestras experiencias desde la tarde del Anochecer, hasta que bruscamente el otro se ofendía ante cualquier observación casual tuya, o decidía que admiraba algún artículo de tus ropas, o quizá simplemente sentía un repentino aborrecimiento hacia tu rostro…, y, con un aullido propio de un animal, se lanzaba contra ti con ciega ferocidad.

Algunos de los de este tipo, sin duda, habían sido criminales desde un principio. La visión de la sociedad derrumbándose a su alrededor los había liberado de toda atadura. Pero otros, sospechaba Theremon, habían sido gente bastante plácida hasta que sus mentes se vieron hechas pedazos por las Estrellas. Entonces, de pronto, descubrieron que todas las inhibiciones de la vida civilizada huían de ellos. Olvidaron las reglas que habían hecho posible esa vida civilizada. Eran de nuevo como niños pequeños, asociales, preocupados sólo por sus propias necesidades…, pero tenían la fuerza de adultos y la fuerza de voluntad de los profundamente desequilibrados.

Lo que había que hacer, si uno quería sobrevivir, era evitar a los que uno sabía que estaban letalmente locos, o lo sospechaba. Lo que había que desear era que se mataran los unos a los otros dentro de los primeros días, dejando así el mundo seguro para los menos depredadores.

Theremon había tenido tres encuentros con locos de este terrible tipo en los primeros dos días. El primero, un hombre larguirucho con una extraña sonrisa diabólica que daba saltos al lado de un arroyo que Theremon deseaba cruzar, pidió que el periodista le pagara un peaje por pasar.

—Digamos tus zapatos. ¿O qué te parece tu reloj de pulsera?

—¿Qué le parece a usted apartarse de mi camino? —sugirió Theremon, y el hombre se puso frenético.

Agarró una estaca que Theremon no había visto hasta aquel momento, rugió alguna especie de grito de guerra, y cargó contra él. No había tiempo para tomar ninguna acción evasiva. Lo mejor que pudo hacer Theremon fue agacharse mientras el otro hombre hacia girar en un molinete su estaca con una horrible fuerza contra su cabeza.

Oyó la madera pasar silbando junto al oído y fallar por escasos centímetros. Golpeó el árbol que tenía detrás, astillándolo con su tremenda fuerza…, una fuerza tan grande que el impacto viajó a lo largo del brazo del hombre, y éste jadeó de dolor mientras la estaca caía de sus dedos bruscamente entumecidos.

Theremon estuvo encima de él en un instante: agarró el brazo herido del hombre y lo alzó secamente con despiadada fuerza,

haciendo que su atacante lanzara un gruñido agónico y se doblara y cayera gimiendo de rodillas. Theremon lo empujó por la espalda hacia abajo hasta que su rostro estuvo metido en el arroyo, y lo mantuvo allí. Y lo mantuvo allí. Y lo mantuvo allí.

Qué sencillo sería, pensó maravillado, simplemente mantenerlo allí con la cabeza bajo el agua hasta que se ahogara.

Una parte de su mente argumentaba realmente en favor de ello. *Podría haberte matado sin siquiera pensárselo. Líbrate de él. De otro modo, ¿qué harás cuando lo sueltes? ¿Luchar de nuevo con él? ¿Y si te sigue por todo el bosque en busca de revancha? Ahógalo ahora, Theremon. Ahógalo.*

Era una poderosa tentación. Pero sólo un segmento de la mente de Theremon estaba dispuesto a adaptarse tan fácilmente a la nueva moralidad de la jungla en que se había convertido el mundo. El resto de él retrocedía ante la idea; y al fin soltó al hombre y se echó hacia atrás. Recogió la caída estaca y aguardó.

Sin embargo, todo deseo de lucha parecía haber desaparecido del otro ahora. Tosiendo y jadeando, se levantó del arroyo con el agua chorreando de su boca y nariz y se sentó temblando junto a la orilla, estremecido, atragantándose y luchando por respirar. Miró hosca y temerosamente a Theremon, pero no hizo ningún intento de levantarse, y mucho menos de reanudar la pelea.

Theremon lo rodeó, cruzó el arroyo de un salto y desapareció en el bosque con rapidez.

Las implicaciones de lo que casi había hecho no le golpearon plenamente hasta unos diez minutos más tarde. Entonces se detuvo de pronto, en medio de un estallido de sudor y náusea, y fue barrido por un feroz ataque de vómito que lo sacudió de una forma tan salvaje que pasó mucho tiempo antes de que pudiera levantarse.

Después, aquella misma tarde, se dio cuenta de que sus vagabundeos lo habían conducido directamente al borde del bosque. Cuando miró entre los árboles vio una carretera —totalmente desierta — y, en el extremo más alejado de la carretera, las ruinas de un alto edificio de ladrillo de pie en medio de una amplia plaza.

Reconoció el edificio. Era el Panteón, La Catedral de Todos los Dioses.

No quedaba mucho de él. Cruzó la carretera y miró, incrédulo. Parecía como si se hubiera iniciado un incendio en el corazón mismo del edificio —¿qué habían estado haciendo, usar los bancos para hacer astillas?—, para ascender directamente por la estrecha torre encima del altar, prendiendo en las vigas de madera. Toda la torre se había derrumbado, arrastrando consigo las paredes. Los ladrillos estaban esparcidos por toda la plaza. Vio que emergían cuerpos entre los restos.

Theremon nunca había sido un hombre particularmente religioso. No conocía a nadie que lo fuera. Como todo el mundo, decía cosas como «¡Dios mío!» o «¡Dioses!» o «¡Grandes dioses!» para dar énfasis, pero la idea de que pudiera haber realmente un dios, o varios dioses, o lo que fuera que afirmara el sistema de creencias vigente en aquel momento, siempre le había parecido irrelevante para la forma en que vivía su vida. La religión le parecía algo medieval, peculiar y arcaico. De tanto en tanto acudía a una iglesia para asistir a la boda de un amigo —que era tan no creyente como él, por supuesto— o para cubrir algún rito oficial en su calidad de periodista, pero nunca había entrado en ningún tipo de edificio sagrado con propósitos religiosos desde su propia confirmación, cuando tenía diez años.

De todos modos, la visión de la catedral en ruinas lo alteró profundamente. Había asistido a su inauguración, hacía una docena de años, cuando era un joven periodista. Sabía los muchos millones de créditos que había costado el edificio; se había maravillado ante las espléndidas obras de arte que contenía; se había emocionado ante la maravillosa música del *Himno a los dioses* de Ghissimal cuando resonó por la gran sala. Ni siquiera él, que no creía en lo sagrado, pudo evitar el sentir que, si había algún lugar en Kalgash donde los dioses estuvieran realmente presentes, tenía que ser aquél.

¡Y los dioses habían permitido que el edificio fuese destruido de aquel modo! ¡Los dioses habían enviado las Estrellas, sabiendo que la locura que seguiría destruiría incluso su propio Panteón!

¿Qué significaba eso? ¿Qué decía eso acerca de lo incognoscible e insondable de los dioses…, suponiendo que existieran?

Nadie podría reconstruir nunca aquella catedral, sabía Theremon. Nadie volvería a ser nunca como había sido.

—Ayuda —llamó una voz.

Aquel débil sonido interrumpió las meditaciones de Theremon. Miró a su alrededor.

—Por aquí. Aquí.

A su izquierda. Sí. Theremon vio el brillo de unas ropas doradas a la luz del sol. Había un hombre medio enterrado entre los cascotes, un poco lejos, a un lado del edificio, uno de los sacerdotes al parecer, a juzgar por la riqueza de su atuendo. Estaba atrapado por debajo de la cintura por una pesada viga, y hacía gestos con lo que debían ser sus últimas fuerzas.

Theremon echó a andar hacia él. Pero, antes de que pudiera dar más de una docena de pasos, una segunda figura apareció en el extremo más alejado del caído edificio y avanzó corriendo: un hombrecillo delgado y ágil que trepó por los ladrillos con una rapidez animal en dirección al inmovilizado sacerdote.

Bien, pensó Theremon. Entre los dos podrían alzar aquella viga.

Pero, cuando estaba todavía a unos seis metros de distancia, se detuvo horrorizado. El ágil hombrecillo había alcanzado ya al sacerdote, se había inclinado sobre él y le había rebanado la garganta con un rápido golpe de un pequeño cuchillo, de una forma tan indiferente como alguien abriría un sobre, y ahora se ocupaba dedicadamente de cortar los cordones que sujetaban la rica vestimenta del sacerdote.

Alzó la cabeza y lanzó a Theremon una mirada furiosa. Sus ojos eran feroces y abrumadores.

—Es mío —gruñó, como una bestia de la jungla—. ¡Mío! —E hizo un floreo con el cuchillo.

Theremon se estremeció. Durante un largo momento permaneció helado sobre sus piernas, horriblemente fascinado por la eficiencia con la que el saqueador estaba despojando al muerto sacerdote. Luego, abrumado por la tristeza, dio media vuelta y se alejó a toda prisa, cruzó la carretera y volvió a adentrarse en el bosque. No tenía sentido hacer ninguna otra cosa.

Aquella tarde, cuando Tano y Sitha y Dovim llenaron el cielo con su melancólica luz, Theremon se concedió unas cuantas horas de fragmentario sueño en un denso bosquecillo; pero despertó una y otra vez, imaginando que algún loco con un cuchillo se arrastraba sigilosamente hacia él para robarle los zapatos. El sueño le abandonó mucho antes de la salida de Onos. Parecía casi sorprendente hallarse aún vivo cuando finalmente llegó la mañana.

Medio día más tarde tuvo su tercer encuentro con uno de la nueva raza de asesinos. Esta vez cruzaba un herboso prado cerca de uno de los brazos del río cuando divisó a dos hombres sentados en un sombreado claro justo al otro lado del camino, jugando a algún tipo de juego con unos dados. Parecían tranquilos y bastante pacíficos. Pero cuando Theremon se acercó más, se dio cuenta de que entre ellos se había desatado una discusión; y entonces, de una forma impensablemente rápida, uno de los hombres agarró un cuchillo de cortar pan que estaba sobre una manta a su lado y lo hundió con mortífera fuerza en el pecho del otro hombre.

El que había manejado el cuchillo miró a Theremon y le sonrió.

—Me engañó —dijo—. Ya sabe usted cómo es eso. Te pone furioso. No puedo soportarlo cuando alguien intenta engañarme. —Todo aquello le parecía muy normal. Ensanchó su sonrisa e hizo resonar los dados—. Eh, ¿quiere echar una partida?

Theremon contempló los ojos de la locura.

—Lo siento —dijo, tan indiferentemente como pudo—. Estoy buscando a mi amiga.

Siguió andando.

—¡Eh, puede buscarla más tarde! ¡Venga y juegue un poco!

—Creo que la veo —exclamó Theremon, y avanzó más aprisa, y se alejó de allí sin mirar atrás ni una sola vez.

Después de eso, se mostró menos despreocupado en su vagar por el bosque. Halló un rincón abrigado en lo que parecía un claro relativamente desocupado y se construyó un pequeño refugio bajo un saliente. Había un arbusto de bayas cerca cargado de frutos rojos comestibles, y cuando sacudió el árbol justo al otro lado de su refugio cayó sobre él una lluvia de redondas nueces amarillas que contenían una almendra oscura y muy sabrosa. Estudió el pequeño arroyo un poco más allá, preguntándose si contendría algo comestible que pudiera atrapar; pero no parecía haber nada en él excepto diminutos peces, y se dio cuenta de que, aunque consiguiera atraparlos, tendría que comerlos crudos, porque no tenía nada que pudiera utilizar como combustible para una hoguera ni ninguna forma de encenderlo.

Vivir de bayas y nueces no era la idea de Theremon de una vida en gran estilo, pero podría tolerarlo unos cuantos días. Su cintura empezaba ya a reducirse loablemente: el único efecto secundario admirable de toda la calamidad. Mejor permanecer oculto allá hasta que las cosas se calmaran.

Estaba completamente seguro de que las cosas *se calmarían.* La cordura general iba a regresar, más pronto o más tarde. O eso esperaba, al menos. Sabía que él mismo había recorrido un largo camino de vuelta desde los primeros momentos de caos que la visión de las Estrellas habían inducido en su cerebro.

Cada día que transcurría se sentía más estable, más capaz de enfrentarse a las cosas. Tenía la impresión de ser de nuevo su antiguo yo, aún un poco estremecido quizás, un poco nervioso, pero eso era de esperar. Al menos se sentía fundamentalmente cuerdo. Se dio cuenta de que muy probablemente había sufrido un impacto menos fuerte durante el Anochecer que la mayoría de la gente: que era más adaptable, de mente más fuerte, más capaz de soportar el terrible impacto de aquella experiencia despedazadora. Pero quizá todo el mundo se estuviera recuperando también, incluso aquellos que se habían visto mucho más profundamente afectados que él, y tal vez fuera seguro más adelante salir y ver si se estaba haciendo algo en alguna parte por intentar volver a recomponer el mundo.

Pero de momento, se dijo, lo que tenía que hacer era permanecer tranquilamente allí y evitar ser asesinado por alguno de esos psicópatas que corrían por ahí fuera. Que arreglaran las cuentas unos con otros tan rápido como pudieran; luego él saldría arrastrándose cautelosamente para averiguar qué ocurría. No era un plan particularmente valeroso. Pero parecía muy prudente.

Se preguntó qué les habría ocurrido a los demás que estaban en el observatorio con él en el momento de la Oscuridad. A Beenay, a

Sheerin, a Athor. A Siferra.

En especial a Siferra.

De tanto en tanto Theremon pensaba en aventurarse fuera y buscarla. Era una idea atractiva. Durante sus largas horas de soledad hacía girar en su cabeza resplandecientes fantasías de lo que sería tropezarse con ella en alguna parte de aquel bosque. Los dos viajando juntos a través de aquel mundo transformado y aterrador, formando una alianza de protección mutua…

Se había sentido atraído hacia ella desde un principio, por supuesto. Pero, por todo lo que había conseguido con ello, igual hubiera sido no haberla conocido, pensó: hermosa como era, parecía pertenecer al tipo de mujer que se basta absolutamente a sí misma, que no necesita la compañía de ningún hombre, o de ninguna mujer, puestos a ello. Había conseguido que saliera con él de tanto en tanto, pero le había mantenido con serenidad y eficiencia a una distancia segura todo el tiempo.

Theremon era lo suficientemente experimentado en cosas mundanas como para comprender que ninguna cantidad de charla lisonjera era lo bastante persuasiva para penetrar unas barreras que habían sido tan decididamente alzadas. Hacía mucho tiempo que había decidido que ninguna mujer que valiera la pena podía ser nunca seducida; podías presentarle la posibilidad, pero en último término tenías que dejarle a ella efectuar por ti la seducción, y si no les apetecía, entonces era muy poco lo que tú podías hacer por cambiar el resultado de las cosas. Y, con Siferra, las cosas se habían ido deslizando en la dirección equivocada para él a lo largo de todo el año. Ella se había vuelto ferozmente contra él —y con cierta justificación, pensó muy a su pesar— cuando él empezó su desafortunada campaña de burlas contra Athor y el grupo del observatorio.

En algún momento casi al final había tenido la impresión de que ella se estaba debilitando, que se estaba mostrando interesada pese a todo en él. ¿Por qué otro motivo le había invitado al observatorio, contra las acaloradas órdenes de Athor, la tarde del eclipse? Durante un corto momento aquella tarde había parecido florecer un auténtico contacto entre ellos.

Pero entonces había llegado la Oscuridad, las Estrellas, la turba, el caos. Después de eso, todo se había sumido en la confusión. Pero si pudiera hallarla de algún modo, ahora…

Trabajaríamos bien juntos, pensó. Formaríamos un tremendo equipo…, decidido, competente, orientado a la supervivencia. Fuera cual fuese el tipo de civilización que evolucionara, hallaríamos un buen lugar para nosotros en ella.

Y, si se había armado alguna pequeña barrera psicológica entre

ellos antes, estaba seguro de que a ella le parecería sin importancia ahora. Se hallaban en un mundo completamente nuevo, y eran necesarias nuevas actitudes si uno quería sobrevivir.

Pero, ¿cómo podía hallar a Siferra? Por todo lo que sabía, no había abierto ningún circuito de comunicaciones. Ella era sólo una entre los millones de personas perdidas por aquella zona. Sólo el bosque contenía probablemente una población de varios miles en estos momentos; y no tenía ninguna razón para suponer siquiera que estaba en el bosque. Podía estar a ochenta kilómetros de allí en estos momentos. Podía estar muerta. Buscarla era una tarea condenada al fracaso; era peor que intentar hallar la proverbial aguja en el pajar. Este pajar ocupaba varios condados, y la aguja podía estar alejándose a cada hora que pasaba. Sólo gracias a la más sorprendente de las coincidencias podría llegar a localizar a Siferra o, ahora que pensaba en ello, cualquier otra persona conocida.

Cuanto más pensaba Theremon en las posibilidades de encontrarla, sin embargo, menos imposible le parecía la tarea. Y, al cabo de un tiempo, empezó a parecerle algo completamente posible.

Quizá su reciente optimismo fuera un subproducto de su ahora aislada vida. No tenía nada que hacer excepto pasar las horas de cada día sentado junto al arroyo, observando los rápidos movimientos de los pececillos…, y pensando. Y, a medida que reevaluaba interminablemente las cosas, el hecho de hallar a Siferra pasaba de aparentemente imposible a tan sólo improbable, y de improbable a difícil, y de difícil a un reto, y de un reto a algo realizable, y de algo realizable a algo que podía conseguirse.

Todo lo que tenía que hacer, se dijo, era volver a meterse en el bosque y reclutar un poco de ayuda de aquellos que fueran razonablemente funcionales. Decirles a quién intentaba hallar, y cuál era su aspecto. Hacer correr la voz. Emplear algunas de sus habilidades periodísticas. Y hacer uso de su status como una celebridad local.

—Soy Theremon 762 —les diría—. Ya saben, del *Crónica.* Ayúdenme y haré que les valga la pena. ¿Quieren su nombre en el periódico? ¿Quieren que les haga famosos? Puedo hacerlo. No importa que el periódico no se publique en estos momentos. Más pronto o más tarde volverá, y yo estaré allí con él, y podrán verse ustedes retratados en medio mismo de la primera página. Pueden contar con ello. Simplemente ayúdenme a encontrar a esa mujer a la que estoy buscando y…

—¿Theremon?

Una voz familiar, aguda, alegre. Se detuvo en seco, entrecerró los ojos ante el brillo de la luz del mediodía que penetraba por entre los árboles, miró a un lado y a otro para localizar al que había hablado.

Llevaba dos horas andando, buscando a gente que estuviera dispuesta a salir y hacer correr la voz en beneficio del famoso Theremon 762 del *Crónica* de Ciudad de Saro. Pero hasta ahora sólo había encontrado a seis personas. Dos de ellas habían echado a correr en el momento mismo en que le vieron. Una tercera siguió sentada allá donde estaba, cantándole suavemente a sus pies descalzos. Otra, acuclillada en la ahorcadura de un árbol, frotaba metódicamente dos cuchillos de cocina el uno contra el otro con un celo maníaco. Los dos restantes se le habían quedado mirando cuando les dijo lo que deseaba; uno no pareció comprender en absoluto, y el otro estalló en un acceso de incontenibles carcajadas. No podía esperar mucha ayuda de ninguno de ellos.

Y ahora parecía que alguien le había encontrado *a él*.

—¿Theremon? Por aquí. Por aquí, Theremon. Aquí estoy. ¿No me ve hombre? ¡Por aquí!

33

Theremon miró a su izquierda, a un conjunto de arbustos de enormes hojas espinosas en forma de parasol. Al principio no vio nada inusual. Luego las hojas oscilaron y se apartaron, y un hombre rechoncho apareció ante la vista.

—¿Sheerin? —murmuró asombrado.

—Bueno, al menos no ha ido tan lejos como hasta haber olvidado mi nombre.

El psicólogo había perdido algo de peso, e iba incongruentemente vestido con un mono y un roto pulóver. Una pequeña hacha con el filo dentado colgaba indolentemente de su mano izquierda. Eso era quizá lo más incongruente de todo, el que Sheerin llevara un hacha. No hubiera sido mucho más extraño verle caminar por ahí con una segunda cabeza o un par extra de brazos.

—¿Cómo se encuentra, Theremon? —preguntó Sheerin—. Grandes dioses, su ropa está hecha unos zorros, ¡y todavía no ha transcurrido una semana! Pero supongo que yo no estoy mucho mejor. —Se miró a sí mismo—. ¿Me ha visto alguna vez tan delgado? Una dieta de hojas y bayas lo adelgaza realmente a uno, ¿no cree?

—Todavía le falta mucho camino por recorrer antes de que yo pueda llamarle delgado —indicó Theremon—. Pero no parece tan gordo como antes. ¿Cómo me encontró?

—No buscándole. Es la única forma, cuando todo funciona completamente al azar. Estuve en el Refugio, pero no había nadie allí. Ahora voy de camino hacia el parque de Amgando. Estaba simplemente recorriendo el sendero que corta por el centro del bosque, y ahí le vi. —El psicólogo avanzó unos pasos y tendió la mano —. ¡Por todos los dioses, Theremon, es una alegría ver un rostro amistoso de nuevo! Es usted amistoso, ¿verdad? ¿No es homicida?

—No lo creo.

—Hay más locos por metro cuadrado aquí de los que he visto en toda mi vida, y he visto montones de ellos, permítame decirlo. — Sheerin agitó la cabeza y suspiró—. ¡Dioses! Nunca soñé que pudiera ser tan malo. Ni siquiera con toda mi experiencia profesional. Pensé que iba a ser malo, sí, muy malo, pero no *tan* malo.

—Usted predijo una locura universal —le recordó Theremon—. Yo estaba allí. Le oí decirlo. Predijo usted el completo derrumbe de la civilización.

—Una cosa es predecirlo. Otra completamente distinta es hallarse en medio de todo ello. Es algo muy humillante, Theremon, para un académico como yo, descubrir que sus teorías abstractas se convierten en una realidad concreta. Me sentía tan locuaz, tan alegremente

despreocupado. «Mañana no habrá ninguna ciudad que se alce incólume en todo Kalgash», dije, y en realidad todo no eran más que palabras para mí, sólo un ejercicio filosófico, completamente abstracto. «El fin del mundo en el que acostumbrabais a vivir.» Sí. Sí. —Sheerin se estremeció—. Y todo ocurrió exactamente como yo había dicho. Pero supongo que en realidad yo no creía en mis propias lúgubres predicciones, hasta que todo se estrelló a mi alrededor.

—Las Estrellas —indicó Theremon—. En realidad usted nunca tuvo en cuenta las Estrellas. Eso fue lo que ocasionó el auténtico daño. Quizá la mayoría de nosotros hubiéramos podido soportar la Oscuridad, sentirnos tan sólo un poco sacudidos, un poco trastornados. Pero las Estrellas…, las Estrellas…

—¿Fue muy malo para usted?

—Bastante malo, al principio. Ahora estoy mejor. ¿Y usted?

—Me oculté en el sótano del observatorio durante lo peor. Apenas resulté afectado. Cuando salí al día siguiente, todo el observatorio estaba hecho una ruina. No puede imaginar la carnicería por todo el lugar.

—¡Maldito Folimun! —exclamó Theremon—. Los Apóstoles…

—Echaron leña al fuego, sí. Pero el fuego hubiera prendido de todos modos.

—¿Qué sabe de la gente del observatorio? ¿Athor, Beenay y el resto? Siferra…

—No vi a ninguno de ellos. Pero tampoco hallé sus cuerpos cuando examiné el lugar. Quizás escaparon. La única persona con la que me tropecé fue Yimot…, ¿lo recuerda? Uno de los estudiantes graduados, aquel tan alto y desmañado. Él también se había ocultado. —El rostro de Sheerin se ensombreció—. Después de eso viajamos juntos durante un par de días…, hasta que fue muerto.

—¿Muerto?

—Por una niña: diez, doce años. Con un cuchillo. Una niña muy dulce. Fue directamente hacia él, se echó a reír, le acuchilló sin la menor advertencia. Y echó a correr y se alejó, aún riendo.

—¡Por los dioses!

—Los dioses ya no escuchan, Theremon. Si es que escucharon alguna vez.

—Supongo que no… ¿Dónde ha estado viviendo, Sheerin?

Su expresión se hizo vaga.

—Aquí. Allá. Volví primero a mi apartamento, pero todo el complejo de edificios había ardido. Sólo era un cascarón, no había nada recuperable. Dormí allí aquella tarde, justo en medio de las ruinas. Yimot estaba conmigo. Al día siguiente nos dirigimos hacia el Refugio, pero no había ninguna forma de llegar allí desde donde estábamos. La carretera estaba bloqueada…, había incendios por todas

partes. Y, donde ya no ardían, nos hallábamos ante montañas de cascotes que nos cortaban el paso. Parecía una zona de guerra. Así que nos dirigimos al Sur, al interior del bosque, pensando que podríamos rodearlo por la carretera del vivero e intentar alcanzar el Refugio por aquel lado. Fue entonces cuando…, Yimot fue muerto. El bosque debió ser allá adonde fueron los más afectados.

—Es a donde fue todo el mundo —dijo Theremon—. Es más difícil prender fuego al bosque que a la ciudad. ¿Me dijo usted que cuando finalmente llegó al Refugio lo halló vacío?

—Exacto. Llegué a él ayer por la tarde, y estaba completamente abierto. La puerta exterior y la interior también, y la propia puerta del Refugio. Todo el mundo se había ido. Hallé una nota de Beenay clavada en la parte delantera.

—¡Beenay! ¡Entonces llegó sano y salvo al Refugio!

—Al parecer sí —dijo Sheerin—. Un día o dos antes que yo, supongo. Lo que decía su nota era que todo el mundo había decidido evacuar el Refugio y encaminarse al parque de Amgando, donde algunas personas de los distritos del Sur están intentando establecer un Gobierno temporal. Cuando llegó al Refugio no halló a nadie allí excepto mi sobrina Raissta, que debía de estarle aguardando. Ahora han ido también a Amgando. Y allí voy yo. Mi amiga Liliath estaba en el Refugio, ¿sabe? Supongo que se halla de camino a Amgando con los otros.

—Suena descabellado —dijo Theremon—. Estaban tan seguros en el Refugio como podían estarlo en cualquier otro lugar. ¿Por qué demonios desearían salir a todo este loco caos e intentar recorrer centenares de kilómetros hasta Amgando?

—No lo sé. Pero debieron de tener alguna buena razón. En cualquier caso no tenemos elección, ¿no cree? Usted y yo. Todos los que aún siguen cuerdos se están congregando allí. Podemos quedarnos aquí y aguardar a que alguien nos abra en canal de la forma que lo hizo esa niña de pesadilla con Yimot…, o podemos correr el riesgo de intentar llegar a Amgando. Aquí estamos inevitablemente condenados, más pronto o más tarde. Si podemos llegar a Amgando estaremos seguros.

—¿Ha sabido algo de Siferra? —preguntó Theremon.

—Nada. ¿Por qué?

—Me gustaría encontrarla.

—Puede que haya ido a Amgando también. Si se encontró con Beenay en alguna parte a lo largo del camino, él debió de decirle adónde iba todo el mundo y…

—¿Tiene alguna razón para creer que puede haber ocurrido eso?

—Es sólo una suposición.

—Mi suposición es que ella sigue todavía en alguna parte por los

alrededores —dijo Theremon—. Quiero probar de hallarla.

—Pero las posibilidades en contra son…

—Usted me encontró *a mí,* ¿no?

—Sólo por accidente. Las posibilidades de que sea usted capaz de localizarla del mismo modo…

—Son bastante buenas —dijo Theremon—. O eso prefiero creer. Voy a intentarlo, de todos modos. Siempre puedo ir a Amgando más tarde. *Con* Siferra.

Sheerin le dirigió una extraña mirada, pero no dijo nada.

—¿Piensa que estoy loco? —murmuró Theremon—. Bueno, quizá sí.

—Yo no dije eso. Pero creo que está arriesgando usted su cuello para nada. Este lugar se está convirtiendo en una jungla prehistórica. Todo se ha vuelto completamente salvaje, y no va a mejorar en los próximos días, por lo que he visto. Venga al Sur conmigo, Theremon. Podemos estar fuera de aquí en dos o tres horas, y la carretera a Amgando está justo…

—Quiero buscar primero a Siferra —dijo Theremon con voz obstinada.

—Olvídela.

—No tengo intención de hacer eso. Voy a quedarme aquí y buscarla.

Sheerin se encogió de hombros.

—Quédese, entonces. Yo me marcho. Vi a Yimot ser acuchillado por una niña pequeña, recuérdelo, delante mismo de mis ojos, a no más de doscientos metros de aquí. Este lugar es demasiado peligroso para mí.

—¿Y cree usted que una excursión a pie de quinientos o seiscientos kilómetros completamente solo no va a ser peligrosa?

El psicólogo palmeó su hacha.

—Tengo esto, si lo necesito.

Theremon reprimió una carcajada. Sheerin era de unos modales tan absurdamente suaves que el pensamiento de él defendiéndose con un hacha era imposible de tomar en serio.

Al cabo de un momento dijo:

—Mucha suerte.

—¿Tiene realmente intención de quedarse?

—Hasta que encuentre a Siferra.

Sheerin le miró tristemente.

—Que tenga la suerte que acaba de ofrecerme, entonces. Creo que la necesitará más que yo.

Se volvió y se alejó sin más palabras.

34

Durante tres días —o quizá fueran cuatro; el tiempo pasaba como una bruma—, Siferra avanzó hacia el Sur a través del bosque. No tenía ningún plan excepto permanecer con vida.

Ni siquiera tenía sentido intentar volver a su apartamento. La ciudad aún parecía estar ardiendo. Una baja cortina de humo colgaba en el aire mirara donde mirase, y ocasionalmente veía una sinuosa lengua de rojas llamas lamer el cielo allá en el horizonte. Tenía la impresión como si nuevos incendios se iniciaran cada día. Lo cual significaba que la locura aún no había empezado a remitir.

Podía sentir que su propia mente regresaba gradualmente a la normalidad, se aclaraba día a día, emergía como una bendición a la claridad como si estuviera despertando de una terrible fiebre. Se daba cuenta de una forma incómoda de que todavía no era por completo ella misma…, formar una secuencia de pensamientos era una tarea laboriosa, y a menudo se perdía rápidamente en la confusión. Pero regresaba, de eso estaba segura.

Al parecer muchos de los que la rodeaban en el bosque no se recuperaban en absoluto. Aunque Siferra intentaba mantenerse tan apartada como podía, se encontraba con algunas personas de tanto en tanto, y la mayoría de ellas tenían un aspecto muy trastornado: sollozaban, gemían, reían alocadas, miraban de una forma extraña, rodaban sobre sí mismas en el suelo una y otra vez. Tal como Sheerin había sugerido, algunas habían sufrido un trauma mental tan grande durante el tiempo de la crisis que nunca recobrarían la cordura. Siferra se dio cuenta de que enormes segmentos de la población debían de haberse deslizado hasta la barbarie o algo peor. Debían de estar incendiando por simple diversión ahora. O matando por la misma razón.

Así que avanzó cautelosamente. Sin ningún destino en particular en mente, derivó más o menos hacia el Sur a través del bosque, acampando allá donde encontraba agua fresca. El palo que había cogido la tarde del eclipse no estaba nunca muy lejos de su mano. Comía todo lo que encontraba que pareciera comestible: semillas, nueces, frutas, incluso hojas y corteza. No era nada parecido a una dieta. Sabía que era lo bastante fuerte físicamente como para soportar una semana o así de esas raciones improvisadas, pero que después de eso empezaría a observar las consecuencias. Ya podía notar que estaba perdiendo ese pequeño peso extra que había estado acumulando, y su resistencia física empezaba a disminuir poco a poco. Y la provisión de bayas y frutas disminuía también, muy rápidamente, a medida que los miles de hambrientos nuevos habitantes del bosque las consumían.

Luego, en el que creyó que debía de ser el cuarto día, Siferra recordó el Refugio.

Sus mejillas llamearon cuando se dio cuenta de que no había habido ninguna necesidad de que viviera aquella vida de cavernícola durante toda una semana.

¡Por supuesto! ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? A sólo unos pocos kilómetros de allí, en este mismo momento, centenares de miembros de la universidad estaban bien seguros en el antiguo laboratorio del acelerador de partículas, bebiendo agua embotellada y cenando agradablemente de los alimentos enlatados que habían estado almacenando durante los últimos meses. ¡Qué ridículo estar vagando por este bosque lleno de locos, escarbando el suelo en busca de sus magras comidas y contemplando hambrienta las pequeñas criaturas del bosque que saltaban más allá de su alcance en las ramas de los árboles!

Iría al Refugio. Habría alguna forma de hacer que le permitieran la entrada. Era una medida de la extensión en que las Estrellas habían alterado su mente, se dijo, el que hubiera necesitado tanto tiempo para recordar que el Refugio estaba allí.

Lástima, pensó, que la idea no se le hubiera ocurrido antes. Se dio cuenta ahora de que había pasado los últimos días viajando precisamente en la dirección equivocada.

Directamente frente a ella se extendía ahora la agreste cadena de las colinas que marcaba los límites meridionales del bosque. Si alzaba la vista podía ver los ennegrecidos restos de la elegante urbanización de las alturas de Onos que coronaban la colina que se alzaba como una oscura pared ante ella. El Refugio, si recordaba correctamente, se hallaba en la dirección opuesta, a medio camino entre el campus y Ciudad de Saro, junto a la carretera que recorría el lado norte del bosque.

Necesitó otro día y medio para desandar el camino a través del bosque hasta el lado Norte. Durante el viaje tuvo que usar su palo en dos ocasiones para ahuyentar atacantes. Tuvo tres enfrentamientos con la mirada, no violentos pero tensos, con jóvenes que la evaluaban para decidir si podían echarse sobre ella y violarla. Y en una ocasión tropezó en unos matorrales con cinco hombres demacrados y de ojos salvajes con cuchillos que saltaban uno tras otro en un amplio círculo como bailarines efectuando algún extraño ritual arcaico. Se apartó de ellos tan rápido como pudo.

Finalmente vio la amplia cinta de asfalto que era la carretera de la Universidad frente a ella, justo más allá del linde del bosque. En alguna parte a lo largo del lado norte de esa carretera estaba el poco llamativo camino vecinal que conducía al Refugio.

Sí: allí estaba. Medio oculto, insignificante, bordeado a ambos

lados por sucios matojos de maleza y recia hierba que había granado.

Era última hora de la tarde. Onos ya casi había desaparecido del cielo, y la dura y ominosa luz de Tano y Sitha arrojaba nítidas sombras sobre el suelo, lo cual proporcionaba al día una apariencia ventosa, aunque el aire era suave. El pequeño ojo rojo que era Dovim avanzaba a través del cielo septentrional, aún muy distante, aún muy alto.

Siferra se preguntó qué había sido del invisible Kalgash Dos. Evidentemente había efectuado su terrible trabajo y había seguido su camino. A estas alturas debía de estar ya a un millón de kilómetros lejos en el espacio, alejándose del mundo en su larga órbita, cabalgando la Oscuridad sin aire, para no regresar hasta dentro de otros dos mil cuarenta y nueve años. Lo cual sería al menos dos millones de años demasiado pronto, pensó amargamente Siferra.

Un cartel apareció ante ella:

PROPIEDAD PRIVADA

PROHIBIDO EL PASO

POR ORDEN DE LA JUNTA DE RECTORES

DE LA UNIVERSIDAD DE SARO

Y luego un segundo cartel, en un vívido escarlata:

¡¡¡PELIGRO!!!

INSTALACIÓN INVESTIGADORA DE ALTA ENERGÍA

NO ENTRAR

Bien. Se hallaba en el buen camino, entonces.

Siferra no había estado nunca en el Refugio, ni siquiera en los días en que era todavía un laboratorio de física, pero sabía qué esperar: una serie de puertas, y luego alguna especie de puesto dotado

con un escáner que monitorizaría a cualquiera que consiguiera llegar hasta allí. Al cabo de pocos minutos estaba ante la primera puerta. Era una plancha de densa malla metálica sujeta por dobles bisagras, que se alzaba hasta quizá dos veces su altura, con una verja de alambre espinoso de formidable aspecto que se extendía a ambos lados y desaparecía entre las zarzas y matorrales que crecían incontrolables allí.

La puerta estaba abierta de par en par.

La estudió, desconcertada. ¿Alguna ilusión? ¿Algún truco de su confundida mente? No. No, la puerta estaba abierta, de acuerdo. Y era la puerta correcta. Vio el símbolo del servicio de seguridad de la universidad en ella. Pero, ¿por qué estaba abierta? No había ninguna señal de que hubiera sido forzada.

Preocupada ahora, la cruzó.

El camino que se adentraba tras ella no era más que un polvoriento sendero, lleno de profundos baches y roderas. Lo siguió por el borde, y al cabo de poco vio una barrera interior, no una simple verja de alambre espinoso sino un sólido muro de cemento, liso, de aspecto inexpugnable.

Sólo estaba interrumpido por una puerta de metal oscuro, con un escáner montado encima.

Y esta puerta estaba abierta también.

¡Cada vez más extraño! ¿Qué había de toda la alardeada protección que se suponía sellaba por completo el Refugio de la locura general que se había apoderado del mundo?

La cruzó también. Todo estaba muy tranquilo y silencioso allí. Frente a ella había algunos barracones y cobertizos de madera de aspecto destartalado. Quizá la entrada del Santuario en sí —la boca de un túnel subterráneo, sabía Siferra— estaba detrás de ellos. Rodeó los edificios.

Sí, allí estaba la entrada del Refugio, una puerta ovalada en el suelo, con un oscuro pasillo detrás.

Y había gente también, una docena o así de personas, de pie frente a ella, observándola con helada y desagradable curiosidad. Todos llevaban trozos de brillante tela verde anudada en torno a sus gargantas, como una especie de pañuelo. No reconoció a ninguno de ellos. Por todo lo que podía decir, no eran gente de la universidad.

Una pequeña fogata ardía justo a la izquierda de la puerta. Al lado había un montón de troncos cortados, elaboradamente apilados, cada trozo de madera limpiamente dispuesto de acuerdo con su tamaño, con una sorprendente precisión y cuidado. Parecía más bien como alguna especie de meticuloso modelo de arquitectura que una pila de madera.

Una mareante sensación de miedo y desorientación la barrió de

pies a cabeza. ¿Qué era aquel lugar? ¿Era realmente el Santuario? ¿Quiénes eran aquella gente?

—Quédese donde está —dijo el hombre al frente del grupo. Habló en voz baja y suave, pero había una fustigante autoridad en su tono—. Levante las manos.

Sostenía una pequeña y bruñida pistola de aguja en su mano. Apuntaba directamente a su estómago.

Siferra obedeció sin una palabra.

Tenía unos cincuenta años y una figura fuerte y autoritaria, casi con toda seguridad era el líder allí. Sus ropas parecían caras y su actitud era tranquila y confiada. El pañuelo verde que llevaba al cuello tenía el brillo de la seda.

—¿Quién es usted? —preguntó calmadamente el hombre, sin dejar de apuntarla con la pistola.

—Siferra 89, profesora de arqueología, Universidad de Saro.

—Interesante. ¿Está planeando realizar algunas excavaciones arqueológicas por aquí, profesora?

Los otros se echaron a reír como si hubiera dicho algo muy, muy divertido.

—Estoy intentando hallar el Refugio de la universidad —dijo Siferra—. ¿Puede decirme dónde está?

—Creo que puede haber sido esto —respondió el hombre—. La gente de la universidad se marchó hará unos días. Ahora es el cuartel general de la Patrulla Contra el Fuego. Dígame, ¿lleva encima algo combustible, profesora?

—¿Combustible?

—Cerillas, encendedor, un generador de bolsillo, cualquier cosa que pueda ser usada para iniciar un incendio.

Ella negó con la cabeza.

—No llevo ninguna de esas cosas.

—El iniciar incendios está prohibido por el Artículo Uno del Código de Emergencia. Si viola usted el Articulo Uno, el castigo es severo.

Siferra le miró inexpresiva. ¿De qué demonios estaba hablando?

Un hombre delgado y de rostro chupado de pie al lado del líder dijo:

—No confío en ella, Altinol. Fueron esos profesores quienes empezaron todo esto. Dos a uno a que lleva algo oculto entre sus ropas, escondido en alguna parte.

—No llevo encima ningún equipo para hacer fuego —dijo Siferra, irritada.

Altinol asintió con la cabeza.

—Quizá. Quizá no. No vamos a correr el riesgo, profesora. Desnúdese.

Ella se le quedó mirando, asombrada.

—¿Qué ha dicho?

—Que se desnude. Quítese la ropa. Demuéstrenos que no lleva oculto ningún dispositivo ilegal en ninguna parte de su persona.

Siferra sopesó su palo, pasó la mano a lo largo de él. Parpadeó sorprendida y dijo:

—Espere un momento. No hablará en serio.

—Artículo Dos del Código de Emergencia: la Patrulla Contra el Fuego podrá tomar cualquier medida que considere necesaria para impedir fuegos no autorizados. Artículo Tres: esto puede incluir la ejecución inmediata y sumaria de todos aquellos que se resistan a la autoridad de la Patrulla Contra el Fuego. Desnúdese, profesora, y hágalo rápido.

Hizo un gesto con su pistola de aguja. Era un gesto muy serio. Pero ella siguió mirándole, siguió sin hacer ningún movimiento para quitarse la ropa.

—¿Quién es usted? ¿Qué es todo eso de la Patrulla Contra el Fuego?

—Ciudadanos vigilantes, profesora. Intentamos restablecer la ley y el orden en Saro después de Colapso. Supongo que ya sabe que la ciudad ha sido casi totalmente destruida. O quizá no lo sepa. Los incendios siguen extendiéndose, y no hay ningún departamento de bomberos que pueda hacer algo al respecto. Y quizá no se haya dado cuenta, pero toda la provincia está llena de gente loca que piensa que todavía no hemos tenido bastantes incendios, así que están iniciando unos cuantos más. Eso no puede seguir así. Tenemos intención de detener a los pirómanos por cualquier medio a nuestro alcance. Se halla usted bajo sospecha de poseer combustibles. La acusación ha sido formulada, y tiene usted sesenta segundos para demostrar que es infundada. Si yo fuera usted, empezaría a quitarme la ropa, profesora.

Siferra pudo ver que contaba en silencio los segundos.

¿*Desnudarse* delante de una docena de desconocidos? Una bruma roja de furia brotó de ella ante el pensamiento de la indignidad. La mayoría de aquella gente eran hombres. Ni siquiera se molestaban en ocultar su impaciencia. Aquello no era ningún tipo de precaución de seguridad, pese a la solemne cita que había hecho Altinol de un Código de Emergencia. Tan sólo deseaban ver cómo era su cuerpo, y tenían el poder y los medios de someterla. Era intolerable.

Pero entonces, al cabo de un momento, descubrió que su indignación empezaba a disiparse.

¿Qué importaba?, se preguntó de pronto, cansada. El mundo había terminado. La modestia era un lujo que sólo podía permitirse la gente civilizada, y la civilización era un concepto obsoleto.

En cualquier caso éste era un orden tosco, a punta de pistola. Ella

se hallaba en un lugar remoto y aislado muy adentro de un camino vecinal. Nadie iba a acudir a rescatarla. El reloj desgranaba los segundos. Y Altinol no parecía estar faroleando.

No valía la pena morir sólo por ocultarles su cuerpo. Arrojó el palo al suelo.

Luego, con una fría furia pero sin exhibirla, empezó a quitarse metódicamente las ropas y dejarlas caer a su lado.

—¿La ropa interior también? — preguntó sardónicamente.

—Todo.

—¿Parece como si llevara algún encendedor oculto ahí dentro?

—Le quedan veinte segundos, profesora.

Siferra le miró furiosa y terminó de desnudarse sin más palabra. Fue sorprendentemente fácil, una vez lo hubo hecho, permanecer desnuda de pie delante de aquellos desconocidos. No le importó. Se dio cuenta de que eso era lo esencial que había llegado con el fin del mundo. No le importaba. Se irguió en toda su imponente estatura y permaneció allí, casi desafiante, y aguardó a ver qué hacían a continuación. Los ojos de Altinol recorrieron su cuerpo con una mirada tranquila y segura de sí misma. De alguna forma descubrió que eso tampoco le importaba. Una especie de indiferencia absoluta había caído sobre ella.

—Encantador, profesora —dijo el hombre al fin.

—Muchas gracias. —El tono de Siferra era helado—. ¿Puedo volver a vestirme?

Altinol hizo un gesto ampuloso.

—Por supuesto. Lamento las molestias. Pero teníamos que estar completamente seguros. —Se metió la pistola de aguja en una faja que llevaba a la cintura y se quedó allá con los brazos cruzados, observando indiferente mientras ella se vestía. Luego dijo—: Debe de pensar usted que ha caído entre salvajes, ¿no es así, profesora?

—¿Le interesa realmente lo que piense?

—Observará que ninguno de nosotros se ha reído o ha babeado o se ha mojado los pantalones mientras usted estaba…, hum…, demostrándonos que no ocultaba ningún aparato susceptible de provocar fuego. Como tampoco nadie ha intentado molestarla de ninguna forma.

—Eso ha sido extremadamente amable.

—Señalo todo esto —siguió Altinol, como si no la hubiera oído—, aunque me doy cuenta de que no significa mucha diferencia para usted puesto que aún sigue furiosa con nosotros, porque deseo que sepa que esto con lo que ha tropezado usted aquí puede que sea el último bastión de civilización que queda en este mundo olvidado de la mano de los dioses. No sé dónde han desaparecido nuestros queridos líderes gubernamentales, y ciertamente no considero que nuestra

querida hermandad de los Apóstoles de la Llama sea en absoluto civilizada, y sus amigos de la universidad que se ocultaron aquí han abandonado el lugar hacia no sé dónde. Mientras que todos los demás parece que han perdido definitivamente la razón. Excepto, por supuesto, usted y nosotros, profesora.

—Qué halagador que me haya incluido.

—Nunca halago a nadie. Tiene usted el aspecto de haber resistido la Oscuridad y las Estrellas y el Colapso mucho mejor que la mayoría. Lo que deseo saber es si está usted interesada en quedarse aquí y formar parte de nuestro grupo. Necesitamos gente como usted, profesora.

—¿Qué significa esa proposición? ¿Barrer suelos para usted? ¿Cocinar?

Altinol pareció impávido a sus sarcasmos.

—Significa ayudar en la lucha por mantener viva la civilización, profesora. No lo considere demasiado altanero por nuestra parte, pero consideramos que tenemos una misión sagrada. Nos estamos abriendo camino día a día a través de esa locura de ahí fuera: desarmamos a los locos, les confiscamos todos los utensilios capaces de provocar fuego, nos reservamos sólo para nosotros el derecho de encender ese fuego. No podemos apagar los fuegos que ya están ardiendo, al menos todavía no, pero podemos hacer todo lo posible por impedir que se inicien otros. Ésa es nuestra misión, profesora. Estamos tomando el control del concepto de fuego. Es el primer paso hacia hacer que el mundo sea apto para vivir de nuevo en él. Usted parece lo bastante cuerda como para unirse a nosotros, y en consecuencia la invitamos a ello. ¿Qué dice, profesora? ¿Desea formar parte de la Patrulla Contra el Fuego? ¿O prefiere tentar su suerte de vuelta ahí en el bosque?

35

La mañana era fría y brumosa. Densas volutas de niebla llenaban las calles en ruinas, una niebla tan densa que Sheerin era incapaz de decir qué soles estaban en el cielo. Onos, ciertamente…, en alguna parte. Pero su dorada luz era difusa y estaba casi completamente oculta por la niebla. Y aquella zona de cielo ligeramente más brillante hacia el Sudoeste indicaba con mucha probabilidad la presencia de una de la pareja de soles gemelos, pero no había forma de discernir si se trataba de Sitha y Tano o de Patru y Trey.

Estaba muy cansado. A estas alturas le resultaba ya muy claro que su idea de hacer el viaje a pie a través de los cientos de kilómetros entre Ciudad de Saro y el parque nacional de Amgando era una absurda fantasía.

¡*Maldito* Theremon! Juntos, al menos, hubieran tenido una oportunidad. Pero el periodista se había mostrado irreductible en su confianza de que de alguna forma hallaría a Siferra en el bosque. ¡Hablando de fantasía! ¡Hablando de absurdo!

Sheerin miró al frente a través de la niebla. Necesitaba un lugar para descansar un poco. Necesitaba encontrar algo para comer, y quizás un cambio de ropas, o al menos una forma de bañarse. Nunca se había sentido tan sucio en su vida. O tan hambriento. O tan cansado. O tan desalentado.

Durante todo el largo episodio de la llegada de la Oscuridad, desde el primer momento que había oído de boca de Beenay y Athor que algo así era posible, Sheerin había saltado de un lado a otro del espectro psicológico, del pesimismo al optimismo y de vuelta al primero, de la esperanza a la desesperación a la esperanza de nuevo. Su inteligencia y su experiencia le decían una cosa, su personalidad flexible y adaptable le decía otra.

Quizá Beenay y Athor estaban equivocados, y el cataclismo astronómico no llegaría a ocurrir.

No. El cataclismo ocurriría de una forma definitiva.

La Oscuridad, pese a sus propias experiencias perturbadoras con ella en el Túnel del Misterio hacía dos años, podía resultar o no una experiencia tan turbadora como se temía, después de todo…, si llegaba a producirse.

Falso. La Oscuridad causaría una locura universal.

La locura sería tan sólo temporal, un breve período de desorientación.

La locura será permanente, en la mayoría de las personas.

El mundo se vería alterado por unas pocas horas, y luego regresaría a la normalidad.

El mundo será destruido en el caos que seguirá al eclipse.

Adelante y atrás, adelante y atrás, arriba y abajo, arriba y abajo. Dos Sheerin gemelos, unidos en un interminable debate.

Pero ahora había alcanzado el fondo del ciclo y parecía permanecer allí, inmóvil y miserable. Su flexibilidad y su optimismo se habían evaporado en el relumbrar de lo que había visto durante su vagar de aquellos últimos días. Pasarían décadas, probablemente un siglo o más, antes de que las cosas volvieran a la normalidad. El trauma mental había abierto una cicatriz demasiado profunda, la destrucción que ya se había producido en el entramado de la sociedad era demasiado extensa. El mundo que había amado había sido vencido por la Oscuridad y aplastado más allá de toda posible reparación. Ésa era su opinión profesional, y no podía ver ninguna razón para dudar de ella.

Era el tercer día ya desde que Sheerin se había separado de Theremon en el bosque y había emprendido la marcha, con su habitual paso despreocupado, hacia Amgando. Ese paso era difícil de recapturar ahora. Había conseguido salir del bosque en una sola pieza…, había pasado por un par de malos momentos, ocasiones en las que había tenido que enarbolar su hacha y hacerla girar ante él y adoptar una expresión amenazadora y mortífera, un bluff total por su parte, pero había funcionado…, y durante el último día o así había estado avanzando sobre pies que parecían de plomo a través de los en su tiempo agradables suburbios del Sur.

Todo estaba quemado allí. Barrios enteros habían sido destruidos y abandonados. Muchos de los edificios humeaban todavía.

La autopista que se dirigía a las provincias del Sur, recordaba Sheerin, empezaba justo a unos pocos kilómetros más allá del parque…, un par de minutos en coche, si uno conducía un coche. Pero él no conducía ningún coche. Había tenido que efectuar la horrenda ascensión fuera del bosque hasta la imponente colina que era las Alturas de Onos prácticamente sobre manos y rodillas, arañando su camino por entre la maleza. Necesitó medio día sólo para ascender aquellos pocos cientos de metros.

Una vez estuvo arriba, Sheerin vio que la colina era más bien una meseta…, que se extendía interminable ante él, y aunque anduvo y anduvo y anduvo, la autopista no aparecía por ninguna parte.

¿Estaba yendo en la dirección correcta?

Sí. Sí, de tanto en tanto veía un indicador de carreteras en un cruce que señalaba que se encaminaba efectivamente a la Gran Autopista del Sur. Pero, ¿a qué distancia estaba? Los indicadores no lo decían. Cada diez o doce manzanas había otro indicador, eso era todo. Siguió andando. No tenía otra elección.

Pero alcanzar la autopista era sólo el primer paso para llegar a

Amgando. Todavía seguía en Ciudad de Saro. ¿Luego qué? ¿Seguir andando? ¿Qué otra cosa? Era muy difícil hacer auto stop. No parecía haber coches circulando por ninguna parte. Las estaciones de servicio debían de haberse secado hacía días, aquellas que no habían ardido. ¿Cuánto tiempo iba a tomarle, a este paso, bajar hasta Amgando a pie? ¿Semanas? ¿Meses? No…, podía tomarle toda una eternidad. Estaría muerto de hambre mucho tiempo antes de que llegara a ninguna parte cerca del lugar.

Aún así, tenía que seguir. Sin un propósito al que aferrarse estaría acabado, y lo sabía.

Había transcurrido algo así como una semana desde el eclipse, quizá más. Empezaba a perder la huella del tiempo. Ya no comía ni dormía regularmente, y Sheerin siempre había sido un hombre de hábitos muy regulares. Los soles aparecían y desaparecían en el cielo. La luz brillaba o disminuía, el aire se volvía cálido o frío, el tiempo pasaba: pero, sin la progresión de desayuno, almuerzo, cena, sueño, Sheerin no tenía la menor idea de *cómo* pasaba. Sólo sabía que estaba consumiendo con rapidez sus fuerzas.

No había comido adecuadamente desde la llegada del Anochecer. Desde aquel oscuro momento en adelante, todo había sido para él mordisquear lo que encontrara, nada más…, una fruta de algún árbol cuando podía encontrarla, cualquier semilla no madura que no pareciese venenosa, hojas de hierba, cualquier cosa. De alguna forma no se ponía enfermo, pero no se estaba alimentando bien tampoco. El contenido nutritivo de lo que comía debían de ser próximo a cero. Sus ropas, raídas y llenas de desgarrones, colgaban de él como un sudario. No se atrevía a mirar debajo de ellas. Imaginaba que su piel debía de pender ahora en sueltos pliegues sobre sus huesos sobresalientes. Su garganta estaba seca todo el tiempo, su lengua parecía hinchada, había un insistente puñear detrás de sus ojos. Y aquella sorda, hueca, persistente sensación en sus entrañas todo el tiempo.

Bueno, se decía en sus momentos más alegres, tenía que haber alguna razón por la cual se había dedicado tan asiduamente y durante tantos años a cultivar una capa de grasa tan opulenta, y ahora estaba averiguando cuál era.

Pero esos momentos alegres eran menores y más espaciados a cada día que pasaba. El hambre se estaba apoderando de su espíritu. Y se dio cuenta de que no podría resistir mucho más tiempo de aquel modo. Su cuerpo era grande; estaba acostumbrado a alimentarse regular y abundantemente; sólo podía vivir un tiempo limitado de sus reservas acumuladas; luego estaría tan débil que sería incapaz de seguir adelante. Antes de mucho le parecería de lo más simple acurrucarse detrás de algún arbusto y descansar…, y descansar…, y descansar…

Tenía que encontrar comida. Pronto.

El vecindario a través del que avanzaba ahora, aunque desierto como todo lo demás, parecía un poco menos devastado que las zonas que había dejado atrás. Se habían producido incendios aquí también, pero no por todas partes, y las llamas parecían haber saltado al azar más allá de esta casa y de esa otra, sin dañarlas. Pacientemente, Sheerin fue de una a la siguiente, probando las puertas de todas las que no parecían seriamente dañadas.

Cerradas. Todas ellas.

¡Qué irritante esa gente!, pensó. ¡Qué meticulosa! El mundo se había derrumbado en torno a sus orejas, y habían abandonado sus casas presas de un terror ciego y habían corrido al bosque, al campo, a la ciudad, los dioses sabían dónde…, ¡pero se habían tomado la molestia de cerrar con llave sus casas antes de marcharse! Como si tuvieran intención de tomarse tan sólo unas breves vacaciones durante el tiempo de caos, y luego volver a sus libros y a sus cosas, sus armarios llenos de hermosas ropas, sus jardines, sus patios. ¿O no se habían dado cuenta de que todo había terminado, de que el caos iba a seguir y seguir y seguir?

Quizá, pensó Sheerin con desánimo, no se hayan ido. Tal vez estén ahí escondidos detrás de aquellas puertas cerradas, acurrucados en los sótanos como yo hice, a la espera de que las cosas vuelvan a la normalidad. O tal vez incluso me estén mirando desde las ventanas del primer piso, con la esperanza de que me marche.

Probó otra puerta. Y otra. Y otra. Todas cerradas. Ninguna respuesta.

¡Eh! ¿Hay alguien en casa? ¡Déjenme entrar!

Silencio.

Contempló desolado la gruesa puerta de madera frente a él. Imaginó los tesoros que habría detrás, la comida aún no estropeada y aguardando a ser consumida, el cuarto de baño, la mullida cama. Y ahí estaba él, fuera, sin ninguna forma de entrar. Se sintió un poco como el niño pequeño de la fábula al que se le había dado la llave mágica al jardín de los dioses, donde fluían fuentes de miel y crecían lágrimas de caramelo blando en todos los arbustos, pero que era demasiado pequeño para alcanzar el agujero de la cerradura e introducir la llave. Sintió deseos de llorar.

Entonces recordó que llevaba una pequeña hacha. Y se echó a reír. ¡El hambre debía haberle vuelto estúpido! El muchachito de la fábula perversa, y ofrece sus guantes y sus botas y su gorro de terciopelo a varios animales que pasan por allí para que le ayuden: cada uno se sube a lomos del otro, y él trepa encima y mete la llave en el agujero. ¡Y aquí estaba el no tan pequeño Sheerin, contemplando una puerta cerrada y con un hacha al cinto!

¿Echar abajo la puerta? ¿Simplemente echarla abajo?

Iba contra todo lo que creía que era correcto y propio.

Sheerin contempló el hacha como si se hubiera convertido en una serpiente en su mano. Violentar la puerta…, ¡eso era robo! ¿Cómo podía él, Sheerin 501, profesor de psicología en la Universidad de Saro, echar abajo simplemente la puerta de algún ciudadano cumplidor de la ley y coger todo lo que encontrara dentro?

Tranquilo, se dijo, riendo aún más fuerte ante su propia estupidez. Así es como lo harás.

Hizo girar el hacha en un molinete.

Pero no era tan fácil como eso. Sus músculos debilitados por el hambre se rebelaron ante el esfuerzo. Podía alzar el hacha, de acuerdo, y podía hacerla girar, pero el golpe pareció patéticamente débil, y una línea de fuego estalló en sus brazos y los recorrió de arriba abajo cuando la hoja entró en contacto con la recia madera de la puerta. ¿La había hendido? No. ¿La había cuarteado un poco? Quizá. Tal vez la había astillado un poco. Hizo girar de nuevo el hacha. Y golpeó otra vez. Más fuerte. Ahí vamos, Sheerin. Ahora lo vas a conseguir. ¡Hazla girar de nuevo! ¡Hazla girar!

Apenas sintió el dolor, tras los primeros golpes. Cerró los ojos, llenó de aire los pulmones, hizo girar de nuevo el arma y golpeó. Y otra vez. La puerta crujía ahora. Había un hueco perceptible en la madera. Otro golpe, y otro…, quizá cinco o seis más y se partiría…

Comida. Un baño. Una cama.

Girar. Y golpe. Y…

Y la puerta se abrió bruscamente en su cara. Se sintió tan sorprendido que casi cayó de bruces. Se tambaleó y retrocedió un paso, se apoyó con el mango del hacha contra el marco de la puerta y miró.

Medio docena de feroces rostros de alocados ojos le devolvieron la mirada.

—¿Llamó usted, señor? —dijo un hombre, y todos los demás aullaron con risas maniacas.

Luego tendieron las manos, lo aferraron por los brazos y tiraron de él hacia dentro.

—No necesitará esto —dijo alguien, y retorció sin ningún esfuerzo el hacha de la presa de Sheerin—. Sólo conseguirá hacerse daño usted mismo con una cosa como ésta, ¿no lo sabe?

Más risas…, un alocado aullar. Lo empujaron hasta el centro de la habitación y formaron un círculo a su alrededor.

Eran siete, ocho, quizá nueve. Hombres y mujeres, y un muchacho casi adolescente. Sheerin pudo ver a la primera ojeada que no eran los residentes legítimos de aquella casa, que debía de haber estado limpia y bien cuidada antes de que ellos la ocuparan. Ahora

había manchas en la pared, la mitad de los muebles estaban volcados, había un aún mojado charco de algo —¿vino?— en la alfombra.

Sabía quién era esa gente. Eran ocupantes ilegales, de aspecto tosco y harapiento, sin afeitar, sin lavar. Habían entrado allí al azar, habían tomado posesión del lugar después de que sus propietarios huyeran. Uno de los hombres llevaba sólo una camisa. Una de las mujeres, apenas una muchacha, iba vestida únicamente con unos pantalones cortos. Todos despedían un olor acre y repelente. Sus ojos tenían esa expresión intensa, rígida, descentrada, que había visto un millar de veces en los últimos días. No se necesitaba ninguna experiencia clínica para saber que aquellos eran los ojos de la locura.

Por encima del hedor de los cuerpos de aquellos intrusos, sin embargo, había otro olor, uno mucho más agradable que casi volvió loco a Sheerin: el aroma de comida cocinándose. En la habitación contigua estaban preparando la cena. ¿Sopa? ¿Estofado? Algo hervía allí. Se tambaleó, mareado por su propia hambre y la repentina esperanza de comer algo decente al fin.

—No sabía que la casa estuviera ocupada —dijo suavemente—. Pero espero que me dejen quedar con ustedes esta tarde, y luego seguiré mi camino.

—¿Es usted de la Patrulla? —preguntó suspicaz un hombre corpulento y con una densa barba. Parecía ser el líder.

—¿La Patrulla? —repitió Sheerin, inseguro—. No, no sé nada de ninguna Patrulla. Me llamo Sheerin 501 y soy miembro de la Facultad.

—¡Patrulla! ¡Patrulla! ¡Patrulla! —se pusieron a cantar de pronto, y empezaron a danzar en círculo a su alrededor.

—… de la Universidad de Saro —terminó.

Fue como si hubiera pronunciado un encantamiento. Se detuvieron en seco mientras su voz atravesaba sus estridentes gritos, y guardaron silencio y le miraron de una forma terrible.

—¿Dice que es usted de la universidad? —preguntó el líder en un tono extraño.

—Exacto. Del Departamento de Psicología. Soy profesor, y hago también un poco de trabajo de hospital. Miren, no tengo intención de causarles ningún problema. Tan sólo necesito un lugar donde descansar unas cuantas horas y un poco de comida, si pueden dármela. Sólo un poco. No he comido desde…

—¡Universidad! —gritó una mujer. Por la forma en que lo dijo sonó como algo sucio, algo blasfemo. Sheerin había oído aquel tono antes, en Folimun 66, la noche del eclipse, refiriéndose a los científicos. Resultaba aterrador oírlo.

—¡Universidad! ¡Universidad! ¡Universidad!

Empezaron a girar de nuevo en círculo a su alrededor, cantando otra vez, señalándole, haciendo extraños signos con sus dedos

engarfiados. Ya no podía comprender sus palabras. Era un ronco canto de pesadilla, sílabas sin sentido.

¿Era esa gente algún subcapítulo de los Apóstoles de la Llama, que se habían reunido allí para practicar algún arcano rito? No, lo dudaba. Su aspecto era distinto, demasiado sucios, demasiado andrajosos, demasiado dementes. Los Apóstoles, los pocos que había visto, se habían mostrado siempre tajantes, reservados, casi alarmantemente controlados. Además, los Apóstoles no se habían dejado ver por ninguna parte desde el eclipse. Sheerin suponía que todos ellos se habían retirado a algún refugio propio para gozar de la vindicación de sus creencias en privado.

Esta gente, pensó, no eran más que locos errantes sin la menor afiliación.

Y Sheerin creyó ver la muerte en sus ojos.

—Escuchen —dijo—, si he interrumpido alguna ceremonia suya me disculpo, y estoy dispuesto a marcharme ahora mismo. Sólo intentaba entrar porque creí que la casa estaba vacía y tenía tanta hambre. No pretendía…

—¡Universidad! ¡Universidad!

Nunca había visto una expresión de tan intenso odio como la que le estaba ofreciendo aquella gente. Pero también había miedo. Se mantenían lejos de él, tensos, temblando, como si temieran que pudiera lanzar sobre ellos algún terrible e inesperado poder.

Sheerin alzó las manos hacia ellos, implorante. ¡Si tan sólo dejaran de saltar y cantar por un momento! El olor de la comida que se cocinaba en la habitación contigua lo estaba volviendo loco. Sujetó a una de las mujeres por el brazo, con la esperanza de detenerla lo suficiente para pedirle un mendrugo, un tazón de guiso, cualquier cosa. Pero ella se apartó de un salto, siseando como si Sheerin la hubiera quemado con su contacto, y se frotó frenéticamente en el lugar de su brazo donde los dedos de él se habían apoyado brevemente.

—Por favor —dijo—, no pretendía hacerle ningún daño. Soy tan inofensivo como cualquiera de aquí, créame.

—¡Inofensivo! —exclamó el líder, y pareció escupir la palabra—. ¿Usted? ¿Usted, universidad? Usted es peor que la Patrulla. La Patrulla sólo crea unos pocos problemas a la gente. Pero usted destruyó el mundo.

—¿Yo qué?

—Ve con cuidado, Tasibar —dijo una mujer—. Sácalo de aquí antes de que utilice magia contra nosotros.

—¿Magia? —murmuró Sheerin—. ¿Yo?

Le estaban señalando de nuevo, sus dedos apuñalaban el aire de una forma vehemente, terrible. Algunos habían empezado a cantar en

murmullos, un bajo y feroz canto que tenía el ritmo de un motor ascendiendo firmemente de revoluciones y que pronto giraría fuera de control.

La muchacha que llevaba sólo los pantalones cortos dijo:

—Fue la universidad la que llamó la Oscuridad sobre nosotros.

—Y las Estrellas —dijo el hombre que llevaba sólo una camisa—. Ellos trajeron las Estrellas.

—Y éste puede traerlas de nuevo —dijo la mujer que había hablado antes—. ¡Echadlo de aquí! ¡Echadlo de aquí!

Sheerin miraba incrédulo todo aquello. Se dijo a sí mismo que hubiera debido predecir algo así. Era un desarrollo demasiado predecible: las sospechas patológicas hacia todos los científicos, hacia toda la gente educada, una fobia irrazonable que debía de estar hirviendo ahora como un virus entre los supervivientes de la noche de terror.

—¿Creen que puedo hacer volver las Estrellas con sólo chasquear los dedos? ¿Es eso lo que les asusta?

—Usted es la universidad —dijo el hombre llamado Tasibar—. Usted conocía los secretos. La universidad trajo la Oscuridad, sí. La universidad trajo las Estrellas, trajo la *condenación.*

Aquello era demasiado.

Ya resultaba bastante malo ser arrastrado ahí dentro y obligado a inhalar el enloquecedor aroma de aquella comida de la que no le correspondería nada. Pero ser culpado de la catástrofe…, ser considerado como una especie de brujo maligno por aquella gente…

Algo se rompió en Sheerin.

Despectivamente, exclamó:

—¿Es eso lo que creen? ¡Idiotas! ¡Estúpidos locos supersticiosos! ¿Culpar a la universidad? ¿Que nosotros trajimos la Oscuridad? ¡Por todos los dioses, qué estupidez! ¡Nosotros fuimos los que intentamos advertirles!

Gesticuló furioso, con los puños apretados, los golpeó frenético uno contra otro.

—¡Va a traerla de nuevo, Tasibar! ¡Va a derramar la Oscuridad sobre nosotros! ¡Detenle! ¡Detenle!

De pronto estaban todos apiñados a su alrededor, cerrándose sobre él, tendiendo las manos hacia él.

Sheerin, de pie en el centro, adelantó desvalidamente los brazos hacia ellos, como disculpándose, y no intentó moverse. Lamentó haberles insultado, no porque así hubiera puesto en peligro su vida —probablemente ni siquiera habían prestado atención a las cosas que les había llamado— sino porque sabía que si eran así no era por culpa de ellos mismos. Si algo era culpa de él era el no haber intentado con más fuerza ayudarles a protegerse a sí mismos contra lo que sabía que iba

a venir.

Esos artículos de Theremon…, si tan sólo hubiera hablado con el periodista, si tan sólo le hubiera convencido de que debía cambiar su tono burlón…

Sí, ahora lamentaba todo eso.

Lamentaba todo tipo de cosas, cosas que había hecho y cosas que había dejado de hacer. Pero ya era demasiado tarde.

Alguien le lanzó un golpe. La sorpresa y el dolor le hicieron jadear.

—Liliath… —consiguió decir.

Entonces cayeron sobre él.

36

Había cuatro soles en el cielo: Onos, Dovim, Patru, Trey. Se suponía que los días de cuatro soles eran afortunados, recordaba Theremon. Y, ciertamente, éste lo era.

¡Carne! ¡Auténtica carne al fin! ¡Era una visión gloriosa!

Era una comida que había conseguido estrictamente por accidente. Pero estaba bien así. Los nuevos encantos de la vida al aire libre se habían ido haciendo más y más tenues para él a medida que se sentía más hambriento. A estas alturas aceptaría alegremente que su carne viniera de donde viniese, muchas gracias y adiós.

El bosque estaba lleno de todo tipo de animales salvajes, la mayoría de ellos pequeños, muy pocos peligrosos, y todos imposibles de atrapar…, al menos con sus manos desnudas. Y Theremon no sabia nada acerca de construir trampas, ni tenía nada con lo que poder hacer una aunque hubiera sabido.

Esos relatos infantiles acerca de gente perdida en los bosques que se adaptaba de inmediato a la vida al aire libre y se convertía al instante en capaces cazadores y constructores de refugios no eran más que eso…, fábulas. Theremon se consideraba un hombre razonablemente competente, como lo eran todos los habitantes de las ciudades; pero sabía que no tenía más posibilidades de cazar alguno de los animales del bosque de las que tenía de hacer que los generadores municipales de corriente funcionaran de nuevo. Y, en cuanto a construir un refugio, lo mejor que había sido capaz de hacer era levantar una especie de cobertizo con ramas y ramillas para protegerse precariamente de la lluvia un día de tormenta.

Pero ahora el tiempo era cálido y bueno de nuevo, y tenía auténtica carne para cenar. El único problema era asarla. Que se maldijera si iba a comerla cruda.

Resultaba irónico que, en medio de una ciudad que había sufrido una casi total destrucción por el fuego, estuviera preguntándose cómo iba a asar un poco de carne. Pero la mayor parte de los peores incendios se habían apagado ya por sí mismos, y la lluvia se había ocupado del resto. Y, aunque por un tiempo en los primeros días después de la catástrofe había dado la impresión como si se iniciaran algunos incendios nuevos, eso ya no parecía estar ocurriendo.

Pensaré en algo, se dijo Theremon. ¿Frotar juntos dos palos y conseguir una chispa? ¿Golpear un trozo de metal contra una piedra y prender un trozo de tela?

Algunos muchachos al otro lado del lago cerca del lugar donde estaba acampado habían matado servicialmente el animal para él. Por supuesto, no habían sabido que le estaban haciendo un favor…, con

toda seguridad habían planeado comérselo ellos, a menos que estuvieran tan fuera de sus cabales que simplemente cazaran por deporte. De todos modos, lo dudaba. Se habían mostrado muy enérgicos al respecto, con una dedicación que sólo el hambre podía inspirar.

El animal era un graben…, una de esas cosas feas de hocico largo y pelaje azulado con una cola sin pelo resbaladiza, que a veces podían verse asomar por entre los cubos de basura suburbanos después de que Onos se hubiera puesto. Bueno, la belleza no era una exigencia en estos momentos. Los muchachos habían conseguido de alguna forma sacarlo de su escondite diurno y habían acorralado al pobre y estúpido animal en un pequeño callejón sin salida.

Mientras Theremon observaba desde el otro lado del lago, asqueado y lleno de envidia al mismo tiempo, lo persiguieron incansablemente arriba y abajo mientras le arrojaban piedras. Para un torpe carroñero era notablemente ágil, y se escurría con rapidez de un lado para otro para eludir a sus atacantes. Pero finalmente un tiro afortunado acertó en su cabeza y lo mató al instante.

Supuso que lo devorarían sobre la marcha. Pero en aquel momento apareció a la vista encima de ellos una hirsuta y desgreñada figura que se mantuvo unos instantes inmóvil al borde del pequeño callejón, luego empezó a descender hacia el lago.

—¡Corred! ¡Es Garpik *el Acuchillador!* —aulló uno de los muchachos.

—¡Garpik! ¡Garpik!

Al instante los muchachos desaparecieron en todas direcciones, dejando atrás al muerto graben.

Theremon, aún observando, se deslizó entonces entre las sombras por su lado del lago. Él también conocía a aquel Garpik, aunque no por su nombre: era uno de los más temidos moradores del bosque, un hombre achaparrado con aspecto casi de mono que no llevaba nada encima excepto un cinturón con un verdadero surtido de cuchillos. Era un asesino sin motivo, un alegre psicópata, un puro depredador.

Garpik permaneció de pie en la boca del callejón durante un rato, canturreando para sí mismo, acariciando uno de sus cuchillos. No pareció darse cuenta de la presencia del animal muerto, o no le importó. Quizás esperaba que volvieran los muchachos. Pero evidentemente éstos no tenían intención de hacerlo, y al cabo de un rato Garpik, con un encogimiento de hombros, desapareció con su paso indolente en el bosque, con toda seguridad en busca de algo divertido que hacer con sus armas.

Theremon aguardó un momento interminable, para asegurarse de que Garpik no tenía intención de dar media vuelta y caer sobre él.

Luego —cuando ya no pudo seguir soportando la visión del

graben muerto tendido allá en el suelo, donde cualquier otro ser humano o animal depredador podía caer de pronto sobre él y arrebatárselo— avanzó precipitadamente, rodeó el lago, cogió el animal y se lo llevó de vuelta a su escondite.

Pesaba casi tanto como un bebé. Le serviría para dos o tres comidas…, o más, si podía refrenar su hambre y si la carne no se estropeaba con demasiada rapidez.

La cabeza le daba vueltas por el hambre. No había comido nada excepto frutas durante más días de los que podía recordar. Su piel estaba tensa sobre sus músculos y huesos; la poca grasa de reserva que tenía había sido absorbida hacía mucho, y ahora estaba consumiendo sus propias fuerzas en la lucha por permanecer con vida. Pero esta tarde, al fin, podría disfrutar de un pequeño festín.

¡Graben asado! ¡Qué lujo!, pensó con amargura. Y entonces se rectificó: Agradece esas pequeñas bondades, Theremon.

Veamos: lo primero de todo, encender un fuego…

Antes que nada, el combustible. Detrás de su refugio había una pared plana de roca con una profunda grieta lateral en ella, donde crecían hierbas. Muchas de ellas estaban ya muertas y marchitas, y se habían secado desde la última lluvia. Theremon recorrió con rapidez la pared de roca y arrancó amarillentos tallos y hojas, reuniendo una pequeña brazada de material como paja que prendería con facilidad.

Ahora algunas ramas secas. Eran más difíciles de encontrar, pero rebuscó en el suelo del bosque, en busca de matorrales muertos o al menos matorrales con ramas muertas. Era ya muy entrada la tarde cuando hubo reunido lo suficiente de aquel tipo de leña: Dovim había desaparecido ya del cielo, y Trey y Patru, que estaban bajos en el horizonte cuando los muchachos cazaban el graben, se había situado ahora en el centro del mundo, como un par de brillantes ojos que observaran las cosas lamentables que ocurrían en Kalgash desde su altura.

Theremon dispuso cuidadosamente su leña sobre las plantas muertas, construyendo una fogata como la que imaginaba que haría un auténtico hombre de los bosques, las ramas más grandes en la parte exterior, luego las más delgadas entrecruzadas en el centro. No sin alguna dificultad; ensartó el graben en un espetón que improvisó con un palo afilado y razonablemente recto, y lo colocó a una cierta distancia encima del montón de madera.

Hasta ahora, todo bien. Tan sólo quedaba por hacer una cosa.

Encender el fuego.

Había mantenido su mente lejos de aquel problema mientras reunía su combustible, con la esperanza de que de alguna forma se resolviera por sí mismo sin tener que pensar en él. Pero ahora debía hacerle frente. Necesitaba una chispa. El truco de los libros juveniles

de frotar dos palos juntos, estaba seguro Theremon, no era más que un mito. Había leído que algunas tribus primitivas habían encendido en su tiempo sus fuegos haciendo girar un palo contra una tabla con un pequeño agujero en ella, pero sospechaba que el proceso no era tan simple como eso, que probablemente se necesitaría una hora de paciente girar para conseguir que ocurriera algo. Y en cualquier caso era muy probable que uno tuviera que ser iniciado en el arte por el viejo de la tribu cuando era un muchacho, o algo así, o de otro modo no funcionaría.

Dos piedras, sin embargo…, ¿era posible conseguir una chispa golpeando una contra la otra?

Dudaba de eso también. Pero podía intentarlo, pensó. No tenía ninguna otra idea. Había una ancha piedra plana cerca, y después de buscar un poco encontró otra más pequeña, triangular, que encajaba convenientemente en la palma de su mano. Se arrodilló al lado de su pequeño fuego y empezó a golpear metódicamente la plana con la puntiaguda.

No ocurrió nada en particular.

Una sensación de impotencia empezó a crecer en él. Aquí estoy, pensó, un hombre adulto que sabe leer y escribir, que sabe conducir un coche, que sabe incluso manejar un ordenador, más o menos. Puedo elaborar en un par de horas una columna periodística que todo el mundo en Ciudad de Saro deseará leer, y puedo hacerlo en cualquier momento, cada día, durante veinte años. Pero no sé encender un fuego al aire libre en medio del bosque.

Por otra parte, pensó, no me comeré esta carne cruda a menos que deba hacerlo absolutamente. No lo haré. No. No. ¡No!

Golpeó furioso las piedras una contra otra, y de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.

¡Soltad una chispa, maldita sea! ¡Encended eso! ¡Arded! ¡Asad ese ridículo animal patético para mí!

Y de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo.

—¿Qué hace usted, señor? —preguntó de pronto una voz poco amistosa desde un punto justo detrás de su hombro derecho.

Theremon alzó la vista, sorprendido, desanimado. La primera regla de supervivencia en este bosque era que nunca debías permitir concentrarte tanto en alguna cosa que no te dieras cuenta de que alguien se te aproximaba.

Eran cinco. Hombres, aproximadamente de su misma edad. Parecían tan andrajosos como cualquiera que viviese en el bosque. No parecían especialmente locos, como la mayoría de la gente estos días: sus ojos no estaban velados, no babeaban, tan sólo exhibían una expresión que era a la vez hosca y cautelosa y decidida. No parecía que llevaran más armas que garrotes, pero su actitud era claramente

hostil.

Cinco contra uno. De acuerdo, pensó, tomad el maldito graben y atragantaos con él. No era tan estúpido como para empezar una pelea por ello.

—Dije: «¿Qué hace usted, señor?» —repitió el primer hombre, con una voz más fría que antes.

Theremon le miró furioso.

—¿Qué le parece a usted? Intento encender un fuego.

—Eso es lo que pensé.

El desconocido avanzó unos pasos. Cuidadosamente, deliberadamente, lanzó una patada contra el pequeño montón de leña de Theremon. La dolorosamente apilada madera salió disparada por todos lados, y el ensartado graben cayó al suelo.

—Eh, espere un segundo…

—Nada de fuegos aquí, señor. Ésa es la ley. —De una forma brusca, firme, inequívoca—. La posesión de equipo para encender fuego está prohibida. Esta madera pretendía ser utilizada para encender un fuego. Eso es evidente. Y usted, además, ha admitido su culpabilidad.

—¿Culpabilidad? —repitió Theremon, incrédulo.

—Dijo usted que estaba intentando encender un fuego. Esas piedras parecen ser equipo para encender fuego, ¿correcto? La ley es clara al respecto. Prohibido.

A una señal del líder, dos de los otros avanzaron. Uno agarró a Theremon por el cuello y el pecho desde atrás, y el otro cogió de sus manos las dos piedras que había estado usando y las arrojó al lago. Chapotearon y desaparecieron. Theremon, mientras las veía desaparecer, imaginó lo que debió de sentir Beenay al ver sus telescopios destrozados por la turba.

—Suélten… me —murmuró, sin dejar de debatirse.

—Soltadle —dijo el líder. Clavó su pie de nuevo en el proyectado fuego de Theremon, enterrando los trozos de paja y tallos en el suelo —. Los fuegos no están permitidos —le dijo a Theremon—. Ya hemos tenido todos los fuegos que necesitábamos y más. No podemos permitir más fuegos a causa del riesgo, el sufrimiento, el daño que pueden causar, ¿no sabía usted eso? Si intenta encender otro, volveremos y le hundiremos la cabeza, ¿me ha entendido?

—Fue el fuego lo que arruinó el mundo —dijo uno de los otros.

—Fue el fuego el que nos echó de nuestros hogares.

—El fuego es el enemigo. El fuego está prohibido. El fuego es maligno.

Theremon se los quedó mirando. ¿El fuego *maligno?* ¿El fuego *prohibido?*

¡Así que estaban locos después de todo!

—La penalización por intentar encender un fuego la primera vez —dijo el primer hombre— es una multa. Le multamos con ese animal de aquí. Para enseñarle a no poner en peligro a la gente inocente. Tómalo, Listigon. Será una buena lección para él. La próxima vez que este amigo agarre algo, recordará que no tiene que intentar conjurar al enemigo sólo porque tenga deseos de comer un poco de carne asada.

—¡No! —exclamó Theremon con voz medio estrangulada, mientras Listigon se agachaba para coger el graben—. ¡Es mío, imbéciles! ¡Mío! *¡Mío!*

Y cargó ciegamente hacia ellos, barrida toda cautela por la exasperación y la frustración.

Alguien le golpeó, duramente, en el estómago. Jadeó y boqueó y se dobló sobre sí mismo, aferrándose el vientre con las manos, y alguien más le golpeó desde atrás, un golpe en la rabadilla que casi lo envió de bruces al suelo. Pero esta vez lanzó secamente el codo hacia atrás, notó un satisfactorio contacto, oyó un gruñido de dolor.

Se había visto enzarzado en peleas antes, pero no desde hacía mucho, mucho tiempo. Y nunca en uno contra cinco. Pero no había forma de escapar de ésta ahora. Lo que tenía que hacer, se dijo, era permanecer en pie y retroceder hasta situarse contra la pared de roca, donde al menos no podrían atacarle por detrás. Y entonces simplemente intentar mantenerles a raya a base de patadas y puñetazos, y si era necesario rugiendo y mordiendo, hasta que decidieran dejarlo tranquilo.

Una voz en alguna parte muy dentro de él dijo: *Están completamente locos. Es muy probable que sigan can esto hasta que te maten a golpes.*

Pero ahora ya no podía hacer nada al respecto, pensó. Excepto intentar mantenerles a raya.

Mantuvo la cabeza baja y golpeó con los puños tan fuerte como pudo, mientras retrocedía hacia la pared. Se apiñaron a su alrededor, golpeándole desde todos los lados. Pero siguió en pie. Su ventaja numérica no era tan abrumadora como había esperado. En una lucha cuerpo a cuerpo, los cinco eran incapaces de lanzarse sobre él a la vez, y Theremon en cambio era capaz de crear confusión en su propio beneficio, golpeando en todas direcciones y moviéndose tan rápidamente como le era posible mientras se agitaban a su alrededor intentando evitar golpearse entre ellos.

Aún así, sabía que no podría resistir mucho tiempo más. Tenía el labio partido y empezaba a hinchársele un ojo, y se estaba quedando sin aliento. Un puñetazo un poco más bien dirigido lo enviaría al suelo. Mantenía un brazo frente a su rostro y golpeaba con el otro, mientras seguía retrocediendo hacia el refugio de la pared rocosa. Pateó a alguien. Hubo un aullido y una maldición. Alguien le devolvió

la patada. Theremon la recibió en la cadera y se inclinó hacia un lado, siseando de dolor.

Se tambaleó. Luchó desesperadamente por recobrar el aliento. Resultaba difícil ver, resultaba difícil decir qué estaba ocurriendo. Estaban a todo su alrededor ahora, los puños llovían sobre él desde todos los lados. No iba a alcanzar la pared. No iba a mantenerse en pie mucho tiempo más. Iba a caer, y entonces lo pisotearían, e iba a morir…

Iba… a… morir.

Entonces se dio cuenta de una confusión dentro de la confusión: los gritos de distintas voces, nueva gente que se mezclaba con la que ya había, figuras por todos lados. Estupendo, pensó. Otro puñado de locos que se une a la diversión. Pero quizá pueda escabullirme de algún modo en medio de todo esto…

—¡En nombre de la Patrulla Contra el Fuego, alto! —gritó una voz de mujer, clara, fuerte, autoritaria—. ¡Es una orden! ¡Alto, todos! ¡Apartaos de él! ¡Ahora!

Theremon parpadeó y se frotó la frente. Miró a su alrededor con ojos confusos.

Había cuatro recién llegados en el claro. Parecían seguros de sí mismos y tajantes, y llevaban ropas limpias. Pañuelos verdes que se agitaban al viento rodeaban sus cuellos. Llevaban pistolas de aguja.

La mujer —parecía estar al mando— hizo un rápido gesto imperativo con el arma que sujetaba, y los cinco hombres que habían atacado a Theremon se apartaron de él y se situaron obedientes frente a ella. Les miró con ojos duros y severos.

Theremon contempló incrédulo la escena.

—¿Qué es todo esto? —preguntó la mujer al líder de los cinco, con voz cortante.

—Estaba encendiendo un fuego…, intentándolo…, iba a asar un animal, pero llegamos a tiempo…

—Está bien. No veo ningún fuego aquí Las leyes han sido mantenidas. Podéis iros.

El hombre asintió. Se inclinó para coger el graben.

—¡Eh! —dijo Theremon roncamente—. Eso me pertenece.

—No —dijo el otro—. Lo has perdido. Te multamos por quebrantar las leyes sobre el fuego.

—Yo decidiré el castigo —dijo la mujer— ¡Dejad el animal y marchaos! ¡Ya!

—Pero…

—Marchaos, o seré yo quien os acuse a *vosotros* ante Altinol. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Los cinco hombres se marcharon a regañadientes. Theremon siguió mirando.

La mujer que llevaba el pañuelo verde al cuello se le acercó.
—Supongo que llegué justo a tiempo, ¿verdad Theremon? —dijo.
—Siferra —murmuró éste, asombrado—. ¡Siferra!

37

Le dolían un centenar de lugares. No estaba en absoluto seguro de lo intactos que estaban sus huesos. Tenía uno de sus ojos prácticamente cerrado. Pero sospechaba que iba a sobrevivir. Se sentó reclinado contra la pared de roca y aguardó a que la bruma de dolor disminuyera un poco.

Siferra dijo:

—Tenemos un poco de brandy de Jonglor en el Cuartel General. Supongo que puedo autorizarte a tomar un poco. Con finalidades medicinales, por supuesto.

—¿Brandy? ¿Cuartel General? ¿Qué Cuartel General? ¿Qué es todo esto, Siferra? ¿Está usted realmente aquí?

—¿Crees que soy una alucinación? —Ella se echó a reír y clavó ligeramente los dedos en su antebrazo—. ¿Dirías que esto es una alucinación?

Theremon hizo una mueca.

—Cuidado. La carne está más bien tierna aquí. Y creo que en todo el resto de mi cuerpo, en estos momentos. —Aceptó el repentino y bienvenido tuteo—. ¿Has caído llovida directamente del cielo?

—Estaba en servicio de patrulla; revisando el bosque, y oímos los sonidos de una pelea. Así que fuimos a investigar. No tenía la menor idea de que tú te hallaras mezclado en ella hasta que te vi. Estamos intentando restablecer un poco el orden por estos lugares.

—*¿Estamos?*

—La Patrulla Contra el Fuego. Es lo más cerca que tenemos aquí de un Gobierno local. El Cuartel General está en el Refugio de la universidad, y un hombre llamado Altinol, que era no sé qué tipo de ejecutivo de una compañía, está al mando. Yo soy uno de sus oficiales. En realidad se trata de un grupo de vigilantes, que de alguna manera ha conseguido hacer prevalecer la noción de que el uso del fuego debe ser controlado, y que sólo los miembros de la Patrulla Contra el Fuego tienen el privilegio de…

Theremon alzó la mano.

—Espera un momento, Siferra. Despacio, por favor. ¿La gente de la universidad que estaba en el Refugio ha formado un grupo de vigilantes, dices? ¿Y van por ahí apagando fuegos? ¿Cómo es posible? Sheerin me dijo que todos habían abandonado el Refugio, que se habían ido al Sur a alguna especie de cita en el parque nacional de Amgando.

—¿Sheerin? ¿Está por aquí?

—Estaba. Ahora se halla de camino hacia Amgando. Yo… decidí quedarme por aquí un poco más. —Le resultó imposible decirle que se

había quedado allí con la improbable esperanza de conseguir encontrarla a ella.

Siferra asintió con la cabeza.

—Lo que te dijo Sheerin es cierto. Toda la gente de la universidad abandonó el Refugio al día siguiente del eclipse. Supongo que a estas alturas estarán ya en Amgando…, no he sabido nada de ellos. Dejaron el Refugio completamente abierto, y Altinol y su pandilla entraron y tomaron posesión de él. La Patrulla Contra el Fuego tiene quince, veinte miembros, todos ellos en perfecto buen estado mental. Han conseguido establecer su autoridad sobre aproximadamente la mitad de la zona del bosque y parte del territorio de la ciudad que lo rodea donde aún vive gente.

—¿Y tú? —preguntó Theremon—. ¿Cómo te mezclaste con ellos?

—Primero fui al bosque, cuando las Estrellas desaparecieron. Pero parecía bastante peligroso, así que cuando recordé el Refugio me encaminé hacia allá. Altinol y su gente estaban ya allí. Me invitaron a unirme a la patrulla. —Siferra sonrió de una forma que podría considerarse como desconsolada—. En realidad no me ofrecieron mucha elección —dijo—. No son del tipo particularmente amable.

—Éstos no son tiempos amables.

—No. Así que decidí que mejor quedarme con ellos que vagar sola por ahí. Me dieron este pañuelo verde…, todo el mundo por los alrededores lo respeta. Y esta pistola de aguja. La gente también respeta eso.

—Así que eres una vigilante —dijo Theremon, pensativo—. Nunca te imaginé en un papel así.

—Yo tampoco.

—Pero crees que este Altinol y su Patrulla Contra el Fuego son gente de bien que está ayudando a restablecer la ley y el orden, ¿no es así?

Ella sonrió de nuevo, y de nuevo su expresión no fue de alegría.

—¿Gente de bien? Ellos creen que lo son, sí.

—¿Tú no?

Un encogimiento de hombros.

—En primer lugar han impuesto su propia ley, y no bromean al respecto. Hay un vacío de poder aquí, y tienen intención de llenarlo. Pero supongo que no son el peor tipo de gente posible para intentar imponer una estructura gubernamental en estos momentos. Al menos son más fáciles de aceptar que otros en quienes puedo pensar.

—¿Te refieres a los Apóstoles? ¿Están intentando formar un gobierno también?

—Es muy probable. Pero no he oído nada de ellos desde que ocurrió todo. Altinol cree que todavía siguen escondidos bajo tierra en alguna parte, o que Mondior les ha dejado marchar a algún lugar lejos

en la región donde puedan organizar su propio reino. Pero hay un par de grupos realmente fanáticos que son unas auténticas joyas, Theremon. Acabas de tropezarte con uno de ellos, y es sólo por pura suerte que no acabaran contigo. Creen que la única salvación para la Humanidad es abandonar por completo el uso del fuego, puesto que el fuego ha sido la ruina del mundo. Así que van por ahí destruyendo todo equipo susceptible de encender un fuego allá donde pueden encontrarlo y matando a cualquiera que parezca disfrutar encendiendo fuegos.

—Yo simplemente estaba intentando asar un poco de cena para mí —dijo Theremon, sombrío.

—Es lo mismo para ellos que estés cocinando tu comida o divirtiéndote incendiando todo lo que encuentres a tu alrededor. El fuego es el fuego, y lo aborrecen. Es una suerte para ti que llegáramos a tiempo. Aceptan la autoridad de la Patrulla Contra el Fuego. Somos la elite, ¿comprendes?, los únicos cuyo uso del fuego es tolerado.

—Ayuda el tener pistolas de aguja —dijo Theremon—. Eso también provoca mucha tolerancia. —Se frotó un lugar que le dolía más que el resto en el brazo y miró sombrío hacia la distancia—. ¿Hay otros fanáticos además de ésos, dices?

—Están los que piensan que los astrónomos de la universidad han descubierto el secreto de hacer aparecer las Estrellas. Culpan a Athor, Beenay y compañía de todo lo que ha ocurrido. Es el viejo odio hacia todo lo intelectual que se manifiesta apenas las nociones medievales empiezan a salir a la superficie.

—Bastantes. Sólo la Oscuridad sabe lo que harán si consiguen atrapar a alguien de la universidad que aún no haya llegado a Amgando. Colgarlo de la más próxima farola, supongo.

—Y yo soy el responsable —dijo Theremon lentamente.

—¿Tú?

—Todo ocurrió por mi culpa, Siferra. No de Athor, no de Folimun, no de los dioses, sino mía. Mía. Yo, Theremon 762. Esa vez que me llamaste irresponsable fuiste demasiado suave conmigo. Fui no sólo responsable, sino criminalmente negligente.

—Theremon, olvida eso. ¿De qué sirve…?

Él siguió, sin hacerle caso:

—Hubiera debido estar escribiendo columnas día sí y otro también, advirtiendo de lo que se avecinaba, animando a que se siguiera un programa de choque para construir refugios, almacenar provisiones y equipo generador de electricidad de emergencia, proporcionar consejo a los desequilibrados, hacer un millón de cosas distintas…, y en vez de eso, ¿qué hice? Burlarme. ¡Me reí de los astrónomos y su encumbrada torre! Hice que fuera políticamente imposible que nadie en el Gobierno tomara a Athor en serio.

—Theremon…

—Hubieras debido dejar que esos locos me mataran, Siferra.

Los ojos de ella se clavaron en los de él. Parecía furiosa.

—No hables como un estúpido. Toda la planificación del Gobierno en todo el mundo no hubiera cambiado nada. Yo también desearía que no hubieras escrito esos artículos, Theremon. Ya sabes lo que siento al respecto. Pero, ¿qué importa ya nada de eso ahora? Fuiste sincero en lo que sentías. Estabas equivocado, pero fuiste sincero. Y en cualquier caso no sirve de nada especular acerca de lo que hubiera podido ser. A lo que tenemos que enfrentamos es al *ahora.* —Más suavemente, dijo—: Ya basta de esto. ¿Puedes andar? Necesitamos llevarte al Refugio. La posibilidad de bañarte, ropa limpia, un poco de comida en tu…

—¿Comida?

—La gente de la universidad dejó montones de provisiones detrás.

Theremon rió quedamente y señaló el graben.

—¿Quieres decir que no tengo que comer *eso?*

—No a menos que realmente lo desees. Te sugiero que se lo des a alguien que lo necesite más que tú, puesto que vamos a salir del bosque.

—Buena idea.

Se puso en pie, lenta y dolorosamente. ¡Dioses, la forma en que le dolía todo! Uno o dos pasos experimentales: no estaba mal, no estaba mal. Después de todo, no parecía tener roto nada. Sólo un poco apaleado. El pensamiento de un baño caliente y una auténtica y sustanciosa comida estaba empezando a curar ya su magullado y dolorido cuerpo.

Echó una última mirada a su alrededor, a su penosamente construido cobertizo contra la lluvia, a su arroyo, a sus pequeños arbustos y hierbas. Su casa, durante aquellos últimos y extraños días. No lo echaría mucho en falta, pero dudaba de que olvidara muy pronto su vida allí.

Luego cogió el espetón con el graben y se lo echó al hombro.

—Abre camino —le dijo a Siferra.

No habían recorrido más de un centenar de metros cuando Theremon divisó un grupo de muchachos escondidos tras los árboles. Se dio cuenta de que eran los mismos que habían sacado al graben de su madriguera y lo habían cazado hasta matarlo. Evidentemente habían vuelto a buscarlo. Ahora, con expresión hosca, observaban desde la distancia, evidentemente irritados de que Theremon se les hubiera llevado la presa. Pero estaban demasiado intimidados por los pañuelos verdes que identificaban al grupo de la Patrulla Contra el Fuego, más probablemente, por sus pistolas de aguja, como para reclamarla.

—¡Eh! —llamó Theremon—. Eso es vuestro, ¿no? ¡Os lo he estado guardando!

Lanzó el ensartado cuerpo del graben hacia ellos. Cayó al suelo a muy poca distancia del lugar donde estaban, y retrocedieron, con aspecto inquieto y perplejo. Evidentemente estaban ansiosos por coger el animal, pero temían avanzar.

—Ésa es la vida de la era post-Anochecer —le dijo tristemente a Siferra—. Están muertos de hambre, pero no se atreven a hacer ningún movimiento. Creen que es una trampa. Imaginan que si salen de entre esos árboles para coger el animal les abatiremos a tiros, sólo por divertirnos.

—¿Quién puede culparles? —dijo Siferra—. En estos momentos todo el mundo tiene miedo de todo el mundo. Déjalo ahí. Lo recogerán cuando hayamos desaparecido de su vista.

La siguió, cojeando.

Siferra y los otros de la Patrulla Contra el Fuego avanzaban confiados por el bosque, como si fueran invulnerables a los peligros que acechaban por todas partes. Y realmente no hubo incidentes mientras el grupo se encaminaba —tan rápidamente como permitían las heridas de Theremon— hacia la carretera que cruzaba el bosque. Era interesante ver, pensó, lo rápido que la sociedad empezaba a reconstituirse por sí misma. En sólo unos cuantos días una irregular pandilla como esta Patrulla Contra el Fuego había empezado a adquirir una especie de autoridad gubernamental. A menos que fueran sólo las pistolas de aguja y el aire general de seguridad en sí mismos lo que mantenía alejados a los locos, por supuesto.

Llegaron al fin al borde del bosque. El aire era cada vez más frío y la luz más incómodamente débil, ahora que Patru y Trey eran los únicos soles en el cielo. En el pasado Theremon nunca se había preocupado por los niveles relativamente escasos de luz que eran típicos de las horas en las que la única iluminación procedía de una de las parejas de soles dobles. Desde el eclipse, sin embargo, esas tardes de dos soles le parecían inquietantes y amenazadoras, un posible presagio — aunque sabía que no podía ser así — del inminente regreso de la Oscuridad. Las heridas psíquicas del Anochecer tardarían mucho tiempo en sanar, incluso para las mentes más resistentes del mundo.

—El Refugio está a poca distancia carretera abajo —dijo Siferra —. ¿Cómo vas?

—Estoy bien —respondió Theremon ácidamente—. No me han dejado tullido, ¿sabes?

Pero requería un considerable esfuerzo obligar a su doloridas y pulsantes piernas a que siguieran conduciéndole hacia delante. Se sintió enormemente alegre y aliviado cuando al fin se halló en la

entrada parecida a la boca de una cueva del reino subterráneo que era el Refugio.

El lugar era como un laberinto. Cavernas y corredores partían en todas direcciones. Vagamente en la distancia vio los intrincados bucles y espirales de lo que parecían ser instalaciones científicas, misteriosas e insondables, que recorrían las paredes y techos. Este lugar, recordó ahora, había sido el emplazamiento del aplasta-átomos de la universidad hasta que se abrió el gran nuevo laboratorio experimental en las Alturas de Saro. Al parecer los físicos habían dejado una buena cantidad de equipo obsoleto detrás.

Apareció un hombre alto que irradiaba autoridad.

—Éste es Altinol 111 —dijo Siferra—. Altinol, quiero que conozcas a Theremon 762.

—¿El del *Crónica?* —dijo Altinol. No sonó en absoluto impresionado: simplemente pareció que registraba el hecho en voz alta.

—Ex —dijo Theremon.

Se miraron el uno al otro sin el menor calor. Altinol, pensó Theremon, tenía el aspecto de ser un hueso duro de roer: un hombre de mediana edad, evidentemente delgado y en espléndidas condiciones. Iba bien vestido con ropas resistentes, y tenía la actitud de alguien que está acostumbrada, a ser obedecido. Theremon lo estudió y repasó rápidamente los bien clasificados archivos de su memoria, y al cabo de un momento se sintió complacido cuando pulsó un acorde de reconocimiento.

—¿Industrias Morthaine? —dijo—. ¿Ese Altinol?

Un momentáneo parpadeo de… ¿regocijo? ¿O era irritación?… apareció en los ojos de Altinol.

—Ése, sí.

—Siempre dijeron que deseaba ser usted primer Ejecutivo. Bien, parece que ahora ya lo es. De lo que queda de Ciudad de Saro, al menos, si no de toda la República Federal.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Altinol. Su voz era comedida—. Primero intentaremos derrotar la anarquía. Luego pensaremos en unir de nuevo el país, y entonces nos ocuparemos de ver quién es el Primer Ejecutivo. Tenemos el problema de los Apóstoles, por ejemplo, que se han apoderado del control de toda la parte norte de la ciudad y del territorio de más allá y lo han situado todo bajo su autoridad religiosa. No van a ser fáciles de desplazar. —Altinol exhibió una fría sonrisa—. Primero lo primero, amigo mío.

—En lo que respecta a Theremon —dijo Siferra—, lo primero es un baño, y luego una comida. Lleva viviendo en el bosque desde el Anochecer. Ven conmigo —le dijo a él.

Se habían instalado particiones a todo lo largo del viejo

acelerador de partículas, formando una larga serie de pequeñas estancias. Siferra le metió en una en la que una serie de tuberías de cobre montadas sobre su cabeza llevaban el agua a una bañera de porcelana.

—En realidad no estará muy caliente —le advirtió—. Sólo conectamos los calentadores un par de horas al día porque las reservas de combustible son escasas. Pero seguro que será mejor que bañarse en un helado arroyo del bosque. ¿Sabes algo de Altinol?

—Presidente de Industrias Morthaine, la gran multinacional naviera. Estuvo en las noticias hará uno o dos años, algo acerca de un contrato que fue recurrido por posibles irregularidades en la forma de desarrollar una enorme operación inmobiliaria sobre tierras del Gobierno en la provincia de Nibro.

—¿Qué tiene que ver una multinacional naviera con operaciones inmobiliarias? —preguntó Siferra.

—Ahí está exactamente el detalle. Nada en absoluto. Fue acusado de utilizar de forma impropia su influencia con el Gobierno…, algo acerca de ofrecer pases perpetuos en sus cruceros a senadores, creo… —Theremon se encogió de hombros—. En realidad ahora no constituye ninguna diferencia. Ya no existen las Industrias Morthaine, no hay ninguna operación inmobiliaria que realizar, ningún senador federal que sobornar. Probablemente no le ha gustado que le reconociera.

—Probablemente no le ha importado. Dirigir la Patrulla Contra el Fuego es todo lo que le importa ahora.

—Por el momento —indicó Theremon—. Hoy es la Patrulla Contra el Fuego de Ciudad de Saro, mañana el mundo. Ya le has oído hablar acerca de desplazar a los Apóstoles que se han apoderado del otro extremo de la ciudad. Bueno, alguien tenía que hacerlo. Y él pertenece al tipo de los que les gusta dirigirlo todo.

Siferra salió. Theremon se metió en la bañera de porcelana.

Siferra le llevó al comedor del Refugio, una sencilla sala con techo de hojalata, cuando terminó el baño, y le dejó allí diciéndole que tenía que ir a presentar su informe a Altinol. Allí le aguardaba una comida…, una de las comidas completas preparadas que se habían almacenado en los meses durante los cuales el Refugio había sido acondicionado. Verduras calientes, carne tibia de algún tipo desconocido, una bebida no alcohólica de color verde pálido y sabor indefinido.

Se obligó a sí mismo a comer con lentitud, con cuidado, sabiendo que su cuerpo no estaba acostumbrado a la auténtica comida después de aquel tiempo en el bosque; cada bocado tenía que ser meticulosamente masticado o sabía que se pondría enfermo, aunque su instinto era engullirlo tan rápido como pudiera y pedir más.

Después de comer, Theremon se reclinó hacia atrás en su silla y miró indolentemente el feo techo de hojalata. Ya no tenía hambre. Y sus esquemas mentales estaban empezando a cambiar a peor. Pese al baño, pese a la comida, pese al confort de saber que estaba seguro en aquel bien defendido Refugio, se dio cuenta de que se estaba deslizando a un humor de profunda desolación.

Se sentía muy cansado. Y desanimado, y lleno de tétricos pensamientos.

Había sido un buen mundo, pensó. No perfecto, muy lejos de ello, pero bastante bueno. La mayoría de la gente era razonablemente feliz, muchos eran prósperos, se hacían progresos en todos los frentes…, hacia una más profunda comprensión científica, hacia una mayor expansión económica, hacia una cooperación global más fuerte. El concepto de guerra había empezado a parecer pintorescamente medieval, y los viejos fanatismos religiosos eran en su mayor parte obsoletos, o eso le había parecido a él.

Y ahora todo eso había desaparecido, en un corto espacio de horas, en un solo estallido de horrible Oscuridad.

Un nuevo mundo nacería de las cenizas del viejo, por supuesto. Siempre había sido así: las excavaciones de Siferra en Thombo lo atestiguaban.

Pero, ¿qué tipo de mundo sería?, se preguntó Theremon. La respuesta a eso estaba ya a mano. Sería un mundo en el que la gente mataba a otra gente por un jirón de carne, o porque había violado una superstición sobre el fuego, o simplemente porque matar parecía ser algo divertido. Un mundo en el que los Folimun y los Mondior, sin duda, conspiraban para emerger como los dictadores del pensamiento, probablemente trabajando mano sobre mano con los Altinol, se dijo morbosamente. Un mundo en el que…

No. Sacudió la cabeza. ¿De qué servían todas aquellas oscuras y cavilosas lamentaciones?

Siferra tenía razón, se dijo. No tenía ningún sentido especular acerca de lo que podría haber sido. Con lo que tenía que enfrentarse era con lo que *era* realmente. Al menos estaba vivo, y su mente estaba prácticamente completa de nuevo, y había pasado su prueba en el bosque y había salido de ella más o menos intacto, aparte de unos cuantos hematomas y cortes que sanarían en un par de días. La desesperación era una emoción inútil ahora: era un lujo que no podía permitirse, del mismo modo que Siferra no podía permitirse el lujo de estar furiosa todavía con él por los artículos que había escrito en el periódico.

Lo que estaba hecho, hecho estaba. Ahora era el momento de recoger lo que quedara y seguir adelante, reagruparse, reconstruir, empezar de nuevo. Mirar hacia atrás era estúpido. Mirar hacia delante

con desánimo o abatimiento era mera cobardía.

—¿Has terminado? —preguntó Siferra al regresar al comedor—. Ya lo sé, la comida no es magnífica precisamente. Pero supera con mucho el comer graben.

—No sabría decirlo. En realidad, nunca he comido graben.

—Probablemente no lo hubieras echado mucho en falta. Vamos: te mostraré tu habitación.

Era un cubículo de techo bajo no muy elegante: una cama con una luz de vela en el suelo a su lado, un lavamanos, una sola bombilla colgada del techo. Dispersos en un rincón había algunos libros y periódicos que debían de haber sido dejados atrás por los que habían ocupado la habitación la tarde del eclipse. Theremon vio un ejemplar del *Crónica* abierto por la página de su columna e hizo una mueca: era uno de sus últimos artículos, un ataque particularmente violento contra Athor y su grupo. Enrojeció y lo apartó fuera de su vista con el pie.

—¿Qué piensas hacer ahora, Theremon? —preguntó Siferra.

—¿Hacer?

—Me refiero a cuando hayas tenido ocasión de descansar un poco.

—La verdad es que no lo he pensado mucho. ¿Por qué?

—Altinol quiere saber si tienes intención de unirte a la Patrulla Contra el Fuego —dijo ella.

—¿Es eso una invitación?

—Está dispuesto a aceptarte a bordo. Eres el tipo de persona que necesita, alguien fuerte, alguien capaz de tratar con la gente.

—Sí —dijo Theremon—. Yo sería bueno aquí, ¿verdad?

—Pero está intranquilo respecto a una cosa. Sólo hay sitio para un jefe en la Patrulla, y ése es Altinol. Si te unes a nosotros, quiere que comprendas desde un principio que lo que Altinol dice se hace, sin discusión. No está seguro de lo bueno que eres recibiendo órdenes.

—Yo tampoco estoy seguro de lo bueno que soy en eso —admitió Theremon—. Pero puedo entender el punto de vista de Altinol.

—¿Te unirás a nosotros, entonces? Sé que hay problemas con el planteamiento en sí de la Patrulla. Pero al menos es una fuerza para el orden, y necesitamos algo así ahora. Y Altinol puede ser despótico, pero no es malo. Estoy convencida de ello. Simplemente cree que el momento necesita medidas fuertes y un liderazgo decidido, cosas que él es capaz de proporcionar.

—Eso no lo dudo.

—Piensa en ello esta tarde —dijo Siferra—. Si quieres unirte a la Patrulla, habla con él mañana. Sé franco con él. Él será franco contigo, puedes estar seguro de ello. En tanto que puedas asegurarle que no vas a ser ninguna amenaza directa a su autoridad. Estoy segura de que

tú y él…

—No —dijo Theremon de pronto.

—¿No qué?

Él guardó silencio unos instantes. Al fin dijo:

—No necesito pasar toda la tarde pensando en ello. Ya sé cuál será mi respuesta.

Siferra le miró y aguardó.

Theremon dijo:

—No quiero unirme a Altinol. Sé la clase de hombre que es, y estoy muy seguro de que puedo arreglármelas con gente así durante cualquier período de tiempo. Y también sé que a corto plazo puede ser necesario realizar operaciones como la Patrulla Contra el Fuego. Pero a largo plazo son una mala cosa, y una vez establecidas e institucionalizadas es muy difícil librarse de ellas. Los Altinol de este mundo no ceden voluntariamente el poder. Los pequeños dictadores nunca lo hacen. Y yo no deseo que el conocimiento de que le ayudé a subirlo a la cima sea un nudo corredizo en torno a mi cuello durante todo el resto de mi vida. Reinventar el sistema feudal no me parece una solución útil a los problemas que tenemos ahora. Así que no, Siferra. No voy a llevar el pañuelo verde de Altinol. No hay ningún futuro para mí aquí.

—¿Adónde vas a ir, entonces? —dijo Siferra en voz baja.

—Sheerin me dijo que se está formando un auténtico Gobierno provisional en el parque de Amgando. Gente universitaria, quizás algunas personas del antiguo Gobierno, representantes de todo el país, se están reuniendo ahí abajo. Tan pronto como esté lo bastante fuerte para viajar me encaminaré a Amgando.

Ella le miró fijamente. No respondió.

Theremon hizo una profunda inspiración. Al cabo de un momento dijo:

—Ven conmigo al parque de Amgando, Siferra. —Adelantó una mano hacia ella. Añadió en voz baja—: Quédate conmigo esta tarde, en esta pequeña habitación mía. Y por la mañana marchémonos de aquí y vayamos juntos hacia el Sur. Tú no perteneces más que yo a este lugar. Y tenemos cinco veces más posibilidades de llegar a Amgando juntos que las que tendríamos si cualquiera de los dos intentara hacer el viaje solo.

Siferra siguió guardando silencio. Él no retiró su mano.

—¿Bien? ¿Qué dices?

Observó la sucesión de conflictivas emociones que cruzaban el rostro de ella. Pero no se atrevió a intentar interpretarlas.

Evidentemente, Siferra estaba luchando consigo misma. Pero de pronto la lucha llegó a su fin.

—Sí —dijo—. Sí. Hagámoslo, Theremon.

Y avanzó hacia él. Y tomó su mano. Y apagó la bombilla que colgaba sobre sus cabezas, aunque el suave brillo de la luz de la vela al lado de la cama permaneció.

38

—¿Sabes el nombre de esta zona residencial? —preguntó Siferra. Contempló entumecida, desanimada, el carbonizado y espectral paisaje de casas arruinadas y vehículos abandonados en el que habían entrado. Era poco antes del mediodía del tercer día de su huida del Refugio. La intensa luz de Onos iluminaba despiadadamente los ennegrecidos muros, todas las ventanas destrozadas.

Theremon negó con la cabeza.

—Se llamaba algo estúpido, puedes estar seguro de ello. Acres Dorados, o Heredad de Saro, o algo así. Pero como se llamaba no importa ahora. Ya no es una zona residencial. Lo que tenemos aquí era una elegante zona urbanizada, Siferra, pero hoy no es más que arqueología. Uno de los Suburbios Perdidos de Saro.

Habían alcanzado un punto muy al sur del bosque, casi en las afueras del cinturón suburbano que formaba los límites meridionales de Ciudad de Saro. Más allá se extendían las zonas agrícolas, pequeños pueblos y —en alguna parte muy lejos en la distancia, impensablemente lejos— su meta del parque nacional de Amgando.

Cruzar el bosque les había tomado dos días. Habían dormido la primera tarde en el viejo cobertizo de Theremon, y la segunda entre unos arbustos a medio subir la áspera ladera que conducía a las Alturas de Onos. En todo el camino no habían hallado ninguna indicación de que la Patrulla Contra el Fuego estuviera tras sus huellas. Al parecer Altinol no había hecho ningún intento de perseguirles, aunque se habían llevado consigo armas y dos abultadas mochilas de provisiones. Y seguramente, pensaba Siferra, ahora ya estaban más allá de su alcance.

—La Gran Autopista del Sur debería de estar en alguna parte por aquí, ¿no? —dijo.

—Dentro de otros tres o cuatro kilómetros —respondió él—. Si tenemos suerte no hallaremos ningún fuego activo que nos bloquee el camino.

—Tendremos suerte. Cuenta con ello.

Él se echó a reír.

—Siempre el optimismo, ¿eh?

—No cuesta más que el pesimismo —respondió ella—. De una u otra forma, pasaremos.

—Está bien. De una u otra forma.

Avanzaban a buen ritmo. Theremon parecía estarse recuperando con rapidez de la paliza que había recibido en el bosque y de sus días de hambre. Había una sorprendente resistencia en él. Fuerte como era, Siferra tenía que esforzarse para mantener su ritmo.

También se esforzaba para mantener su espíritu alto. Desde su marcha del Refugio no había abandonado ni un momento una actitud esperanzada, siempre confiada, siempre segura de que llegarían sanos y salvos a Amgando y de que hallarían a gente como ellos mismos ya dedicada intensamente al trabajo de planificar la reconstrucción del mundo. Pero, interiormente, no estaba tan segura. Y cuanto más se adentraban ella y Theremon en aquellas agradables regiones suburbanas, más difícil resultaba reprimir el horror, la impresión, la desesperación, un sentimiento de derrota total.

Era un mundo de pesadilla.

No había ninguna forma de escapar de la enormidad de todo aquello. Te volvieras hacia donde te volvieras, sólo veías destrucción.

¡Mira!, pensaba. ¡Mira! La desolación, las cicatrices, los edificios derrumbados, las paredes invadidas ya por las primeras malezas, ocupadas en buena parte por los primeros pelotones de lagartijas. Por todas partes las marcas de aquella terrible noche, cuando los dioses lanzaron una vez más su maldición sobre el mundo. El horrible olor acre del negro humo que se alzaba de los restos de los incendios que las recientes lluvias habían extinguido; el otro humo, blanco y penetrante, que se alzaba en retorcidas volutas de los sótanos aún ardiendo; las manchas sobre todo; los cuerpos en las calles, retorcidos en su agonía final; la expresión de locura en los ojos de aquellas pocas personas supervivientes que de tanto en tanto atisbaban por entre los restos de sus hogares…

Toda gloria desvanecida. Toda grandeza desaparecida. Todo en ruinas, todo…, como si el océano se hubiera alzado, pensó, y hubiera barrido al olvido todos los logros humanos.

Siferra no era ajena a las ruinas. Había pasado toda su vida profesional cavando en ellas. Pero las ruinas que había excavado eran antiguas, ablandadas por el tiempo, misteriosas y románticas. Lo que veía aquí ahora era demasiado inmediato, demasiado doloroso para soportarlo, y no había nada romántico en ello. Había estado preparada para aceptar la caída de las civilizaciones perdidas del pasado: llevaban consigo poca carga emocional para ella. Pero ahora era su propia época la que había sido barrida al cubo de la basura de la historia, y eso era difícil de soportar.

¿Por qué había ocurrido?, se preguntó a sí misma. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Tan malvados fuimos? ¿Tanto nos alejamos del sendero de los dioses que necesitamos ser castigados de este modo?

No.

¡No!

No hay dioses, no hubo ningún castigo.

De eso estaba segura Siferra. No tenía la menor duda de que todo

no era más que la obra del ciego azar, traído por los movimientos impersonales de mundos y soles inanimados e indiferentes que entraban en conjunción cada dos mil años en una desapasionada coincidencia.

Eso era todo. Un accidente.

Un accidente que Kalgash se había visto obligado a soportar una y otra vez a lo largo de su historia.

De tanto en tanto las Estrellas aparecían en toda su terrible majestad; y, en una desesperada agonía suscitada por el terror, el hombre volvía sin saberlo su mano contra sus propias obras. Vuelto loco por la Oscuridad; vuelto loco por la feroz luz de las Estrellas. Era un ciclo interminable. Las cenizas de Thombo habían contado toda la historia. Y ahora era Thombo de nuevo. Tal como Theremon había dicho: *Este lugar es arqueología ahora.* Exacto.

El mundo que habían conocido había desaparecido. Pero todavía estamos aquí, pensó.

¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer?

El único consuelo que podía hallar entre la desolación era el recuerdo de aquella primera tarde con Theremon, en el Refugio: todo tan repentino, tan inesperado, tan maravilloso. Seguía revisándolo mentalmente, una y otra vez. Su extrañamente tímida sonrisa cuando le pidió que se quedara con él…, ¡no un truco de seductor, en absoluto! Y la expresión en sus ojos. Y la sensación de sus manos contra su piel…, su abrazo, su aliento mezclándose con el de ella…

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que había estado con un hombre? Ya casi había olvidado cómo era…, casi. Y siempre, aquellas otras veces, había habido la intranquila sensación de cometer un error, de tomar un camino equivocado, de emprender un viaje que no debería haber emprendido. No había sido así con Theremon: simplemente dejar caer las barreras y los fingimientos y los temores, una alegre rendición, una admisión, al fin, de que en este desgarrado y torturado mundo ya no tendría que seguir sola, que era necesario formar una alianza, y que Theremon, directo y brusco e incluso un poco áspero, fuerte y decidido y de confianza, era el aliado que necesitaba y deseaba.

Y así se había entregado al fin, sin vacilar y sin lamentarlo.

¡Qué ironía, pensó, que hubiera sido necesario el fin del mundo para llevarla al punto de enamorarse! Pero al menos tenía eso.

Todo lo demás podía haberse perdido; pero tenía eso al menos.

—Mira ahí —dijo de pronto, y señaló—. Un indicador de carreteras.

Era una placa de metal verde que colgaba en un loco ángulo de una farola, con su superficie ennegrecida por las manchas del humo. Estaba perforada en tres o cuatro lugares por lo que probablemente

eran agujeros de bala. Pero las brillantes letras amarillas todavía eran razonablemente legibles: GRAN AUTOPISTA DEL SUR, y una flecha que les indicaba que siguieran rectos.

—No puede haber más que otros dos o tres kilómetros desde aquí —dijo Theremon—. Deberíamos alcanzarla a…

Hubo un repentino y agudo sonido zumbante, y luego un resonante restallido que reverberó con un asombroso impacto. Siferra se cubrió los oídos con las manos. Un momento más tarde sintió a Theremon tirar de su brazo, empujarla al suelo.

—*¡Abajo!* —susurró roncamente él—. ¡Alguien nos está disparando!

—¿Quién? ¿Dónde?

Theremon tenía su pistola de aguja en la mano. Ella extrajo también la suya. Alzó la vista y vio que el proyectil había golpeado contra el indicador de carreteras: había un nuevo orificio entre las primeras dos palabras, borrando algunas de las letras.

Theremon, agachado, avanzó con rapidez hacia la esquina del edificio más cercano. Siferra le siguió, con la sensación de hallarse horriblemente expuesta. Aquello era peor que permanecer de pie desnuda frente a Altinol y la Patrulla Contra el Fuego: un millar de veces peor. El siguiente disparo podía llegar en cualquier momento, desde cualquier dirección, y ella no tenía ninguna forma de protegerse. Ni siquiera cuando dobló la esquina del edificio y se acurrucó contra Theremon en el callejón, respirando pesadamente, con el corazón martilleando alocado, tuvo la seguridad de hallarse a salvo.

Él hizo un gesto con la cabeza hacia una hilera de casas quemadas al otro lado de la calle. Dos o tres de ellas estaban intactas, cerca de la esquina opuesta; y ahora Siferra vio sucios y sombríos rostros que atisbaban desde una ventana de arriba de la más alejada.

—Hay gente ahí arriba. Ocupantes ilegales, supongo. Locos.

—Ya los veo.

—No tienen miedo de nuestros pañuelos de la Patrulla. Quizá la Patrulla no signifique nada para ellos, tan en las afueras de la ciudad. O quizá nos hayan disparado porque los llevamos.

—¿Lo crees posible?

—Cualquier cosa es posible. —Theremon se asomó un poco—. Lo que me pregunto es si intentan dispararnos y su puntería es realmente mala, o si tan sólo quieren asustarnos. Si han intentado dispararnos y todo lo mejor que han podido hacer ha sido alcanzar el indicador de carreteras, entonces podríamos intentar largamos corriendo. Pero si ha sido tan sólo una advertencia…

—Eso es lo que sospecho que ha sido. Un disparo fallido no hubiera ido a dar precisamente en el indicador. Es algo demasiado

limpio.

—Probablemente sí —dijo Theremon. Frunció el ceño—. Creo que voy a dejarles saber que estamos armados. Sólo para desanimarles de intentar enviarnos una avanzadilla alrededor de una de esas casas para atrapamos por detrás.

Contempló su pistola de aguja, ajustó la apertura a un haz amplio y máxima distancia. Luego alzó el arma y efectuó un solo disparo. Un estallido de luz roja siseó a través del aire y golpeó el suelo justo frente al edificio donde se habían asomado los rostros. Un furioso círculo calcinado apareció en el césped, y se alzaron retorcidas volutas de humo.

—¿Crees que han visto eso? —preguntó Siferra.

—A menos que estén tan idos que sean incapaces de prestar atención. Pero sospecho que sí lo vieron. Y no les gustó mucho.

Los rostros estaban de vuelta a la ventana.

—Mantente agachada —advirtió Theremon—. Tienen alguna especie de rifle de caza potente. Puedo ver su cañón.

Hubo otro sonido zumbante, otro tremendo impacto. El indicador de carreteras, hecho pedazos, cayó al suelo.

—Puede que estén locos —dijo Siferra—, pero su puntería es malditamente buena.

—*Demasiado* buena. Sólo jugaban con nosotros cuando dispararon ese primer tiro. Se ríen de nosotros. Nos están diciendo que si asomamos la nariz nos la volarán. Nos tienen atrapados aquí, y disfrutan con ello.

—¿No podemos salir por el otro extremo del callejón?

—Está lleno de cascotes. Y, por todo lo que sé, puede que haya más ocupantes aguardándonos en el otro lado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Incendiar esa casa —dijo Theremon—. Quemarlos. Y matarlos, si están demasiado locos para rendirse.

Ella abrió mucho los ojos.

—*¿Matarles?*

—Si no nos dan otra opción sí, lo haré. ¿Quieres llegar a Amgando, o prefieres pasar el resto de tu vida oculta aquí en este callejón?

—Pero no puedes simplemente matar a la gente, aunque tú…, aunque ellos…

Su voz se apagó. No sabía qué era lo que estaba intentando decir.

—¿Aunque ellos estén intentando matarte, Siferra? ¿Aunque ellos crean que resulta divertido lanzar un par de balas silbando junto a nuestros oídos?

Ella no respondió. Había pensado que empezaba a comprender la forma en que funcionaban las cosas en el monstruoso nuevo mundo

que había cobrado vida la tarde del eclipse; pero se dio cuenta de que no comprendía nada, absolutamente nada.

Theremon se había arrastrado de nuevo un corto trecho hacia la calle. Apuntaba con su pistola de aguja.

El estallido incandescente de luz golpeó la blanca fachada de la casa del extremo de la calle. Al instante la madera empezó a volverse negra. Brotaron pequeñas llamas. Trazó una línea de fuego a través de la fachada del edificio, hizo una pausa, disparó de nuevo y trazó una segunda línea encima de la primera.

—Dame tu pistola —pidió a Siferra—. La mía se está sobrecalentando.

Ella le pasó el arma. Él la ajustó y disparó una tercera vez. Toda una sección de la fachada de la casa estaba en llamas ahora. Theremon estaba cortando a través de ella, apuntando su haz al interior del edificio. No hacía mucho tiempo, pensó Siferra, aquella casa blanca de madera había pertenecido a alguien. Allí había vivido gente, una familia, orgullosa de su casa, de su vecindario…, cuidando su césped, regando sus plantas, jugando con sus animales de compañía, dando cenas para sus amigos, sentándose en el patio a beber refrescos y contemplar los soles cruzar el cielo vespertino. Ahora nada de eso significaba nada. Ahora Theremon estaba tendido boca abajo en un callejón lleno de ceniza y cascotes al otro lado de la calle, prendiendo fuego eficiente y sistemáticamente a aquella casa. Porque ésa era la única forma que él y ella podían salir sanos y salvos de aquella calle y seguir su camino hacia el parque de Amgando.

Un mundo de pesadilla, sí.

Una columna de humo se alzaba ahora del interior de la casa. Toda la parte izquierda de su fachada estaba en llamas. Y la gente saltaba de las ventanas del segundo piso. Tres, cuatro, cinco, atragantándose, jadeando. Dos mujeres, tres hombres. Cayeron sobre el césped y permanecieron tendidos allí un momento, como atontados. Sus ropas estaban sucias y hechas jirones, su pelo enmarañado. Locos. Antes habían sido algo distinto, antes del Anochecer, pero ahora formaban simplemente parte de esa enorme horda de seres vagabundos de ojos enloquecidos y expresión tosca cuyas mentes se habían salido de sus goznes, quizá para siempre, por el repentino estallido de sorprendente luz que habían lanzado las Estrellas contra sus sentidos no preparados.

—¡De pie! —les gritó Theremon—. ¡Las manos arriba! ¡Ahora! ¡Vamos, levantaos! —Avanzó a plena vista, empuñando las dos pistolas aguja.

Siferra salió a su lado. La casa estaba envuelta ahora por un denso humo, y dentro de ese oscuro manto temibles chorros de llamas se alzaban por todos lados del edificio, agitándose como estandartes

escarlatas. ¿Había gente todavía atrapada dentro? ¿Quién podía decirlo? ¿Importaba?

—¡Alineaos, aquí! —ordenó Theremon—. ¡Eso es! ¡Vista a la izquierda! —Se pusieron firmes. Uno de los hombres era un poco lento, y Theremon hizo llamear un haz de su pistola junto a su mejilla para alentar su cooperación—. Ahora echad a correr. Calle abajo. ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Un lado de la casa se desmoronó con un terrible sonido rugiente, dejando al descubierto habitaciones, armarios, muebles, como una casa de muñecas que hubiera sido cortada de cuajo. Todo estaba en llamas. Los ocupantes estaban en la esquina ahora. Theremon siguió gritándoles, animándoles a seguir corriendo, lanzando algún ocasional estallido a sus talones.

Luego se volvió hacia Siferra.

—Bien. ¡Salgamos de aquí!

Enfundaron sus pistolas y echaron a correr en dirección opuesta, hacia la Gran Autopista del Sur.

—¿Y si hubieran salido disparando? —preguntó Siferra más tarde, cuando pudieron ver la entrada de la autopista a poca distancia mientras avanzaban por los campos abiertos que conducían a ella—. ¿Los hubieras matado realmente, Theremon?

Él la miró con una expresión firme y severa.

—¿Si ésa hubiera sido la única forma de salir de aquel callejón? Creo que te respondí ya antes a eso. Por supuesto que lo hubiera hecho. ¿Qué otra elección hubiera tenido? ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?

—Nada, supongo —dijo Siferra, con voz apenas audible.

La imagen de la casa ardiendo flameaba aún en su mente. Y la visión de aquellas miserables y harapientas personas corriendo calle abajo.

Pero ellos habían disparado primero, se dijo a sí misma.

Ellos lo habían iniciado todo. No había forma de decir hasta dónde hubieran llegado, si Theremon no hubiera tenido la idea de quemar la casa.

La casa…, la casa de alguien…

La casa de nadie, se corrigió.

—Ya estamos —dijo Theremon—. La Gran Autopista del Sur. Es un tranquilo viaje de cinco horas en coche hasta Amgando. Podríamos estar allí a la hora de cenar.

—Si tuviéramos un coche —dijo Siferra.

—Si lo tuviéramos —dijo él.

39

Pese a todo lo que habían visto en su camino para llegar hasta allí, Theremon no estaba preparado para el aspecto que les ofreció la Gran Autopista del Sur. La peor pesadilla de un ingeniero de tráfico no hubiera sido tan mala.

En todas partes, mientras cruzaban los suburbios del Sur, Theremon y Siferra habían pasado junto a vehículos abandonados en las calles. Sin duda muchos conductores, abrumados por el pánico en el momento de la aparición de las Estrellas, habían parado sus coches y huido de ellos a pie, con la esperanza de hallar algún lugar donde esconderse del terrible y abrumador brillo que ardía repentinamente en el cielo.

Pero los coches abandonados que sembraban las calles de aquellos tranquilos sectores residenciales de la ciudad a través de los cuales él y Siferra habían llegado hasta tan lejos habían estado dispersos de una forma al azar, aquí y allá, a intervalos relativamente amplios. En esos vecindarios el tráfico de vehículos debía de haber sido escaso en el momento del eclipse, puesto que se había producido después del fin de un día normal de trabajo.

La Gran Autopista del Sur, sin embargo, atestada por los últimos habitantes de los pueblos cercanos que trabajaban en la ciudad y viceversa, debió de haberse convertido en una auténtica casa de locos en el instante mismo en que la calamidad golpeó el mundo.

—Mira eso —susurró Theremon, alucinado—. *¡Mira* eso, Siferra!

Ella sacudió la cabeza, abrumada.

—Increíble. Increíble.

Había coches por todas partes…, apiñadas masas de ellos, amontonados en una caótica mezcolanza, apilados en algunos lugares en alturas de dos o tres. La amplia calzada estaba casi completamente bloqueada por ellos, una infranqueable muralla de vehículos accidentados; Miraban en todas direcciones. Algunos estaban volcados. Muchos habían ardido y ahora no eran más que esqueletos. Brillantes manchas de combustible derramado brillaban como lagos cristalinos. Rastros de cristal pulverizado daban a la calzada un brillo siniestro. Coches muertos. Y conductores muertos.

Era la visión más horripilante que habían visto hasta entonces. Un enorme ejército de muertos se extendía ante ellos. Cuerpos derrumbados sobre los controles de sus coches, cuerpos encajados entre vehículos que habían colisionado, cuerpos ensartados tras los volantes. Y una sucesión de cuerpos simplemente tendidos por todas partes como lamentables muñecos desechados a lo largo de las cunetas, con sus miembros congelados en las grotescas actitudes de la

muerte.

—Probablemente algunos conductores se detuvieron de inmediato —apuntó Siferra— cuando aparecieron las Estrellas. Pero otros aceleraron, intentando terminar sus viajes y llegar a sus casas, y chocaron contra los que se habían detenido. Y aún otras personas se sintieron tan desconcertadas que olvidaron completamente cómo seguir conduciendo…, mira, éstos se salieron de la autopista por aquí, y este otro debió de haber dado la vuelta e intentó regresar por entre del tráfico que le venía de frente…

Theremon se estremeció.

—Un horrendo y colosal amontonamiento. Coches chocando desde todos lados a la vez. Girando en redondo, volcando, cruzando la calzada hasta los carriles de dirección opuesta. Gente saliendo, corriendo para ponerse a cubierto, siendo alcanzada por otros coches que llegaban en aquel momento. Todo el mundo volviéndose loco de cincuenta maneras distintas.

Se echó a reír amargamente.

Siferra dijo, sorprendida:

—¿Qué puedes hallar en esto que te haga reír de este modo, Theremon?

—Sólo mi propia estupidez. ¿Sabes, Siferra? Una idea loca cruzó por mi mente hace media hora, mientras nos acercábamos a la autopista: La de que simplemente podríamos subir al coche abandonado de alguien y descubrir que tenía el depósito de combustible lleno y estaba listo para ponerse en marcha y conducirnos hasta Amgando. Simplemente así, de la forma más conveniente. No me detuve a pensar que la autopista estaría totalmente bloqueada…, que, aunque tuviéramos la buena fortuna de hallar un coche que pudiéramos utilizar, no conseguiríamos avanzar con él ni siquiera una docena de metros…

—Ya será bastante difícil caminar por la autopista, en la forma en que está.

—Sí. Pero tenemos que hacerlo.

Iniciaron hoscamente su largo viaje al Sur. Emprendieron la marcha a la cálida luz del Onos de primera hora de la tarde por entre la carnicería de la autopista, saltando por encima de los retorcidos y abollados restos de los coches, intentando ignorar los cuerpos calcinados y mutilados, los charcos de sangre seca, el hedor de la muerte, el horror total de todo aquello.

Theremon se dio cuenta de que se desensibilizaba por completo casi de inmediato. Quizás eso era un horror más grande aún. Pero al cabo de poco rato simplemente dejó de darse cuenta de la sangre coagulada, de los ojos de los cadáveres que miraban fijamente, de la enormidad del desastre que se había producido allí. La tarea de trepar

sobre montones de coches destrozados y estrujarse entre peligrosas masas aplastadas de metal rasgado era tan excitante que requería toda su concentración, y rápidamente dejó de prestar atención a las víctimas del desastre. Ya sabía que no serviría de nada buscar supervivientes. Cualquiera que hubiese quedado atrapado allí hacía tantos días habría muerto ya.

Siferra también parecía haberse adaptado rápidamente a la escena de pesadilla que era la Gran Autopista del Sur. Sin apenas debajo de algún saliente de metal retorcido. Virtualmente eran las únicas personas vivas que usaban la autopista. De tanto en tanto veían a alguien avanzando hacia el Sur a pie muy por delante de ellos, o incluso subiendo del Sur en dirección al extremo de Ciudad de Saro de la larga vía de comunicación, pero nunca se producía ningún encuentro. Los otros viajeros se agachaban rápidamente y desaparecían de la vista y se perdían entre el desastre o, si estaban allá delante, seguían su marcha de forma frenética a un ritmo que hablaba de un terrible miedo y desaparecían con rapidez en la distancia.

¿De qué tenían miedo?, se preguntó Theremon. De que ellos les atacaran. ¿Era la mano de todo el mundo alzada contra todo el mundo, ahora?

En una ocasión, a una hora o así de distancia del punto donde habían entrado, vieron a un hombre de aspecto sucio que iba de coche en coche, metiendo la mano para rebuscar en los bolsillos de los muertos, despojando a los cadáveres de sus posesiones. Llevaba un gran saco con su botín a su espalda, tan pesado que se tambaleaba bajo él.

Theremon maldijo furioso y extrajo su pistola aguja.

—*¡Mira* a ese asqueroso devora-cadáveres! *¡Mírale!*

—¡No, Theremon!

Siferra desvió el arma justo en el momento en que Theremon lanzaba un haz al saqueador. El disparo golpeó un coche cercano, y por un momento alzó un brillante resplandor de energía reflejada.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Theremon—. Sólo intentaba asustarle.

—Pensé que… tu…

Theremon agitó cansadamente la cabeza.

—No —dijo—. Todavía no, al menos. Observa…, ¡mira cómo corre!

El saqueador había girado en redondo al sonido del disparo y había mirado con maníaco asombro a Theremon y Siferra. Sus ojos estaban vacíos; un rastro de saliva se deslizaba de sus labios. Les miró con la boca abierta durante un largo momento. Luego dejó caer su saco con el botín y se alejó a toda prisa en una salvaje y desesperada huida por encima de las capotas de los coches, y no tardaron en

perderlo de vista.

Siguieron adelante.

Era un avance lento y terrible. Los indicadores que se alzaban encima de ellos cruzando la calzada sobre sus postes de sustentación se burlaban de sus lamentables progresos diciéndoles la escasa distancia desde el principio de la autopista que habían conseguido recorrer hasta entonces. Cuando Onos se puso habían hecho solamente dos kilómetros y medio.

—A este ritmo —dijo Theremon, sombrío— necesitaremos casi un año para alcanzar Amgando.

—Avanzaremos más rápido cuando le cojamos el truco —dijo Siferra, sin mucha convicción.

Si tan sólo pudieran haber seguido a lo largo de algún camino paralelo a la autopista, en vez de tener que caminar por la propia calzada, hubiera resultado mucho más sencillo para ellos. Pero eso era imposible. Buen parte de la Gran Autopista del Sur era elevada, se alzaba sobre largos pilares por encima de extensiones boscosas, zonas de marismas y alguna que otra zona industrial. Había lugares donde la autopista se convertía en un puente que cruzaba largas cicatrices mineras, o por encima de lagos y ríos. Durante la mayor parte de la distancia no iban a tener más elección que mantenerse en lo que en su tiempo habían sido los carriles centrales de tráfico de la propia autopista, por difícil que resultara hacerlo por entre la interminable sucesión de coches estrellados.

Se mantenían por el borde de la calzada tanto como podían, puesto que la densidad de los restos era menor allí. Cuando miraban las escenas que se ofrecían allá abajo, veían signos de constante caos por todas partes. Casas quemadas. Incendios que aún ardían después de todo este tiempo y que se extendían hasta el horizonte. Pequeñas bandas ocasionales de afligidos refugiados que avanzaban como aturdidos por entre las calles atestadas de restos en aras de alguna desesperanzada migración. A veces un grupo más grande, un millar de personas o más, acampaban juntas en algún lugar abierto, apelotonadas de una forma desolada, como paralizadas, sin apenas moverse, con sus voluntades y energías hechas pedazos.

Siferra señaló una iglesia quemada hasta los cimientos en la cresta de una colina justo al otro lado de la autopista. Un pequeño grupo de personas de aspecto harapiento estaban trepando por sus medio derrumbadas paredes, socavando los bloques que quedaban de piedra gris con palos y palancas, arrancándolos y arrojándolos al patio.

—Parece como si la estuvieran demoliendo —dijo—. ¿Por qué lo hacen?

—Porque odian a los dioses —dijo Theremon—. Les culpan de

todo lo que ha ocurrido… ¿Recuerdas el Panteón, la gran Catedral de Todos los Dioses junto al linde del bosque, con los famosos murales de Thamilandi? Lo vi un par de días después del anochecer. Había sido quemado hasta los cimientos…, sólo cascotes, todo destruido, y un sacerdote medio consciente asomando atrapado en medio de un montón de ladrillos. Ahora me doy cuenta de que no fue un accidente que el edificio ardiera. Ese fuego fue iniciado *deliberadamente. Y* el sacerdote…, vi a un loco matarle allá justo delante de mis ojos, y pensé que era para robarle sus ropas. Pero quizá no. Quizá fue por simple odio.

—Pero los sacerdotes no causaron…

—¿Tan pronto has olvidado a los Apóstoles? ¿A Mondior, diciéndonos desde hacía meses que lo que iba a ocurrir era la venganza de los dioses? Los sacerdotes son la voz de los dioses, ¿no es así, Siferra? Y si nos conducen al mal, de modo que necesitemos ser castigados de esta forma, bueno, entonces los sacerdotes tienen que ser los responsables de la llegada de las Estrellas. O eso pensará la gente.

—¡Los Apóstoles! —dijo con voz sombría Siferra—. Desearía poder olvidarlos. ¿Qué piensas que están haciendo ahora?

Salirse del eclipse bien seguros en su torre, supongo.

—Sí. Deben de haber transcurrido la noche en buena forma, preparados como estaban para ella. ¿Qué fue lo que dijo Altinol? ¿Que ya estaban poniendo en marcha un Gobierno en la parte norte de Ciudad de Saro?

Theremon miró sombrío la devastada iglesia al otro lado de la autopista. Dijo con voz átona:

—Puedo imaginar el tipo de Gobierno que será. Virtud por decreto. Mondior emitiendo nuevos mandamientos de moralidad cada Día de Onos. Todas las formas de placer prohibidas por ley. Ejecuciones públicas semanales de los pecadores. —Escupió al viento —. ¡Por la Oscuridad! Pensar que tuve a Folimun a mi alcance aquella tarde y le dejé escapar, cuando hubiera podido estrangularle fácilmente…

—¡Theremon!

—Lo sé. ¿De qué hubiera servido? ¿Un Apóstol más o menos? Dejemos que viva. Dejemos que establezca su Gobierno y digamos a todo el mundo que sea lo bastante desafortunado como para vivir al norte de Ciudad de Saro lo que tiene que hacer y que pensar. ¿Por qué debería de importarnos? Nos encaminamos al Sur, ¿no? Lo que hagan los Apóstoles no nos afectará. No serán más que otro de los cincuenta gobiernos rivales en discordia, cuando las cosas tengan la oportunidad de asentarse. Uno entre cinco mil, quizá. Cada distrito tendrá su propio dictador, su propio emperador. —La voz de Theremon se

ensombreció bruscamente—. Oh. Siferra, Siferra…

Ella cogió su mano. En voz baja dijo:

—Te estás acusando a ti mismo de nuevo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando te alteras de este modo… ¡Theremon, te digo que no eres culpable de nada! Esto hubiera ocurrido de todos modos, no importa lo que escribiste o dejaste de escribir en el periódico. ¿Acaso no lo ves? Un hombre solo no hubiera podido cambiar nada. Esto era algo por lo que el mundo estaba destinado a pasar, algo que no podía haberse prevenido, algo…

—*¿Destinado?* —dijo él secamente—. ¡Qué extraña palabra para oírla de tus labios! La venganza de los dioses, ¿es eso lo que quieres decir?

—No he dicho nada acerca de dioses. Tan sólo quiero decir que Kalgash Dos estaba destinado a llegar, no por los dioses sino simplemente por las leyes de la astronomía, y el eclipse estaba destinado a producirse, y el Anochecer, y las Estrellas…

—Sí —dijo Theremon con voz indiferente—. Supongo que sí.

Siguieron caminando por un trecho de calzada donde se habían detenido pocos coches. Onos se había puesto, y en el cielo estaban los soles vespertinos, Sitha y Tano y Dovim. Un frío viento soplaba del Oeste. Theremon notó que el sordo dolor del hambre crecía en él. Hoy no se habían parado a comer en todo el día. Ahora se detuvieron y acamparon entre dos coches aplastados y prepararon un poco de comida seca de la que habían traído consigo del Refugio.

Pero, pese a lo hambriento que estaba, descubrió que tenía poco apetito, y tuvo que obligarse a tragar la comida bocado a bocado. Los rígidos rostros de los cadáveres le miraban desde los coches cercanos. Mientras caminaban había sido capaz de ignorarlos; pero ahora, sentado allí en lo que en su tiempo había sido la más espléndida autopista de la provincia de Saro, no podía apartar su vista de la mente. Había momentos en los que tenía la sensación de que él mismo los había asesinado.

Prepararon una cama con algunos asientos que habían saltado fuera de los coches que habían colisionado y durmieron muy juntos, un sueño inquieto y entrecortado que no hubiera sido mucho peor si hubieran intentado dormir directamente en el cemento de la calzada.

Durante la tarde les llegaron gritos, roncas risas, el distante sonido de cantos. Theremon despertó una vez y miró por encima del borde de la autopista elevada, y vio distantes fuegos de campaña en un campo allá abajo, quizás a veinte minutos de marcha hacia el Este. ¿Había dormido alguien alguna vez bajo un techo últimamente? ¿O el impacto de las Estrellas había sido tan universal, se preguntó, que toda la población del mundo había abandonado sus casas y hogares

para acampar al aire libre como él y Siferra estaban haciendo, bajo la luz familiar de los eternos soles?

Finalmente se adormeció hacia el amanecer. Pero apenas se había quedado dormido cuando apareció Onos, rosa y luego dorado en el Este, extrayéndole de fragmentarios y aterradores sueños.

Siferra ya estaba despierta. Tenía el rostro pálido, los ojos enrojecidos e hinchados.

Theremon esbozó una sonrisa.

—Estás hermosa — le dijo.

—Oh, esto no es nada —respondió ella—. Tendrías que verme cuando no me he lavado en dos semanas.

—Pero yo quería decir…

—Sé lo que querías decir —le interrumpió ella—. Supongo.

Aquel día cubrieron seis kilómetros, y todos fueron difíciles, paso a paso.

—Necesitamos agua —dijo Siferra cuando empezó a alzarse el viento de la tarde—. Tendremos que tomar la próxima rampa de salida que encontremos e intentar hallar un arroyo.

—Sí —dijo él—. Supongo que tendremos que hacerlo.

Theremon no se sentía muy tranquilo acerca de descender. Desde el inicio del viaje habían tenido virtualmente la autopista para ellos solos; y a estas alturas había empezado a sentirse casi como en su casa en ella, de una forma extraña, entre la maraña de vehículos aplastados y convertidos en chatarra. Ahí abajo, en los campos abiertos por donde se movían las bandas de refugiados. *Es extraño,* pensó, *que los llame refugiados, como si yo simplemente estuviera en una especie de vacaciones,* no había forma de decir en qué problemas podían meterse.

Pero Siferra tenía razón. Tenían que bajar y encontrar agua. La provisión que habían traído con ellos estaba completamente agotada. Y quizá necesitaran pasar algún tiempo lejos de la infernal e interminable sucesión de coches aplastados y de ver cadáveres antes de reanudar su camino hacia Amgando.

Señaló hacia un indicador a poca distancia frente a ellos.

—Un kilómetro hasta la próxima salida.

—Deberíamos poder llegar allí en una hora.

—En menos —dijo él—. La calzada parece bastante despejada ahí delante. Saldremos de la autopista y haremos lo que tengamos que hacer tan rápido como podamos, y luego será mejor que volvamos aquí arriba para dormir. Es más seguro acostarse fuera de la vista entre un par de estos coches que correr Siferra vio la lógica de aquello. En aquel relativamente despejado tramo de autopista avanzaron con rapidez hacia la cercana rampa de salida, viajando más aprisa de lo que lo habían hecho en cualquiera de sus secciones anteriores. En casi nada de tiempo llegaron al siguiente indicador, el

que advertía de que estaban a medio kilómetro de la salida.

Pero entonces su rápido avance se vio bruscamente puesto a prueba. En aquel punto hallaron la calzada bloqueada por un montón tan inmenso de coches aplastados que Theremon temió por un momento que no fueran capaces de cruzarlo.

Debía de haberse producido una serie de realmente monstruosos choques allí, algo terrible incluso bajo los estándares de todo lo que él y Siferra habían visto en la autopista. Dos enormes camiones de transporte parecían hallarse en medio de todo, encajados de frente el uno en el otro como dos enormes bestias peleándose en la jungla; y parecía que docenas de coches se habían empotrado sucesivamente en ellos, dando una voltereta y cayendo sobre aquellos que les seguían, construyendo una gigantesca barrera que alcanzaba de un lado de la calzada hasta el otro y por encima de las protecciones laterales a los márgenes de la autopista. Ventanillas rotas y parachoques doblados, afilados como hojas de afeitar, brotaban por todas partes, y hectáreas de cristales rotos dejaban oír un siniestro tintineo cuando el viento jugueteaba con ellos.

—Por aquí —dijo Theremon—. Creo que veo un camino…, hacia arriba a través de esta abertura, y luego por encima del camión de la izquierda…, no, no, eso no funcionará, tendremos que ir por debajo de…

Siferra fue tras él. Él le mostró el problema —un amontonamiento de coches volcados que les aguardaban al otro lado, como un campo de cuchillos apuntando hacia arriba— y ella asintió. En vez de ello fueron por debajo, un lento, sucio y penoso arrastrarse por entre fragmentos de cristal y charcos de combustible. A medio camino hicieron una pausa para descansar antes de continuar hacia el otro lado del amontonamiento.

Theremon fue el primero en emerger.

—¡Dioses! —murmuró mientras contemplaba con asombro la escena que se abría ante él—. ¿Y ahora qué?

La autopista estaba despejada durante quizá quince metros al otro lado de la gran masa de chatarra. Más allá de ese espacio se alzaba una segunda barrera de lado a lado de la autopista. Ésta, sin embargo, había sido construida deliberadamente…, un montón de portezuelas de coches y ruedas limpiamente apiladas en la calzada hasta una altura de dos a tres metros.

Frente a la barricada, Theremon vio a unas dos docenas de personas que habían instalado un campamento justo en medio de la autopista. Había estado tan enfrascado en salir de entre la maraña de los restos que no había prestado atención a ninguna otra cosa, y así no había oído los sonidos del otro lado. Siferra llegó arrastrándose a su lado. Oyó su jadeo de sorpresa y shock.

—Mantén la mano en tu pistola —le dijo Theremon en voz baja —. Pero no la saques y ni siquiera pienses en intentar usarla. Son demasiados.

Unos cuantos de los desconocidos avanzaban con paso comedido hacia ellos ahora, seis o siete hombres de aspecto musculoso. Theremon, inmóvil, les contempló acercarse. Sabia que no había forma de evitar aquel encuentro…, ninguna esperanza de escapar a través de aquella masa de hierros retorcidos afilados como cuchillos de la que acababan de emerger. Él y Siferra estaban atrapados en aquel claro entre los dos bloqueos.

Todo lo que podían hacer era esperar y ver qué ocurría a continuación, y confiar en que esa gente estuviera razonablemente cuerda.

Un hombre alto, de hombros hundidos y ojos fríos, se acercó sin apresurarse a Theremon hasta detenerse virtualmente nariz contra nariz y dijo:

—Está bien, amigo. Ésta es una estación de Registro. —Puso un énfasis peculiar en la palabra Registro.

—¿Estación de Registro? —repitió Theremon fríamente—. ¿Y qué es lo que estáis registrando?

—No te hagas el listo conmigo o saltarás de cabeza por encima del borde de la autopista. Sabes malditamente bien lo que estamos registrando. No crees problemas.

Hizo un gesto hacia los demás. Se acercaron, palmeando inquisitivos las ropas de Theremon y de Siferra. Theremon apartó furioso aquellas manos.

—Dejadnos pasar —dijo con voz tensa.

—Nadie cruza por aquí sin pasar por el Registro.

—¿Con qué autoridad?

—Con mi autoridad. ¿Te sometes, o tendremos que someterte?

—Theremon… —susurró Siferra, inquieta.

Él le hizo un gesto de que callara. La furia crecía en su interior.

La razón le decía que era una locura intentar resistirse, que les superaban ampliamente en número, que el hombre alto no bromeaba cuando decía que iban a meterse en problemas si se negaban a someterse al registro.

Esa gente no parecía ser exactamente bandidos. Había un cierto aire oficial en las palabras del hombre alto, como si aquello fuese una especie de límite, un control de aduanas quizá. ¿Qué era lo que buscaban? ¿Comida? ¿Armas? ¿Intentarían aquellos hombres arrebatarles las pistolas de aguja? Mejor darles todo lo que llevaban consigo, se dijo, que ser muertos en un intento vano y estúpidamente heroico de mantener su libertad de paso.

Pero, de todos modos, ser manipulados de aquel modo…, ser

forzados a someterse en medio de una autopista pública… Y no podían permitirse entregar sus pistolas de aguja ni sus provisiones de comida. Todavía quedaban cientos de kilómetros hasta Amgando.

—Te lo advierto —empezó a decir el hombre alto.

—Y yo te advierto a ti que mantengas tus manos lejos de mí. Soy ciudadano de la República Federal de Saro, y esto es aún una vía de comunicación abierta a todos los ciudadanos, no importa todo lo demás que haya ocurrido. No tienes ninguna autoridad sobre mí.

—Suena como un profesor —dijo uno de los otros hombres con una carcajada—. Haciendo discursos sobre sus derechos y todo lo demás.

El hombre alto se encogió de hombros.

—Ya tenemos a nuestro profesor aquí. No necesitamos ninguno más. Y ya basta de hablar. Agarradlos y pasadlos por Registro. De la cabeza a los pies.

—Sol… tad… me…

Una mano aferró el brazo de Theremon. Lanzó con rapidez su puño hacia arriba y lo clavó en las costillas de alguien. Todo aquello le parecía muy familiar: otra pelea, otra paliza en perspectiva. Pero estaba decidido a luchar. Un instante más tarde alguien le golpeó en pleno rostro y otro hombre lo sujetó por el codo, y oyó a Siferra gritar con furia y miedo. Intentó liberarse, golpeó a alguien de nuevo, fue golpeado otra vez, se inclinó, esquivó, recibió otro doloroso golpe en pleno rostro…

—¡Eh, esperad un momento! —dijo una nueva voz—. ¡Alto! ¡Butella, apártate de ese hombre! ¡Fridnor! ¡Talpin! ¡Soltadle!

Una voz *familiar*.

Pero, ¿de quién?

Los de la estación de Registro dieron un paso atrás. Theremon, miraba al recién llegado.

Un hombre esbelto, nervudo, de expresión inteligente, que le sonreía mientras sus brillantes ojos le escrutaban intensos desde un rostro manchado de tierra…

Alguien al que conocía, sí.

—*¡Beenay!*

—¡Theremon! ¡Siferra!

40

En un momento todo había cambiado. Beenay condujo a Theremon y Siferra a un pequeño nido de aspecto sorprendentemente acogedor justo al otro lado del bloqueo: almohadones, cortinas, una hilera de cajas que parecían contener artículos alimenticios. Una esbelta joven estaba tendida allí, con su pierna izquierda envuelta en vendajes. Parecía débil y febril, pero destelló una ligera y débil sonrisa cuando los vio entrar.

—Recuerdas a Raissta 717, ¿verdad, Theremon? —dijo Beenay—. Raissta, ésta es Siferra 89, del Departamento de Arqueología. Te hablé de ella…, de su descubrimiento de anteriores episodios de ciudades quemadas en el remoto pasado. Raissta es mi compañera contractual —aclaró a Siferra.

Theremon se había visto con Raissta unas cuantas veces a lo largo del último par de años, en el transcurso de su amistad con Beenay. Pero eso había sido en otra era, en un mundo que ahora estaba muerto y desvanecido. Apenas pudo reconocerla. La recordaba como una mujer esbelta, de aspecto agradable, siempre bien vestida, muy acicalada, de aspecto extrovertido. Pero ahora…, ¡ahora! Esa delgada, frágil, ojerosa muchacha…, ¡un fantasma de ojos hundidos de la Raissta que había conocido…! ¿Habían transcurrido realmente tan sólo unas pocas semanas desde el Anochecer? De pronto parecía como si hubieran sido años. Parecían eones…, varias eras geológicas atrás…

—Tengo un poco de brandy aquí, Theremon —dijo Beenay.

Theremon abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que tomé una copa? Qué ironía, Beenay. Tú, el abstemio al que hubo que coaccionar para que tomara el primer sorbo de un Tano Especial…, ¡tienes aquí escondida contigo la última botella de brandy del mundo!

—¿Siferra? —preguntó Beenay.

—Por favor. Sólo un poco.

—Sólo un poco es lo que tenemos —Sirvió tres dedales.

Cuando notó que el brandy empezaba a calentarle, Theremon dijo:

—Beenay, ¿qué ocurre ahí fuera? ¿Este asunto del Registro?

—¿No sabes nada del Registro?

—Ni una palabra.

—¿Dónde has estado desde el Anochecer?.

—En el bosque, la mayor parte del tiempo. Luego Siferra me encontró después de que unos matones me dieran una paliza y me llevó al Refugio de la universidad mientras me recobraba de lo que me

habían hecho. Y durante los últimos dos días hemos caminado por esta autopista, con la esperanza de llegar a Amgando.

—¿Así que sabes lo de Amgando?

—Gracias a ti, de una forma indirecta. Me encontré con Sheerin en el bosque. Estuvo en el Refugio inmediatamente después de que tú te fueras, y vio tu nota acerca de Amgando. Me lo dijo a mí, y yo se lo dije a Siferra. Y emprendimos ambos la marcha hacia allí.

—¿Así que fue Sheerin? —murmuró Beenay—. ¿Y dónde está él ahora?

—No ha venido con nosotros. Él y yo nos separamos hace días…, él fue directamente a Amgando por su cuenta, y yo me quedé en Saro para buscar a Siferra. No sé qué puede haberle ocurrido. ¿Crees que podría conseguir otro sorbo de este brandy, Beenay? Si puedes prescindir de él. Y habías empezado a hablarme del Registro.

Beenay sirvió un segundo vasito para Theremon. Miró a Siferra, que negó con la cabeza.

Luego dijo, inquieto:

—Si Sheerin viajaba solo, probablemente se haya encontrado con problemas, a buen seguro muy serios problemas. Ciertamente no ha pasado por este lugar desde que yo estoy aquí, y la Gran Autopista del Sur es la única ruta de salida de Saro que se puede tomar si se quiere llegar a Amgando. Tendremos que enviar un grupo de búsqueda a por él… Y en cuanto al Registro, es una de las nuevas cosas que hace la gente. Esto es una estación de Registro oficial. Hay una al principio de cada provincia por la que pasa la Gran Autopista del Sur.

—Estamos sólo a unos pocos kilómetros de Ciudad de Saro —dijo Theremon—. Esto es aún la provincia de Saro, Beenay.

—Ya no. Todos los antiguos gobiernos provinciales han desaparecido. Lo que queda de Ciudad de Saro ha sido dividida…, he oído que los Apóstoles de la Llama tienen un buen mordisco de ella, en la parte más al norte de la ciudad, y la zona en torno al bosque y la universidad se halla bajo el control de alguien llamado Altinol, que dirige un grupo cuasi militar al que llama la Patrulla Contra el Fuego. Quizás os hayáis tropezado con él.

—Yo fui uno de los oficiales de la Patrulla Contra el Fuego durante unos días —dijo Siferra—. Este pañuelo verde que llevo es el distintivo oficial del cargo.

—Entonces ya sabéis lo que ha pasado. Fragmentación del antiguo sistema…, un millón de mezquinas unidades gubernamentales creciendo como setas por todas partes. Ahora os halláis en la Provincia de la Restauración. Se extiende desde aquí y durante unos once kilómetros a lo largo de la autopista. Cuando lleguéis a la siguiente estación de Registro, estaréis en la Provincia de los Seis Soles. Más allá se halla la Tierra de píos, y luego la Luz del Día, y después de eso…,

bueno, olvidadlo. Cambian cada pocos días de todos modos, a medida que la gente se traslada a otros lugares.

—¿Y el Registro? —insistió Theremon.

—La nueva paranoia. Todo el mundo tiene miedo de los pirómanos. ¿Sabes lo que son? Locos que piensan que lo que ocurrió durante el Anochecer fue tremendamente divertido. Van por ahí quemando cosas. Tengo entendido que un tercio de Ciudad de Saro ardió la noche del eclipse, sólo a causa de los locos intentos de la gente presa del pánico por alejar las Estrellas, pero que otro tercio fue destruida después, cuando las Estrellas habían desaparecido hacía mucho. Un mal asunto, sí. De modo que la gente que está con la mente más o menos intacta…, ahora os halláis entre algunos de ellos, por si acaso os lo preguntabais…, esa gente registra a todo el mundo en busca de cosas que puedan iniciar el fuego. Está prohibido poseer cerillas, o encendedores mecánicos, o pistolas de aguja, o cualquier otra cosa capaz de…

—Lo mismo ocurre en las afueras de la ciudad —dijo Siferra—. Ése es el motivo de la existencia de la Patrulla Contra el Fuego. Altinol y su gente se han erigido como las únicas personas en Saro que pueden encender fuego.

—Y yo fui atacado en el bosque mientras intentaba asar un poco de carne para mí —dijo Theremon—. Supongo que eran Registradores también. Me hubieran matado a golpes si Siferra y su Patrulla no llegan en mi rescate en el último momento, casi igual que tú hiciste ahora.

—Bueno —dijo Beenay—, no sé con quién te tropezaste en el bosque. Pero el Registro es un ritual formal aquí abajo para enfrentarse con el mismo problema. Se produce en todas partes, todo el mundo registra a todo el mundo, sin descanso. La sospecha es universal: nadie está exento. Es como una fiebre…, la fiebre del miedo. Sólo pequeñas elites, como la Patrulla Contra el Fuego de Altinol, pueden llevar consigo combustibles. En cada frontera tienes que entregar tus aparatos de producir fuego a las autoridades, al igual que ellos tendrán que hacerlo en su caso. Así que será mejor que dejes esas pistolas de aguja conmigo, Theremon. Nunca llegarás a Amgando con ellas.

—Nunca llegaremos sin ellas —dijo Theremon.

Beenay se encogió de hombros.

—Quizá sí, quizá no. Pero no podrás evitar tener que entregarlas cuando continúes hacia el Sur. La próxima vez que te tropieces con un Registro, ¿sabes?, yo no estaré allí para detener a la fuerza de Registro.

Theremon consideró aquello.

—¿Cómo es que conseguiste que te escucharan, de todos modos?

—preguntó—. ¿O acaso eres el jefe del Registro aquí?

—¿El jefe del Registro? —Beenay se echó a reír—. Ni lo sueñes. Pero me respetan. Soy su profesor oficial, ¿sabes? Hay lugares en los que la gente de la universidad es odiada, ¿lo sabías? Las turbas de locos los matan a primera vista porque los locos piensan que fueron los causantes del eclipse y se están preparando para provocar otro. Pero no aquí. Soy considerado útil por mi inteligencia…, puedo componer mensajes diplomáticos a las provincias adyacentes, tengo ideas acerca de cómo reparar cosas rotas y hacer que funcionen de nuevo, incluso puedo explicar por qué la Oscuridad no va a volver y por qué nadie verá de nuevo las Estrellas en otros dos mil años. Les resulta muy consolador oír eso. Así que me he instalado entre ellos. Nos dan de comer y cuidan de Raissta, y yo pienso por ellos. Es una buena relación simbiótica.

—Sheerin me dijo que ibas a Amgando —indicó Theremon.

—Y es cierto —dijo Beenay—. Amgando es el lugar donde la gente como tú y yo deberíamos estar. Pero Raissta y yo nos tropezamos con problemas en el viaje. ¿No me has oído decir que los locos persiguen a la gente de la universidad e intentan matarla? Estuvimos a punto de ser atrapados por un puñado de ellos, cuando nos encaminábamos al Sur por los suburbios en dirección a la autopista. Todos estos barrios del lado sur del bosque se hallan ocupados en la actualidad por locos y salvajes.

—Tropezamos con algunos de ellos —dijo Theremon.

—Entonces ya lo sabes. Nos vimos rodeados por un grupo de ellos. Por la forma como hablamos pudieron decir en seguida que éramos gente educada, y luego alguien me reconoció…, ¡me reconoció, Theremon, de una foto en el periódico, de una de *tus* columnas, una de las veces que me entrevistaste a raíz del eclipse! Y dijo que yo era del observatorio, que yo era el hombre que había hecho aparecer las Estrellas. —Beenay miró a la nada por unos instantes—. Supongo que estuvimos en un tris de ser colgados de una farola. Pero entonces se produjo una distracción providencial. Apareció otra pandilla, rivales territoriales, supongo, y empezaron a arrojar botellas, a gritar y a agitar cuchillos a nuestro alrededor. Raissta y yo pudimos escabullirnos. Son como niños, los locos…, no pueden mantener sus mentes enfocadas en una sola cosa durante mucho tiempo. Pero, mientras nos arrastrábamos por un estrecho sendero entre dos edificios quemados hasta los cimientos, Raissta se cortó la pierna con un trozo de cristal roto. Y cuando llegamos tan al Sur como esto por la autopista, su herida estaba tan terriblemente infectada que no podía andar.

—Entiendo. —No era extraño que su aspecto fuera tan terrible, pensó Theremon.

—Afortunadamente para nosotros, los guardias fronterizos de la Provincia de la Restauración necesitaban un profesor. Nos aceptaron. Llevamos ya aquí una semana, o quizá diez días. Imagino que Raissta podrá emprender de nuevo la marcha dentro de otra semana si todo va bien, o más probablemente dos. Y entonces haré que el jefe de esta provincia nos libre un pasaporte que nos permita pasar con seguridad por las próximas provincias autopista abajo, al menos, y emprenderemos de nuevo el camino hacia Amgando. Nos alegraría que os quedarais aquí con nosotros hasta entonces, y luego podremos seguir al Sur juntos, si queréis. Por supuesto, será más seguro de esa forma… ¿Quieres algo, Butella?

El hombre alto que había intentado registrar a Theremon en el claro había asomado la cabeza por las cortinas del pequeño refugio de Beenay.

—Acaba de llegar un mensajero, profesor. Trajo algunas noticias de la ciudad, por mediación de la Provincia Imperial. No podemos sacarles mucho sentido.

—Déjame ver —dijo Beenay; adelantó la mano y tomó la hoja de papel doblada que el otro le tendía. Luego, a Theremon—: Los mensajeros van todo el tiempo arriba y abajo entre las distintas nuevas provincias. La Imperial se halla al Norte y al Este de la autopista, y se extiende hasta la propia ciudad. La mayoría de esos Registradores no son demasiado buenos en la lectura. Su exposición a las Estrellas parece que ha dañado sus centros verbales o algo así.

Beenay guardó silencio mientras leía el mensaje. Frunció el ceño, su mirada se ensombreció, curvó los labios en una mueca y murmuró algo acerca de la ortografía de la escritura a mano post Anochecer. Luego, al cabo de un momento, su expresión se ensombreció aún más.

—¡Buen Dios! —exclamó—. De todas las podridas, miserables, terribles…

Su mano temblaba. Alzó la vista hacia Theremon, con los ojos muy abiertos.

—¡Beenay! ¿Qué ocurre?

Sombrío, Beenay dijo:

—Los Apóstoles de la Llama vienen en esa dirección. Han reunido un ejército y tienen intención de avanzar hasta Amgando, eliminando a su paso todos los nuevos pequeños gobiernos provinciales que han ido surgiendo a lo largo de la autopista. Y, cuando lleguen a Amgando, tienen intención de aplastar cualquier cuerpo gubernamental reconstituido que haya tomado forma allá abajo y proclamarse la única fuerza gobernante legalmente autorizada en toda la república.

Theremon sintió que los dedos de Siferra se hundían en su brazo. Se volvió para mirarla y vio el horror en su rostro. Sabía que su propio

aspecto no debía de ser muy distinto.

—Vienen… hacia… aquí —dijo lentamente—. Un ejército de Apóstoles.

—Theremon, Sheerin…, tenéis que marcharas de aquí —dijo Beenay—. De inmediato. Si todavía estáis aquí cuando lleguen los Apóstoles, todo estará perdido.

—¿A Amgando, quieres decir? —preguntó Theremon.

—Exacto. Sin perder un minuto. Toda la comunidad universitaria que se hallaba en el Refugio está ahora ahí, y gente de otras universidades, gente erudita de toda la república. Tú y Siferra tenéis que advertirles de que deben dispersarse, rápido. Si se hallan aún en Amgando cuando lleguen los Apóstoles, Mondior conseguirá aplastar de un solo manotazo todo el núcleo de cualquier futuro Gobierno legítimo que este país pueda llegar a tener. Incluso puede ordenar la ejecución en masa de toda la gente universitaria… Mira, os proporcionaré pasaportes para que podáis cruzar sin problemas al menos las siguientes estaciones de Registro. Pero cuando os halléis más allá de nuestra autoridad tendréis que someteros al Registro y dejar que os cojan todo lo que quieran, y luego seguir vuestro camino hacia el Sur. No podéis permitiros el ser distraídos por cosas secundarias como resistiros a los Registros. El grupo de Amgando tiene que ser advertido, Theremon.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Vas a quedarte simplemente aquí?

Beenay pareció desconcertado.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Bueno, cuando los Apóstoles lleguen…

—Cuando los Apóstoles lleguen, harán lo que quieran conmigo. ¿Acaso sugieres que deje a Raissta detrás y corra a Amgando con vosotros?

—Bueno…, no…

—Entonces no tengo otra elección. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? Me quedaré aquí, con Raissta.

Theremon se dio cuenta de que empezaba a dolerle la cabeza. Apretó las manos contra sus ojos.

—No hay otra forma, Theremon —dijo Siferra.

—Lo sé. Lo sé. Pero, de todos modos, pensar en Mondior y su gente haciendo prisionero a un hombre tan valioso como Beenay…, incluso quizás ejecutándole…

Beenay sonrió y apoyó por un momento su mano en el antebrazo de Theremon.

—¿Quién sabe? Quizá Mondior desee conservar a un par de profesores a su alrededor como animalillos de compañía. De todos modos, lo que me ocurra a mí carece de importancia ahora. Mi lugar está con Raissta. Vuestro lugar está en la autopista…, en dirección a

Amgando, tan rápido como podáis. Venid: comed un poco, y os proporcionaré algunos documentos de aspecto oficial. Luego seguid vuestro camino. —Hizo una pausa—. Toma esto. Lo necesitarás también. —Sirvió el resto del brandy, apenas unas gotas, en el vaso vacío de Theremon—. Salud —dijo.

41

En el límite entre las provincias de la Restauración y de los Seis Soles no tuvieron ningún problema para pasar el Registro. Un agente de fronteras que parecía como si hubiera sido un contable o un abogado en el mundo que ya no existía echó simplemente una mirada al pasaporte que Beenay les había redactado, asintió con la cabeza cuando vio la florida inscripción «Beenay 25» al pie, y les hizo seña de que pasaran.

Dos días más tarde, cuando cruzaron de la provincia de los Seis Soles a la de la Tierra de Dios, la cosa no fue tan sencilla. Allá la patrulla de la frontera parecía una pandilla de degolladores, que simplemente hicieron que Theremon y Siferra se echaran a un lado del tramo elevado de la autopista sin siquiera mirar sus papeles. Hubo un largo e inquietante momento mientras Theremon permanecía de pie allí, agitando ante él el pasaporte como alguna especie de varita mágica. Al cabo de un momento la magia pareció funcionar, más o menos.

—¿Eso es un salvoconducto? —preguntó el degollador jefe.

—Un pasaporte, sí. Exención de Registro.

—¿De quién?

—Beenay 25, jefe administrador del Registro de la provincia de la Restauración. Es dos provincias más arriba.

—Sé dónde está la provincia de la Restauración. Léemelo.

—*«A quien pueda interesar: Esto es para constatar que los portadores de este documento, Theremon 762 y Siferra 89, son emisarios adecuadamente acreditados de la Patrulla Contra el Fuego de Ciudad de Saro, y están autorizados a…»*

—¿La Patrulla Contra el Fuego? ¿Qué es eso?

—La pandilla de Altinol —murmuró otro de los degolladores.

—Ah. —El jefe señaló con la cabeza las pistolas de aguja que Theremon y Siferra llevaban a plena vista en sus caderas—. ¿Así que Altinol desea que se os deje circular por los dominios de otra gente llevando armas que podrían provocar el fuego en todo el distrito?

—Cumplimos una misión urgente cuyo destino final es el parque nacional de Amgando —dijo Siferra—. Es vital que lleguemos allí sanos y salvos. —Se llevó la mano al pañuelo verde en el cuello—. ¿Sabe lo que significa esto? Lo que hacemos es impedir que se inicien los fuegos, no provocarlos. Y si no llegamos a Amgando a tiempo, los Apóstoles de la Llama aparecerán por esta autopista y destruirán todo lo que ustedes están intentando crear.

Aquello no tenía mucho sentido, pensó Theremon. Ir a Amgando, muy al Sur, no iba a salvar de los Apóstoles a las pequeñas repúblicas

del extremo norte de la autopista. Pero Siferra había puesto la nota justa de convicción y pasión en sus palabras para conseguir que todo sonara muy significativo, de una manera un tanto confusa.

La respuesta fue silencio, por un momento, mientras el patrullero de la frontera intentaba imaginar de qué le estaban hablando. Luego exhibió un irritado fruncimiento de ceño y una perpleja mirada. Y después, de pronto, casi impetuosamente:

—Está bien. Seguid adelante. Largaos de inmediato de aquí, y no os pongáis de nuevo ante mi vista dentro de la provincia de los Seis Soles o lo lamentaréis. ¡Apóstoles! ¡Amgando!

—Muchas gracias —dijo Theremon, con una educación que casi bordeaba el sarcasmo y que hizo que Siferra le sujetara por el brazo y tirara de él rápidamente lejos del punto de control antes de verse metidos en auténticos problemas.

Pudieron avanzar con rapidez por aquel tramo de la autopista, cubriendo una veintena de kilómetros o más por día, a veces incluso una cantidad superior. Los ciudadanos de las provincias que se hacían llamar de los Seis Soles y de la Tierra de Dios y de la Luz del Día estaban intensamente dedicados a su trabajo de limpiar los restos que cubrían la Gran Autopista del Sur desde el Anochecer. A intervalos regulares se alzaban barricadas de restos —nadie iba a circular de nuevo por la Gran Autopista del Sur conduciendo un coche en mucho, mucho tiempo, pensó Theremon—, pero entre los puntos de control era posible viajar ahora a buen ritmo, sin tener que arrastrarse y trepar por montones de horrible chatarra y cuerpos humanos.

Y los cadáveres eran retirados de la autopista y enterrados también. Poco a poco, las cosas estaban empezando a parecer casi civilizadas de nuevo. Pero no normales. Ni siquiera remotamente normales.

Se veían pocos incendios arder en el interior a los lados de la autopista, pero los pueblos completamente arrasados por el fuego eran visibles a lo largo de todo el camino. Se habían instalado campos de refugiados cada par de kilómetros o así y, mientras caminaban enérgicamente por la calzada elevada, Theremon y Siferra podían mirar hacia abajo y ver a la triste y desconcertada gente de los campamentos moverse con lentitud y sin ningún propósito por ellos como si todos hubieran envejecido cincuenta años en aquella sola y terrible noche.

Las nuevas provincias, se dio cuenta Theremon, eran simplemente hileras de esos campamentos unidos entre sí por la línea recta de la Gran Autopista del Sur. En cada distrito habían emergido los hombres fuertes locales que habían sido capaces de reunir a su alrededor un pequeño dominio, un miserable reino que cubría diez o quince kilómetros de autopista y se extendía quizás un par de kilómetros a

ambos lados de la calzada. Lo que se extendía más allá de los límites oriental y occidental de las nuevas provincias era dejado a la imaginación de cada cual. No parecía existir ningún tipo de comunicaciones de radio o televisión.

—¿No había preparado ningún tipo de planes de emergencia? —preguntó Theremon, hablándole más al aire que a Siferra.

Pero fue Siferra quien respondió.

—Lo que predecía Athor era demasiado fantástico para que el Gobierno se lo tomara en serio. Y sería hacerle el juego a Mondior admitir que podía llegar a producirse algo parecido al colapso de la civilización en tan sólo un corto período de Oscuridad, en especial un período de Oscuridad que podía ser predicho de una forma tan específica.

—Pero el eclipse…

—Sí, quizás algunos altos cargos fueron capaces de contemplar los diagramas y creer realmente que iba a producirse un eclipse. Y que como resultado de él habría un período de Oscuridad. Pero, ¿cómo podían anticipar las Estrellas? Las Estrellas no eran más que la fantasía de los Apóstoles de la Llama, ¿recuerdas? Aunque el Gobierno supiera que iba a producirse algo como las Estrellas, nadie podía predecir el impacto que iban a tener.

—Sheerin sí pudo —indicó Theremon.

—Ni siquiera Sheerin. Él no tenía tampoco ningún indicio. La especialidad de Sheerin era la Oscuridad…, no la repentina e impensable luz que llenó de pronto todo el cielo.

—De todos modos —insistió Theremon—, contemplar toda esta devastación a tu alrededor, todo este caos… Uno siente deseos de pensar que era algo innecesario, que de algún modo hubiera podido ser evitado.

—Sin embargo, no fue evitado.

—Mejor que lo sea, la próxima vez.

Siferra se echó a reír.

—La próxima vez será dentro de dos mil cuarenta y nueve años. Espero que podamos dejar a nuestros descendientes algún tipo de advertencia que parezca más plausible para ellos que el Libro de las Revelaciones nos lo pareció a la mayoría de nosotros.

Se volvió y miró aprensivamente, por encima del hombro, a la larga extensión de autopista que habían cubierto en los últimos días de intensa marcha.

Theremon dijo:

—¿Temes ver a los Apóstoles avanzar a la carga contra nosotros a nuestras espaldas?

—¿Acaso tú no? Estamos aún a cientos de kilómetros de Amgando, incluso al ritmo al que estamos yendo últimamente. ¿Qué

ocurrirá si nos alcanzan, Theremon?

—No lo harán. Todo un ejército no puede avanzar con la misma rapidez que un par de personas sanas y decididas. Sus medios de transporte no son mejores que los nuestros…, un par de pies por soldado, punto. Y hay todo tipo de consideraciones logísticas que los frenarán.

—Eso supongo.

—Además, ese mensaje decía que los Apóstoles estaban planeando pararse en cada nueva provincia a lo largo del camino para establecer su autoridad. Va a tomarles mucho tiempo anular todos esos pequeños, mezquinos y testarudos reinos. Si no nos encontramos con alguna complicación inesperada, estaremos en Amgando con semanas de anticipación a ellos.

—¿Qué crees que les ocurrirá a Beenay y Raissta? —preguntó Siferra al cabo de un silencio.

—Beenay es un chico listo. Supongo que ideará alguna forma de hacerse útil a Mondior.

—¿Y si no puede?

—Siferra, ¿necesitamos realmente quemar nuestras energías preocupándonos sobre horribles posibilidades respecto a las cuales no podemos hacer ninguna maldita cosa?

—Lo siento —dijo ella secamente—. No me había dado cuenta de que fueras tan susceptible.

—Siferra…

—Olvídalo —dijo ella—. Quizá sea yo la susceptible.

—Todo va a ir bien —dijo Theremon—. Beenay y Raissta no sufrirán ningún daño. Llegaremos a Amgando con tiempo más que suficiente para dar la alarma, Los Apóstoles de la Llama no van a conquistar el mundo.

—Y todo esos cadáveres se levantarán también de entre los muertos. Oh, Theremon, Theremon… —Su voz se quebró.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a *hacer?*

—Caminar aprisa, eso es lo que vamos a hacer. Y no miraremos.

—No. De nada en absoluto —admitió Siferra. Y sonrió, y tomó su mano. Y siguieron caminando en silencio.

Era sorprendente, pensó Theremon, lo rápido que iban, ahora que habían cogido el ritmo. Los primeros días, apenas salir de Ciudad de Saro e iniciar su camino por la parte superior de la autopista llena de restos, el avance había sido lento y sus cuerpos habían protestado amargamente contra los esfuerzos que se les imponían. Pero ahora avanzaban como dos máquinas, perfectamente sintonizadas a su tarea. Las piernas de Siferra eran casi tan largas como las de él, y caminaban lado a lado, con sus músculos actuando eficientemente, sus corazones

bombeando con firmeza, sus pulmones expandiéndose y contrayéndose a un ritmo seguro. *Paso paso paso. Paso paso paso. Paso paso paso*…

Todavía quedaban cientos de kilómetros por recorrer, seguro. Pero no les tomaría demasiado tiempo, no a ese paso.

Otro mes, quizá. Tal vez incluso menos. La calzada estaba casi completamente despejada, allá abajo en las regiones rurales, más allá de los límites de la ciudad. Nunca había habido tanto tráfico aquí como en la parte Norte, y parecía como si muchos de los conductores hubieran sido capaces de salirse sanos y salvos de la autopista mientras las Estrellas brillaban, puesto que corrían menos peligro de ser golpeados por los coches de otros conductores que hubieran perdido el control.

También había menos puntos de control. Las nuevas provincias en estas zonas escasamente pobladas cubrían áreas mucho más grandes que las del Norte, y su gente parecía menos preocupada por cosas tales como el Registro. Theremon y Siferra se vieron sometidos a un serio interrogatorio tan sólo dos veces en los siguientes cinco días. En los demás puntos de control simplemente se les hizo señas de que pasaran sin siquiera tener que mostrar los papeles que Beenay les había proporcionado.

Incluso el tiempo estaba de su lado. Era suave y cálido casi cada día: unas pocas lluvias ligeras y de escasa duración de tanto en tanto, pero nada que causara serios inconvenientes. Podían caminar durante cuatro horas, hacer una pausa para una comida ligera, caminar otras cuatro, comer de nuevo, caminar, detenerse para seis horas o así de sueño —haciendo turnos, uno sentado y vigilando durante unas horas, luego el otro—, y luego levantarse y reemprender la marcha. Como máquinas. Los soles aparecían y desaparecían a su eterno ritmo, ahora Patru y Trey y Dovim, ahora Onos y Sitha y Tano, ahora Onos y Dovim, ahora Trey y Patru, ahora cuatro soles a la vez…, la interminable sucesión, el gran desfile de los cielos. Theremon no tenía la menor idea de cuántos días habían pasado desde que abandonaran el Refugio. La idea en sí de fechas, calendarios, días, semanas, meses…, todo le parecía extraño y arcaico y abrumador, algo salido de un mundo antiguo.

Siferra, tras su momento de temor y aprensión, estaba alegre de nuevo.

Aquello iba a ser sencillísimo. Iban a llegar a Amgando sin ningún problema.

Estaban cruzando un distrito conocido ahora como la Hoya del Manantial…, o quizá se llamara el Jardín del Bosquecillo; habían oído nombres distintos de la gente que habían encontrado a lo largo del camino. Era una región agrícola, abierta y ondulada, y había pocas

señales aquí de la infernal devastación que había asolado las regiones urbanizadas: una ocasional granja dañada por el fuego, o una horda de animales de granja al parecer sin cuidar, y eso era con mucho lo peor. El aire era suave y fresco, la luz de los soles brillante y fuerte. De no ser por la ausencia del tráfico de vehículos en la autopista, era posible pensar que no había ocurrido nada extraordinario.

—¿Habremos llegado ya a mitad de camino de Amgando? —preguntó Siferra.

—Todavía no. Hace rato que no vemos ningún indicador, pero supongo que…

Se detuvo de pronto.

—¿Qué ocurre, Theremon?

—Mira. Ahí, a la derecha. A lo largo de la carretera secundaria que avanza desde el Oeste.

Miraron por encima del borde de la autopista. Allá abajo, a unos pocos cientos de metros, una larga hilera de camiones estaba apareada a un lado de la carretera secundaria, allá donde iba a conectar con la autopista. Había un amplio y bullicioso campamento allí: tiendas, un gran fuego de campaña, algunos hombres cortando troncos.

Dos o trescientas personas, quizás. Y todas ellas vistiendo ropajes negros con capucha.

Theremon y Siferra intercambiaron absortas miradas.

—¡Apóstoles! —susurró ella.

—Sí. Agáchate. Sobre manos y rodillas. Escóndete tras la protección.

—Pero, ¿cómo han conseguido llegar tan rápido hasta tan al Sur? ¡La parte superior de la autopista está completamente bloqueada!

Theremon negó con la cabeza.

—No tomaron la autopista. Mira ahí…, tienen camiones que funcionan. Ahí hay otro que llega en este momento. Dioses, parece extraño, ¿no?, ver un vehículo moviéndose realmente. Y oír de nuevo el sonido de un motor después de todo este tiempo. —Se dio cuenta de que empezaba a temblar—. Consiguieron mantener toda una flota de camiones libre de daños, y reservas de combustible. Y evidentemente bajaron desde Saro rodeando la ciudad por el Oeste, siguiendo pequeñas carreteras secundarias. Ahora vienen a coger aquí la autopista, que supongo que debe de estar abierta desde aquí hasta Amgando. Podrán estar allí esta tarde.

—¡Esta tarde! Theremon, ¿qué vamos a hacer?

—No estoy seguro. Supongo que sólo hay una loca posibilidad. ¿Qué ocurriría si fuéramos hasta ahí abajo e intentáramos apoderamos de uno de esos camiones? E ir nosotros también con él hasta Amgando. Aunque sólo llegáramos dos horas antes que los Apóstoles, habría tiempo para que la mayor parte de la gente de Amgando

escapara, ¿no?

—Quizá —dijo Siferra—. Pero parece un plan alocado. ¿Cómo podemos robar un camión? En el momento en que nos vean sabrán que no somos Apóstoles y nos cogerán.

—Lo sé. Lo sé. Déjame pensar. —Al cabo de un momento dijo—: Si pudiéramos alejar a un par de ellos a una cierta distancia de los demás, y apoderamos de sus ropas…, dispararles con nuestras pistolas, si es necesario…, entonces, vestidos como ellos, podríamos simplemente caminar hasta uno de los camiones como si tuviéramos todo el derecho del mundo de hacerlo, y subir a él y marchamos hacia la autopista.

—Nos seguirían en menos de dos minutos.

—Quizá. O quizá, si nos mostráramos tranquilos en todo momento, pensaran que lo que hacíamos era algo perfectamente normal, parte de su plan…, y cuando se dieran cuenta de que no era así nosotros ya estaríamos a cien kilómetros autopista adelante. —La miró, ansioso—. ¿Qué dices, Siferra? ¿Qué otra posibilidad tenemos? ¿Seguir hacia Amgando a pie, cuando para nosotros será un viaje de semanas y semanas, y ellos pueden pasarnos delante en un par de horas?

Ella le miraba como si él hubiera perdido la cabeza.

—Reducir a un par de Apóstoles…, robar uno de sus camiones…, marchar a toda prisa hacia Amgando…, oh, Theremon, nunca funcionará. Tú lo sabes.

—Está bien —dijo él bruscamente—. Tú quédate aquí. Intentaré hacerlo solo. Es la única esperanza que nos queda, Siferra.

Se levantó a medias y empezó a deslizarse por el lado de la autopista hacia la rampa de salida que había a un par de cientos de metros más adelante.

—No… Espera, Theremon.

Él volvió la vista hacia ella y sonrió.

—¿Vienes?

—Sí. ¡Oh, esto es una locura!

—Sí —admitió él—. Lo sé. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Ella tenía razón, por supuesto. El plan era una locura. Sin embargo, no había otra alternativa. Evidentemente el informe que había recibido Beenay estaba embarullado: los Apóstoles nunca habían tenido intención de recorrer la Gran Autopista del Sur provincia a provincia, sino que en vez de ello habían partido directamente hacia Amgando en un enorme convoy armado, tomando carreteras secundarias que, aunque no muy directas, estaban al menos abiertas todavía al transporte rodado. Amgando estaba condenado. El mundo caería en manos de la gente de Mondior.

A menos…, a menos…

Nunca se había imaginado a sí mismo como un héroe. Los héroes eran la gente de la que él escribía en su columna…, gente que funcionaba al límite de sus fuerzas bajo circunstancias extremas, realizando extrañas y milagrosas cosas que los individuos ordinarios ni siquiera soñaban en intentar nunca, y mucho menos en llevar a cabo. Y, ahora, ahí estaba en ese mundo extrañamente transformado, hablando osadamente de reducir a unos cultistas encapuchados con su pistola de aguja, hacerse con un camión militar y partir a toda prisa hacia el parque de Amgando para advertir del inminente ataque… Una locura. Una absoluta locura.

Pero quizá funcionara, por el hecho de que era una locura. Nadie esperaría que dos personas aparecieran de la nada en aquel pacífico paraje bucólico y simplemente escaparan con un camión.

Descendieron la rampa de la autopista, con Theremon a una corta distancia a la cabeza. Un campo de plantas excesivamente crecidas cubría la distancia entre ellos y el campamento de los Apóstoles.

—Quizá —susurró—, si nos deslizamos agachados por esta hierba alta de aquí, y un par de Apóstoles aparecen por esta parte por alguna razón, podamos saltar sobre ellos antes de que sepan lo que ocurre.

Se agachó. Echó a andar por entre la hierba. Siferra fue tras él, a su paso.

Diez metros. Veinte. Simplemente sigue andando, con la cabeza gacha, procurando no agitar demasiado la hierba, hasta aquella loma, y luego espera…, espera…

Una voz dijo de pronto, justo detrás de ellos:

—Vaya, ¿qué es lo que tenemos aquí? Un par de serpientes muy peculiares, ¿no?

Theremon se volvió, miró, jadeó.

¡Dioses! ¡Apóstoles, siete u ocho de ellos! ¿De dónde habían salido? ¿Un picnic privado en el campo? ¿Junto al que habían pasado él y Siferra sin siquiera darse cuenta?

—¡Corre! —le gritó a su compañera—. ¡Tú por ese lado…, yo por el otro…!

Se lanzó hacia su izquierda, hacia los pilares que sostenían la autopista. Quizá pudiera ganarles…, desaparecer entre los árboles al otro lado de la autopista…

No. No. Era fuerte y rápido, pero ellos eran más fuertes, más rápidos. Vio que iban a alcanzarle.

—¡Siferra! —aulló—. ¡Sigue corriendo! ¡Sigue… corriendo!

Quizás ella lo había conseguido. Ya no la veía. Los Apóstoles estaban a todo su alrededor. Su mano fue en busca de su pistola de aguja, pero uno de ellos sujetó de inmediato su brazo, y otro lo agarró por la garganta. La pistola fue arrancada de su mano. Una pierna se deslizó entre las suyas, tiró, le hizo trastabillar. Cayó pesadamente,

rodó sobre sí mismo, miró hacia arriba. Cinco rostros encapuchados, muy serios, rígidos, le devolvieron la mirada. Uno de los Apóstoles le apuntaba al pecho con su propia pistola.

—Levántate —dijo el Apóstol—. Lentamente. Con las manos arriba.

Theremon se puso torpemente en pie.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó el Apóstol.

—Vivo aquí. Mi esposa y yo estábamos tomando un atajo a través de estos campos, de vuelta a casa…

—La granja más cercana está a ocho kilómetros. Un atajo muy largo. —El Apóstol hizo un gesto con la cabeza hacia el campamento —. Ven con nosotros. Folimun querrá hablar contigo.

—¡Folimun!

Así que había sobrevivido después de todo a la noche del eclipse. ¡Y estaba a cargo de la expedición contra Amgando!

Theremon miró a su alrededor. No había la menor señal de Siferra. Esperó que hubiera vuelto a la autopista y se encaminara hacia Amgando tan rápido como pudiera. Una débil esperanza, pero la única que le quedaba.

Los Apóstoles le condujeron hacia el campamento. Era una extraña sensación hallarse entre tantas figuras encapuchadas. Nadie le prestó especial atención, sin embargo, mientras sus captores le empujaban hacia la más grande de las tiendas.

Folimun estaba sentado en un banco en la parte de atrás de la tienda, examinando un fajo de papeles. Volvió sus helados ojos azules hacia Theremon, y su delgado y afilado rostro se ablandó por un instante cuando una sonrisa de sorpresa lo cruzó.

—¿Theremon? ¿Usted aquí? ¿Qué está haciendo…, cubriendo la información para el *Crónica?*

—Viajo al Sur, Folimun. Me he tomado unas pequeñas vacaciones, puesto que las cosas están un poco inestables allá en la ciudad. ¿Le importaría decirles a esos matones suyos que me suelten?

—Soltadle —dijo Folimun—. ¿Adónde se dirige exactamente?

—Eso no le importa.

—Déjeme que yo juzgue eso. Va a Amgando, ¿verdad? ¿Theremon?

Theremon ofreció al cultista una fría mirada.

—No veo ninguna razón por la que deba decirle nada.

—¿Después de todo lo que yo le dije a usted, cuando me entrevistó?

—Muy divertido.

—Quiero saber adónde se dirige, Theremon.

Entretenle, pensó Theremon. Entretenle durante tanto como puedas.

—Declino responder a esa pregunta, o a ninguna otra que pueda hacerme. Discutiré mis intenciones sólo con Mondior en persona —dijo con tono firme y decidido.

Folimun no respondió por un momento. Luego sonrió de nuevo, un rápido destello que apareció y desapareció. Y después, de pronto, inesperadamente, estalló en auténticas carcajadas.

—¿Mondior? —dijo, sus ojos brillaron regocijados—. No existe ningún Mondior, amigo mío. Nunca ha existido.

42

Le resultó difícil a Siferra creer que había conseguido realmente escapar. Pero eso era lo que parecía. La mayoría de los Apóstoles que les habían sorprendido en el campo habían ido tras Theremon. Al mirar una vez hacia atrás les vio rodeándole como una jauría de perros en torno a su presa. Lo habían derribado; seguramente había sido capturado.

Sólo dos de los Apóstoles la habían perseguido a ella. Siferra había golpeado a uno en el rostro, duramente, con la parte plana de su mano al extremo de su brazo rígidamente extendido, y a la velocidad a la que corría el impacto lo arrojó de espaldas al suelo. El otro era gordo y torpe y lento; en unos momentos Siferra lo hubo dejado atrás.

Regresó por el camino por el que Theremon y ella habían venido, hacia la autopista elevada. Pero no parecía prudente subir a ella. La autopista era demasiado fácil de bloquear, y no había ninguna forma segura de bajar de ella excepto por las rampas de salida. Sería meterse en una trampa si subía allí. Y, aunque no hubiera bloqueos allá delante, sería muy sencillo para los Apóstoles ir tras ella en sus camiones y atraparla un par o tres de kilómetros más allá.

No, lo que había que hacer era correr a los bosques del otro extremo de la autopista. Los camiones de los Apóstoles no podrían seguirla allí. Le sería fácil perderse entre aquellos arbustos bajos y ocultarse allí para pensar su próximo movimiento.

¿Y cuál sería ése?, pensó.

Tenía que admitir que la idea de Theremon, por alocada que fuera, seguía siendo su única esperanza: robar de algún modo un camión, ir con él hasta Amgando y dar la alarma antes de que los Apóstoles pudieran poner de nuevo en movimiento su ejército.

Pero Siferra sabía que no había ni la más remota posibilidad de que pudiera simplemente acercarse de puntillas a un camión vacío, subir a él y alejarse del campamento. Los Apóstoles no eran tan estúpidos como eso. Tendría que ordenar a uno de ellos a punta de pistola que pusiera en marcha el camión por ella y le entregara los controles. Y eso implicaba llevar a cabo la complicada maniobra de intentar coger por sorpresa a algún Apóstol extraviado, ponerse sus ropas, deslizarse dentro del campamento, localizar a alguien que pudiera abrir uno de los camiones para ella…

Se sintió desanimada. Era todo tan implausible. Igual podía tomar en consideración intentar rescatar a Theremon ya que estaba puesta…, entrar en el campamento con su pistola de aguja llameando, tomar rehenes, pedir su inmediata liberación…, oh, era una absoluta locura, un sueño estúpidamente melodramático, una torpe maniobra surgida

de algún libro de aventuras barato para niños…

Pero, ¿qué haré? ¿Qué haré?

Se acurrucó en medio de un grupo de arbolillos muy apretados de largas hojas plumosas y aguardó a que pasara el tiempo. Los Apóstoles no dieron ningún signo de levantar el campamento: todavía podía ver el humo de su fogata contra el cielo del atardecer, y sus camiones aún estaban apareados donde habían estado antes a lo largo de la carretera.

La tarde iba avanzando. Onos había desaparecido del cielo. Dovim flotaba sobre el horizonte. Los únicos soles sobre su cabeza eran sus menos favoritos, los tristes y apagados Tano y Sitha, que arrojaban su fría luz desde su distante lugar en el borde del universo. O lo que la gente había *creído* que era el borde del universo, en aquellos lejanos e inocentes días antes de que aparecieran las Estrellas y les revelaran lo inmenso que era en realidad el universo.

Las horas transcurrieron interminables. Ninguna solución a la situación tenía sentido para ella. Amgando parecía perdido, a menos que alguien más hubiera conseguido hacerles llegar una advertencia…, ciertamente no había forma alguna en la que ellos pudieran adelantarse a los Apóstoles. Rescatar a Theremon era una idea absurda. Sus posibilidades de apoderarse de un camión y llegar ella sola a Amgando eran sólo ligeramente menos ridículas.

¿Qué entonces? ¿Quedarse simplemente sentada y mirar mientras los Apóstoles tomaban el mando de todo?

Parecía no haber otra alternativa.

En un punto durante la tarde pensó que el único camino que le quedaba abierto era entrar caminando al campamento de los Apóstoles, rendirse, y pedir ser encerrada junto a Theremon. Al menos estarían juntos. Le sorprendió lo mucho que le echaba en falta. No se habían separado ni un momento desde hacía semanas, ella que nunca había vivido con un hombre en toda su vida. Y, durante todo el largo viaje desde Ciudad de Saro, aunque habían discutido alguna que otra vez, incluso se habían peleado un poco, nunca se había sentido cansada de estar con él. Ni una sola vez. Había parecido lo más natural en el mundo para los dos el estar juntos. Y ahora ella estaba sola de nuevo.

Adelante, se dijo a sí misma. Entrégate. Al fin y al cabo, todo está perdido, ¿no?

Se hizo más oscuro. Las nubes velaron la helada luz de Sitha y Tano, y el cielo se volvió tan penumbroso que medio esperó que reaparecieran las Estrellas.

Adelante, se dijo con amargura. Salid y brillad. Conducid a todo el mundo a la locura de nuevo. ¿Qué daño puede hacer? El mundo sólo puede ser aplastado una vez, y eso ya se ha hecho.

Pero las Estrellas, por supuesto, no aparecieron. Velados como estaban, Tano y Sitha arrojaban sin embargo suficiente luz como para enmascarar el resplandor de esos distantes puntos de misterioso brillo. Y, a medida que transcurrían las horas, Siferra se dio cuenta de que su humor cambiaba por completo, de un derrotismo total a una nueva sensación de casi temeraria esperanza.

Cuando todo está perdido, se dijo a sí misma, no queda nada que perder. Bajo el mando de la penumbra vespertina se deslizaría al interior del campamento de los Apóstoles y —de algún modo, de algún modo— se apoderaría de uno de sus camiones. Y rescataría a Theremon también, si podía arreglarlo. ¡Y, luego, hacia Amgando! Cuando Onos se alzara en el cielo mañana estaría allá, entre sus amigos de la universidad, con tiempo más que suficiente para hacerles saber que tenían que dispersarse antes de que llegara el ejército enemigo.

De acuerdo, pensó. Adelante.

Lentamente…, lentamente…, con más cautela que antes, sólo por si había centinelas ocultos entre la hierba…

Fuera del bosque. Un momento de inseguridad allí: se sintió tremendamente vulnerable, ahora que había abandonado detrás la seguridad de sus densos arbustos. Pero la penumbra seguía protegiéndola. Ahora a través del espacio despejado que conducía del bosque a la autopista elevada. Bajo las grandes patas de metal de la calzada y por el descuidado campo donde ella y Theremon habían sido sorprendidos aquella tarde.

Ahora agacharse y deslizarse con precaución, de la misma forma que lo habían hecho antes. Cruzar de nuevo el campo…, mirando hacia uno y otro lado, buscando centinelas que pudieran estar de guardia en el perímetro del campamento de los Apóstoles…

Llevaba la pistola de aguja en la mano, ajustada al mínimo de apertura, el más fino, enfocado y mortífero haz que podía producir el arma. Si alguien caía sobre ella ahora, mucho peor para él. Había demasiado en juego para preocuparse por detalles de moralidad civilizada. Mientras aún tenía la cabeza medio pedida había matado a Balik en el laboratorio de arqueología, sin pretenderlo, pero ahora estaba muerto de todos modos; y, un poco para su sorpresa, se halló completamente dispuesta a matar de nuevo, esta vez intencionadamente, si las circunstancias lo requerían. Lo más importante era conseguir un vehículo y salir de allí y llevar la noticia de la aproximación de los Apóstoles a Amgando. Todo lo demás, Incluidas las consideraciones de moralidad, era secundario. Todo. Esto era la guerra.

Hacia delante. La cabeza gacha, los ojos alzados, el cuerpo inclinado. Ahora estaba tan sólo a unas pocas docenas de metros del

campamento.

Todo estaba muy silencioso allí. Probablemente la mayoría de sus ocupantes estaban dormidos. Siferra creyó divisar en el lodoso grosor a un par de figuras al otro extremo de la fogata principal, aunque el humo que se alzaba de ella hacía difícil estar segura. Lo que tenía que hacer, pensó, era deslizarse a las sombras profundas detrás de uno de los camiones y lanzar una piedra contra un árbol a una cierta distancia. Los centinelas irían probablemente a investigar; y si se separaban para hacerlo, ella podría deslizarse detrás de uno, clavar la pistola en su espalda, advertirle que se mantuviera quieto y en silencio, hacer que se despojara de sus ropas…

No, pensó. Nada de advertirle. Sólo dispararle, rápidamente, y tomar sus ropas, antes de que pudiera dar la alarma. Después de todo, eran Apóstoles. Fanáticos.

Su repentina sangre fría la sorprendió…

Adelante. Adelante. Estaba casi junto al camión más cercano ahora. En la oscuridad al lado opuesto del campamento. ¿Dónde había una piedra? Aquí. Sí, ésta serviría. Pasar la pistola a la mano izquierda por un momento. Ahora, arrojar la piedra contra ese gran árbol de ahí…

Alzó la mano para efectuar el lanzamiento. Y en aquel momento sintió que una mano sujetaba su muñeca izquierda desde atrás y un poderoso brazo se cerraba en torno a su garganta.

¡Atrapada!

El shock y el ultraje, y una sacudida de enloquecedora frustración, la recorrieron de pies a cabeza. Furiosa, lanzó su pie hacia atrás, con todas sus fuerzas, y alcanzó algo. Oyó un gruñido de dolor. No lo suficiente para soltar la presa, sin embargo. Se retorció a medias y pateó de nuevo, e intentó al mismo tiempo pasar la pistola de aguja de su mano izquierda a la derecha.

Pero su asaltante tiró de su mano izquierda hacia arriba en un corto, seco y doloroso gesto que la aturdió y envió el arma fuera de su mano. El otro brazo, el que apretaba su garganta, se tensó con una estrangulante intensidad. Siferra jadeó y tosió. ¡Por la Oscuridad! ¡De todas las estupideces, dejar que alguien se acercara subrepticiamente hasta ella mientras se acercaba subrepticiamente hasta ellos!

Las lágrimas de rabia ardieron en sus mejillas. Pateó furiosa hacia atrás de nuevo, y luego otra vez.

—Tranquila —susurró una voz profunda—. Puedes hacerme daño, Siferra.

—¿Theremon? —dijo Siferra, aturdida.

—¿Quién te pensabas que era? ¿Mondior?

La presión sobre su garganta se relajó. La mano que aferraba su muñeca soltó su presa. Ella dio un par de tambaleantes pasos hacia

delante, luchando por recobrar el aliento. Luego, aturdida por la confusión, giró en redondo para mirarle.

—¿Cómo conseguiste liberarte? —preguntó.

Él sonrió.

—Fue un milagro sagrado. Un milagro absolutamente sagrado. Te estuve observando todo el tiempo, desde que saliste del bosque. Fuiste muy buena, debo admitirlo. Pero estabas tan concentrada en llegar hasta aquí sin ser descubierta que no me viste trazar un círculo alrededor tuyo hasta situarme detrás de ti.

—Gracias a los dioses que eras tú, Theremon. Aunque me hayas dado el susto de mi vida cuando me agarraste. Pero…, ¿por qué te quedas aquí inmóvil? Rápido, cojamos uno de estos camiones y salgamos de aquí antes de que nos vean.

—No —dijo él—. El plan ya no es ése.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva.

—No entiendo.

—Lo harás. —Ante su asombro, dio unas palmadas y llamó en voz alta—: ¡Por aquí, amigos! ¡Aquí está!

—*¡Theremon!* ¿Acaso te has vuelto lo…?

El haz de una linterna la golpeó en pleno rostro con un impacto casi tan devastador como el de las Estrellas. Permaneció allí de pie, cegada, agitando la cabeza, asombrada y consternada. Había figuras moviéndose a todo su alrededor, pero transcurrió otro momento antes de que sus ojos se adaptaran lo suficiente a la repentina claridad para distinguirlas.

Apóstoles. Media docena de ellos.

Miró acusadora a Theremon. Éste parecía tranquilo y muy complacido consigo mismo. Su aturdida mente apenas podía empezar a aceptar la idea de que la había traicionado.

Cuando intentó hablar, tan sólo secos monosílabos brotaron de su boca:

—¿Por… qué… yo…?

Theremon sonrió.

—Ven conmigo, Siferra. Quiero que conozcas a alguien.

43

—No hay realmente ninguna necesidad de que me mire con esos ojos furiosos, doctora Siferra —dijo Folimun—. Puede que le cueste creerlo, pero está usted entre amigos aquí.

—*¿Amigos?* Usted debe de pensar que soy una mujer muy crédula.

—En absoluto. Antes al contrario.

—Invade usted mi laboratorio y roba inapreciable material de investigación. Ordena a sus hordas que conviertan a unos seguidores supersticiosos en locos asesinos y les hace invadir el observatorio y destruir el equipo con el que los astrónomos de la universidad están intentando realizar una investigación única y esencial. Ahora hipnotiza a Theremon para que haga su voluntad, y le envía a que me capture y me entregue a usted como prisionera. ¿Y luego me dice que estoy entre amigos?

—Yo no he sido hipnotizado, Siferra —dijo Theremon en voz baja —. Y tú no eres ninguna prisionera.

—Por supuesto que no. Y esto no es más que un mal sueño: el Anochecer, los fuegos, el colapso de la civilización, todo. Dentro de una hora despertaré en mi apartamento de Ciudad de Saro y todo será exactamente igual que cuando me fui a dormir.

Theremon, de pie frente a ella en medio de la tienda de Folimun, pensó que nunca había estado tan hermosa como en este momento. Sus ojos eran luminosos por la furia. Su piel parecía resplandecer. Había un aura de intensamente enfocada energía en torno a ella que consideraba irresistible.

Pero éste no era el momento de decirle nada de aquello.

—Por robar sus tablillas, doctora Siferra, no puedo hacer otra cosa más que ofrecerle mis disculpas —dijo Folimun—. Fue un desvergonzado acto de latrocinio, que le aseguro que nunca lo hubiera autorizado de no haberlo hecho usted necesario.

—¿Que yo lo hice…?

—Exacto. Insistió usted en mantenerlas en su posesión…, en situar esas inapreciables reliquias de un ciclo anterior en peligro en unos momentos en los que el caos estaba a punto de desencadenarse y, por todo lo que usted misma sabía, los edificios de la universidad iban a resultar destruidos hasta el último ladrillo. Consideramos esencial que fueran trasladadas a un lugar seguro, es decir, que pasaran a nuestras manos, y puesto que usted no lo autorizó nos vimos obligados a tomarlas sin su permiso.

—Yo hallé esas tablillas. Ustedes nunca hubieran sabido que existían si yo no las hubiera desenterrado.

—Lo cual no tiene nada que ver con lo que estamos hablando —

dijo Folimun con voz suave—. Una vez las tablillas fueron descubiertas, se convirtieron en algo vital para nuestras necesidades…, para las necesidades de la Humanidad. Creímos que el futuro de Kalgash era más importante que los intereses de su propietario personal en el caso de sus artefactos. Como puede ver usted, hemos traducido completamente las tablillas ahora, haciendo uso del antiguo material textual que se hallaba ya a nuestra disposición, y han añadido muchos elementos nuevos a nuestra comprensión de los extraordinarios desafíos a los que la vida civilizada de Kalgash debe enfrentarse periódicamente. Las traducciones del doctor Mudrin eran, por desgracia, muy superficiales. Pero las tablillas proporcionan una versión exacta y convincente, no corrompida por siglos de alteraciones y errores textuales como las crónicas que nos han llegado bajo el nombre del Libro de las Revelaciones. El Libro de las Revelaciones, debo confesarlo, está lleno de misticismo y metáfora, adoptados con fines propagandísticos. Las tablillas de Thombo son relatos históricos directos de dos advenimientos de las Estrellas distintos que se remontan a hace miles de años, y de los intentos hechos por los sacerdotes de aquel tiempo de advertir a la población de lo que iba a ocurrir. Ahora podemos demostrar que, a lo largo de la historia y prehistoria de Kalgash, pequeños grupos de gente dedicada ha luchado una y otra vez por preparar al mundo para la disrupción que cae repetidamente sobre él. Los métodos que usaron, evidentemente, eran insuficientes para el problema. Ahora, al fin, ayudados como estamos por el conocimiento de los pasados errores, seremos capaces de ahorrar a Kalgash otra crisis devastadora cuando el actual Año de Gracia llegue a su fin dentro de dos mil años.

Siferra se volvió hacia Theremon.

—¡Qué pagado de sí mismo suena! ¡Justificando su robo de mis tablillas y diciéndome que les permitirán instaurar una dictadura teocrática mucho más eficiente de lo que esperaban! Theremon, Theremon, ¿por qué me has vendido de ese modo? ¿Por qué nos has vendido a todos? A estas alturas hubiéramos podido estar a medio camino de Amgando, si tan sólo…

—Estarán en Amgando mañana por la tarde, doctora Siferra, se lo aseguro. Todos estaremos en Amgando mañana por la tarde.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó Siferra acaloradamente—. ¿Encadenándome a la parte de atrás de su ejército conquistador? ¿Atándome y haciéndome caminar por el polvo detrás del carro de Mondior?

El Apóstol suspiró.

—Por favor, Theremon, explíqueselo usted.

—No —dijo ella. Sus ojos llameaban—. ¡No quiero oír las cosas

que este maníaco te ha puesto en la cabeza, mi pobre esbirro de cerebro lavado! ¡No quiero oír nada de ninguno de los dos! Quiero estar sola. Haga que me encierren, si quiere. O suélteme, si le apetece. Ya no puedo hacerle ningún daño, ¿verdad? ¿Una mujer contra todo un ejército? ¡Ni siquiera puedo cruzar un campo sin tener a alguien sorprendiéndome por la espalda!

Theremon, consternado, adelantó una mano hacia ella.

—¡No! ¡Mantente alejado de mí! ¡Me repugnas! Pero no es culpa tuya, ¿verdad? Le han hecho algo a tu mente. Y ahora me lo harán a mí, ¿no es así, Folimun? Me convertirán en una pequeña muñeca obediente. Bueno, déjeme pedirle sólo este favor. No me obligue a llevar el hábito de Apóstol. No puedo soportar la idea de caminar por ahí metida en una de esas ridículas cosas. Lléveseme mi alma si tiene que hacerlo, pero déjeme vestir como yo quiera, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo, Folimun?

El Apóstol rió débilmente.

—Quizá sería mejor si les dejara a los dos a solas. Veo que no vamos a conseguir nada mientras yo forme parte de la conversación.

—No, maldita sea —exclamó Siferra—, no quiero quedarme a solas con…

Pero Folimun ya se había levantado y salía rápidamente de la tienda.

Theremon se volvió hacia Siferra, que había retrocedido alejándose de él como si llevara encima el estigma de la plaga.

—No estoy hipnotizado, Siferra —dijo Theremon con voz suave —. No le han hecho nada a mi mente.

—Por supuesto, tú siempre dirás eso.

—Es la verdad. Te lo demostraré.

Ella le miró recelosa, con frialdad, sin responder nada. Al cabo de un momento él dijo, en voz muy baja:

—Siferra, te quiero.

—¿Cuánto tiempo han necesitado los Apóstoles para programar esa frase en ti? —preguntó ella.

Él frunció el ceño, dolido.

—No. No. Lo digo en serio, Siferra. No intentaré decirte que nunca he dicho esas palabras a nadie antes. Pero ésta es la primera vez que las digo seriamente.

—La más vieja frase del libro —dijo Siferra desdeñosamente.

—Supongo que me merezco eso. Theremon el hombre de las damas. Theremon el seductor de la ciudad. Está bien, de acuerdo. Olvida que lo he dicho. No. No. Hablo en serio, Siferra. Viajar contigo estas últimas, semanas, estar contigo por la mañana y al mediodía y por la tarde…, no ha habido ni un momento en el que no te haya mirado y haya pensado para mí mismo: Ésta es la mujer a la que he

estado aguardando todos estos años. Ésta es la mujer que jamás me atreví a imaginar que podía llegar a encontrar.

—Muy emocionante, Theremon. Y la mejor forma que puedes encontrar para demostrar tu amor es agarrarme por detrás, romperme prácticamente el brazo en el proceso, y entregarme a Mondior. ¿Correcto?

—Mondior no existe, Siferra. No hay tal persona.

Por un instante vio el parpadeo de sorpresa y curiosidad que atravesó su hostilidad.

—¿Qué?

—No es mas que una construcción mítica conveniente, ensamblada a partir de síntesis electrónicas para hacer discursos por televisión. Nadie ha celebrado una audiencia con él, ¿no? Nunca ha sido visto en público. Folimun lo inventó como un portavoz público. Puesto que Mondior nunca aparece en público, puede estar en la televisión en cinco países distintos a la vez, por todo el mundo…, nadie puede estar nunca seguro de dónde está realmente, y así puede ser mostrado simultáneamente. Folimun es la auténtica cabeza de los Apóstoles de la Llama. Simplemente se esconde tras el papel de relaciones públicas. De hecho él da todas las órdenes, como lo ha estado haciendo durante los últimos diez años. Antes de él había alguien llamado Bazret, que ahora está muerto. Bazret fue quien inventó a Mondior, pero Folimun es quien lo llevó a su actual eminencia.

—¿Folimun te contó todo esto?

—Me contó algo, sí. Adiviné el resto, y él me lo confirmó. Me mostrará el aparato de Mondior cuando volvamos a Ciudad de Saro. Los Apóstoles planean restablecer las transmisiones de televisión en otras pocas semanas.

—Está bien —dijo Siferra secamente—. El descubrimiento de que Mondior es una farsa te abrumó tanto con su artera habilidad que decidiste de inmediato que tenías que unirte absolutamente a Folimun. Y tu primera misión fue entregarme a mí. Así que acechaste por los alrededores en mi busca, y me cogiste por sorpresa, y así te aseguraste de que la gente allá en Amgando caerá también bajo las garras de Folimun. Un buen trabajo, Theremon.

—Folimun se encamina a Amgando, sí —dijo Theremon—. Pero no tiene intención de hacer ningún daño a los que se han congregado allí. Desea ofrecerles puestos en el nuevo Gobierno.

—Dios altísimo, Theremon, no creerás…

—Sí. ¡Sí, Siferra! —Theremon adelantó las manos, con los dedos muy abiertos, en un gesto agitado—. Puede que yo sea un mero periodista ordinario, pero al menos admite que no soy estúpido. Veinte años en el negocio del periodismo me han convertido en un

excelente juez del carácter de las personas, al menos. Folimun me impresionó de una forma extraña desde la primera vez que lo conocí. Me pareció algo muy distinto a un loco, algo completamente opuesto: muy complejo, astuto, agudo. Y he estado hablando con él durante las últimas ocho horas. Nadie ha dormido aquí esta tarde. Ha puesto al desnudo todo su plan. Me ha mostrado el esquema completo. ¿Aceptarás, como premisa de discusión, que es posible que yo sea capaz de conseguir una lectura psicológica bastante acertada de una persona durante el transcurso de una conversación de ocho horas?

—Bueno… —dijo ella a regañadientes.

—O bien es completamente sincero, Siferra, o es el mejor actor del mundo.

—Puede ser ambas cosas. Eso sigue sin convertirle en alguien en quien deseemos confiar.

—Quizá no. Pero yo lo hago. Ahora.

—Adelante.

—Folimun es un hombre totalmente desapasionado, casi monstruosamente racional, que cree que lo único que tiene auténtica importancia es la supervivencia de la civilización. Debido a que ha tenido acceso, a través de su antiquísimo culto religioso, a registros históricos de ciclos anteriores, sabe desde hace muchos años lo que todos los demás acabamos de aprender de la forma más dura posible: que Kalgash está condenado a tener una visión de las Estrellas una vez cada dos mil años, y que esta visión es tan abrumadora que hace pedazos las mentes ordinarias y causa incluso a las más fuertes trastornos que pueden durar días o semanas. Está dispuesto a dejarte ver todos sus antiguos documentos, por cierto, cuando regresemos a Ciudad de Saro.

—Ciudad de Saro ha sido destruida.

—No la parte controlada por los Apóstoles. Se aseguraron condenadamente bien de que nadie encendiera ningún fuego dentro de un kilómetro de los límites de su ciudad por todos lados.

—Muy eficiente por su parte —dijo Siferra.

—Son gente eficiente. Está bien: Folimun sabe que en una época de locura total la mejor esperanza de mantener las cosas más o menos unidas es un totalitarismo religioso. Tú y yo podemos creer que los dioses son sólo viejas fábulas, Siferra, pero hay millones y millones de personas ahí fuera, lo creas o no, que tienen una visión muy distinta del asunto. Ya empiezan a sentirse inquietos acerca de haber hecho cosas que ellos consideran pecaminosas, por miedo de que los dioses les castiguen. Y ahora tienen un absoluto temor a los dioses. Creen que las Estrellas pueden volver mañana, o pasado mañana, y terminar el trabajo… Y bueno, aquí están los Apóstoles, que afirman tener una línea directa a los dioses y poseen todo tipo de pasajes sagrados que lo

demuestran. Se hallan en mejor posición para establecer un Gobierno mundial que Altinol, o los pequeños señores provinciales, o los fugitivos restos de los anteriores Gobiernos, o cualquier otro. Son la mejor esperanza que tenemos.

—Estás hablando en serio —dijo Siferra, maravillada—. Folimun no te ha hipnotizado, Theremon. Has conseguido hacerlo tú mismo.

—Mira —dijo él—. Folimun ha estado trabajando toda su vida hacia este momento, porque sabía que ésta es la generación de Apóstoles sobre la que recaerá la responsabilidad de garantizar la supervivencia. Ha elaborado todo tipo de planes. Ha iniciado ya la acción de establecer control sobre enormes territorios al norte y al oeste de Ciudad de Saro, y a continuación va a hacerse cargo de las nuevas provincias a lo largo de la Gran Autopista del Sur.

—Y establecerá una dictadura teocrática que empezará su reinado ejecutando a todos los universitarios ateos, cínicos y materialistas como Beenay y Sheerin y yo.

—Sheerin ya está muerto. Folimun me dijo que su gente halló su cuerpo en una casa en ruinas. Al parecer fue muerto hace algunas semanas por una pandilla de locos antiintelectuales.

Siferra apartó la vista, incapaz por un momento de sostener la mirada de Theremon. Luego le miró más furiosa que antes y dijo:

—Y aquí estamos. Primero Folimun envía a sus esbirros a destruir el observatorio: Athor también resultó muerto, ¿verdad…?, luego elimina al pobre e inofensivo Sheerin. Y ahora todo el resto de nosotros seremos…

—Él intentaba *proteger* a la gente del observatorio, Siferra.

—No lo hizo demasiado bien, ¿no crees?

—Las cosas se le escaparon de las manos. Lo que deseaba hacer era rescatar a todos los científicos antes de que empezaran los tumultos…, pero, debido a que actuaba bajo el disfraz de un fanático de ojos alocados, no tenía forma de persuadirles de que oyeran lo que les estaba ofreciendo, que era proporcionarles un salvoconducto al Refugio de los Apóstoles.

—Después de que hubieran destruido el observatorio.

—Ésa no era tampoco su primera elección. Pero el mundo estaba loco aquella noche. Las cosas no siempre fueron de acuerdo con lo que había planeado.

—Eres muy bueno excusándole, Theremon.

—Quizá sí. De todos modos, escúchame. Quiere trabajar con la gente superviviente de la universidad, y con los demás cuerdos e inteligentes que se han reunido en Amgando, para reconstruir el acervo de conocimientos de la Humanidad. Él, o más bien el supuesto Mondior, estarán a cargo del Gobierno. Los Apóstoles mantendrán pacífico al populacho inestable y movido por las supersticiones, a

través de la dominación religiosa, al menos durante una o dos generaciones. Mientras tanto, la gente de la universidad ayudará a los Apóstoles a reunir y codificar todo el conocimiento que hayan conseguido salvar, y juntos guiarán al mundo de vuelta a un estado racional…, como ocurrió tantas veces antes. Pero esta vez, quizá, serán capaces de iniciar los preparativos para el próximo eclipse un centenar de años o así por anticipado, y eludir lo peor del cataclismo, la locura de masas, los fuegos, la devastación universal.

—¿Y tú crees todo eso? —preguntó Siferra. Había un punto ácido en su voz—. ¿Que tiene sentido echarse atrás y aplaudir mientras los Apóstoles de la Llama difunden su venenoso credo totalitario irracional a través de todo el mundo? ¿O, lo que es peor, unir nuestras fuerzas a las suyas?

—Odio la idea —dijo Theremon de pronto.

Siferra abrió mucho los ojos.

—Entonces, ¿por qué…?

—Salgamos fuera —dijo él—. Ya casi amanece. ¿Me das tu mano?

—Bueno…

—No fue sólo una frase, cuando te dije que te amaba.

Ella se encogió de hombros.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Lo personal y lo político, Theremon…, estás usando una para confundir la…

—Ven —dijo él.

44

Salieron de la tienda. La primera luz de Onos era un resplandor rosado en el horizonte oriental. Muy encima de sus cabezas, Tano y Sitha habían emergido de entre las nubes, y los soles gemelos, ahora en su cenit, mostraban una radiación que era extraña y maravillosa de contemplar.

Había uno más. Muy lejos al Norte, la pequeña y nítida esfera roja que era el pequeño Dovim brillaba como un diminuto rubí engastado en la frente del cielo.

—Cuatro soles —dijo Theremon—. Un signo de suerte.

A todo su alrededor en el campamento de los Apóstoles había un ajetreo de actividad. Los camiones estaban siendo cargados, las tiendas desmontadas. Theremon vio a Folimun lejos al otro lado, dirigiendo a un grupo de trabajadores. El líder de los Apóstoles saludó con la mano a Theremon, que le respondió con una inclinación de cabeza.

—¿Odias la idea de que los Apóstoles gobiernen el mundo —dijo Siferra—, y sin embargo sigues estando dispuesto en ofrecerle tu alianza a Folimun? ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Pausadamente, Theremon dijo:

—Porque no hay otra esperanza.

—¿Es eso lo que piensas?

Él asintió.

—Empecé a darme cuenta de ello después de que Folimun llevara hablando conmigo un par de horas. Cada instinto racional en mí me dice que no confíe en Folimun y su caterva de fanáticos. Aparte de todo lo demás que pueda ser, no hay la menor duda de que Folimun es un manipulador hambriento de poder, muy despiadado, muy peligroso. Pero, ¿qué otra posibilidad hay? ¿Altinol? ¿Todos los reyezuelos miserables a lo largo de la autopista? Se podrían necesitar un millón de años para unir todas las provincias en una economía global. Folimun tiene la autoridad para hacer que todo el mundo se arrodille ante él…, o ante Mondior, si quieres. Escucha, Siferra, la mayor parte de la Humanidad se halla sumida en la locura. Hay millones de locos sueltos ahí fuera ahora. Sólo aquellos con las mentes más resistentes como tú y yo y Beenay hemos sido capaces de recobrarnos, o los muy estúpidos; pero los otros, la masa de la Humanidad, necesitará meses o años o incluso quizá nunca lleguen a pensar de nuevo a derechas. Un profeta carismático como Mondior, por mucho que yo odie la idea, puede ser la única respuesta.

—¿No hay ninguna otra opción, entonces?

—No para nosotros, Siferra.

—¿Por qué no?

—Mira, Siferra: creo que lo que importa es la curación. Todo lo demás es secundario a eso. El mundo ha sufrido una terrible herida, y…

—Se ha infligido una terrible herida a sí mismo.

—No es así como yo lo veo. Los incendios fueron una respuesta a un enorme cambio en las circunstancias. Nunca se hubieran producido si el eclipse no hubiera retirado nuestra cortina y nos hubiera mostrado las Estrellas. Pero las heridas se suceden. Una conduce a otra, ahora. Altinol es una herida. Esas nuevas pequeñas provincias independientes son heridas. Los locos que se matan entre sí en el bosque, o cazan y matan a profesores universitarios fugitivos… son heridas.

—¿Y Folimun? ¿No es la mayor de todas las heridas?

—Sí y no. Por supuesto que lo suyo no es más que un insignificante fanatismo y misticismo. Pero hay disciplina ahí. La gente cree en lo que él vende, incluso los locos, incluso aquellos con mentes enfermas. Es una herida tan grande que puede engullir a todas las demás. Puede sanar al mundo, Siferra. Y luego, desde dentro, podremos intentar sanar lo que él ha hecho. Pero sólo desde dentro. Si nos unimos a él tenemos una posibilidad. Si nos situamos en la oposición, seremos barridos a un lado como pulgas.

—¿Qué es lo que dices, entonces?

—Tenemos nuestra oportunidad entre alineamos tras él y pasar a formar parte de la elite gobernante que traerá al mundo de vuelta de su locura, o convertirnos en vagabundos y fuera de la ley. ¿Qué es lo que quieres, Siferra?

—Quiero una tercera elección.

—No la hay. El grupo de Amgando no tiene la fuerza suficiente como para formar un Gobierno operativo. La gente como Altinol no tiene los escrúpulos necesarios. Folimun controla ya la mitad de lo que era la República Federal de Saro. Está seguro de prevalecer sobre los demás. Pasarán siglos antes de que vuelva el reino de la razón, Siferra, independientemente de lo que tú y yo hagamos.

—¿Así que tú dices que es mejor unirnos a él e intentar controlar la dirección hacia la que avance la nueva sociedad, que oponernos simplemente porque no nos gusta el tipo de fanatismo que representa?

—Exacto. Exacto.

—Pero cooperar en manejar el mundo a través del fanatismo religioso…

—El mundo se ha abierto camino desde el fanatismo religioso antes, ¿no? Lo importante ahora es hallar alguna forma de salir del caos. Folimun y su gente ofrecen la única esperanza visible de ello. Piensa en su fe como en una máquina que dirigirá la civilización, en

unos momentos en los que toda la demás maquinaria está rota. Eso es lo único que cuenta ahora. Primero arregla el mundo; luego espera que nuestros descendientes se cansen de los seguidores místicos con hábitos y capucha. ¿Ves lo que estoy diciendo, Siferra? ¿Lo ves?

Ella asintió de una forma extraña, vaga, como si respondiera en sueños. Theremon la observó mientras se alejaba lentamente de él, hacia el claro donde habían sido sorprendidos la primera vez por los centinelas de los Apóstoles la tarde antes. Parecían haber transcurrido años.

Ella permaneció de pie durante largo rato, sola, a la luz de los cuatro soles.

Qué hermosa es, pensó Theremon.

¡Cómo la amo!

Qué extraño resultaba todo aquello.

Aguardó. A todo su alrededor el campamento de los Apóstoles hervía de actividad mientras era recogido; las figuras enfundadas en sus hábitos y capuchas corrían de un lado para otro.

Folimun se acercó.

—¿Y bien? —quiso saber.

—Lo estamos pensando —dijo Theremon.

—¿Los dos? Tenía la impresión de que usted estaba ya con nosotros.

Theremon le miró fijamente.

—Estoy con ustedes si Siferra lo está. De otro modo no.

—Lo que usted diga. Sin embargo, lamentaría perder a un hombre de sus habilidades como comunicador. Sin mencionar las cualidades de la doctora Siferra como experta en los artefactos del pasado.

Theremon sonrió.

—Dentro de unos momentos veremos lo hábil que soy como comunicador, ¿de acuerdo?

Folimun asintió y se alejó, de vuelta a los camiones que estaban siendo cargados. Theremon observó a Siferra. Miraba hacia el Este, hacia Onos, mientras la luz de Sitha y Tano descendía sobre ella en un deslumbrante haz desde arriba, y del Norte le llegaba la esbelta lanza roja de la luz de Dovim.

Cuatro soles. El mejor de los presagios.

Siferra volvía ya, avanzando por en medio del campo. Sus ojos brillaban, y parecía estar riendo. Avanzó corriendo hacia él.

—¿Y bien? —preguntó Theremon—. ¿Qué dices?

Ella cogió sus manos entre las de él.

—De acuerdo, Theremon. Que así sea. El Todopoderoso Folimun es nuestro líder, y le seguiré allá donde me diga que vaya. Con una condición.

—Adelante. ¿Cuál?

—La misma que mencioné cuando estábamos en su tienda. No llevaré el hábito. Absolutamente no. ¡Si insiste en ello, el trato queda roto!

Theremon asintió alegremente. Todo iba a ir bien. Después del Anochecer llegaba el amanecer, y todo renacía. De la devastación se alzaría un nuevo Kalgash, y él y Siferra tendrían una voz, una poderosa voz, en el proceso de crearlo.

—Creo que podremos arreglarlo —respondió—. Vayamos a hablar con Folimun y veamos qué dice.